

**JOHN  
BROSINAN**



**LOS SEÑORES  
DEL CIELO**

**Lectulandia**

Dominaban la superficie terrestre con su ominosa presencia allá, en las alturas: los Señores del Cielo, gigantescas aeronaves que, precisamente por serlo, habían podido sobrevivir a las devastaciones y mutaciones orgánicas que produjeron las Guerras Genéticas. Mientras la Tierra se desarticulaba en comunidades cada vez más pobres, más incultas, con menos referencias raciales comunes, los habitantes de los Señores del Cielo creaban una cultura militarista y depredadora de las comunidades terrestres. Una de éstas era Minerva, una ciudad de mujeres. Cuando se atrevió a enfrentarse a su Señor del Cielo, firmó su propia destrucción y la de sus pobladores. Sólo sobrevivió Jan Dorvin que, hecha esclava, prometió dedicar toda su vida a terminar con el poder de aquellos feroces amos.

Primera parte de la trilogía del mismo título, *Los Señores del Cielo* es la epopeya de un mundo vencido, cada vez más incapaz de sobrevivir; y es sobre todo una obra de poderosa e inquietante fantasía que, sin duda, impresionará.

Australiano, residente en Londres desde 1970, **John Brosnan** es un conocidísimo especialista en historia del cine fantástico —entre sus obras, *Movie Magic*, sobre efectos especiales; *Future Tense* y *The Horror People*— y crítico cinematográfico. Ha escrito varias novelas del género Space Opera (*Skyship*, *The Midas Deep*), la más popular de las cuales es la trilogía *Los Señores del Cielo*.

**Lectulandia**

John Brosnan

# **Los Señores del Cielo**

**Los Señores del Cielo 1**

ePub r1.0  
sentinel 13.09.13

Título original: *The Sky Lords*  
John Brosnan, 1988  
Traducción: Eduardo G. Murillo, 1992  
Diseño de portada: Eduardo Manso

Editor digital: sentinel  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para mi madre

**PRIMERA PARTE**  
**LORD PANGLOTH**

# 1

No muy lejos, algo empezó a lanzar horribles alaridos de agonía. Jan miró a la centinela. Ésta encogió sus hombros bronceados.

—Parece que un árbol látigo ha capturado a un gran reptil —dijo.

Jan dedicó de nuevo su atención a la pantera, en un intento de hacer caso omiso de los aterradores chillidos.

—Ya te lo he dicho —amonestó al animal—. No necesitamos un gato, pero gracias de todos modos.

La pantera negra continuó sentada sobre sus cuartos traseros, mirándola.

—Yo trabajar bien a tu servicio, cazar sabandijas, patrullar muralla por la noche —dijo con su voz aguda y siseante.

Jan examinó al animal con más atención. Era corpulento y aparentaba gozar de buena salud. La situación debía de estar empeorando en los yermos para que un animal semejante se rebajara, ofreciendo sus servicios a los humanos. Observó una larga cicatriz en su flanco derecho. Parecía reciente.

—No gustar —dijo a su lado Martha, nerviosa—. Que se vaya. A Martha no gustar...

Jan palmeó la cabeza de la chimpancé.

—No te preocupes. No te hará daño.

La centinela levantó su ballesta.

—¿Le atravieso el lomo con una flecha para que se dé prisa? —preguntó a Jan.

Antes de que Jan pudiera contestar, la pantera se volvió hacia la centinela.

—Dispara y verás qué rápido subo a la muralla. Me llevaré tu garganta de paso. Mis garras la segarán como hierba.

Después, con una calculada exhibición de indiferencia, se tendió de lado y expuso su estómago. Jan comprobó que era un macho. Alzó una mano en dirección a la centinela, que había enrojecido de ira al escuchar la amenaza y era capaz de cometer cualquier disparate.

—No, Carla. Deja que me encargue yo.

Entretanto, Martha había empezado a lloriquear.

La pantera miró a Jan con lo que debía ser ironía felina.

—Tú muy joven para ser gran jefe.

—No soy un gran jefe —replicó Jan—. Soy la hija de la caudillo Melissa y esta semana me toca responsabilizarme de la defensa de la muralla.

La pantera encogió sus poderosos hombros, al estilo de los seres humanos.

—Como he dicho, tú gran jefe. ¿Por qué no dejar entrar al pobre gatito en poblado? —siseó.

—Somos muy estrictos en lo tocante a los animales que pueden vivir con nosotras

—explicó Jan a la pantera—. Deberías saberlo.

—Son tiempos difíciles. Cada vez peores. Necesitamos trabajar juntos. Como en los viejos días. Cuando mis antepasados servían a tus antepasados.

—A mis antepasadas —corrigió Jan, indignada—. Y eso fue hace mucho tiempo. Cuando podíamos confiar en los gatos grandes.

—¿No confías en mí?

La pantera adoptó un aire de inocencia.

—Por supuesto que no. Sería una tontería. Como si una zanahoria confiara en que no fuera a comérmela.

—Bien —dijo la pantera, incorporándose—. Cometer gran error.

Se dio la vuelta y, meneando la cola con irritación, regresó por lo que quedaba de la senda que había conducido a los maizales, antes de que los yermos se apoderasen de ellos. Pronto se perdió de vista. Martha dio saltitos para expresar su alivio.

—Gato feo. Feo. A Martha no gustar...

Jan suspiró y se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. Echó un vistazo al sol y comprendió que aún le quedaba otra hora de tarea. Miró a Carla, que tenía el ceño fruncido.

—Debiste dejar que le disparara, señora —dijo a Jan—. Bestia arrogante. Macho arrogante.

—¿Crees que volverá? —preguntó Jan.

—Mejor no. Le clavaré una flecha entre los ojos, en lugar de en el lomo.

Jan dudó de que Carla pudiera deshacerse del astuto felino con tanta facilidad, pero no expresó sus reservas. Las centinelas de la muralla necesitaban permitirse tales fanfarronadas; Jan sabía que ayudaba a mantener alta la moral en el cumplimiento de una tarea cada vez más desalentadora.

—Haz sonar la alarma si vuelve —dijo Jan—. Estaré en la parte este.

Carla se cuadró mecánicamente cuando Jan, seguida de la todavía excitada Martha, se dirigió hacia el este por el parapeto de madera. Fue entonces cuando Jan reparó en que el supuesto reptil había dejado de chillar. Se preguntó por qué la había inquietado tanto el encuentro con la pantera. «Ha sido un mal presagio», se dijo, y murmuró una veloz oración a Dios Madre.

Sólo se produjo un incidente más durante la restante hora de guardia. Una enredadera elefante se había infiltrado por el perímetro este de la alambrada y amenazaba con derrumbar una parte de la muralla. Jan había supervisado el pelotón de quince centinelas que, armadas de lanzallamas y hachas, habían destruido el sinuoso zarcillo, cuyo diámetro superaba el metro y veinte centímetros en su punto más ancho. Después, contempló cómo Martha y las demás chimpancés trepaban a la alambrada y reparaban los daños con su habitual celeridad. Justo cuando estaban terminando, Alsa llegó para sustituir a Jan, que se sintió muy contenta de entregar a



Alsa la rama chapada en oro, símbolo de autoridad, que llevaba prendida en el cinturón.

—Toda tuya —dijo a Alsa—. Estoy agotada.

Alsa inspeccionó las reparaciones, efectuadas en la barrera protectora.

—¿Mucho trabajo?

—Como siempre.

Jan llamó a Martha, que bajó de la malla y guardó sus herramientas en la bolsa atada alrededor de la cintura.

—¿Volvemos a casa? —preguntó.

—Sí. —Jan palmeó su cabeza—. Es posible que recibas la visita de una pantera muy bien hablada —advirtió a Alsa—. Quiere trabajar para nosotras a cambio de refugio. Ve con cuidado. Es un macho peligroso. Puede que intente algo desesperado.

Alsa sonrió.

—No te preocupes. Ya me conoces. Nunca me arriesgo. Soy muy cobarde. —Abrazó a Jan y la besó en los labios—. Cuídate, pequeña.

Mientras Jan bajaba la escalerilla que conducía al parapeto, no pudo evitar que sus pensamientos se centraran en aquella última palabra que Alsa había pronunciado. Sabía que, como siempre, era un término afectuoso, pero era muy sensible respecto a su estatura. No le había preocupado cuando era más joven; creía a su madre cuando decía que sería tan alta como las demás, pero ahora que ya había cumplido los dieciocho años, estaba claro que no crecería más. Alsa y las otras amigas la superaban en diez o quince centímetros. Le resultaba irritante tener la misma estatura que el hombre medio.

El cielo estaba sereno y el sol brillaba en todo su esplendor cuando Jan y Martha atravesaron los huertos que ocupaban todo el espacio disponible entre la muralla y los edificios exteriores de Minerva. Jan observó que Martha escrutaba con nerviosismo el cielo.

—Todavía faltan dos semanas —dijo Jan—, así que tranquilízate.

—No poder evitarlo. El Señor del Cielo asustar a Martha. No gustar.

—No eres la única —respondió Jan en tono sombrío.

Casi cada noche soñaba con el Señor del Cielo. El sueño tomaba la forma de su primer recuerdo infantil del Señor del Cielo Pangloth. Dio la impresión de que cubría Minerva por completo y, cuando descendió sobre la ciudad, sus grandes ojos se habían clavado en la niña de cinco años que era Jan cuando se acurrucó junto a su madre en el estrado oficial de la plaza de los tributos. Había chillado y chillado de terror, e intentado refugiarse bajo la falda de su madre..., pero en el sueño su madre desaparecía, dejándola sola.

Jan se descubrió escudriñando automáticamente el desierto cielo azul. «Hago las mismas tonterías que Martha», se dijo, con una punzada de culpabilidad. Pangloth

sería puntual. Todo formaba parte, le había contado su madre, de la mística que envolvía a los Señores del Cielo.

Una obscenidad resonó cerca de ella y la distrajo. Pasaban cerca del recinto reservado a los chimpancés machos, y varios se habían acercado a los barrotes para lanzar insultos. La mayoría iban dirigidos a Martha, pero los chimpancés más atrevidos también denostaban a Jan. Martha se revolvió con furia, dio saltitos y agitó sus brazos.

—No pierdas el tiempo —dijo Jan—. Vamos, tengo prisa. Necesito lavarme y una bebida fría.

Continuó caminando. Martha, tras una réplica final, acompañada de ademanes, la siguió. Era una pena, pensó Jan, que los chimpancés machos, al contrario que las hembras, adoptaran una conducta tan imprevisible llegada cierta edad. No todos, es verdad, pero los suficientes como para que fuera preciso separar a todos los machos adultos en aras de la seguridad. Sabía que no siempre había sido así; en otro tiempo, los chimpancés machos habían sido tan dignos de confianza como las hembras; pero, unos cuarenta o cincuenta años antes, las cosas empezaron a cambiar y aparecieron los primeros signos de aquel comportamiento impredecible.

Muy al contrario que los machos humanos, reflexionó. Se comportaban de una forma absolutamente predecible durante toda su vida. Todos los hombres que conocía eran de temperamento pacífico y alegre, y hacían gala de un optimismo inasequible al desaliento. Ni siquiera la crisis que auguraba el Señor del Cielo parecía inquietarles demasiado. ¿Por qué Dios Madre había hecho a los hombres tan poco complicados en comparación con las mujeres?, se preguntó, y no por primera vez. Cuando Ella extirpó el mal de sus almas, bien podría haberles hecho un poquito más interesantes al mismo tiempo.

Como para demostrarlo, vio a Simon un poco más adelante. Era uno de los seis hombres que estaban trabajando en un pequeño sembrado de patatas. Al verla, dejó caer su azada y corrió a su encuentro, con una amplia sonrisa en su rostro hermoso y franco.

—¡Jan! ¡Cuánto me alegro de verte! ¿Cómo estás?

Jan notó que se ruborizaba. Simon era el único macho con el que había hecho el amor. La experiencia había resultado interesante, pero no especialmente excitante, aunque el recuerdo de su intimidad con él la turbaba.

—Hola, Simon. Lamento no poder pararme a conversar. Vengo de la muralla y estoy hecha polvo.

—Muy bien. Podríamos encontrarnos en la taberna esta noche.

La miraba con un placer tan poco disimulado que aún la hizo sentirse más turbada. Frunció el ceño.

—¿Has olvidado que el Consejo se reúne esta noche? —preguntó, irritada—.

Cuando termine la sesión, ya habrá empezado tu toque de queda.

El joven pareció momentáneamente abatido, pero la sonrisa no tardó en volver a su rostro.

—¿Mañana, pues?

—Tal vez —dijo Jan, y siguió caminando. Dentro de dos semanas, Minerva podía ser destruida, y él sólo pensaba en flirtear. Hombres...

Martha y ella entraron en la ciudad y anduvieron a buen paso por las angostas calles. Había mucho más espacio cuatro o cinco años antes, hasta que los habitantes de las granjas se habían visto obligados a trasladarse a la ciudad, después de perder su larga batalla contra los yermos.

Ahora, viviendas de madera nuevas y más pequeñas se alzaban junto a los viejos edificios de piedra, destruyendo la cuidada armonía arquitectónica de la ciudad primitiva. Por lo demás, todo parecía engañosamente normal. No se veía ninguna señal de los febriles preparativos que se estaban llevando a cabo en toda la ciudad.

Jan y Martha se separaron cuando llegaron a un edificio largo y bajo, cuyas numerosas ventanas carecían de cristales. Era el dormitorio de las chimpancés, que albergaba a unas cuarenta, así como a varios pequeños de ambos sexos. Se despidieron y Jan continuó hacia su casa, situada cerca del centro de Minerva.

Su madre ya estaba cuando Jan llegó. Se hallaba inclinada sobre un plano de la ciudad desplegado sobre la mesa de la cocina. Levantó la cabeza cuando Jan entró, se apartó de la cara su cabello teñido de plata y dedicó a su hija una preocupada sonrisa.

—Hola, querida. ¿Cómo ha ido todo en la muralla? ¿Algún problema?

—Nada grave. —Jan besó a su madre en la mejilla—. Ya te lo contaré después. Primero quiero cambiarme esta ropa maloliente.

Llenó una jarra con agua, la bebió a toda prisa, llenó un cuenco y se lo llevó a su dormitorio. Deseaba que quedara agua suficiente para baños o duchas, pero ahora que las reservas de Minerva se habían reducido a tres pozos, esos lujos eran imposibles.

Se quitó los gruesos guanteletes, y después, con gran alivio, soltó las correas del pesado peto de acero. A continuación, el cinturón, con la espada corta, el cuchillo y el hacha, seguido de las botas altas hasta la rodilla, la chaquetilla, la falda y la ropa interior. Después, se lavó de arriba abajo, utilizando un paño húmedo y una de las pocas pastillas de precioso jabón que le quedaban.

No necesitó emplear la toalla. Hacía tanto calor que el agua se secó casi al instante sobre su piel, pero cuando hubo terminado de ponerse su traje de algodón azul favorito se sentía mucho más fresca.

Al volver a la cocina comprobó que su madre ya había guardado el plano, pero la expresión tensa continuaba en su cara. Mientras preparaba unos pastelillos de patatas y una ensalada, Jan le contó las novedades del día. Insistió en el incidente de la pantera, y su madre notó su inquietud.

—¿Por qué te preocupas tanto por ese animal? —preguntó.

Jan frunció el ceño.

—No lo sé. Es como si...

Se interrumpió. No quería decirle a su madre que consideraba a la pantera negra un mal presagio. Sólo serviría para disgustarla e irritarla. Acusaría una vez más a Jan de ser débil y negativa, de abandonarla en este momento de crisis. Preguntó a Melissa cómo iban los preparativos.

—Se cumplen los plazos. Por los pelos. —Se frotó las sienes con las yemas de los dedos—. El único problema es arrancar la decisión final al Consejo. Si esta noche se manifiesta en contra de nosotras, todo habrá sido una pérdida de tiempo, y Minerva estará condenada.

—Sé que tienes razón, madre —dijo Jan, vacilante—, pero me gustaría que hubiera otro método. Cuando pienso en lo que va a pasar, me...

Se interrumpió, pero demasiado tarde.

Melissa se acercó a ella y sujetó su cabeza entre las manos.

—Jan, eres mi hija. Has de defender la posición que ocupas en Minerva. No puedes asustarte. No debes permitirlo. ¡Y has de darme todo tu apoyo!

—Claro que te apoyaré, madre. Sabes que esta noche votaré tu propuesta...

Los ojos de su madre lanzaron destellos de furia.

—No me refiero a eso. Has de apoyarme en todo momento. Unas palabras de duda a una de tus amigas y esas mismas palabras serán utilizadas como arma contra mí en la sala del Consejo.

—No he dicho nada a nadie, madre —protestó Jan. Intentó soltarse de la presa de su madre—. Madre, me haces daño...

Melissa la soltó, pero sus ojos continuaron expresando furia.

—Si no gano la votación esta noche, todo estará perdido. ¿No te das cuenta?

Jan asintió, temerosa.

—Claro que sí. No te preocupes, madre, ganarás la votación. Lo sé.

—En caso contrario, volveremos a casa después de la reunión y nos arrojaremos sobre nuestras espadas. Mejor una muerte limpia que afrontar las consecuencias de lo que ocurrirá si Minerva cae en poder del *Lord Pangloth*<sup>[1]</sup>.

Jan miró fijamente a su madre. ¿Había dicho en serio lo de suicidarse? ¡No era posible! Pero su mirada reveló a Jan que sí lo era.

Después de una incómoda comida en silencio, Jan se retiró a su cuarto. Su intención era dormir unas cuantas horas, pero le resultó imposible. Por fin, se levantó, se puso una túnica ligera y salió. Estaba anocheciendo. Dentro de dos horas empezaría la reunión del Consejo, pero Jan quería alejarla de su mente, así como sus implicaciones, durante un rato.

Se dirigió al recinto de los hombres. Encontró a su padre en el taller. Estaba

soldando la juntura de un tubo de metal que medía un metro ochenta de largo y diez centímetros de ancho. Dejó el soldador cuando Jan se acercó al banco y sonrió. Era un hombre apuesto de boca ancha y expresiva, atractivos ojos azul grisáceos y espeso cabello negro. Jan sabía que, en el aspecto físico, había heredado más características de él que de Melissa. Su madre era rubia, bajo el teñido plateado de su cargo, de cuerpo largo y esbelto, mientras que Jan era baja y morena como su padre, con el mismo color de ojos y el cabello negro.

—Hola, Jan —dijo su padre, abrazándola.

Jan no se resistió a su rápido abrazo, aunque el contacto físico entre padres e hijas no estaba bien visto en su sociedad. De hecho, ningún contacto entre ellos estaba bien visto. No se prohibía de una manera expresa, pues estaba en contra de la constitución de Minerva, pero existían presiones sutiles y secretas de las que Jan era consciente desde su infancia. Sabía que su madre desaprobaba su relación con su padre, aunque Melissa nunca lo había manifestado explícitamente.

Su padre la examinó.

—Estás cansada —dijo, en tono acusador—. ¿No duermes bien?

—Hoy me he responsabilizado de la muralla. Siempre me cuesta relajarme después... Y esta noche hay una reunión...

Por un momento, la expresión de su padre reveló cierta preocupación. Después, le dedicó una sonrisa de aliento.

—Estoy seguro de que todo saldrá bien —dijo—. Melissa y sus partidarias ganarán, ya lo verás.

Jan asintió. Tenía ganas de contarle que Melissa había amenazado con que ambas se suicidarían si perdía la votación, pero desistió. Su padre no sabía qué hacer con esa información.

—Sí, eso creo. Pero después, ¿qué? —Jan acarició el tubo metálico—. ¿Crees que estas cosas van a funcionar?

De nuevo, su padre pareció preocupado.

—Tengo una gran fe en Melissa —dijo con firmeza—. Sabe lo que hace. Si ha dicho que podemos destruir al Señor del Cielo, es que podemos. Y no olvides que Dios Madre está de nuestro lado. Ella nos salvará.

—Por supuesto —dijo Jan, sin la menor convicción. Sabía que esa duda era una blasfemia, pero se preguntaba por qué Dios Madre había esperado tanto a que Minerva se librara de la opresión del Señor del Cielo, que ya duraba trescientos años.

Su padre apoyó cariñosamente la mano sobre su hombro.

—Pobre Jan. Tan joven, y sin embargo parece que cargues sobre tus hombros con las culpas de todo el mundo.

Logró dirigirle lo que ella consideró una sonrisa de aliento. Pobre padre, se dijo en silencio. Aunque yo tenga dieciocho años y tú más de ochenta, el niño eres tú. Y

siempre lo serás. Envidió la seguridad de su ingenua confianza y deseó haber nacido hombre.

Jan dijo que debía volver a casa para preparar la reunión. Su padre volvió a abrazarla y repitió su creencia de que todo saldría bien.

Afuera estaba oscureciendo. Mientras volvía a su hogar a toda prisa, no pudo reprimir una mirada al cielo, como si esperase ver las estrellas ocultas por el bulto del Señor del Cielo, que se había enterado de su rebelión y se había adelantado a su llegada prevista para castigarlas.

Algo chilló en los yermos, aunque no pudo adivinar si de dolor o rabia.

## 2

El hongo que estaba matando lentamente a la caudillo Avedon era engañosamente bonito. Era una vegetación de un rojo vivo que cubría el lado izquierdo de su cara como piel de melocotón. Jan no pudo evitar mirarlo mientras Avedon, la caudillo de mayor edad y, por tanto, jefe del Consejo, resumía el plan de Melissa y las argumentaciones en contra del bando opuesto. Jan se obligó a desviar la vista hacia la tribuna de los espectadores, que rodeaba la sala del Consejo. Localizó a Simon en la sección de los hombres. Él la estaba mirando con la habitual sonrisa de cachorrillo fija en su rostro. Jan suspiró para sí.

Avedon finalizó su resumen y entregó el bastón de orador a la caudillo Anna, jefe de la oposición a Melissa. Jan sintió un vacío en el estómago cuando Anna empezó a hablar. Si lograba persuadir al Consejo de rechazar el plan de Melissa, Jan no quería ni pensar en las consecuencias, aunque al mismo tiempo compartía los reparos de la caudillo Anna acerca de la acción propuesta contra el Señor del Cielo.

Sin embargo, la inmediata preocupación de Jan era su supervivencia. Sabía que su madre había dicho en serio lo de suicidarse aquella noche si perdía, por increíble que pareciera en el marco familiar de la sala del Consejo, con sus antiguos murales. Jan pensó en la posibilidad de dirigir contra su pecho la punta de la espada que colgaba a su costado... No, nunca podría hacerlo. ¡Sería imposible! Y cuando se negara, ¿qué haría Melissa? ¿Su madre la mataría? ¡Impensable! Pero no vivían tiempos normales. Todo era posible...

Reprimió un estremecimiento y trató de concentrarse en las palabras de Anna, que se encontraba de pie en el centro de la sala circular y apuntaba a Melissa con un dedo acusador. Su madre la miraba con ojos sombríos.

—... ¡y repito que el plan de la caudillo Melissa provocará la destrucción de Minerva! —dijo Anna en tono airado—. Es extremadamente imprudente pensar que podemos derribar a un Señor del Cielo, o incluso repelerle. Si fuera posible, ya lo habrían hecho las madres de nuestras madres o alguna otra comunidad. No, los Señores del Cielo han gobernado el mundo durante casi tres siglos y medio, y será necesario algo más que los fuegos artificiales de la caudillo Melissa para alterar ese hecho. ¡Digo que hemos de neutralizar su plan de inmediato, suspender los preparativos y destruir los cohetes, antes de que sea demasiado tarde!

Murmullos de aprobación se elevaron tanto del círculo interior de asientos, donde se sentaban las caudillos, como de los círculos exteriores, ocupados por sus hijas. La expresión de Melissa se ensombreció más y, por un segundo, sus ojos se clavaron en los de Jan, que estaba sentada casi frente a ella. Jan se descubrió mirando a los ojos de una extraña. Su madre había desaparecido y en su lugar había otra persona. Una persona aterradora.

Melissa levantó el brazo y Avedon le concedió permiso para hablar.

—La única alternativa es seguir adelante con mi plan —dijo, irguiéndose—. De lo contrario, todas moriremos de hambre durante el invierno próximo. Todas sabéis que si pagamos los tributos que impone el Señor del Cielo, nuestras reservas de cereales se acabarán. En cuanto a la llamada invencibilidad de los Señores del Cielo, es un mito. Todas sabemos que hace unos cincuenta o sesenta años uno de ellos se estrelló durante una tormenta en las tierras del norte. Fue alcanzado por un rayo. ¡Bien, alcanzaremos al *Lord Pangloth* con nuestro propio rayo!

Melissa logró también murmullos de aprobación y Jan vio que varias cabezas asentían a lo largo y ancho de la sala. No obstante, Anna agitó el bastón de orador, que le daba derecho a intervenir siempre que lo deseaba.

—No sabemos con seguridad lo que ocurrió. Sólo fue un rumor propagado por viajeros pero, si ocurrió así, se debió a la misericordia de Dios Madre, que utilizó las fuerzas de la naturaleza para destruir al Señor del Cielo. ¿Cómo sabes que tus cohetes dañarán al *Lord Pangloth*?

Melissa se volvió hacia Avedon.

—Pido permiso para que la hermana Helen se dirija a la sala.

Avedon asintió y Melissa hizo un gesto a Helen, que estaba sentada en la primera fila de la tribuna. Helen se levantó, aparentando incomodidad. De corta estatura, aunque no tanto como Jan, y nervuda, era la responsable de la fundición y había jugado un papel fundamental en convertir en realidad el plan de Melissa. Conocía a fondo las viejas tradiciones, y demasiado, según se sospechaba, de las prohibidas y perversas ciencias del Hombre. Como resultado, no era popular, cosa que no parecía molestarla.

—Repítele al Consejo lo que he intentado explicarle en otras ocasiones —ordenó Melissa—. Tal vez, si lo dices tú, la experta, las que todavía dudan se convencerán.

Helen tragó saliva, nerviosa, y habló con voz apenas audible.

—Los Señores del Cielo se mantienen a flote gracias, como ya sabéis, a gases más ligeros que el aire. Existen dos de esos gases: el hidrógeno y el helio. En otro tiempo, los Señores del Cielo se llenaban por completo de helio, porque es más seguro. Es un gas inerte, mientras que el hidrógeno es inflamable. A lo largo de los años, los Señores del Cielo han ido perdiendo casi todo su helio, por falta de recursos naturales, accidentes, etcétera, y no han podido reemplazarlo. Se han visto obligados a utilizar hidrógeno como sustituto en muchas de sus celdas de gas. El hidrógeno, al contrario que el helio, puede fabricarse con relativa facilidad por medio de un proceso llamado «electrólisis», que es...

Melissa la interrumpió con un ademán.

—Lo que nos interesa saber es si los Señores del Cielo van cargados con gran cantidad del gas peligroso.



Helen se ruborizó.

—Oh, sí, caudillo Melissa. Yo diría que, en este momento, todos los Señores del Cielo contienen más hidrógeno que helio.

—¿Lo cual les hace vulnerables al fuego?

—Muy vulnerables.

—Por tanto, ¿nuestros cohetes provistos de bombas incendiarias en la punta les infligirán graves desperfectos?

Helen carraspeó y dijo en voz alta:

—Creo que tenemos excelentes posibilidades de destruir por completo al *Lord Pangloth*.

Un murmullo excitado recorrió la sala, pero enmudeció cuando Anna intervino de nuevo.

—¿Estás segura de que no han descubierto un método de fabricar el gas más seguro, el helio? Si pueden fabricar el hidrógeno, ¿por qué no han hecho lo mismo con el otro? ¿Y si han inventado un gas completamente nuevo?

—No —respondió con firmeza Helen, meneando la cabeza—. Eso es imposible. Científicamente imposible. Si me permitís explicaros...

Esta vez fue la propia Avedon quien la interrumpió.

—Ya se ha hablado bastante en esta sala de la ciencia del Hombre. Creeremos en tu palabra. Siéntate, hermana Helen.

Se apresuró a obedecer, más ruborizada que nunca. Anna aprovechó la ocasión para intervenir.

—La ciencia del Hombre... Ése es nuestro problema. Emponzoña el plan de Melissa. ¡Cohetes! —Casi escupió la palabra—. Esas armas no sólo son contrarias a la constitución, sino blasfemas. ¡Dios Madre nos volverá la espalda si utilizamos las armas del Hombre!

—Lo mismo se dijo cuando empezamos a usar los lanzallamas, pero no se evidencian signos de que hayamos ofendido a Dios Madre —dijo Melissa.

—¿De veras? Si eso es cierto, ¿por qué el yermo ha invadido nuestros terrenos de cultivo? ¿De qué nos han servido esas armas? —preguntó Anna.

—Si no las hubiéramos utilizado, los hongos crecerían ahora por toda la ciudad. Los lanzallamas son las únicas armas eficaces contra las esporas, y contra muchos animales de gran tamaño que amenazan nuestro perímetro en número creciente.

—Aun así, Minerva está abocada a la destrucción —insistió Anna.

Melissa suspiró.

—Si derrotamos al Señor del Cielo, nos quedará grano suficiente para alimentarnos durante el invierno. Quizá para ese momento hayamos conseguido arrebatar parte de nuestra tierra al yermo. Pero si nos rendimos al Señor del Cielo, nuestra suerte estará echada.

—Podríamos hablar con el Señor del Cielo, explicar nuestra situación. ¡Desde el aire le resultará obvia, al fin y al cabo! —gritó Anna—. Digamos que le ofrecemos un tercio del tributo previsto y prometemos entregar el resto más adelante. Confiemos en su misericordia.

Melissa lanzó una amarga carcajada.

—¿Y cuándo ha mostrado misericordia un Señor del Cielo? Sabes muy bien lo que piensan de nosotras, las que habitamos en tierra. Nos consideran, literalmente, la escoria de la tierra. Para ellos, somos menos que seres humanos. Una parte del yermo causado por las Guerras Genéticas. Es mejor suplicar misericordia a los lagartos gigantes. No, nuestra única oportunidad es borrar del cielo al *Lord Pangloth*. ¡Ya es hora de que nosotras, las hermanas de Minerva, nos liberemos del reino de los Hombres!

Estas palabras fueron decisivas. Jan notó físicamente la oleada emotiva que asoló la sala y obró en favor de Melissa. Había ganado. Y, poco tiempo después, la votación lo confirmó. Veintitrés manos alzadas le dieron la mayoría. Jan se relajó. No iba a morir. Al menos, aún no. Le quedaban, como mínimo, otras dos semanas.

Las dos semanas transcurrieron a una velocidad aterradora. A Jan le hubiera gustado saborearlas, pero no hubo tiempo. Melissa la obligó, así como a todo el mundo, a trabajar hasta el agotamiento en los preparativos finales. Jan había asumido el mando de uno de los numerosos grupos de tres mujeres encargados de disparar los cohetes. Practicaron la rutina del lanzamiento hasta la saciedad, disponiendo los cohetes en sus plataformas, quitando la red de camuflaje que ocultaba las lanzaderas y fingiendo encender las mechas antes de buscar refugio tras una barrera improvisada.

Según Helen, los cohetes eran ingenios muy sencillos. Se propulsaban mediante pólvora y eran capaces, como habían demostrado los ensayos de disparo, de alcanzar una altura aproximada de trescientos metros. Cuando se estrellaban contra algo se hundía un émbolo, que activaba una mecha química. Ésta detonaba una carga que incendiaba el alcohol almacenado en el cono delantero y lo esparcía por una extensa zona. Nadie había preguntado, al menos públicamente, cómo había adquirido Helen los conocimientos para fabricar pólvora, una sustancia que ocupaba un lugar prominente en la lista de prohibiciones. Jan sospechaba que Helen la había inventado por casualidad.

Aunque Melissa, en teoría, se hallaba al mando de Minerva, Anna continuó su campaña de oposición casi hasta el final. El enfrentamiento más significativo entre ambas tuvo lugar a principios de la segunda semana. Anna, su hija Tasma, la caudillo Jean y Adam, el portavoz de los hombres, aparecieron una noche en casa de Melissa. Ésta les invitó de mala gana a entrar y pidió a Jan que fuera a buscar bebidas. Anna le dijo que no se tomara la molestia, pues no era una visita de cortesía, de modo que Jan

se quedó en el vestíbulo.

—¿Es verdad —preguntó Anna en tono acusador que le has dicho a Avedon que querías armar a los hombres?

—Es verdad —admitió Melissa, y esperó.

—¿Acaso tu blasfemia carece de límites? —gritó Anna—. Que un hombre porte armas dentro de los límites de Minerva atenta contra lo que consideramos más sagrado. ¡Las hermanas fundadoras de Minerva estarán llorando de vergüenza en el cielo!

—Las hermanas fundadoras de Minerva eran realistas —replicó Melissa—. Y yo también. El próximo lunes necesitaremos a todas las personas disponibles para defender Minerva. Aunque incendiemos el *Lord Pangloth*, puede que aún quede tiempo para que unidades de los Guerreros del Cielo caigan sobre nosotras.

—¡Mejor eso que ofender a Dios Madre de tal forma! —exclamó Anna. Se volvió hacia Adam, que intentaba esconderse detrás de Jean y Tasma—. Como portavoz de todos los hombres, di a la caudillo Melissa que os negáis a llevar armas.

Adam, a regañadientes, abandonó su precario refugio. Miró a Melissa con aire de preocupación.

—No es que nos neguemos, caudillo Melissa, sino que armarnos sería una pérdida de tiempo. Los hombres de Minerva, como bien sabes, no son luchadores. Dios Madre se encargó de eso. ¿De qué serviríamos en una batalla contra los Guerreros del Cielo?

—Ya lo descubriréis —respondió con brusquedad Melissa—. Cuando un Guerrero del Cielo se acerque a vosotros con la intención de abriros el cráneo con un hacha o ensartaros en su espada, podréis decidir entre intentar detenerle con vuestra propia arma o dejar que haga lo que le dé la gana. No esperéis que las hermanas os protejan. Estaremos demasiado ocupadas defendiéndonos, así que será cosa vuestra. Tenéis que elegir.

Adam había palidecido.

—Pero..., pero durante toda la vida se nos ha repetido que tenemos absolutamente prohibido tocar un arma o esgrimir una herramienta de forma amenazadora. No esperarás que superemos de un día para otro ese condicionamiento.

—Tiene razón —dijo Anna. Las otras dos mujeres asintieron con la cabeza.

Melissa se encogió de hombros.

—Sólo sé que, en estas circunstancias, y según la constitución, poseo autoridad para tomar cuantas medidas extraordinarias crea necesarias para asegurar la supervivencia de Minerva, y que voy a ordenar la distribución de armas a todos los hombres mayores de doce años. El que las utilicen o no es su problema. Eso es todo.

Anna frunció el ceño y abrió la boca para protestar, pero lo pensó mejor. Se dirigió hacia la puerta con un furioso revoloteo de su túnica. Las demás la siguieron,

con Adam a la retaguardia. Fue el único que murmuró un «buenas noches» mientras salían.

—¿Crees que algún hombre combatirá? —preguntó Jan a su madre, ya a solas. Melissa volvió a encogerse de hombros.

—Algunos lo harán. El instinto de supervivencia es muy fuerte. Ya lo veremos. Confío en que no será necesario. Con suerte, el *Lord Pangloth* será destruido antes de que los Guerreros del Cielo se desplieguen.

—Si algunos luchan —dijo Jan poco a poco—, quizá les guste, ¿no? Nunca más volveremos a confiar en ellos.

—Supersticiones —contestó Melissa.

Abandonó el vestíbulo y entró en la sala. Se sentó en un puf, agotada. Jan la siguió.

—¿No es por eso por lo que siempre se les ha prohibido llevar armas? —preguntó a su madre—. ¿Por temor a despertar la perversión de los Hombres Antiguos, que todavía mora en su interior?

—Dios Madre les decantó hacia el bien —respondió Melissa, sin mirar a Jan—. Es irreversible.

—Entonces, ¿por qué se promulgó la ley contra las armas? ¿Por qué el recinto separado? ¿Por qué el toque de queda? ¿Por qué tenemos aún tanto miedo de ellos?

—Es la tradición, y así debe continuar. Incluso los hombres de Minerva, transformados como están, no pueden expiar los pecados que sus ancestros cometieron contra nuestras antepasadas durante incontables milenios, o los pecados que el Señor del Cielo *Lord Pangloth* comete contra nosotras ahora.

»Por eso los hombres han de acudir cada domingo a la Celda de la Expiación de la catedral. Perdieron el derecho a ser nuestros iguales hace mucho tiempo, y nunca lo recobrarán. Ahora, ve a tu habitación y déjame sola. Tengo mucho en qué pensar.

Jan obedeció. Mientras limpiaba la espada por tercera vez en aquel día, se preguntó qué pasaría con los hombres después del lunes si el plan de Melissa tenía éxito. ¿Se pondrían de acuerdo las hermanas para expulsar por completo de Minerva a los hombres? Era muy probable, como también era muy probable que ella apoyara ese movimiento, pero al mismo tiempo no quería pensar en la idea de que su padre sería expulsado de Minerva. O Simón. ¿Cuál sería el futuro de Minerva sin hombres? Faltaban menos de tres años para la siguiente época de reproducción...

Aquel domingo, un día antes de que el Señor del Cielo llegara, la catedral estaba atestada de fieles. Ninguna rezaba con más fervor al símbolo de Dios Madre, tallado del tronco de un viejo y sagrado roble, que Jan. Rezaba para despertarse al día siguiente y descubrir que todo volvía a ser como cuando era más joven; cuando el yermo no había invadido los terrenos de cultivo, cuando los tejados de la ciudad no ocultaban armas que se utilizarían contra el Señor del Cielo..., pero sobre todo rezó

para que la mujer fría y despiadada en que se había convertido Melissa desapareciera y le devolviera a su madre.

Jan no durmió aquella noche. Al principio, se dedicó a pasear arriba y abajo de la casa vacía (Melissa había salido para inspeccionar por última vez las posiciones de los cohetes), mirando y acariciando objetos familiares, en un intento de convencerse de que todo era normal, y continuaría siendo normal, incluso pasado mañana. Después, a eso de las dos, oyó un rugido lejano, seguido de un estruendoso impacto. Se produjeron gritos, chillidos, y después resonó el estridente ruido metálico de una de las alarmas situadas en la muralla. Se puso a toda prisa la armadura y el cinturón de las armas, cogió una lámpara de luz fría y salió.

La estrecha calle ya hormigueaba de hermanas que habían abandonado sus casas y se dirigían hacia el lugar donde sonaba la alarma. Jan se unió a la multitud. Mientras corría, pensaba en el origen de la emergencia. A juzgar por el estruendo, se trataba de algo grave... Tal vez un gran reptil.

Confió en que no hubiera traspasado la muralla. Desde su último turno de vigilancia no había pensado demasiado en los peligros que acechaban al otro lado del perímetro defensivo, demasiado absorta en las demás preocupaciones. Sería irónico que Minerva fuera arrasada por los habitantes de los yermos antes de que llegara el Señor del Cielo.

Se sobresaltó cuando alguien tocó su muslo desnudo. Era Martha. La chimpancé, con la bolsa de herramientas ceñida a la cintura, caminaba a su lado.

—Me has asustado, Martha.

—Lo siento... Señora... —Jadeaba mientras corría, utilizando los cuatro miembros—. ¿Sabes por qué... alarma?

—No. Tal vez un lagarto. De los grandes.

Jan tenía razón. Cuando llegaron a la muralla vieron que la maciza puerta del oeste había caído, y sobre ella yacía la forma monstruosa de un reptil gigante. Se había enredado en la alambrada metálica de la barrera superior, y eso había impedido su avance hacia el corazón de Minerva. Flechas de ballesta sobresalían de su cuerpo, pero continuaba agitándose y retorciéndose. Jan observó que era del tipo que caminaba sobre dos patas como los seres humanos, un tipo notable por su ferocidad.

Se abrió paso entre la multitud en busca de Alsa, que esta noche estaba de guardia en la muralla. Localizó a su amiga con un grupo de centinelas. Estaban congregadas alrededor de algo tendido en el suelo.

Cuando Jan se acercó, vio que se trataba de un cuerpo cubierto con una túnica manchada de sangre.

—¿Quién es? —preguntó con temor a Alsa. Ésta se volvió y le dirigió una aturdida mirada. Al principio no pareció reconocer a Jan, pero luego su expresión cambió.

—Ah, eres tú, pequeña.

Devolvió su atención al cadáver.

El reptil moribundo golpeó el suelo con su cola. Jan dio un salto, alarmada. Cuando se volvió, vio que una centinela se acercaba peligrosamente al reptil y le disparaba una flecha entre los ojos. El animal se estremeció convulsivamente y luego permaneció quieto, aunque su pecho continuó moviéndose. Jan se volvió hacia Alsa.

—¿Quién es? —preguntó de nuevo.

—Carla —contestó Alsa.

Se inclinó y apartó la túnica manchada de sangre. Jan sintió que su estómago se revolvía cuando vio lo que yacía bajo la túnica. El único ojo que le quedaba a Carla parecía mirarla desde su rostro desfigurado. Jan experimentó de repente la convicción irracional de que Carla seguía viva, pese a su terrible estado, y podía sentir cada estrago sufrido por su cuerpo. Jan deseó volver corriendo a su casa, chillando, y esconderse debajo de las sábanas de su cama hasta que el mundo recobrarla normalidad, hasta que volviera a ser como en su niñez, cuando no veía cosas como éstas..., cuando ni siquiera sabía que ocurrían. Dio un paso atrás antes de recobrar un poco la serenidad. Eres la hija de la caudillo Melissa, se dijo, ¡no puedes ponerte en evidencia!

—Estábamos juntas en el portal —dijo Alsa, mientras ocultaba, para alivio de Jan, el amasijo que había sido Carla—. Yo me puse a cubierto justo a tiempo, pero ella se quedó en su puesto. Cuando el lagarto embistió, la puerta la aplastó al caer.

—¿Qué ocurrió? —quiso saber Jan—. ¿Por qué cargó contra la puerta de esa manera? Algún lagarto grande ha atacado la muralla de vez en cuando, pero ninguno había actuado como éste.

Alsa se masajeó un lado de la cara. Jan observó que empezaba a despuntar una gran magulladura purpúrea.

—No estoy segura..., pero creo que perseguía algo.

—¿Perseguida algo?

—Apenas lo vi, pero juraría que era un gato. Un gato grande. Negro. Corría delante del lagarto, saltó a un lado y desapareció.

—¿Un gato grande? —preguntó Jan—. ¿Una pantera?

—Quizá. Ya te he dicho que apenas lo vi.

Jan recordó el día en que la pantera había solicitado refugio. Había sido en esta misma puerta. Y Carla estuvo con ella en aquella ocasión.

Jan, procurando alejarse lo máximo posible del reptil, se acercó al hueco donde había estado la puerta y escudriñó las tinieblas.

—Cuidado —la advirtió una centinela—. El ruido, por no mencionar el olor a sangre, puede haber atraído cualquier cosa.

Jan no le hizo caso. Escrutó cualquier movimiento que se produjera entre los

árboles. Y entonces vio los ojos. La miraban desde una rama elevada, y la luz de las numerosas lámparas arrancaba destellos verdosos de sus ojos, pero el cuerpo de la pantera era completamente invisible.

—¡Dame eso! —aulló Jan, apoderándose de la ballesta de la sorprendida centinela. Alzó el arma hacia la rama donde había visto los ojos, pero ya habían desaparecido.

—¿Qué pasa? ¿Qué hay ahí afuera? —preguntó la centinela.

Jan no contestó. Intentaba escuchar algo, cualquier sonido que le indicara la posición de la pantera, pero sólo oyó el retumbar de un trueno lejano. Después, en el horizonte, divisó el rayo.

Al cabo de una larga pausa devolvió la ballesta a la centinela.

—Se acerca una tormenta —murmuró.

### 3

La tormenta descargó y amainó, pero las nubes bajas seguían tiñendo de gris el cielo. Hacía frío, y Jan se ciñó la capa mientras vigilaba la plaza desde el tejado. La plaza era el lugar tradicional donde el Señor del Cielo recogía el tributo, y ahora, una hora antes de mediodía, columnas de fardos rodeaban su perímetro. En esta ocasión, no obstante, Jan sabía que contenían paja y arena, en lugar de grano.

Melissa y las demás caudillos se habían congregado frente al estrado, donde en el pasado se sentaban para rendir homenaje a los representantes del Señor del Cielo. Esta vez, del estrado partiría la señal para desencadenar el ataque, cuando Melissa lanzara al aire una bengala roja.

Jan miró a su alrededor. Se veía gente en muchos tejados, pero era lo normal. Una visita del Señor del Cielo solía atraer a muchos espectadores; puede que las hermanas de Minerva detestaran y temieran al *Lord Pangloth*, pero nadie podía negar que el espectáculo era irresistible.

Consultó su reloj. El Señor del Cielo llegaría a mediodía. Faltaba menos de una hora.

A su lado, Martha jugueteaba nerviosamente con su bolsa de herramientas. No existían motivos para que la chimpancé se encontrara en el tejado, pero había suplicado a Jan que le permitiera acompañarla, y Jan había consentido. Martha, manchada por la lluvia, parecía muy afligida, y Jan la acarició detrás de las orejas para tranquilizarla. Martha emitió un sonido de desanimado placer.

—Martha asustada, señora —dijo—. Muy asustada.

—No te preocupes —dijo Jan automáticamente—. No hay por qué. Todo saldrá bien.

—Los chimpancés-hombres dicen que no. Los chimpancés-hombres dicen que Señor del Cielo acabar con Minerva. Dicen que Guerreros del Cielo bajar, matar hermanas..., violar hermanas...

—¡Shhhh! —gritó Jan, estremecida. Era la segunda vez aquella mañana que oía la blasfema palabra—. ¡Sabes que no está permitido decir esa palabra, Martha!

Martha inclinó la cabeza.

—Lo siento, señora.

Jan suspiró.

—No vuelvas a hacerlo.

Aún no se había recobrado de la primera vez que había oído la blasfemia, ni de las inquietantes circunstancias que habían rodeado el incidente.

Melissa había vuelto a casa poco antes del amanecer. Jan estaba en la cocina, sin apenas tocar el desayuno, mientras intentaba borrar de su recuerdo la siniestra imagen de los restos de Carla. Su escaso apetito se había desvanecido del todo cuando



observó la expresión de su madre. Melissa parecía más agotada que nunca, pero al mismo tiempo expresaba una terrible resolución. Era la clase de mirada, pensó Jan con temor, que tendría un cadáver devuelto a la vida para impíos propósitos.

Melissa contempló a Jan en silencio unos momentos, y después depositó sobre la mesa un pequeño tubo metálico. Mediría unos siete centímetros y medio de largo y dos y medio de diámetro. Jan miró primero al objeto, y luego al rostro sombrío de su madre.

—¿Qué es esto?

—Una bomba incendiaria. Helen la ha fabricado. Ha fabricado varias. Es muy inteligente —dijo Melissa con voz apagada. Cogió el ingenio y señaló a Jan uno de los extremos—. ¿Ves esta parte? La giras en la dirección de la flecha y estalla treinta segundos más tarde.

Jan cogió el cilindro y lo estudió. Intentó parecer impresionada, como Melissa esperaba, pero no podía entender de qué serviría un arma tan pequeña contra el Señor del Cielo. Lo devolvió a Melissa, pero ésta negó con la cabeza.

—Es tuyo. Lo llevarás encima de ahora en adelante.

Jan frunció el ceño.

—¿Y qué haré con él? Quiero decir, ¿he de tirarlo contra el Señor del Cielo, o qué?

Melissa emitió un suspiro que recordó a un estremecimiento.

—Si las cosas van mal y perdemos la batalla, esa pequeña bomba será nuestra última oportunidad de vengarnos. Si aún estás viva, dejarás que los Guerreros del Cielo te capturen y conduzcan al Señor del Cielo. Luego, en la primera ocasión que se te presente, pondrás ese artilugio en un lugar donde le cause graves daños, preferiblemente cerca de la zona donde se guarde el gas inflamable, el hidrógeno.

Jan se quedó boquiabierta al escuchar las palabras de Melissa.

—¡No hablarás en serio, madre!

—¡Por supuesto que hablo en serio, pequeña idiota! —replicó Melissa. Jan retrocedió.

—¡Pero no puedo hacer eso! —protestó Jan, repasando mentalmente las implicaciones de lo que su madre había dicho—. ¡No dejaré que los Guerreros del Cielo me capturen viva! ¡Es impensable! Y la idea de introducirme en el propio Señor del Cielo...

Meneó la cabeza.

—No puedes negarte —dijo con frialdad Melissa—. Te lo estoy ordenando. Si sobrevives a la batalla, y quiero que hagas todo lo posible en ese sentido, te rendirás. Debes hacerlo, ¿me entiendes?

Jan se puso a temblar. Contempló de nuevo el pequeño cilindro que sostenía en la mano.

—Es ridículo —dijo con voz débil—. Aunque me llevaran a bordo del Señor del Cielo, ¿cómo podría destruirlo con algo tan pequeño?

—Por suerte, no estarás sola. Como ya te he dicho, Helen ha fabricado varias bombas. Han sido entregadas a mujeres escogidas, y una eres tú.

—¿Por qué yo, madre? ¿Por qué yo? —gritó.

—Es obvio. Eres mi hija. Si mi intento de destruir al Señor del Cielo fracasa, es fundamental que mi hija participe en el último coletazo de rebelión. No sólo vengarás Minerva, sino el honor de tu madre.

Jan miró a su madre a los ojos y comprendió que no existía la menor esperanza de razonar con ella. Cuando la desesperación empezaba a apoderarse de ella, se le ocurrió una posible vía de escape.

—Madre —dijo lentamente—, aunque yo sobreviviera al desquite del Señor del Cielo si nuestro ataque fracasa, y aunque me llevaran como prisionera al Señor del Cielo, ¿cómo podría esconder esto a los Guerreros del Cielo? —Alzó la bomba—. Ya conoces el celo con que los Guerreros del Cielo inspeccionan nuestras balas de grano antes de izarlas al Señor del Cielo. Encontrarían el ingenio entre mi ropa.

Un tic apareció en la mejilla izquierda de Melissa.

—No lo llevarás en tu ropa, sino en ti.

—¿Esperas que me lo trague? Esto es...

—¡No seas obtusa! —bufó Melissa—. Piensa un poco y sabrás cómo lo llevarás dentro de ti.

Jan casi dejó caer el cilindro, pero al recordar que era una bomba, logró retenerlo. Una oleada de desagrado se abatió sobre ella mientras miraba el objeto, viéndolo a una nueva luz.

—No puedo...

—Lo harás, como las demás que han sido elegidas para introducir estos artilugios en el Señor del Cielo. Dudo que los Guerreros del Cielo lleven a cabo un registro tan minucioso, pero recemos para que ninguno intente violarte.

—¡Madre! —exclamó Jan, profundamente conmovida al escuchar de la madre todas las obscenidades pronunciada en voz alta.

Melissa se inclinó hacia adelante y la cogió por los hombros.

—Jan, deja de hacerte la remilgada. Debes enfrentarte a la realidad. Es la guerra. Hay que afrontar cosas que en las épocas normales no se mencionan, o ni siquiera se tienen en cuenta. ¡Ya no eres una niña!

—Y tú ya no eres mi madre.

Dijo las palabras sin querer, pero salieron de su boca al tiempo que se formaban en su mente. No la sorprendió que su madre le diera un bofetón en la mejilla. Las lágrimas anegaron sus ojos. Quería disculparse, suplicar perdón a su madre, pero su boca era incapaz de moverse.

—Ve al cuarto de baño y haz lo que te he ordenado, ahora —dijo Melissa, con voz que o temblaba de furia apenas reprimida, o de dolor apenas controlado. Jan, sin decir palabra, se levantó de la mesa y entró en el cuarto de baño.

Sentía la bomba mientras se erguía en el tejado de la taberna; era incómoda y pesada, y la hacía sentirse mal. Había estado tentada de tirarla en cuanto Melissa se marchó, pero se sentía tan culpable por lo que había dicho a su madre que no pudo decidirse a desobedecerla. Incluso ahora, mientras contemplaba la lejana figura de su madre en el estrado, deseó correr hacia ella y pedirle perdón.

En cambio, cuadró los hombros y se volvió hacia el grupo encargado de los cohetes, que consistía en Paula, una centinela de la muralla, Lisa, que trabajaba en la panadería, y Peter, un hombre. A éste se le veía muy incómodo con el hacha que le habían obligado a llevar en el cinturón. El arma despertaba sentimientos encontrados en Jan; dudaba que Peter fuera capaz de usarla y, por tanto, no le serviría de nada en un combate cuerpo a cuerpo, y al mismo tiempo la idea de que fuera capaz de usarla la inquietaba profundamente.

Les dirigió la sonrisa serena y confiada de alguien seguro de su autoridad; al menos, eso esperó.

—Bien —dijo—, ¿todos sabemos lo que se debe hacer, o ensayamos de nuevo?

Paula contestó por los demás.

—No creo que sea necesario, señora. Además, no sería prudente quitar el camuflaje en esta última fase. El Señor del Cielo está al llegar.

Jan se encogió mentalmente. La centinela tenía razón y la había dejado en evidencia delante de los otros. Otra prueba más de que no servía para mandar. Si su madre no hubiera sido Melissa, lo más probable es que fuera una hilandera o una modistilla, en lugar de pasearse con una armadura, fingiéndose una guerrera.

—Tienes razón —contestó—. El *Lord Pangloth* siempre ha sido puntual, pero cualquier precaución es poca.

Se acercó a los cohetes para inspeccionar sus tubos de lanzamiento, hechos de barro, ocultos bajo telas pintadas de forma que, vistas desde el aire, se confundieran con los tejados. Cuando se diera la señal, quitarían el camuflaje, colocarían en posición vertical el marco de madera que sostenía los tubos de lanzamiento y encenderían las mechas...

Oyó que la trampilla del tejado se abría a su espalda. Se volvió y vio salir a Alsa.

—¿Qué haces aquí? —exclamó, sorprendida—. Deberías estar en tu puesto.

Jan sabía que el puesto de lanzamiento de Alsa estaba cerca de la planta de producción de alcohol, al otro lado de la ciudad.

Alsa sonrió. La magulladura que Jan había visto formarse a primera hora de la mañana se había transformado en una mancha púrpura que se extendía desde la sien derecha a la mandíbula.

—He venido a verte, pequeña. A desearte suerte, a decirte que vayas con cuidado. Abrazó y besó a Jan.

Jan se entregó al consuelo de aquellos brazos familiares. Alsa había sido su primera amante y aún era su amiga más íntima, pese a sus aires protectores de los últimos tiempos. Permitiendo que el beso se demorara, Jan notó que perdía el control. Estuvo a punto de estallar en lágrimas, de aferrarse a Alsa y suplicarle que no se marchara...

Jan se liberó del abrazo de Alsa y retrocedió un paso. Se obligó a sonreírle, aunque se daba cuenta de que su labio inferior temblaba.

—Tú también ve con cuidado, Alsa. Nos encontraremos abajo para tomar una copa cuando todo haya terminado.

—Hecho, pequeña, pero con la condición de que tomaremos la copa en un reservado. Nuestra separación dura demasiado tiempo.

—Me apetece mucho —dijo Jan con sinceridad. Hacía casi un año que Alsa y ella no eran amantes, pero ahora, de repente, la antigua atracción sexual que sentía hacia Alsa se apoderó de ella. Su necesidad de Alsa era muy intensa. Apenas podía esperar el momento en que sus cuerpos se enlazarían bajo las sábanas de una de las grandes y acogedoras camas de la taberna. Mientras se complacía en este pensamiento, una voz fría y desapasionada, que surgía del fondo de su mente, dijo: «Nunca volverás a ver a Alsa».

—Hasta luego —dijo, disimulando la angustia que esta premonición le había causado, y sonrió—. Ten cuidado.

Alsa le dio un afectuoso beso en la mejilla.

—Ten mucho cuidado tú también, mi pequeña.

Cuando Alsa desapareció por la trampilla, Jan no pudo evitar preguntarse si su amiga también portaba en sus entrañas el duro y pesado cilindro mortal.

Faltaba un minuto para las doce. Todo el mundo miraba al oeste, hacia la cadena de colinas bajas que se recortaba en el horizonte. El *Lord Pangloth* siempre aparecía por detrás de esas colinas, pero hoy, por culpa de las nubes bajas y la lluvia torrencial que caía sobre los yermos que separaban Minerva de las colinas, resultaba difícil distinguir su silueta.

Jan jugueteaba nerviosamente con el puño de su espada mientras escudriñaba las colinas. Dios Madre misericordiosa, rezó en silencio, obra un milagro. No dejes que el Señor del Cielo aparezca. Que se vaya para siempre, alcanzado por un rayo en plena tormenta, como el otro Señor del Cielo de hace años...

Las doce en punto.

Ni rastro del *Lord Pangloth*.

Y entonces, Jan experimentó una extraña sensación. Notó un brusco cambio en el aire, como si se hubiera hecho más pesado.

Guiada por el instinto, levantó la vista.

—Dios Madre... —susurró.

El *Lord Pangloth* estaba directamente sobre sus cabezas. Descendía a través de la capa de nubes grises. Mientras su inmenso casco emergía de la nube, ésta remolineaba a su alrededor en agitados chorros. Al verlo, Jan se sintió tan insignificante e indefensa como la primera vez que lo había visto, cuando era niña. «¿Cómo podemos destruir algo tan enorme?», se preguntó, desesperada.

—Dios Madre, sálvanos... —musitó Lisa.

Los demás también miraban hacia arriba. Similares exclamaciones de sorpresa y temor surgían de los tejados próximos. Martha se acurrucó en una esquina del tejado y sollozó.

Algo iba mal, pensó Jan, mientras observaba el descenso del *Lord Pangloth*. Su cuerpo de dos kilómetros de largo empezaba a ocupar todo el cielo, ocultando todo lo demás. ¿Por qué había cambiado su manera tradicional de llegar? ¿Por qué no había venido desde el oeste, como de costumbre? ¿Sospechaba sus planes?

A medida que descendía, un terror atávico que Jan ya había experimentado en pasadas ocasiones, se apoderó de ella. Daba la impresión de que el *Lord Pangloth* iba a posarse sobre la ciudad, aplastando bajo su peso a edificios y habitantes. Jan luchó por controlar una oleada de pánico. Los lamentos de Martha no la ayudaban.

El *Lord Pangloth* se quedó inmóvil, suspendido a unos quinientos metros sobre Minerva, mirándolas con sus grandes ojos. Como siempre, Jan creyó que la estaban mirando exclusivamente a ella.

Se oyó un fuerte siseo y un crujido. Luego, una voz que retumbó como un trueno empezó a hablar.

«SOY EL LORD PANGLOTH, SEÑOR DE LOS CIELOS Y DE TODO LO QUE SE EXTIENDE BAJO MI SOMBRA. ¡MIRAD Y TEMBLAD! (¡clic!). ¡SOIS MIS SÚBDITOS Y ESTÁIS A MI MERCED! PODRÍA DESTRUIROS COMO A LOS GUSANOS QUE SOIS, PERO SERÉ MISERICORDIOSO (¡clic!). A CAMBIO DEL TRIBUTO QUE ME VAIS A OFRECER, OS PERDONARÉ LA VIDA. POR LO TANTO, INDICAD CON UNA SEÑAL QUE ESTÁIS PREPARADOS PARA OFRECERME LO QUE ES MÍO POR DERECHO (¡clic!, ¡crac!), SI NO LO HACÉIS, MI VENGANZA SERÁ FULMINANTE Y TERRIBLE... TERRIBLE... TERRIBLE...».

La voz enmudeció de repente.

Jan frunció el ceño. El ultimátum del *Lord Pangloth* era el mismo de siempre, pero los crujidos y la repetición de la última palabra constituían una novedad. Estos cambios adicionales en la pauta normal la preocuparon.

Apartó la vista de la masa aterradora del Señor del Cielo y vio que Avedon encendía una hoguera sobre el estrado, la señal para que el *Lord Pangloth* recogiera el tributo. Su corazón se aceleró. No faltaba mucho.

Cuando el humo se elevó de la pira simbólica, volvió a mirar al *Lord Pangloth*. Intentó recordar lo que su madre le había dicho la primera vez, cuando era niña: «No

tengas miedo, querida. Sólo es una aeronave. Un juguete sobrante de la Era de la Perversión Humana. Parece grande y poderoso, pero dentro apenas hay nada; algunos hombres y un montón de gas».

«Sólo es una aeronave». Jan se repitió aquellas palabras, en vano. Puede que el *Lord Pangloth* sólo fuera una aeronave, pero una aeronave que medía más de mil quinientos metros de largo y casi trescientos de ancho. Jan conocía muy bien sus dimensiones. Y decirse que su aterrador bulto era una mera ilusión, que estaba lleno en su mayor parte de gas, no servía de nada. Sólo le había surtido efecto cuando era niña.

¿Una aeronave? No, una ciudad flotante. Una ciudad flotante fortificada. Podía ver las bocas de las máquinas mortales llamadas cañones, que sobresalían de varios puntos del casco como la barba en el mentón de un gigante. Podía ver hileras de ventanas, cubiertas, escotillas... y los motores en forma de barril, cada uno del tamaño de un granero, que emitían un zumbido potente e inquietante, casi como el rugido de un trueno lejano. ¿Cuánta gente vivía en el interior de la monstruosa máquina voladora? Nadie lo sabía con seguridad. Mil personas, tal vez. O incluso dos mil.

El ruido de los motores del *Lord Pangloth* adquirió un tono más agudo. Jan observó que los motores suspendidos bajo las grandes aletas estabilizadoras posteriores giraban sobre su eje...

El Señor del Cielo interrumpió su descenso. Jan calculó que se encontraba ahora a una altitud de unos ciento ochenta metros. Al alcance de los cohetes. Volvió a mirar hacia el estrado. De un momento a otro...

—Preparaos —indicó a su grupo. Su voz se le antojó la de una extraña—. Calla, Martha.

—¡Ya viene! —gritó Lisa.

Jan levantó la vista. Del casco del *Lord Pangloth* se había desprendido una enorme sección, que era bajada hacia tierra, por medio de cables sujetos a sus costados. Jan sabía que era la cesta del «tributo». También sabía que albergaba a un pelotón de Guerreros del Cielo armados, cuya misión consistía en registrar todas las balas de grano antes de que fueran izadas. Vio a uno apoyado en la barandilla y mirando hacia abajo. Daba la impresión de que la cesta iba a posarse sobre el centro de la plaza, aunque una fuerte brisa que se había levantado la mecía de un lado a otro. Jan confió en que el viento no desviara los cohetes. En apariencia, no provocaba ningún efecto en el Señor del Cielo, que pendía inmóvil como una roca sobre la ciudad. Supuso que sus numerosos motores bastaban para compensar los vientos más feroces.

La cesta se encontraba ahora a sólo cuarenta y cinco metros del suelo. Se veía con toda claridad a los Guerreros del Cielo parecidos a gigantescos crustáceos con sus

negras armaduras de varias capas, semejantes a conchas. Jan miró con nerviosismo al estrado. ¿A qué esperaba su madre? ¿Había perdido el temple?

Se produjo un fogonazo en el estrado y algo se elevó en el aire, dejando una estela de humo rojizo. Jan la contempló durante varios segundos, paralizada, hasta que consiguió volverse y gritar a su grupo:

—¡Ahora! ¡AHORA!

Apartaron el camuflaje y enderezaron la rampa de lanzamiento, mientras Jan manipulaba frenéticamente su cerilla intentando lograr una chispa eficaz.

—¡Preparado, señora! —gritó Paula.

Justo en aquel momento, Jan consiguió encender su cerilla, con gran alivio. Protegió la llama con la mano, se arrodilló ante la base de los tubos y aplicó la cerilla a las mechas.

—¡A cubierto! —gritó, cuando estuvo segura de que las tres estaban encendidas.

Las demás, incluida Martha, ya se habían refugiado tras la barrera de madera levantada en el extremo opuesto del tejado, mientras Jan la rodeaba y se tiraba al suelo.

Durante unos larguísimos momentos no ocurrió nada, hasta que por fin se oyó una explosión ensordecedora.

Cuando el estruendo se desvaneció, Jan se puso en pie y miró hacia lo alto, indiferente a las chispas que caían sobre el tejado. El aire estaba saturado de los cohetes que se disparaban desde toda Minerva. Cientos y cientos de ellos, dirigidos contra el Señor del Cielo.

Vio que dos cohetes impactaban contra la parte inferior de la cesta. Estallaron y la cesta se incendió.

«¡Vamos a ganar!», se dijo, loca de alegría. «¡Vamos a ganar!».

Se atrincheraron en el hospital.

En parte porque era el único edificio grande de Minerva que continuaba más o menos incólume, pero sobre todo porque los supervivientes se habían dirigido hacia él después del bombardeo.

Desde un punto de vista estratégico, era un lugar ideal para ofrecer la última resistencia, si la palabra «ideal» podía aplicarse en tales circunstancias. Poseía su propio terreno (un lujo del que disfrutaban pocos edificios minervanos) y estaba rodeado por un muro bajo; reminiscencias de los viejos tiempos, cuando las cuarentenas eran necesarias.

En total, había ochenta y seis minervanos dentro del hospital y su terreno. Cuarenta y siete sufrían heridas graves y no podían luchar. De los treinta y nueve restantes, todos heridos de mayor o menor gravedad, once eran hombres, en los cuales no se podía confiar para que combatieran. Quedaban, pues, veintiocho mujeres, de las que sólo dieciocho eran guerreras profesionales, entre ellas Jan.

De pie sobre el muro del hospital, vio que los Guerreros del Cielo se aproximaban por la avenida. Sostenía una ballesta cargada. De una herida en la cabeza manaba sangre que resbalaba sobre un lado de su cara, y tenía rasguños en brazos y piernas. En sus oídos todavía resonaba la explosión cuya onda expansiva la había lanzado sobre el techo de la taberna, de modo que no oyó el grito lanzado por la mujer que estaba a su lado. Sólo cuando la mujer tiró de su codo, se volvió y vio que todo el mundo había buscado refugio tras el muro bajo. Poco a poco, Jan se puso de rodillas y dejó la ballesta sobre el muro. Todo parecía irreal. Habían sucedido tantas cosas durante la última hora que sus sentidos estaban sobrecargados. La sucesión de sobrecogedores acontecimientos la había aturdido, desconectándola de lo que ocurría a su alrededor. No experimentó ningún temor cuando la primera línea de los Guerreros del Cielo se detuvo y apuntó sus rifles de cañón largo hacia las defensoras minervanas. Jan conocía esas armas y sabía de su poder destructivo, pero sólo escondió la cabeza detrás del muro cuando la mujer que tenía al lado volvió a tirar de su brazo.

Las estridentes detonaciones de los rifles penetraron en el zumbido que ensordecía sus oídos. Esquirlas de piedra saltaron por los aires, muy cerca de la cabeza de Jan. Una mujer que se encontraba a cierta distancia se llevó las manos a la cara y cayó hacia atrás.

—¡Ahora! —gritó alguien, muy cerca. Jan recordó lo que debía hacer. Alzó la cabeza por encima del muro y cogió la ballesta. Los Guerreros del Cielo se acercaban a la carrera. Muchos habían fijado cuchillos al extremo de sus rifles. Gritaban mientras corrían. Jan apoyó la culata de la ballesta contra su hombro y eligió un



blanco. Aguardó. Aunque la armadura de los Guerreros del Cielo no era metálica, repelía las flechas de ballesta, a menos que se les disparase desde una distancia muy corta.

Cuando su blanco estaba a unos seis metros apretó el gatillo. La ballesta golpeó su hombro y el blanco cayó hacia atrás. «He matado a otro ser humano por primera vez en mi vida», pensó, pero la idea no produjo ninguna reacción emocional. Después, vio que su blanco no había muerto. Se retorció en el suelo, con el extremo emplumado de la flecha sobresaliendo de su hombro izquierdo. La sangre brillaba sobre la armadura negra.

Había varios Guerreros del Cielo tendidos en el suelo, además de la víctima de Jan. Muchos no se movían. Sus compañeros retrocedían por la avenida. Las mujeres agazapadas detrás del muro lanzaron breves vítores. Alguien voceó una grosería acerca de los Guerreros, aunque Jan no captó las palabras, y algunas mujeres rieron.

Jan pensó que era muy extraño, mientras volvía a cargar la ballesta como un autómatas. El número de Guerreros del Cielo que invadía la avenida era mayor a cada momento, y sabía que no existía la menor esperanza de detener la segunda carga. Buscó con la vista al Señor del Cielo. Se hallaba a unos cinco o seis kilómetros al este de la ciudad, colgando a baja altura en el cielo como un inmenso pez. Una brecha en las nubes iluminó los objetos plateados, semejantes a escamas, que cubrían la mitad superior del casco, contribuyendo a aumentar su parecido con un pez. Daba la impresión de que el enorme ojo de la proa centelleaba de anticipación. Deseó disparar una flecha contra el ojo y cegar lo para siempre, pero, aunque poseyera un arma tan poderosa, sabía que la flecha jamás alcanzaría al Señor del Cielo, como tampoco lo había alcanzado ningún cohete.

Tras la caída de las bombas, Jan se precipitó hacia la plaza, tratando de localizar a Melissa, y se topó con Helen, que parecía caminar sin rumbo, describiendo círculos. Había perdido el brazo derecho por debajo del codo, y aunque alguien le había aplicado un torniquete, el muñón todavía sangraba. Estaba conmocionada, pero eso no impidió a Jan agarrarla por los hombros y agitarla.

—¿Qué ha pasado? —gritó Jan, y notó un ahogo cuando otra nube de espeso humo negro invadió la plaza. Por todas partes ardían edificios, y el calor de los incendios llegaba en oleadas cuando se producía un claro en el humo. Jan recuperó el aliento y volvió a agitar a Helen—. ¿Qué ha pasado, maldita sea?

La única respuesta de Helen fue una mirada vacía. Jan la soltó y avanzó tambaleándose entre el humo. Sollozó de frustración. No era justo. Tenía que saber por qué se habían torcido las cosas cuando la victoria parecía al alcance de la mano...

Los cohetes se habían portado a la perfección, excepto unos pocos que habían perdido el control poco después de ser lanzados. Pero estos pocos, que Helen ya había tenido en cuenta, no importaban, porque la mayoría de los cohetes iban en

dirección a su blanco.

Y entonces, justo cuando el primer cohete se encontraba a menos de treinta metros de su objetivo, todo se torció.

Rayos de luz, rayos muy brillantes de luz turquesa, habían surgido de numerosos puntos del Señor del Cielo, y cada uno había interceptado un cohete. Eso era lo raro, que cada rayo hubiera interceptado un cohete. ¿Qué clase de gente era ésa, capaz de disparar armas, pues pronto quedó claro que los rayos de luz eran armas, que alcanzaban a blancos móviles sin el menor error? Pues mientras Jan se estaba formulando esta pregunta, los cohetes estallaron. Todos y cada uno. Al instante.

Una bola de fuego luminosa indicó la posición de cada cohete, y después vio que los restos incandescentes caían del cielo. Entretanto, el Señor del Cielo se había elevado en el aire. La cesta flotante, que ardía por los cuatro costados, no fue izada. Vio que un Guerrero del Cielo, envuelto en llamas, caía por un costado.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué han sido esas luces? —preguntó una voz estupefacta. Era Paula. La pregunta sirvió para que Jan saliera de su parálisis.

—¡Volved a cargar los tubos! —ordenó—. Rápido, antes de que el *Lord Pangloth* se ponga fuera de nuestro alcance.

Mientras su equipo preparaba febrilmente otros tres cohetes, silbidos cercanos indicaron a Jan que las demás habían reaccionado con mayor rapidez que ella. Miró hacia el estrado, pero el humo desprendido por los cohetes le impidió ver nada. Se preguntó qué estaría pensando su madre en este momento...

Algo se estrelló en el tejado junto a ella. Retrocedió de un salto y lanzó un grito de dolor cuando varias chispas alcanzaron su pierna izquierda. Era la sección al rojo vivo de un cohete. La utilizó para encender su cerilla y dijo a las demás que se pusieran a cubierto antes de aplicar la llama a las mechas...

Como temía, fue una pérdida de tiempo. Una vez más, los rayos de luz turquesa brotaron del *Lord Pangloth*, y una vez más los cohetes, en esta ocasión más escasos, se transformaron en bolas de fuego, demasiado lejos de su objetivo para causarle algún daño.

El Señor del Cielo continuaba ascendiendo. La cesta en llamas se soltó, tal vez porque habían cortado los cables o se habían quemado, y cayó a tierra, desprendiendo chispas. Jan vio que se estrellaba detrás de unas casas situadas al otro lado de la plaza.

Nada ocurrió durante los cinco minutos posteriores. El Señor del Cielo alcanzó una altitud de unos mil doscientos metros y dejó de ascender. Colgaba inmóvil en el cielo, oculto en parte por las nubes, como una maligna y silenciosa presencia.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Paula con voz temblorosa.

Jan ya se había formulado esa misma pregunta. Miró de nuevo hacia el estrado de la plaza, con la esperanza de que su madre se sacara de la manga en el último minuto

un milagro, aunque sabía que dicho milagro no existía. Martha salió de su escondite, bajo la pantalla de camuflaje desechada, y enlazó con sus brazos las piernas de Jan.

—Señora, señora —gimió, mientras sepultaba el rostro en la falda de Jan.

Irritada, Jan intentó zafarse de la poderosa presa de la chimpancé. Estaba demasiado asustada como para perder tiempo tranquilizando a Martha.

—¡Mirad!

Era el hombre. Señalaba al Señor del Cielo. Jan vio que varios objetos pequeños y oscuros caían. A medida que se acercaban, oyó que emitían una especie de silbido...

Cuando el primero se estrelló en la plaza, frente a la taberna, y lanzó al aire una nube de humo y polvo, Jan comprendió que los objetos eran bombas. Había oído relatos sobre estas armas del Señor del Cielo cuando era niña (los Señores del Cielo habían sojuzgado a los pobladores del suelo mediante esos artefactos, después de las Guerras Genéticas), pero nunca había presenciado su utilización.

Cayeron más bombas y, de repente, Jan experimentó la sensación de que el universo se componía exclusivamente de ruidos y luces cegadoras. Una onda expansiva la derribó. Era como ser golpeada por una gigantesca almohada invisible. Permaneció tendida en el suelo, estupefacta, durante un período indeterminado de tiempo, hasta que fue capaz de gatear hasta el parapeto que protegía la parte delantera del tejado. Sus ojos se llenaron de lágrimas al contemplar la escena.

Estaban aniquilando Minerva. Se habían declarado incendios en toda la ciudad y las bombas no cesaban de caer. Vio que una gran bola de fuego se alzaba al otro lado de la ciudad y comprendió que la planta de alcohol había sido alcanzada.

—Alsa... —susurró para sí.

La plaza era una masa de cráteres. Un montón de maderos humeantes y ennegrecidos ocupaba el lugar del estrado. Tenía que bajar; tenía que encontrar a su madre.

—¡Malditos cobardes! —chilló alguien detrás de ella. Era Lisa, la centinela, que se había puesto de pie y blandía su espada contra el bulto ominoso del Señor del Cielo—. ¡Bajad, machos bastardos! ¡Bajad y combatid como mujeres!

Aquella imagen (la musculosa guerrera de cabello dorado, amenazando con ademanes gallardos pero inútiles al monstruo que se cernía sobre ellas) quedó impresa en la mente de Jan por lo que sucedió a continuación...

De hecho, vio como la bomba hacía blanco en el tejado. Un movimiento borroso, y después un agujero en el techo, aparecido como por arte de magia, detrás de Lisa. La bomba no estalló de inmediato. Debió atravesar el techo hasta estallar en el suelo de piedra de la taberna. Jan vio que la parte posterior del techo saltaba por los aires y se esfumaba. Lisa también se esfumó. Después, Jan cayó cuando la parte del techo sobre la que estaba de pie se derrumbó. Mientras caía, oyó que Martha chillaba de terror. No volvió a ver a la chimpancé, ni a ninguna de las compañeras que estaban

con ella en el tejado.

Algo blando interrumpió su caída. Era una cama. Una de las famosas camas de la taberna, grandes y mullidas. Hasta podía ser la que Alsa y ella habrían ocupado en su cita nocturna..., si el día hubiera concluido como Jan esperaba. Más tarde, cuando Milo, durante uno de sus numerosos discursos sobre temas extravagantes, explicó a Jan el concepto de los universos paralelos, la joven pensó a menudo que, en uno de estos mundos casi idénticos, Alsa y ella habrían consumado su cita romántica.

No se quedó mucho rato en la cama, porque se ladeó cuando el suelo empezó a ceder. Saltó y se agarró al antepecho de una ventana. Miró hacia atrás y comprobó que existía. Era como si una gigantesca espada hubiera partido en dos el edificio.

La cama adquirió velocidad, se deslizó hacia el borde del suelo a punto de hundirse y desapareció. Oyó que se estrellaba contra el sótano. Levantó la vista y reparó en que había caído desde una altura de dos pisos. Por el boquete continuaban lloviendo escombros. Tenía que salir.

Trepó al antepecho y miró hacia abajo. El techo de la terraza que se extendía frente a la taberna se encontraba a pocos metros de distancia. Descendió, se colgó del canalón hasta posarse sobre el balcón desde allí. La ola expansiva de una bomba la derribó de inmediato. Quedó tendida al pie de la terraza, el rostro hundido en la tierra y las manos apretadas contra sus oídos ensordecidos, hasta que las bombas cesaron de caer. Sólo cuando estuvo segura de que el bombardeo había finalizado se levantó y atravesó la plaza destruida en busca de su madre. Entonces fue cuando se encontró con la aturdida Helen.

Nunca localizó el cadáver de Melissa, o tal vez no consiguió reconocerlo. Había partes de cuerpos diseminadas por la zona, pero no tuvo estómago para examinarlas de cerca. Sin embargo, encontró el cadáver de la caudillo Avedon. Su rostro estaba quemado, pero aún se veía el hongo que cubría un lado de su cabeza. Mejor morir así, reflexionó Jan, que sufrir una lenta y penosa agonía devorada por el hongo. Al menos, una de nosotras ha sacado algún provecho de este día aciago.

La plaza se estaba llenando de gente que no tenía otro lugar a donde huir de las llamas que calcinaban la ciudad. Jan vio a lo lejos a la caudillo Anna y, aliviada por ver a alguien conocido, aunque fuera la principal rival de su madre, corrió hacia ella.

—¡Anna! —gritó mientras corría, sin preocuparse de las formalidades en circunstancias tan lúgubres.

Anna se volvió cuando oyó que la llamaban. Frunció el ceño al ver que era Jan. Cuanto ésta se acercó a la caudillo, quedó sorprendida al ver que Anna desenvainaba la espada y se precipitaba hacia ella con diáfanas intenciones.

—¡Asquerosa! —gritó Anna—. ¡Hija del demonio madre que nos ha asesinado a todas! Ya que tu madre está muerta, al menos tendré la satisfacción de partirte en dos...

Jan, profundamente afligida, retrocedió y sacó su espada justo a tiempo de parar el primer mandoble de Anna, dirigido a su cabeza.

—¡No, Anna! ¡No quiero luchar contigo! —suplicó Jan. Pero comprendió que era inútil. Un brillo salvaje y aterrador iluminaba los ojos de Anna. Jan no podría convencerla. Paró otro golpe, tan fuerte que le dolió el brazo, y siguió retrocediendo. Comprendió que Anna tenía grandes posibilidades de acabar con ella. Su rabia histérica le proporcionaba una fuerza sobrenatural.

—¡Están lanzando más bombas! —gritó alguien.

Éste y otros gritos de alarma fueron suficientes para que Anna interrumpiera su ataque y mirara al cielo. Jan, sintiéndose de momento a salvo, la imitó. El Señor del Cielo se movía, y mientras lo hacía lanzaba al aire pequeños objetos negros, como una rana hembra que desovara en el agua de un estanque. Al principio, Jan pensó también que eran más bombas, pero no tardó en distinguir formas extrañas que surgían de cada objeto, consiguiendo aminorar su velocidad de caída.

Y cuando los objetos estuvieron más cercanos al suelo, Jan comprendió que eran Guerreros del Cielo. Cientos de ellos.

Jan había confiado en que muchos Guerreros se posaran en las hogueras provocadas por las bombas del Señor del Cielo y murieran abrasados, pero eran muy expertos en el manejo de los casquetes de tela negra que flotaban sobre ellos. Ningún Guerrero aterrizó en el interior de la ciudad, sino a su alrededor, en el espacio comprendido entre el límite de la ciudad y la muralla. Después, avanzaron a pie desde todas partes al mismo tiempo.

—¡Ya vuelven!

Una sólida muralla de armaduras negras avanzó por la amplia avenida hacia el hospital. Jan sabía que no existía la menor esperanza, pero tampoco sentía miedo. Sólo confiaba en que todo terminara pronto y su muerte fuera rápida. Apuntó de nuevo la ballesta y aguardó. La oleada negra avanzó. Disparó y su objetivo cayó junto con muchos otros, pero esta vez los Guerreros continuaron avanzando. Algunos disparaban sus largos rifles mientras corrían. Jan oyó los silbidos de las balas al surcar el aire. Tuvo la impresión de que una pasaba muy cerca de su cabeza. No iba a tener tiempo de recargar la ballesta, así que la tiró, desenvainó la espada y el hacha, y retrocedió al mismo tiempo. Las demás la imitaron. La mujer situada a la derecha de Jan gruñó de súbito y se desplomó. Jan apenas le dedicó una veloz mirada. En su frente se había abierto un limpio y redondo agujero. Jan envidió la rapidez de su muerte.

Los Guerreros empezaron a saltar sobre el muro. Jan nunca los había visto tan de cerca. Hasta podía ver sus ojos tras las estrechas rendijas de sus brillantes máscaras negras. Lanzaban gritos estremecedores mientras se acercaban. Jan, empuñando el

hacha en la mano izquierda y la espada en la derecha, se precipitó hacia ellos.

Liberaron la parte inferior de su cuerpo de un peso que la aplastaba. Después, una bota se hundió en su costado izquierdo y la movió de un lado a otro. Jan gimió y trató de abrir los ojos, pero tenía los párpados como pegoteados. El dolor de cabeza era insoportable y padecía una sed terrible.

—Ésta aún vive —dijo una voz. Una voz de hombre.

—No durará mucho, a juzgar por su aspecto. Le haríamos un favor a esa lombriz si le cortáramos el cuello.

Otra voz, también masculina. Gimió de nuevo, esta vez en voz alta, e intentó sentarse, pero su cuerpo rehusó moverse.

Oyó un crujido y notó que unos dedos enguantados aferraban su mentón y movían su cabeza de un lado a otro. Aguardó a que un cuchillo seccionara la parte expuesta de su garganta.

Pero entonces la mano soltó su mentón y los dedos exploraron su estómago, en la base del peto.

—No veo nada grave. Toda esa sangre no es suya —dijo la primera voz, ahora muy cercana.

—Debe de ser de este pobre bastardo —dijo la segunda voz—. Fíjate, parece que ella le alcanzó en el sobaco con un golpe de suerte.

«No fue un golpe de suerte», pensó Jan, ofendida, a través de la niebla rojiza de dolor que velaba su mente. «Cuando el Guerrero levantó los brazos para romperme la cabeza con la culata del rifle, le atravesé con toda limpieza».

—¿Qué opinas? —preguntó la primera voz.

—Sigo diciendo que le cortemos el cuello.

—Las órdenes fueron coger prisioneros, y hasta el momento hay muy pocos.

—Las órdenes fueron capturar prisioneros importantes, para que los Aristos les castiguen personalmente por su traición. ¿Te parece importante esta puta? Además, es demasiado joven.

—Bien —dijo la primera voz poco a poco—. Podría ser importante. Tal vez debajo de toda esa sangre hay una princesa de las lombrices. Al menos, esa armadura parece cara.

Se produjo una larga pausa.

—Si ésa es una princesa —dijo por fin la primera voz—, yo soy lord Pangloth, pero creo que nos la llevaremos. Si no satisface a los Aristos, podemos exigir nuestros derechos y venderla como esclava.

Manos enguantadas la agarraron por las muñecas y la pusieron bruscamente en pie. El violento movimiento consiguió que su dolor de cabeza alcanzara una grandísima intensidad. Jan gritó. Aún no podía abrir los ojos y habría caído,

completamente aturdida, si sus invisibles captores no la hubieran sostenido. Después, juntaron sus muñecas y notó que las ataban.

—¡Vamos! —ordenó la segunda voz, y alguien tiró de la cuerda. Ciega, consumida de dolor y angustia, Jan carecía de voluntad para resistirse, y dio los primeros pasos tambaleantes hacia su incierto destino.

No logró abrir los ojos hasta que llegaron a la plaza. Había empezado a llover con fuerza, y el agua fría diluyó la sangre seca que sellaba sus párpados. Vio la parte posterior de la armadura negra de un Guerrero del Cielo. La cuerda que ataba sus muñecas colgaba sobre su hombro. A su derecha caminaba otro Guerrero. Volvió la cabeza cuando ella le miró.

—Has recobrado la vista, ¿eh? —preguntó con frialdad. Sus ojos azules la escudriñaron desde detrás del feo casco—. Bien. Una esclava ciega no vale un céntimo.

Jan intentó contestar, pero tenía la garganta demasiado seca. Echó la cabeza hacia atrás y abrió la boca para beber el agua de lluvia. Sabía tan bien que, por un breve momento, se sintió contenta de seguir con vida. Después, miró a su alrededor y la desesperación la abrumó.

Lo poco que quedaba de Minerva era irreconocible. La lluvia había extinguido los incendios, pero habían durado lo suficiente para completar su tarea. Lo que las bombas no habían destruido, se había quemado. Vio que los Guerreros registraban las ruinas, en busca de botín. A juzgar por los montones de objetos diferentes agrupados en la plaza, no les había ido nada mal. Incluso había varios sacos de grano, lo cual significaba que habían descubierto los almacenes subterráneos. Los Guerreros del Cielo cargaban el fruto de su pillaje en dos cestas idénticas a la que fue destruida en los primeros momentos. Jan supuso que el Señor del Cielo colgaba sobre sus cabezas de nuevo, pero la lluvia lo ocultaba a la vista. Los cables a los que iban sujetas las cestas parecían desvanecerse en la nada a unos quince metros sobre el suelo.

Jan vio que la conducían hacia una gran jaula de mimbre toscamente construida. Una sola cuerda la sujetaba por la parte superior y, al igual que los cables de las cestas, se desvanecía en la bruma grisácea. Había unas veinte personas en la jaula. Cuando se acercó, no vio a ninguna parienta o amiga íntima. De hecho, sólo reconoció a algunas prisioneras. Si eran las únicas supervivientes minervanas, significaba que todos sus seres queridos habían muerto. Su madre, su padre, Alsa, todas sus amigas..., incluso Simon. Era demasiado doloroso para asumirlo. Hasta ahora, la muerte sólo le había arrebatado a un pariente cercano, su hermana mayor Pola, que había nacido durante la época de reproducción anterior a la de Jan. Pola había muerto combatiendo contra una banda de saqueadores, mientras se encontraba de guardia en una de las zonas exteriores de cultivo, unos seis años antes. A Jan le había costado mucho tiempo aceptar la muerte de Pola. Ahora, tenía que enfrentarse a



la muerte de todo su mundo.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó un Guerrero apostado junto a la jaula cuando los dos captores de Jan se detuvieron. El que sujetaba la cuerda empezó a liberar sus muñecas.

—No estoy seguro, señor —dijo el otro Guerrero, al que ella denominaba la «primera voz», el más simpático de los dos—. A juzgar por su armadura, hemos pensado que podía ser de alta alcurnia. Quizás una princesa, señor.

Un tercer Guerrero lanzó una risa despectiva cuando se acercó para examinarla.

—Las Amazonas no tienen princesas, soldado. No tenían, mejor dicho. Les gustaba jugar a que eran muy democráticas, pero tenían una especie de clase dirigente...

Cuando acercó su rostro cubierto con el casco, Jan reparó en que vestía un poco diferente de los otros dos. Debía de ser un oficial.

—¿Y bien, Amazona? —le preguntó—. ¿Eras alguien importante en este mundo de lombrices?

El agua de lluvia había calmado la sequedad de su garganta y pudo contestar.

—No —dijo con voz ronca—. Sólo era una guerrera.

Entonces, recordó que llevaba alrededor del cuello la cadena y el medallón que simbolizaban su condición de hija de un caudillo. Estaba escondida bajo la armadura, pero este oficial parecía conocer sus costumbres.

—Sólo una guerrera —repitió el oficial en tono despectivo. La cogió por el brazo y la arrastró hacia la jaula—. ¡Eh, vosotros! ¿Alguno sabe quién es esta chica?

Los minervanos, derrumbados contra los lados de la jaula, miraron a Jan. Sus rostros estaban demacrados de angustia y fatiga. Más de la mitad eran hombres.

—¿Y bien? —preguntó el Guerrero.

Todos los ocupantes de la jaula menearon la cabeza. Jan experimentó cierto alivio. Aún le daba igual vivir o morir, pero, a juzgar por lo que los otros dos Guerreros habían comentado acerca de los «Aristos», fueran quienes fueran, no deseaba caer en sus manos. La idea de la tortura la aterrorizaba.

—Asunto concluido —murmuró el oficial, enojado—. Quitadle la armadura y metedla en la jaula con el resto de las lombrices.

La empujó hacia los otros dos.

Soltaron las hebillas de su peto. Un escalofrío de pánico la recorrió de pies a cabeza. Estaba segura de que el oficial se fijaría en el medallón, como así sucedió.

Se acercó a ella y aferró el medallón.

—Esto sí que es interesante —dijo—. Parece de oro macizo. ¿Cuál es su significado?

Jan tragó saliva.

—Es... una medalla. La gané. Por valentía. En la muralla. Intercepté a un lagarto

gigante cuando intentaba penetrar...

Mientras hablaba, experimentó una oleada de repugnancia. Mentir patéticamente a estos bastardos para salvarse. Si su madre pudiera oírla...

Respingó cuando un oficial tiró sin previo aviso del medallón y lo desprendió de la cadena. Lo guardó en una bolsa que colgaba de su cinturón.

—Conque una pequeña y valiente amazona, ¿eh? Porque eres pequeña, para ser amazona. Eres de la misma talla que sus eunucos.

—Eh, pensamos que podríamos reclamarla para nosotros si nadie la quiere —dijo la «segunda voz», vacilante—. Intentaríamos venderla como esclava.

—No hay problema —respondió el oficial—, salvo que quiero un porcentaje.

—Oh, por supuesto, señor —dijo la «segunda voz»—. Huelga decirlo, señor.

—Me alegro —dijo el oficial con sequedad—. Terminad con ella y reuníos con vuestra unidad. No tardaremos en marcharnos.

—Sí, señor.

La obligaron a quitarse los guantes, las botas y el cinturón de las armas. Después, la «segunda voz» registró sus ropas, tal vez en busca de algún arma oculta. Ella retrocedió, temerosa de que fuera el preludio a la violación.

La bomba continuaba en su interior. La sentía dentro de su envoltorio de tela. Deseó haberla perdido durante la batalla, o mientras estaba inconsciente.

El cacheo terminó enseguida y la empujaron hacia una entrada lateral de la jaula, que un Guerrero había abierto. Oyó el ruido de la puerta al cerrarse detrás de ella.

—Pásatelo bien con tus amigos mientras puedas. Pronto emprenderás un viaje muy interesante —dijo el oficial, y lanzó una carcajada.

Jan se sentó entre dos de las mujeres. Se sentía muy débil y un dolor insufrible laceraba su cabeza. Cuando el oficial y los dos Guerreros, uno de los cuales cargaba con su peto y demás accesorios, se alejaron, la mujer de su derecha dijo:

—Tú eres la hija de la caudillo Melissa, ¿verdad? La responsable de este desastre.

Jan la miró. Le resultaba vagamente familiar, pero no sabía su nombre. Por un momento, Jan pensó en negar que era la hija de Melissa, pero decidió revolverse contra un acto de tamaña cobardía.

—Mi madre no fue la única responsable. La mayoría del Consejo votó a su favor en dos ocasiones.

—Da igual, fue idea suya desafiar al Señor del Cielo. Y mira lo que hemos ganado.

La mujer levantó una flácida mano para señalar las ruinas humeantes de la ciudad.

Jan suspiró. Carecía de fuerzas para discutir.

—¿Por qué no le has dicho al Guerrero quién era?

—Al principio no estaba segura. Ahora sí.

Los ojos vidriosos de la mujer contemplaron a Jan con frío desprecio. Jan recordó la forma en que Anna la había mirado en el momento de atacarla. Si no hubiera sido porque la llegada de los Guerreros la había distraído, Anna la habría matado, probablemente. Jan sintió que el peso de su desesperación se hacía más abrumador. No sólo estaba en manos de sus enemigos, sino que su propio pueblo la odiaba. Paseó la mirada por la jaula. Los que habían escuchado las palabras de la mujer la contemplaban con el mismo desprecio, incluso los hombres. Cerró los ojos. Que hagan lo que quieran.

No era justo, reflexionó con amargura. No era justo que siguiera viva. No tenía derecho a vivir. Se había convencido de que moriría durante la batalla final en el hospital. Los defensores habían sido barridos a las primeras de cambio, y de repente se había encontrado sola ante un mar de Guerreros. Uno de ellos se encontraba frente a ella, con la culata del rifle levantada para golpearla, y ella le había clavado la espada. Después, ya no recordaba nada. Suponía que el Guerrero la había golpeado con la culata mientras caía, dejándola inconsciente. La habían dado por muerta porque el cuerpo y la sangre del Guerrero la cubrían, hasta que la batalla finalizó y los Guerreros empezaron a pensar en los prisioneros. Se preguntó qué les habría sucedido a todos los heridos indefensos del hospital, y luego cerró su mente a la evidente verdad...

La lluvia amainó al cabo de una media hora. Abrió los ojos y levantó la vista. La bruma grisácea continuaba ocultando al Señor del Cielo, pero presintió que flotaba a muy baja altitud e imaginó que oía el zumbido de sus numerosos motores. Quedaban muy pocos Guerreros en la plaza y sólo una cesta. Pensó que no tardarían en partir. El hecho de que aún no hubieran izado la jaula hasta el Señor del Cielo la desconcertaba. Miró de nuevo la única cuerda sujeta a la parte superior de la jaula. Era gruesa, pero deshilachada. No le hacía ninguna gracia la idea de que debiera subir a veintidós personas, aunque fuera durante un trayecto tan breve.

Poco tiempo después izaron la última cesta, que ocupaban los últimos Guerreros y su botín, pero la jaula continuó en la plaza devastada por las bombas. Jan consideró inquietante la situación. ¿Qué les reservaban?

La jaula de mimbre se elevó por fin con un crujido de protesta. Jan y los demás tuvieron que sujetarse a toda prisa cuando la jaula empezó a oscilar al extremo de la cuerda, que también emitía crujidos de protesta. Uno de los hombres lanzó un grito de espanto. Jan no le censuró.

Muy pronto se vieron envueltos por la capa de nubes grises. Jan ni siquiera podía ver a la mujer sentada a su lado. Se agarró con más fuerza a los barrotes de mimbre cuando las oscilaciones empeoraron. Se sentía mareada y cerró los ojos, pero no sirvió de nada. Por más que temiera encontrarse a bordo del Señor del Cielo, rogó a Dios Madre que el viaje acabara cuanto antes.

Después de lo que pareció una eternidad, la jaula emergió de las nubes. Jan abrió los ojos. Sobre su cabeza, inmenso y aterrador como siempre, flotaba el *Lord Pangloth*. La cuerda que sujetaba la jaula parecía tan frágil como un hilo de algodón, comparada con la panza de la inmensa nave. Después, Jan se dio cuenta de algo que estuvo a punto de provocarle vómitos de terror.

La jaula ascendía mientras el Señor del Cielo hacía lo propio, pero no era izada hacia la nave. Simplemente, colgaba del extremo de la cuerda. Una ojeada a la capa de nubes que habían dejado más abajo confirmó este temor. Ascendían con gran rapidez sobre la nube, pero no se acercaban ni un milímetro al Señor del Cielo.

Los demás también se habían dado cuenta.

—¿Qué pasa? —lloriqueó una mujer—. ¿Por qué no nos suben?

La jaula, que seguía oscilando, emitía sin cesar alarmantes crujidos. A Jan no le habría sorprendido que todo el armatoste se desmoronara a su alrededor. El suelo, a través del cual se veía la capa de nubes, parecía especialmente inestable. Se decidió a trepar un poco por el costado de la jaula, afianzando los brazos y las piernas en las brechas del entramado. No era muy cómodo, pero se sintió más segura.

—¡No nos movemos! —gritó alguien—. ¿Qué están haciendo esos bastardos?

—¡Van a cortar la cuerda! ¡Lo sé! —gritó una mujer, con voz aterrada. Un hombre se puso a llorar.

Jan estaba pensando lo mismo. O eso, o el Señor del Cielo intentaba dejarles en la jaula hasta que murieran de hambre, sed, exposición a los elementos, o las tres cosas a la vez. Entonces, ¿por qué habían hablado de venderles como esclavos?

Sus dientes castañeteaban. El frío aumentaba a medida que subían, y ella, como el resto, estaba empapada de humedad. «Muy bien, voy a lograr mi deseo, al fin y al cabo. Voy a morir», pensó.

—Uno de nosotros debería trepar y desanudar la cuerda —dijo al cabo de un rato la mujer que había reconocido a Jan—. Mejor morir por decisión propia que a manos de esos monstruos machistas.

Jan se apresuró a oponerse. Aún quería morir, pero no de esa forma. No podía soportar la idea de la larga caída a través de las nubes hasta estrellarse en el suelo distante.

La mujer se burló de ella.

—He aquí el honor de la familia de Melissa. Su hija es una cobarde.

—¡No lo soy! No lo entiendes... Por el honor de Minerva y de mi madre debo llegar viva al Señor del Cielo.

—Ah, ¿sí? —dijo la mujer, dedicándole una sonrisa escéptica—. ¿Y por qué?

Jan se arrepintió al instante de sus palabras, pero decidió continuar.

—Mi misión es... destruir al *Lord Pangloth*.

Enseguida se dio cuenta de lo ridícula que resultaba su afirmación. No le

sorprendió que la mujer riera, como las demás que la habían oído.

—¿Vas a destruir al Señor del Cielo? ¿Y cómo realizarás esa pequeña hazaña, hija de Melissa?

—Yo... llevo algo oculto... en mi persona. Un arma. Fabricada por Helen.

Se sintió absurda. Sabía que estaba diciendo todo esto para continuar con vida un poco más. No creía que existiera la menor probabilidad de causar el daño más ínfimo al Señor del Cielo con la diminuta bomba de Helen. Además, el plan había consistido en que varias minervanas introducirían varias bombas similares en el *Lord Pangloth*.

La mujer volvió a reír.

—¿Un arma? ¿Qué clase de arma? ¿Y dónde está? Quizás una aguja escondida en tu pelo. ¿Piensas utilizarla para liberar todo el gas del *Pangloth*? ¡Estás tan chiflada como tu madre, muchacha!

—¡Hemos dejado de subir! —gritó un hombre, antes de que Jan pudiera replicar.

Era cierto. El Señor del Cielo ya no ascendía, sino que empezaba a avanzar con creciente velocidad. Muy pronto, un fuerte viento azotó la jaula, imposibilitando la conversación. Y frente al Señor del Cielo, Jan vio algo que la convenció de que la frágil jaula no permanecería unida al gigante del cielo durante mucho tiempo más. Era una gigantesca nube negra de tormenta, y el Señor del Cielo aparentaba dirigirse en línea recta hacia ella.

## 6

El vuelo a través de la nube de tormenta fue el más aterrador vivido por Jan. Ya estaba oscureciendo cuando el Señor del Cielo se acercó a la siniestra masa de nubes, pero en su interior se hizo la negrura más absoluta. El zarandeo que sufrían la jaula y sus ocupantes alcanzó la máxima intensidad. A veces, la jaula era arrebatada hacia lo alto con gran violencia y se desplomaba de repente. En cada ocasión, Jan estuvo segura de que la cuerda deshilachada se rompería, y gritó.

Luego, retumbaron truenos sobrecogedores, seguidos de los centelleos de los rayos. Jan tuvo la impresión de que se encontraban en el corazón de la tormenta, y temía que un rayo les fulminara de un momento a otro. Jamás se había sentido tan insignificante y desvalida, brazos y piernas asidos al entramado de la jaula, los ojos cerrados, suplicando sin cesar a Dios Madre la salvación, sacudida por el viento, empapada por la lluvia, ensordecida por los truenos y cegada por los rayos.

Cuando ya se había convencido de que la cuerda se había partido mucho rato antes, y de que la jaula se hallaba a merced de los vientos que la arrastraban, sin caer a tierra en ningún momento, los zarandeos cesaron bruscamente. Abrió los ojos y vio que la jaula estaba suspendida en una atmósfera limpia y serena, y oyó de nuevo los poderosos motores del Señor del Cielo. Hileras de luces iluminaban la inmensa panza de la nave. Liberó brazos y piernas del entramado y se dejó caer al suelo de la jaula. Hacía mucho frío y le dolía todo el cuerpo, pero estaba demasiado agotada para reparar en ello. Se durmió.

Despertó bañada por un sol radiante. A través del suelo vio que la tierra estaba muy cercana. Pasaban sobre yermos, teñidos de engañosos colores brillantes y diversos. Las copas de los árboles y de los hongos más grandes parecían encontrarse a escasos metros de distancia.

Se incorporó y descubrió que tenía todos los músculos entumecidos y doloridos, pero el calor del sol sobre su piel le sentó de maravilla. Se dio cuenta de que estaba muy hambrienta. ¿Cuánto hacía que no comía? Veinticuatro horas, como mínimo.

Estaba rodeada de formas dormidas, o eso pensó al principio, porque, cuando tocó a un hombre en el brazo para despertarle, descubrió, horrorizada, que estaba frío y rígido. Muerto.

Por un momento, tuvo la impresión de que era la única superviviente, pero experimentó un gran alivio al tocar el hombro de una mujer y sentirlo caliente. La mujer se estiró, gruñó y abrió los ojos.

—Ah, eres tú —dijo—. La hija chiflada de Melissa. Déjame dormir en paz, idiota.

Jan no se había dado cuenta de que la mujer era su acusadora. Su rostro parecía haberse encogido durante la noche. Estaba demacrado y presentaba grandes ojeras

negruzcas bajo los ojos. Jan se preguntó si ella tendría mejor aspecto.

—Este hombre está muerto —explicó Jan con voz ronca.

La mujer se incorporó con dificultades y dedicó al hombre un breve vistazo.

—Un ser afortunado —respondió—. Le envidio. Se ha reunido con Dios Madre. Si su vida ha estado limpia de pecado, renacerá como mujer y habrá avanzado un paso hacia el paraíso.

Jan sabía que decía la verdad, pero no la consoló de estar tan cerca de un cadáver. Pasó la mano sobre el muerto y tocó la pierna de la mujer que yacía junto a él. La apartó al instante. La mujer también estaba muerta.

La jaula dio una sacudida. Jan jadeó y buscó un asidero. Volvió a sacudirse. La joven levantó la vista.

—¡Nos estamos moviendo! —exclamó—. ¡Estamos subiendo!

Mientras izaban la jaula hacia la gran panza del Señor del Cielo, varios ocupantes más se despertaron e incorporaron. En siete casos no fue así. Supuso que habían muerto de frío, o tal vez de miedo. Y ella volvía a encontrarse entre los supervivientes. Quizás estaba escrito. Quizá tenía una misión, a fin de cuentas. ¿La mantenía con vida Dios Madre para que cumpliera las instrucciones de Melissa? La idea no le resultaba tranquilizadora.

Los supervivientes intercambiaron temerosas miradas, a medida que el bulto de la nave ocultaba el cielo. Subían hacia un cuadrado abierto en el casco. El corazón de Jan se aceleró y su aprensión aumentó. ¿Qué les deparaba el Señor del Cielo? ¿Qué nuevos horrores les reservaban los tripulantes del *lord Pangloth*?

La jaula pasó a través de la abertura en el casco y Jan vio que se encontraban en una enorme estancia a oscuras y de techo alto, del que colgaban varias piezas de maquinaria, incluido el montacargas que había subido la jaula. Cuando los ojos de Jan se adaptaron a la oscuridad, comprobó que había mucha gente en la estancia.

La abertura del casco se cerró lentamente con un siseo y la jaula fue depositada en el suelo con brusquedad. Las figuras que aguardaban en las sombras se acercaron a la jaula. Todos eran hombres. Algunos iban vestidos de negro y portaban armas; eran Guerreros sin armadura. Los demás llevaban trajes abolsados de una sola pieza, de diversos colores, pero todos apagados. Sobrecogida de terror, Jan no pudo evitar un estremecimiento. Sabía que los Guerreros eran hombres, pero ocultos tras sus armaduras y cascos podía reprimir esa certeza; ahora, sin embargo, no le quedaba otra elección que enfrentarse a la idea de que estaba rodeada de hombres. Hombres que no se parecían en nada a los de Minerva, sino que eran los descendientes inalterados de los Hombres Antiguos, los monstruos que habían subyugado y maltratado a las mujeres durante miles de años, que habían violado al mundo con su codicia, agresividad y maligna tecnología, destruyéndolo todo por fin con las Guerras Genéticas. Durante toda su vida la habían enseñado a temer y denigrar a esos seres, y

ahora se encontraba a su merced.

Los Guerreros y los demás hombres contemplaban a los ocupantes de la jaula con una mezcla de desprecio y diversión.

—¡Eh, Amazonas! —gritó uno—. Se os han pasado las ganas de luchar, ¿verdad?

—¡Sacadnos de aquí y veréis! —replicó la mujer que había acusado a Jan. Ésta deseó poseer la valentía de decir estas palabras.

Entonces, dos personas cuya apariencia era muy diferente de las demás que les rodeaban, se abrieron paso entre los Guerreros. Jan se quedó sorprendida al ver que una era mujer. El hombre, que la precedía, vestía una chaqueta rojo sangre de manga larga. La chaqueta le llegaba justo por debajo de la cintura y, en lugar de pantalones, llevaba lo que aparentaban ser leotardos blancos, muy finos y ajustados, que revelaban la musculatura de sus piernas. Jan estaba segura de que también pondrían de relieve la forma de sus órganos sexuales, que cubría un morral rojo prominente hecho de piel correosa. El largo cabello negro le colgaba hasta los hombros, y parecía que su largo y arrogante rostro estaba cubierto de un polvo blanco, mientras que los labios eran del mismo color que la chaqueta.

El aspecto de la mujer aún era más extravagante. También iba vestida de rojo, pero su traje era de un tipo que Jan nunca había visto. Le ceñía tanto el talle que Jan se preguntó cómo podía respirar. La estrechez anormal de su cintura servía para acentuar sus caderas y el torso, casi totalmente expuesto gracias al escote que revelaba la mayor parte de sus voluminosos senos. El asombro de Jan aumentó cuando observó que llevaba bajo el vestido una especie de corsé que elevaba sus pechos y los mantenía muy juntos.

Al igual que el hombre, la mujer también tenía la cara cubierta de polvo blanco y los labios pintados de rojo, pero llevaba el cabello rubio recogido sobre la cabeza y sujeto con numerosos alfileres enjorjados.

Sólo cuando el hombre empezó a hablar, Jan logró apartar la vista de la aparición que era la mujer.

—Soy el príncipe Magid, gran canciller del *Lord Pangloth* —anunció con voz firme y alta—. He venido a informaros de la decisión que ha tomado el *Lord Pangloth* respecto a vuestra suerte. Por haber osado rebelaros contra la justa ley del Señor del Cielo, habéis conculcado todos los derechos que el *Lord Pangloth* os concedió generosamente. Vuestra comunidad violó la primera ley de los Señores del Cielo cuando construisteis ingenios capaces de volar, sabiendo que el cielo es dominio exclusivo de los Señores del Cielo, para siempre prohibidos a vosotros. Y después, osasteis utilizar esos ingenios contra el *Lord Pangloth*, en un traicionero intento de destruir a vuestro soberano. Que ese intento estaba condenado a fracasar no disminuye un ápice la enormidad de vuestro crimen.

»Los demás miembros de vuestra comunidad ya han purgado su delito; ahora os



toca a vosotros. Tenéis dos alternativas: la muerte, o la esclavitud hasta el fin de vuestros días. Y así será. Tenéis un minuto para tomar la decisión.

Se hizo el silencio. Jan se volvió y miró a los demás. Sólo quedaban trece minervanos vivos de los veinte prisioneros. Nueve mujeres y cuatro hombres. De los siete que habían muerto durante la noche, cinco eran hombres. Como Jan suponía, su acusadora fue la primera en hablar. Y Jan sabía lo que iba a decir antes de que abriera la boca.

—Yo digo que elegimos la muerte. Por el honor de la memoria de Minerva y por nuestras hermanas muertas.

—¡Sí, la muerte! —aprobó otra mujer en voz alta.

Otras tres mujeres murmuraron su aquiescencia con menos entusiasmo. Los cuatro hombres aparentaban nerviosismo.

—Bien, ¿qué dice la hija de Melissa? —preguntó la mujer con frialdad, volviéndose hacia Jan.

Jan estaba indecisa. Su deseo de morir se había desvanecido aquella mañana, cuando el beso del sol sobre su piel la despertó, pero al mismo tiempo detestaba la idea de someterse a los hombres del Señor del Cielo siquiera un minuto, mucho menos toda su vida. Además, debía pensar en su misión. Dudaba de que tuviera la menor posibilidad de triunfar, pero su sentido del honor la impulsaba a ello.

—Justo lo que pensaba —dijo la mujer, porque Jan no contestaba.

—Vuestro tiempo ha terminado —dijo el hombre de rojo.

Dos Guerreros se adelantaron y abrieron la puerta de la jaula. Los demás desenvainaron sus espadas.

—Salid, y anunciad vuestra decisión.

Desfilaron lentamente y se alinearon frente a la jaula, siguiendo las órdenes vociferadas por los Guerreros. Jan dedicó una última mirada fugaz a las siete formas patéticas tendidas en la jaula.

—Bien, ¿cuál es? —preguntó el gran canciller con su voz alta y fuerte. Daba la impresión de que no estaba acostumbrado a hablar en voz tan alta—. Los que prefieran la muerte, un paso al frente.

La acusadora de Jan avanzó sin vacilar. Cuatro mujeres la siguieron tras una brevísima pausa. Después, una a una, y con evidente renuencia, las restantes cuatro se unieron a las demás. Sólo Jan y los cuatro hombres permanecieron en la fila. Jan se sentía humillada. Deseaba dar aquel paso adelante crucial, pero no podía.

Su acusadora se volvió para mirarla. No dijo nada, pero su desprecio era obvio. Jan bajó la vista.

—¿Tantas estáis ansiosas de morir? —preguntó el gran canciller.

Parecía sorprendido, y murmullos de decepción se elevaron de los Guerreros. Jan supuso que tenían un interés económico en el desenlace. De todos modos, si los

Guerreros les querían como esclavos, ¿por qué habían descuidado tanto su seguridad en la jaula?

—Mejor muertas que padecer el deshonor definitivo —dijo la acusadora de Jan. Ésta la envidió de nuevo. Si ella hubiera dicho esas mismas palabras, estaba segura de que la habrían tomado por idiota—. Sólo pedimos una muerte limpia y que nuestros cuerpos no sean mancillados antes del fin.

—Vuestras muertes serán limpias —contestó el gran canciller, irritado—, y no seréis molestadas. Y ésa, ¿qué? ¿Por qué no comparte vuestro deseo irracional de ser destruida?

Jan levantó la vista y vio que la señalaba a ella.

—Es nuestra arma secreta —dijo la mujer con frialdad—. Va a destruirnos a todos y a vuestro Señor del Cielo de un solo golpe. Al menos, eso es lo que nos ha dicho...

El gran canciller, su acompañante femenina y todos los demás hombres rieron. Jan sintió un súbito calor en sus mejillas. Quería morir..., pero no lo bastante, pensó avergonzada, para dar un paso y unirse a las demás.

Cuando las carcajadas remitieron, el gran canciller suspiró.

—Muy bien, terminemos de una vez este desagradable asunto. Las que habéis escogido la muerte, volved a la jaula.

Jan evitó los ojos de las nueve mujeres cuando volvieron a entrar lentamente en la jaula. Los cuatro hombres permanecieron con las cabezas gachas. Después, un Guerrero empujó a un lado a Jan. Tenía una gran barba negra. Jan nunca había visto una barba semejante. Los hombres de Minerva casi nunca se dejaban barba.

Se oyó el zumbido de una maquinaria y la jaula se elevó unos metros del suelo. Mientras se balanceaba al extremo de la cuerda, la abertura apareció de nuevo. Jan todavía se sintió peor. Sabía lo que iba a suceder, y también las presas de la jaula. Algunas empezaron a rezar en voz alta a Dios Madre. Jan cerró los ojos.

—¡Hija de Melissa!

Abrió los ojos y vio que su acusadora la miraba a través de los barrotes de la jaula.

—¡Hija de Melissa! ¿Por qué eres tan modesta? Estoy segura de que a tus amos les encantará saber...

La jaula cayó. Sin previo aviso. Dio la impresión de que se desvanecía. Jan supuso que alguien se había limitado a cortar la cuerda deshilachada. Se tambaleó, mareada, y pensó que iba a desmayarse, pero la sensación pasó. De repente, se encontró frente a frente con el gran canciller. Una vaharada de perfume muy intenso y dulzón invadió su nariz, provocándole náuseas. La mujer estaba detrás de él, mirando sobre su hombro a Jan con suma curiosidad.

—¿Cómo te llamas, muchacha? —preguntó el hombre.

—Jan. Jan Dorvin.

—¿De qué hablaba la mujer hace un momento?

Jan agitó la cabeza.

—No lo sé. Yo no le caía bien. Cree..., creía que soy una cobarde.

El gran canciller se acarició su pequeña barba puntiaguda con aire pensativo.

—Por tu bien, mejor que seas una cobarde —dijo a continuación—, pues será la única manera de que sigas con vida. Si cometes el menor acto de desobediencia, compartirás de inmediato el destino de tus fallecidas compatriotas. ¿Comprendido?

—Sí —dijo Jan, casi en un susurro.

—Bien. —El gran canciller se volvió hacia los cuatro hombres minervanos—. Lo mismo os digo, eunucos, aunque sé que la desobediencia no forma parte de vuestra naturaleza. Aun así, quedáis advertidos. ¿Comprendido?

Los cuatro asintieron. Jan experimentó un sentimiento de desprecio hacia ellos, que reprimió al instante. No podía acusar a los demás de cobardía. Tampoco estaba segura de que fueran cobardes. Había visto a varios hombres de Minerva luchando junto a las mujeres en los combates de ayer. No habían peleado bien, y los Guerreros pronto habían dado buena cuenta de ellos, pero habían hecho el esfuerzo y les respetaba. Al mismo tiempo, empero, la visión de hombres minervanos empuñando espadas la había inquietado profundamente..., como ya esperaba.

El gran canciller paseó una mirada inquisitiva a su alrededor.

—Supongo que alguno de vosotros habrá solicitado derecho de esclavitud sobre estos supervivientes. En tal caso, decidlo.

—Yo, Gregory Tanith del Tercer Batallón, y en nombre del guerrero Martin Sundin, también del Tercer Batallón, reclamo derechos de esclavitud sobre esta hembra minervana —dijo el Guerrero de la barba negra que aún la sujetaba del brazo. Jan, sorprendida, se dio cuenta de que era la «primera voz».

El gran canciller cabeceó con impaciencia.

—¿Posees verificación oficial de esta reclamación?

—En efecto. El oficial Kaplan del Tercer Batallón la verificará.

—Muy bien, se admite la reclamación. ¿A quién pretendes venderla?

—Hemos pensado en el maestro Bannion. Sus limpiacristales han sufrido algunas bajas.

El gran canciller manifestó su aprobación con un cabeceo.

—Bien. Si aún le quedan arrestos a esta amazona, trabajar con la pandilla de Bannion no tardará en arrebatarlos.

—Oh, Basil, es una pena que vaya a parar con los patanes de Bannion. Es una criatura muy bonita. ¿Por qué no me la compras? Podría educarla para que fuera mi doncella.

Era la mujer, que aún no había hablado. Se expresaba con mucha cautela. Jan tuvo la impresión de que intentaba imitar a una niña.

—No seas ridícula —contestó el gran canciller, irritado—. No permitiré que tengas como doncella a una amazona. Además, aún no sabemos si es portadora de enfermedades infecciosas. Si es así, que las padezca la escoria de Bannion.

La mujer asintió con docilidad y calló. Después, el gran canciller dedicó su atención a los reclamantes de los cuatro hombres minervanos. Jan se sintió decepcionada al oír que serían vendidos a diferentes «maestres cofrades», fueran quienes fueran. No quería separarse de los únicos supervivientes minervanos, aunque fueran hombres. De pronto, su barbudo «propietario» la empujó a través de la multitud y se sintió muy sola.

Atravesaron un amplio portal sobre el que un letrado rezaba DESCONTAMINACIÓN. En la sala a la que accedieron, un hombre de aspecto aburrido y piel muy pálida estaba sentado a una mesa. Sobre un lado de la mesa había un montón de ropa. Una chispa de interés brilló en los ojos del hombre cuando vio a Jan. Sonrió.

—Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí? ¿Una de esas amazonas minervanas?

—La única —dijo Tanith—. El resto de las mujeres optaron por la caída. Aparte de ella, sólo quedan cuatro hombres.

—Qué pena —dijo el hombre sentado, meneando con desaprobación la cabeza—. ¿A quién va destinada?

—A Bannion. Va destinada a una de sus cuadrillas.

El hombre pálido sonrió. No fue una sonrisa agradable. Cuanto más oía hablar de Bannion y su gente, más aumentaba el nerviosismo de Jan.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el hombre.

—Jan —murmuró.

—Bien, Jan, quítate la ropa. Toda.

Era lo que temía.

—¿Va a... —se obligó a pronunciar la detestaba palabra—, violarme?

Los dos hombres intercambiaron una mirada y rieron.

—¿Qué te has creído, lombriz? ¿Piensas que estamos locos? Sólo Dios sabe qué clase de enfermedades incubas en tu interior —dijo el hombre sentado, desdeñoso—. Mi trabajo consiste en asegurarme de que tu exterior esté limpio, como mínimo. Quítate la ropa.

Jan, lentamente y a regañadientes, se quitó la falda, la camiseta y la ropa interior. Aparte de su terrible turbación, temía que la sometieran a un registro íntimo. Era muy consciente de la bomba que portaba en sus entrañas. Tuvo la impresión de que había aumentado de tamaño.

—Caray, mira qué músculos —dijo el hombre del escritorio, levantándose.

—Todas las amazonas tienen, tenían, esta estructura —dijo Tanith con aire de cansancio—, pero es más baja de lo normal.

El hombre del escritorio la miró de arriba abajo. Jan deseó hacer dos cosas:

golpearle con fuerza en la cara y vomitar.

—Es una pena malgastarla en las víboras de Bannion —dijo a Tanith.

—Sí. Escucha, he de volver a mi puesto, así que date prisa.

—Bien, no quiero, pero lo haré, soldado.

Guiñó el ojo a Jan, cogió un palo con un gancho en el extremo, enganchó sus ropas y las tiró en la abertura de una rampa practicada en el muro, junto a su escritorio. Tiró de una palanca y Jan adivinó que sus ropas caían ahora hacia tierra.

—Pasa por esa puerta, muchacha. ¡Muévete! —ordenó, señalando una puerta estrecha situada al final de la pequeña habitación. Jan vaciló—. Vamos, no te pasará nada. Ahí dentro no, al menos.

Jan se acercó a la puerta con cautela y la abrió. Daba acceso a una ducha. El hecho de que no la hubieran registrado la había tranquilizado. El que la considerasen una salvaje plagada de enfermedades tenía sus ventajas.

Se quedó bajo el aspersor de una ducha. Levantó la vista, expectante, y un chorro de líquido blanco que irritó sus ojos y olía horriblemente la golpeó de repente en la cara. Todos los aspersores del cubículo despedían el asqueroso líquido, y un poco le entró en la boca, provocándole náuseas. Se acercó a la puerta y movió el tirador. La puerta no se abrió. La golpeó con las manos.

—¡Déjenme salir! —gritó—. ¡Socorro! El olor empeoró. Le costaba respirar. Cayó de rodillas, tosiendo y sufriendo bascas.

El siseo de los aspersores se desvaneció. Jan miró a su alrededor con ojos llorosos. El líquido blanco desaparecía por las rejillas del suelo, pero estaba cubierta por él. Se levantó y forcejeó de nuevo con la puerta, que seguía cerrada. Los aspersores cobraron vida una vez más. Jan se volvió alarmada, pero ahora proyectaban agua normal.

Extendió la mano hacia el chorro más próximo, vacilante, y lo lamió. Tenía un sabor mohoso, pero era agua, definitivamente. Se puso bajo la ducha y se limpió el irritante y maloliente líquido blanco del cuerpo. Cuando hubo terminado, el agua cesó de manar y la puerta se abrió.

Volvió a la habitación. Los dos hombres la contemplaron con ironía. Jan escupió en el suelo, en parte para eliminar de su garganta el sabor y en parte para expresar su cólera.

—Bastardos —dijo—. Podíais haberme advertido. ¿Qué es ese líquido?

Tanith se acercó a ella y la abofeteó con su mano enguantada. La fuerza del golpe la derribó.

—Regla número uno —dijo el hombre, mirándola—. Nunca debes mostrarte insolente con un Guerrero o con un Hombre Libre. Puedes comportarte con los esclavos como te dé la gana, pero si insultas deliberadamente otra vez a un Hombre Libre, serás arrojada a tierra. ¿Comprendido?

Jan asintió en silencio, mientras se frotaba la mejilla dolorida. Brotó sangre de su labio partido.

—El líquido blanco era un poderoso desinfectante —explicó Tanith—. La piel y los ojos te escocerán durante unos días, pero no sufrirás secuelas a largo plazo.

Se agachó y la ayudó a incorporarse.

El hombre del escritorio se acercó, todavía sonriente, con un montón de ropa en la mano, que tendió a Jan.

—Ponte esto.

Jan comprobó que se trataba de uno de aquellos trajes abolsados de una pieza que había visto antes. Mientras se lo ponía, maravillada del extraño cierre que abrochaba el traje como por arte de magia, Tanith preguntó:

—¿Cuántos años tienes, Jan?

—Dieciocho.

El hombre apoyó una mano en su hombro.

—¿Sólo? Bien, ya es hora de que veas tu nuevo mundo. El lugar donde pasarás el resto de tus ciento ochenta y pico años..., si tienes suerte.

Lo que más impresionó a Jan al principio fue el olor. Nunca había estado tan cerca de tantos cuerpos humanos sin lavar. Y había otros olores, además... todos ellos malos. Observó montones de excrementos animales en el entramado de paja que constituía la superficie de la «calle» y se preguntó por qué la gente no se molestaba en recogerlos y tirarlos fuera de la nave.

Mientras seguía a Tanith por la calle, tenía que recordar una y otra vez que se hallaba a bordo del Señor del Cielo. De no ser por el techo bajo, provisto de luces brillantes como el día, podría estar caminando por la principal arteria de alguna ciudad muy poblada pero increíblemente sucia. A ambos lados de lo que identificó como un amplísimo pasillo se veían escaparates de tiendas y otras fachadas de edificios, con puertas y ventanas. El pasillo era muy largo, y Jan tuvo la impresión de que llevaba caminando horas, aunque sabía que sólo habrían pasado unos quince minutos desde que Tanith y ella salieran de la pequeña habitación móvil que les había sacado de la sección de descontaminación.

Su primer examen detenido de la forma de vida que imperaba a bordo del Señor del Cielo la conmocionó. Ninguna de sus fantasías infantiles acerca de lo que ocurría en el interior de la inmensa nave la había preparado para la inmundicia que observó en cuanto salió a la calle. Aparte de las multitudes vestidas con sus monótonas ropas (algunas llevaban poco más que andrajos), había muchos animales: cabras, cerdos, pollos, incluso ovejas. También se veían numerosos niños de edades diversas, lo cual demostraba que el Pueblo Celestial no respetaba las épocas de reproducción...

Jan atrajo la atención durante todo el trayecto, casi siempre antagonista. Los hombres, y algunas mujeres, la insultaron, llamándola «amazona», «lombriz», «escoria terrenal» y cosas peores. En un momento dado, un encolerizado individuo se plantó frente a Tanith y preguntó por qué motivo paseaba por el centro de la ciudad a una lombriz devorada por las enfermedades. Tanith llevó significativamente la mano al puño de la espada y dijo al hombre que se apartara de su camino. El hombre obedeció, pero no antes de escupir a Jan.

Un rato después, el equilibrio emocional de Jan se rompió cuando una mujer se detuvo ante ella y dijo a Tanith:

—Esta criatura parece muerta de hambre, soldado. ¿Puedo darle esto?

Extendió una oronda manzana roja a Jan. El estómago de la joven empezó a rugir al instante, aunque al mismo tiempo abrigó sospechas acerca de aquel gesto. ¿Había algo extraño en la manzana? ¿Estaría envenenada?

Tanith se encogió de hombros. Jan cogió la manzana y murmuró su agradecimiento a la mujer. Examinó la manzana con suspicacia, pero su estómago enmudeció las precauciones de su razón y la mordió con ansia. Estaba llena de jugo y

su sabor era delicioso. En aquel momento, le importó un bledo si estaba envenenada.

Estaba terminando la manzana cuando Tanith se detuvo inesperadamente delante de ella, que tropezó contra su espalda. El soldado la agarró por la muñeca.

—Por aquí —gruñó.

Se habían parado frente a una puerta abierta, sobre la cual un letrero rezaba: COFRADÍA DE LIMPIACRISTALES. Jan comprendió que era su última oportunidad de intentar huir de Tanith. A pesar de la debilidad causada por la falta de comida, confiaba en que aún era capaz de dejarle inconsciente de un golpe por sorpresa. El problema era a dónde escapar después. La volverían a capturar, casi con certeza, y luego la esperaría la larga caída...

Dejó que Tanith la condujera hasta un vestíbulo mal iluminado. Dos hombres estaban arrellanados en un banco apoyado contra un muro, mientras un tercero estaba sentado tras un gran escritorio de mimbre. Al contrario que la demás gente, estaban muy bronceados. El que se encontraba detrás del escritorio dejó la taza que estaba bebiendo.

—¿Es ésta, pues, nuestra nueva lombriz, guerrero Tanith? —dijo alegremente.

Tanith la empujó hacia adelante.

—En efecto.

El hombre miró a Jan de arriba abajo, con la misma lentitud que el encargado de la sala de cuarentena. Esta vez, al menos, no iba desnuda, pero notó que sus ojos trasapaban la tela y que su piel se erizaba de la misma manera.

—Benny —dijo—. Llévalos a presencia del jefe.

Uno de los hombres sentados en el banco se levantó e indicó que le siguieran. Jan observó que su única arma consistía en una porra colgada de su amplio cinturón de cuero. Les guió por un corto pasillo, hasta que entraron en una habitación llena de un humo perfumado. Toscos tapices colgaban de las paredes y grandes almohadas cubrían casi todo el suelo. Sentado sobre un montón de almohadones en el centro de la habitación estaba el hombre más gordo que Jan había visto en su vida. Para ser exactos, era el único hombre gordo que Jan había visto; la obesidad no existía en Minerva. Calculó que pesaría unos ciento cincuenta kilos, como mínimo. Su traje de una pieza, decorado con coloridos diseños, revelaba macizos rollos de piel alrededor del estómago, pecho y muslos, y el mentón desaparecía en la papada.

No era el único espectáculo peculiar de la habitación. Arrodillada detrás del hombre, una joven que, a primera vista, parecía desnuda, aplicaba suaves masajes a la monstruosa nuca del gordo. Jan observó, sin embargo, que la chica llevaba un vestido minúsculo, que apenas consistía en unas tiras de cuero. La escasez de su ropa y la expresión obsequiosa de su rostro avergonzaron y repugnaron a Jan.

—¡Ajá, la amazona! —exclamó el gordo con voz profunda, cuando Tanith la empujó hacia adelante—. Y no está nada mal, por lo que se ve.



Jan tuvo la horrible sospecha de que iba a obligarla a desnudarse, pero el gordo se limitó a reír.

—Será una estupenda limpiacristales —dijo—. ¿Hay más amazonas?

Tanith refirió lo sucedido. El gordo se mostró apesadumbrado, hundió la mano bajo un almohadón y sacó una pequeña bolsa de piel que produjo un sonido metálico.

—El precio convenido, soldado —dijo, y tiró la bolsa a Tanith—. Ya puedes marcharte.

Tanith deslizó la bolsa en el morral de su cinturón.

—Gracias, maestro cofrade —dijo, y salió a toda prisa de la habitación.

Jan lamentó su partida. Puede que fuera su captor, pero constituía un débil vínculo con su vida anterior. Miró angustiada al gordo, que había sacado un instrumento de madera de un cuenco situado frente a él y lo estaba chupando. Surgió humo del extremo, ante el asombro de Jan.

—Bien, amazona —dijo el hombre—, espero que sepas comportarte y no hagas gala de desobediencia. Confío en que te hayan explicado las consecuencias de dicha conducta.

Jan asintió y trató de componer una expresión sumisa.

—Bien. Tienes aspecto de ser una valiosa trabajadora. Detestaría perderte demasiado pronto. Recuerda que has de obedecer cualquier requerimiento de mis esclavos masculinos. Me han dicho que te empeñas en conservar algo de esa insensatez minervana; en ese caso, ordenaré que te azoten. Ahora vives en un mundo de hombres, amazona, donde las mujeres carecen de todo poder. —Lanzó una repentina carcajada—. Aunque mi difunta esposa jamás aceptó esa realidad.

El otro hombre también rió, pero se interrumpió cuando la expresión del gordo volvió a ensombrecerse.

—Ummm, tengo la impresión de que este pedazo de carne especiada puede causar problemas entre mis esclavos. Benny, cuando la acompañes a los barracones quédate un rato y supervisa la discusión sobre quién se la queda. Intenta llegar a una decisión que cause las menores fricciones.

—Entendido, jefe.

Jan deseó haberse quedado en la jaula con las demás mujeres. No iba a convertirse de ninguna manera en propiedad carnal de algún esclavo brutal. No tendría otra alternativa que defenderse, un acto que concluiría, tarde o temprano, con su muerte. Cuanto antes encontrara la forma de detonar la bomba, mejor.

El gordo introdujo la mano de nuevo en el cuenco del que había sacado el artilugio de fumar. En esta ocasión extrajo una vara metálica con una estrella en el extremo. La estrella estaba al rojo vivo. Suspiró.

—Temo que antes de ponerte en camino has de padecer un ligero inconveniente, amazona. Ven aquí y póstrate de hinojos ante mí, por favor.

Jan comprendió al instante lo que se disponía a hacer, aunque no sabía exactamente dónde, y dio un paso atrás instintivo. De inmediato, una mano poderosa se cerró alrededor de su cuello, impidiéndole todo movimiento.

El gordo meneó la cabeza, consiguiendo que la grasa acumulada bajo su boca se bamboleara obscenamente.

—No has de desobedecerme nunca, muchacha, pero, como eres una recién llegada, me mostraré benevolente. Benny, un ligerísimo toque de tu bastón neurónico, por favor.

Antes de que Jan supiera lo que pasaba, vio por el rabillo del ojo que el hombre aplicaba a su brazo derecho el extremo de lo que ella había tomado por una porra. Descubrió al instante que no era una porra. Tuvo la impresión de que todas las células nerviosas de su cuerpo ardían. Experimentó una agonía infinita, superior a todo cuanto, en su opinión, Dios Madre permitía que existiera en su universo. Chilló...

Luego, el dolor desapareció y cayó de rodillas, vomitando en el suelo. Se dio cuenta de que también había vaciado su vejiga, pero nada importaba ahora que el terrible dolor se había disipado. Y cuando Benny la arrastró hacia el gordo, que le aplicó con destreza el hierro al rojo vivo en forma de estrella a la mejilla derecha, no emitió el menor sonido. Se quedó mirando los ojos vacíos de la otra muchacha, que continuaba masajeando el cuello del gordo, incluso mientras aplicaba el hierro. Jan ya no sintió desprecio por ella. Con tal de evitar otro contacto con la porra negra estaba dispuesta a ocupar el lugar de la chica y hacer exactamente lo mismo.

El gordo devolvió la barra de hierro al cuenco.

—Ahora estás marcada como esclava. Para toda la vida. Igual que ella. Fíjate.

Indicó el rostro de la muchacha. Por primera vez, Jan observó la diminuta estrella negra en su mejilla derecha. Incluso pensó que no le quedaba nada mal.

—Sólo podrás entrar y moverte en aquellas partes del Señor del Cielo marcadas con estrellas negras similares —continuó el gordo—. Si eres descubierta fuera de esas zonas específicas, serás expulsada inmediatamente del Señor del Cielo. ¿Me has entendido, amazona?

Asintió, ansiosa de no disgustarle otra vez.

—Bien. Benny, llévala a los aposentos de los esclavos. Si tienes la suerte de ser limpia —añadió, mientras Benny se levantaba—, quizá podamos conocernos mejor. ¿Te gustaría?

Jan tragó saliva.

—Sí. Me gustaría —contestó.

La otra muchacha, dando la primera señal de vida independiente, frunció el ceño. El gordo rió y realizó un ademán de despedida con una mano gordezuela. Benny sacó a Jan de la habitación. Jan bajó la vista y vio que la porra negra, por fortuna, colgaba otra vez de su cinturón.

La guió por un pasillo muy angosto que parecía más un túnel. Estaba mal iluminado, olía que apestaba, y Jan tuvo que agachar la cabeza para no golpeársela con el techo. Apenas habían avanzado unos metros cuando vio delante de ella una robusta rata. Les vio acercarse sin demostrar temor, y cuando Jan se encontraba a pocos pasos de ella desapareció por un agujero en el suelo.

Por fin, el túnel se ensanchó y la iluminación mejoró. Terminaba en una especie de cruce, donde diferentes pasillos se desviaban en diversas direcciones y uno se hundía en el suelo. Por éste llegaban ásperas voces femeninas y espantosos olores a comida.

—Adelante, baja por ahí —ordenó Benny, indicando la escalerilla que bajaba hacia el túnel.

Jan obedeció. Benny la siguió. Al cabo de poca distancia, la escalerilla atravesó el techo de una sala estrecha, pero muy larga. Jan vaciló y miró todas las caras que se habían vuelto hacia ella. Su aparición originó un silencio absoluto, pero alguien, un hombre, gritó en voz alta:

—¡No seas vergonzosa, querida! ¡Baja!

A continuación, se produjo un estallido de carcajadas, seguido de burlas y silbidos. La primera reacción de Jan fue trepar otra vez, pero, como Benny le propinó un fuerte pisotón sobre la cabeza, no tuvo otro remedio que bajar el resto de escalones.

Volvió a reinar un breve silencio cuando los ocupantes de la sala vieron salir a Benny detrás de ella, pero cuando Jan llegó al final de la escalerilla resonaron nuevas carcajadas y rechiflas. Jan quedó atrapada entre una masa de cuerpos masculinos. Por un momento, pensó que sólo había hombres en la sala, pero luego divisó a varias mujeres en el borde del gentío. A juzgar por su expresión, no estaban tan contentas de verla como los hombres.

Jan se sintió aliviada cuando Benny se reunió con ella al pie de la escalerilla y abrió un espacio libre a su alrededor, con el simple gesto de desenganchar la porra negra del cinturón y fijar una fusta en el lado. Las risas y burlas enmudecieron.

—Oye, Benny, ¿quién es tu preciosa amiguita? —preguntó un hombre.

—Procede de la ciudad de Amazonas que arrasamos ayer —respondió Benny, risueño—. Y ha venido para quedarse con vosotros...

Las sonoras carcajadas que siguieron al comentario amedrentaron aún más a Jan. Benny levantó la porra negra para exigir silencio.

—El problema, pandilla de zarrapastrosos, es que el jefe no quiere que peleéis por esta pequeña Amazona. Demasiados de vosotros han muerto o resultado lisiados en peleas durante el último año, y al jefe no le gusta. Para él sois valiosos y no le gusta perder cosas valiosas por nada del mundo. ¿Me seguís?

Paseó la mirada a su alrededor.

Hubo murmullos de asentimiento. Benny prosiguió.

—Bien, vamos a proceder con sensatez. Levantad las manos aquellos que creáis merecer este pequeño trofeo.

Cientos de manos se alzaron al aire, acompañadas de numerosas carcajadas. Benny frunció el ceño.

—Mi tiempo es limitado, imbéciles, así que no me atosiguéis. —Apuntó con la porra a un hombre que se encontraba casi delante de él—. ¡Tú, Barth! ¿Por qué levantas tu manaza? Sé muy bien que tienes dos mujeres. ¿Para qué necesitas otra?

Barth, un hombrón de barba espectacular, sonrió.

—¿Tú, qué opinas?

Más carcajadas. Hasta Benny sonrió un poco, pero no tardó en adoptar su fruncimiento de cejas anterior.

—Baja la mano, Barth —ordenó—. Y todos los que tengáis mujeres, aunque creáis merecer otra, bajad las manos también.

Muchas manos bajaron, a regañadientes y poco a poco, pero aún seguían muchas alzadas. Era obvio que en los aposentos de los esclavos había muchos más hombres que mujeres. Fue entonces cuando Jan reparó en un hombre que se mantenía apartado del resto. Estaba apoyado contra una pared, al lado de dos mujeres que miraban a Jan y murmuraban entre sí. Tenía los brazos cruzados y la observaba con estudiada indiferencia. Jan se había fijado en él porque, al contrario que los demás, no sólo carecía de barba, sino que era completamente calvo.

Devolvió la atención a su situación cuando un hombre avanzó y se apoderó con fuerza de su nalga izquierda.

—Estoy examinando el género —protestó el hombre cuando Benny le rechazó con la porra—. Es difícil ver lo que hay debajo de esos trapos. ¿Por qué no la obligas a quitárselos, Benny?

Un coro de aprobaciones saludó sus palabras. Benny no parecía muy divertido. Frunció el ceño, examinó sus rostros y aparentó llegar a una decisión. Apuntó con la porra y gritó:

—¡Tú, Buncher! ¡Ven aquí!

La multitud formó un pasillo y un hombre inmenso avanzó. Tenía un maxilar inferior notablemente largo y su forma de moverse recordó a Jan un chimpancé.

—¿Sí, Benny? —preguntó en voz baja.

—Ya no tienes mujer, ¿verdad? Creo que se precipitó en la larga caída cuando su cuerda de seguridad se rompió, hace unos meses...

—El propio Buncher la cortó —dijo alguien, y rió.

—¡Yo no lo hice! —replicó Buncher, encolerizado, volviéndose para ver a su acusador.

—¡Eso no importa! —cortó Benny—. Ya os he dicho que no voy a perder todo el

día aquí. Buncher, ¿quieres este artículo? —Hubo gritos de protesta. Benny agitó su porra significativamente—. No acabaríais nunca de dirimir este asunto, pandilla de idiotas, por eso lo hago yo. Buncher se queda con la amazona. Si tenéis quejas, se lo decís al jefe. —Se volvió hacia Buncher—. Supongo que la quieres, ¿verdad?

Jan observó con repugnancia al gigantesco individuo. La estaba mirando. Sus ojos eran pequeños, desprovistos de inteligencia. Jan había visto más inteligencia en los ojos de un chimpancé normal.

El hombre asintió lentamente.

—Sí, la quiero.

—Bien —dijo Benny.

Empujó a Jan hacia él. Buncher aferró su brazo con una de sus manazas y sonrió. Hubo aplausos, más burlas y varias sugerencias obscenas.

—Los demás, dejad a la feliz pareja a solas —dijo Benny—. Si me entero de que hay problemas, bajaré para administrar a los responsables una ración de bastón neurónico.

Trepó a toda prisa por la escalerilla. Jan se sintió de nuevo abandonada, aunque la asustaba mucho más Benny y su bastón que Tanith.

—Ven conmigo —dijo el hombre llamado Buncher.

La llevó en volandas a través de la alegre muchedumbre en dirección al fondo de la sala. Jan distinguió una hilera de cocinas. Ollas humeantes descansaban sobre la mayoría, pero en un espetón daba vueltas un cochinillo. Se le revolvió el estómago. Como temía, el Pueblo Celestial era carnívoro...

—¡Atrás, os han dicho! —bramó Buncher de repente, girándose en redondo, casi dislocando el brazo de Jan. Estaba gritando a un grupo que les seguía. Los hombres rieron y lanzaron insultos, pero cuando Buncher volvió a arrastrarla, Jan se dio cuenta de que se habían quedado inmóviles.

Después de una larga zona abierta, la sala se estrechaba de súbito, a causa de una serie de cubículos improvisados a ambos lados, contruidos de diferentes materiales, pero sobre todo de telas teñidas cosidas juntas. Supuso que era la parte reservada a «viviendas» individuales, lo cual quedó demostrado cuando Buncher se detuvo ante una y apartó la sábana que ocultaba la entrada.

—Adentro —ordenó, y la tiró de un empujón sobre el sucio suelo de paja. Un pollo emitió un chillido de alarma y pasó corriendo a su lado. Jan miró a su alrededor. El cubículo debía de medir dos metros y medio por tres. Había un sucio colchón tendido junto a una pared. El restante mobiliario se reducía a un enorme baúl de mimbre, que tenía un candado en la parte delantera. El suelo estaba sembrado de cubiertos sucios, prendas manchadas, huesos y restos de comida. El olor era repugnante.

Buncher cubrió la entrada con la sábana, prestó oídos a cualquier ruido

sospechoso que viniera del exterior y se acercó a Jan.

—Eres bonita. Me gustas —dijo, con voz fría y monótona.

Jan se levantó. Distinguió una chispa en los ojos del hombre y comprendió su significado. Esta vez no había forma de evitar lo inevitable.

—¿Quieres hacerme el amor? —preguntó, temblorosa.

Buncher frunció el ceño.

—¿Hacer el amor...? —Entonces, su rostro se iluminó—. Ah, sí, vamos a hacer el amor.

Alargó la mano hacia ella. Jan retrocedió.

—¿Y si te digo que no quiero?

El hombre expresó un profundo desconcierto.

—¿Eh? No te entiendo...

Extendió la mano de nuevo. Esta vez, Jan permaneció inmóvil. Una de las enormes manos de Buncher aferró su hombro, mientras la otra empezaba a forcejear con el cierre del vestido. Jan se acercó más y clavó su rodilla izquierda en la entrepierna del hombre. Éste emitió un sonido agónico y se dobló en dos, con una mueca de dolor y sorpresa en el rostro.

Mientras se doblaba, Jan le propinó un puñetazo en el pecho, sobre el corazón, y se soltó de su ya débil presa. Buncher cayó al suelo sobre sus manos y rodillas, gruñendo y respirando con dificultad. Jan se lanzó sobre él, le dio una patada en el estómago y levantó el brazo para asestar lo que esperaba fuera un golpe mortal sobre su nuca expuesta. Sin embargo, antes de que pudiera descargar con el canto de la mano el impacto definitivo, alguien agarró su muñeca por detrás.

—Muy impresionante, pero muy poco eficaz, pequeña amazona —dijo una voz divertida.

Se volvió con rapidez. Era el hombre calvo en que se había fijado antes. Sonreía sin soltar su presa. A pesar del estupor y la cólera que le causaba esta súbita aparición, se quedó sorprendida al ver que sus ojos eran de colores diferentes. Uno era azul, y el otro verde.

Lanzó su mano libre, con los dedos extendidos, hacia su garganta. Al momento siguiente descubrió que el hombre calvo la tenía agarrada por ambas muñecas. Era de corpulencia normal y no mucho más alto que ella, pero más fuerte de lo que aparentaba.

—Calma, pequeña amazona, y utiliza la cabeza —dijo con suavidad—. De esa forma podrás conservarla. Confía en mí, ¿vale?

—¿Confiar en ti? —siseó Jan—. ¿Por qué?

—Porque, de ahora en adelante, soy tu única esperanza de seguir con vida. —Liberó su mano izquierda—. Te soltaré la otra mano si prometes que no intentarás golpearme o cometer alguna estupidez, como salir corriendo. ¿De acuerdo?

Al cabo de unos instantes Jan asintió, a regañadientes. Se había dado cuenta de que no le quedaba otra elección, al menos de momento.

—Bien —dijo el hombre, y la soltó. Se inclinó sobre Buncher, que continuaba en la misma posición, gruñendo, y le ayudó a incorporarse. Cuando los ojos velados por el dolor de Buncher enfocaron a Jan, su rostro se deformó de ira.

—¡La... la mataré! —jadeó, y trató de abalanzarse sobre ella, pero el calvo le sujetó sin esfuerzo aparente. La primera impresión de Jan se confirmó. Era mucho más fuerte de lo que parecía.

—Tranquilo, Buncher —le advirtió el calvo, mientras guiaba a Buncher hacia el colchón y lo acomodaba sobre él—. Mátala y te las verás con Bannion.

Buncher, aferrándose la entrepierna, miró a Jan con ojos llenos de rabia.

—Muy bien, no la mataré... Sólo le romperé las articulaciones una a una.

—Bien, me alegro de que empieces a utilizar tu imaginación, Buncher —dijo el calvo en tono distendido—, pero si vuelves a pensar en el problema comprobarás que el resultado será el mismo. Un limpiacristales incapaz de caminar no sirve de nada a Bannion. No, tengo una solución mucho mejor. Dame la amazona.

—¿Qué? —Buncher miró al calvo y entornó los ojos, suspicaz—. ¿Por qué?

—Bien, es obvio que no sois compatibles, mientras que yo, por otra parte, ya he tenido experiencias anteriores con mujeres semejantes. Sé cómo tratarlas. No te preocupes, pronto la doblegaré, pero sin necesidad de romperle los huesos. Podrá seguir trabajando para Bannion.

—Intenta doblegarme y te mataré —dijo Jan al calvo, encolerizada.

—Cierra el pico —dijo él sin mirarla—. Bien, Buncher, ¿qué me dices?

Buncher meneó la cabeza.

—Ni hablar, Milo. Benny me la dio. Y yo me la voy a quedar.

El llamado Milo suspiró.

—Bien, es mala suerte, Buncher, porque me la voy a llevar. Y quiero llevármela con tu bendición.

Se sentó a su lado en el sucio colchón y rodeó con el brazo la ancha espalda del hombrón. Buncher trató de soltarse. Parecía alarmado.

—Nada de trucos, Milo. Te conozco...

Milo le sonrió con tristeza.

—No lo creo, pero no te preocupes, Buncher, nada de trucos. Dile a quien te pregunte que la amazona te causaba demasiados problemas y me la regalaste.

—No —porfió Buncher. Seguía intentando, sin el menor éxito, liberarse de la presa de aquel hombre más pequeño que él.

—Sé razonable —dijo Milo, sin alterar su tranquilo tono de voz—. Haz lo que digo y te deberé un par de favores. Y tú ya sabes lo útiles que son mis favores, ¿verdad, Buncher? Por otra parte...

Milo intensificó su presa. Buncher se encogió. Jan vio que su rostro palidecía y las venas se tensaban en los lados de su grueso cuello.

—¡Eres un brujo, Milo! —jadeó—. Todo el mundo te... odia. Un día te mataremos... Ya lo verás...

—¿Cuántas veces lo habéis probado? Han cortado mi cuerda de seguridad tres veces, y aquí estoy, ¿verdad, Buncher? Ni siquiera lo del veneno en la comida surtió efecto, y en cuanto a ese burdo intento de Bronski en las letrinas... —Milo sacudió la cabeza, en una parodia de aflicción—. Me pregunto qué le ocurrió al bueno de Bronski. Pero basta de nostalgia, volvamos al asunto que llevamos entre manos.

Endureció su presa. Jan oyó que algo crujía en el interior de Buncher. Emitió una especie de lloriqueo y después asintió frenéticamente. Milo le soltó. Buncher se apartó de él y dobló sus largas piernas bajo el cuerpo, como si tuviera frío.

—Llévatela, llévatela... —murmuró, sin mirar a Milo.

Milo le dedicó una sonrisa, y hasta Jan notó escalofríos al percibir algo erróneo en aquella sonrisa. Quizá Buncher tenía razón, quizás este tal Milo era un brujo.

—¿Y le dirás a quien te lo pregunte, Buncher, que me has regalado a la muchacha por voluntad propia? —preguntó.

—Sí, lo haré. Te lo juro.

—Buen chico.

Milo palmeó su espalda. Buncher se encogió. Milo se levantó y sonrió a Jan.

—Ya podemos irnos.

—No iré contigo —respondió Jan.

—¿Quieres quedarte aquí? ¿Con él?



Milo indicó al aturdido Buncher, que continuaba con la vista clavada en el suelo, los brazos alrededor de su cuerpo.

—No —admitió Jan—, pero tampoco quiero ir contigo.

Milo suspiró y le preguntó el nombre. Jan se lo dijo.

—Bien, Jan, sé razonable. No tienes otra elección que confiar en mí. Soy tu única oportunidad de sobrevivir. Ya te he salvado la vida una vez. Si hubieras matado a Buncher, los demás te habrían hecho picadillo. Literalmente.

—¿Por qué quieres ayudarme?

—Porque tú puedes ayudarme a mí.

—¿Cómo?

—Hablaemos de eso en privado. Vamonos.

Extendió la mano hacia ella.

—Muy bien —dijo Jan, tras vacilar unos instantes—. Iré contigo, pero te advierto que, si intentas tocarme, te mataré.

Milo sonrió.

—Se han entablado relaciones estables a partir de inicios menos románticos aún.

Al parecer, pensaba que había dicho algo divertido, pero Jan no cazó la broma.

Su cubículo se encontraba casi al final de la larga sala. Comparado con la cochiguera de Buncher, era immaculado. Y tenía muebles. Una cama, una mesa pequeña y una silla, hechas de mimbre. La paja que cubría el suelo estaba relativamente limpia y no había restos de comida. Incluso colgaba un cuadro de una «pared». Colgaba de la vara de caña que sujetaba el tabique de tela. Era un cuadro extraño. Consistía en un torbellino de colores que parecían formar un dibujo específico, pero Jan no distinguió cuál. Era como ver algo por el rabillo del ojo.

Milo se sentó en la silla de mimbre, que crujió escandalosamente, y señaló la cama con un ademán. Jan se sentó con cautela, sin apartar los ojos del hombre.

—Tranquilízate —dijo Milo—. No voy a saltar sobre ti para quitarte la ropa.

—Lo sé. Morirías casi al instante.

Lo dijo con una convicción de la que carecía. Después de lo que acababa de presenciar en el cubículo de Buncher, sabía que no tenía nada que hacer contra él.

Él debía pensar lo mismo, porque el comentario pareció divertirle.

—Pobre amazonita, a juzgar por tu aspecto lo has pasado fatal. Tienes una brecha en la cabeza. ¿Quién te ha hecho ese morado en la mejilla? Es reciente, ¿verdad?

Jan le contó que un Guerrero la había abofeteado.

—¿Alguna otra herida, aparte de las visibles? —preguntó Milo.

—Algunos cortes en los brazos y piernas, pero ya han dejado de sangrar.

—¿Dolores o síntomas internos?

—Me duele el estómago —admitió Jan—. Desde que vomité cuando ese Benny me tocó con el palo del dolor.

Milo frunció el ceño.

—¿Utilizó contra ti un bastón neurónico?

—Sí. Fue horrible. ¿Cómo funciona? ¿Es mágico?

—En cierto modo. —Se pasó una mano sobre la calva, como si se estuviera echando hacia atrás el pelo—. Escucha, sé mucho de medicina. Si quieres, podría examinarte.

Jan, que había bajado un poco la guardia mientras conversaban, la subió de inmediato.

—Ya te he dicho que no vas a tocarme. Por ningún motivo.

—Vale, vale —se apresuró a decir Milo, levantando ambas manos como para detener un golpe invisible—. Olvida lo que he dicho, ¿de acuerdo? Cambiemos de tema. Comida y bebida. ¿Tienes sed? ¿Cuándo comiste por última vez?

Jan estaba sedienta y muy hambrienta. Lo admitió a regañadientes. Milo se acercó a una cómoda de mimbre, similar a la que tenía Buncher en su cubículo, y la abrió con una llave. Sacó una cantimplora y la tiró a la joven. Estaba medio llena de agua. Jan la bebió con ansia.

—Temo que no hay nada fresco para comer —dijo Milo, mientras rebuscaba en la cómoda—. ¿Qué opinas de un poco de buey seco salado?

Jan bajó la cantimplora.

—¿Es carne?

Él la miró con curiosidad.

—Déjame que lo adivine: eres vegetariana.

—Por supuesto. Todas las minervanas son...

Se calló. Había olvidado por un momento que Minerva ya no existía.

Milo debió adivinar otra vez lo que pensaba.

—Tengo algunos bizcochos —dijo—. Son muy nutritivos. No llevan carne.

Le tiró un pequeño paquete. Jan, los ojos anegados en lágrimas, sacó el grasiento envoltorio y sacó un bizcocho. Era tosco, pero sabía bien.

—¿Te molestaría mucho hablar de lo ocurrido? —preguntó Milo, mientras ella atacaba un segundo bizcocho.

Jan agitó la cabeza.

—Me gustaría.

—Primero háblame de Minerva. Confieso que sé muy poco sobre sus más recientes manifestaciones; sólo conozco sus orígenes históricos. Hasta me sorprende que hables americano básico. Pensaba que a estas alturas ya habríais desarrollado vuestro propio idioma feminista.

Jan frunció el ceño. No entendía casi nada de lo que decía su interlocutor, una situación que llegaría a resultarle familiar durante los meses venideros.

—¿Los orígenes históricos de Minerva? ¿A qué te refieres?

—¿No sabes cómo empezó Minerva?

—Por supuesto. Después de que Dios Madre castigara a los Hombres Antiguos por destruir la Tierra, fundó Minerva para que las mujeres pudieran ser auténticamente libres.

Milo la miró en silencio.

—Jesucristo —exclamó.

—¿Quién?

—Da igual. Te lo diré otra vez. ¿No teníais libros de historia en vuestra ciudad?

—¿Libros?

Milo suspiró.

—Sí, una cierta esperanza. Los hongos debieron destruir todo el papel hace años. ¿Y los demás registros? Material electrónico. Ordenadores. ¿Teníais ordenadores?

—No sé lo que es un ordenador, pero no teníamos ningún ingenio maléfico del Hombre.

—O sea, que no sabes nada de nada. —Milo meneó la cabeza, asombrado—. Dios mío, aún eres más inocente de lo que pareces.

No estaba segura, pero tuvo la sensación de que la estaba insultando.

—Bien, ¿y cómo crees tú que empezó Minerva? —preguntó, sulfurada.

—No es que lo crea, es que lo sé. Era un estado de la vieja América, o mejor dicho, uno de los múltiples estados en que se dividió América en el período que condujo a las Guerras Genéticas. Habrás oído hablar de las Guerras Genéticas, supongo.

—Por supuesto.

—¿Y no has oído hablar nunca de los Estados Unidos de América?

Jan admitió ese hecho.

—En un tiempo —explicó el hombre—, América fue un gran imperio. Junto con otro inmenso imperio, la Unión Soviética, formó una poderosa alianza, la Alianza Soviético-Americana, que gobernó en la práctica el mundo entero durante más de cincuenta años, en el siglo veintiuno. —Hizo una pausa y miró a la joven—. ¿Entiendes algo de lo que te digo?

—No.

Milo suspiró, pero prosiguió.

—Bien, la Alianza terminó y ambos imperios empezaron a disgregarse en estados autónomos. Minerva fue uno de ellos, y muy grande. Dentro de Minerva había otro estado más pequeño, exclusivamente femenino, pero Minerva permitió al fin ciudadanos masculinos. Sin embargo, los hombres sólo podían acceder a esta condición si aceptaban ciertas condiciones: debían permitir que se les sometiera a una modificación genética completa de sus cuerpos y cerebros. Esta «reprogramación» genética suavizaba, por no decir que erradicaba por completo, ciertos rasgos

masculinos poco edificantes. Uno de los cambios resultantes fue que disminuyó su estatura, mientras que aumentó la de las mujeres minervanas. Así, la superioridad física natural del macho humano, causa principal de la explotación y subyugación tradicionales sufridas por las mujeres a manos de los hombres durante toda la historia, quedó eli...

Jan estaba bostezando.

—¿No te interesa el origen de Minerva? —preguntó Milo.

—Minerva no empezó así. Estás diciendo tonterías.

—¿Para ti no es una tontería decir que Dios Madre fundó Minerva? —preguntó el calvo, divertido.

—No, claro que no.

—Si eso es cierto, que Dios Madre fundó Minerva para que las mujeres pudieran ser libres, ¿cómo explicas esto? —Indicó con un ademán lo que les rodeaba—. Durante cientos de años, Minerva y las demás comunidades terrestres de todo el mundo han sido sojuzgadas por los Señores del Cielo. Yo a eso no le llamo libertad. Da la impresión de que vuestra diosa os estafó.

—No es nuestra diosa —protestó Jan, molesta—. Es el único y verdadero Dios Madre, creador de todas las cosas. Y no concedió libertad absoluta a Minerva; dejó a los Señores del Cielo como símbolo de la maldad del Hombre, para que nunca subestimáramos su peligro.

—Un símbolo —murmuró Milo—. Que ayer convirtió en polvo tu ciudad.

Jan se encogió.

—No hace falta que me lo recuerdes.

—Lo siento, pero intento defender mis aseveraciones. Tu Dios Madre parece haberse excedido un poco en demostrar la maldad del Hombre. Supongo que no sobrevivieron muchas de tus compatriotas.

Jan inclinó la cabeza.

—No —dijo con voz afligida—. Yo soy la única. La única mujer, quiero decir. A bordo también van cuatro hombres de Minerva...

Se cubrió el rostro con las manos y empezó a llorar.

Milo aguardó a que se calmara un poco.

—No sabes con seguridad si eres la única superviviente de tu ciudad. Los Guerreros del Cielo no son infalibles. Es muy probable que su registro de las ruinas no fuera muy minucioso.

Jan apartó las manos y le miró.

—¿Lo crees de veras? —preguntó, esperanzada.

—Creo que existen grandes posibilidades. Y debes recordar otra cosa: tu Minerva no era la única de su especie.

Ella le miró, confusa.

—¿De qué estás hablando?

—¿No lo sabías? Hay más de una Minerva. Conozco al menos otra ciudad, casi tan grande como la tuya, que se encuentra dentro de la jurisdicción del *Lord Pangloth*. También se llama Minerva y está al este de aquí, a menos de seis horas de vuelo. Y me han dicho que hay otras comunidades minervanas. —Se reclinó en su silla y sonrió al ver su expresión de estupor—. Como ves, no estás tan sola como pensabas.

Las letrinas comunitarias eran tan horribles como Milo le había advertido, un lugar largo y hediondo con filas de lavabos, orinales y wateres en cubículos desprovistos de puertas. Por fortuna, sólo había una persona cuando entró, una mujer que acababa de salir de un cubículo. Dirigió a Jan una mirada indescifrable mientras se marchaba a toda prisa.

Cuando se hubo ido, Jan entró en un cubículo. Estaba nerviosa, pero confió en que Milo cumpliera su palabra y se quedara a la entrada de la letrina. Le dijo que no quería desnudarse delante de ningún hombre, lo cual era cierto, pero el verdadero motivo residía en que pretendía sacarse la bomba incendiaria. Ya no podía llevarla encima por más tiempo. Era demasiado incómoda.

Se quitó a toda prisa el traje y, sintiéndose expuesta y vulnerable, extrajo la bomba. Después, sentada en el water para evacuar, desenvolvió el paño de la bomba y la examinó. Cuando estaba en su interior la sentía como algo enorme, pero ahora, sobre la palma de su mano, se le antojaba ridículamente pequeña para la tarea a la que estaba destinada. Suspiró y la guardó en uno de los múltiples bolsillos de su traje.

Pese a la angustia que la embargaba acerca de su futuro inmediato a bordo del Señor del Cielo, su ánimo había mejorado. La revelación de Milo acerca de las otras Minervas lo había cambiado todo. Al principio, se resistió a creerle. Parecía imposible que ningún miembro de su Minerva conociera la existencia de las otras comunidades, pero la explicación de Milo fue convincente.

—Ya te he dicho que, al principio, Minerva ocupaba una zona muy extensa. Cuando los yermos empezaron a invadir el campo del estado de Minerva, al igual que el de los demás estados, Minerva se fragmentó en varias partes, aisladas entre sí. Como vosotras, las minervanas, no creáis en la utilización de ingenios «maléficos» como las radios, imagino que las comunicaciones entre las diversas comunidades cesaron hace siglos.

La idea de que en algún lugar existía otra Minerva, aunque poblada por extrañas, lo cambiaba todo. Llegaría allí de alguna manera..., algún día. Pero antes debía realizar la sencilla misión de destruir el *Lord Pangloth*, tratando de sobrevivir al desastre para cumplir su propósito.

Junto al water había una palanca de aspecto desgastado que sobresalía del suelo. Cuando hubo terminado tiró de ella, suponiendo que accionaría el chorro de agua. Pero en lugar de chorro se oyó un siseo procedente de la taza. Comprendió que la palanca activaba una bomba de aire que aspiraba las deyecciones y las expulsaba del Señor del Cielo, arrojándolas a tierra.

Se vistió a toda prisa y salió del cubículo. La letrina seguía vacía. Se dirigió a uno de los sucios lavabos y giró el grifo. Apareció un hilillo de agua marronosa. Milo le

había dicho que el agua escaseaba en la nave y se racionaba estrictamente. Sólo había agua para lavar. Ansiaba tomar otra ducha (como Tanith la había advertido, el líquido blanco había irritado su piel, y se sentía incómoda), pero tuvo que contentarse con lavarse las manos y la cara.

Cuando se encaminaba hacia la entrada de las letrinas oyó voces airadas. Salió al pasillo y vio a tres hombres que discutían con Milo. Parecían enfadados, pero reparó en que se mantenían a distancia del calvo.

—¡Ya has oído la orden de Benny, Milo! —decía uno—. La amazona iba destinada a Buncher. ¿Qué haces con ella?

—Ya te lo he dicho —repuso Milo con su calma habitual—. Buncher dijo que podía quedármela. Cambió de opinión. Creo que le asustaba pillar una infección.

—¡Un huevo! —gritó el otro hombre—. ¡Tú le obligaste a que te la cediera, admítelo!

—¿Por qué no se lo preguntas a Buncher, si no me crees?

—Ya lo hemos hecho. Ha dicho lo mismo que tú.

—Bien, entonces no hay problema.

—Algo le ocurre a Buncher, Milo. No tiene buen aspecto. Hemos llegado a la conclusión de que le has hecho daño.

—¿Yo? ¿Hacer daño a Buncher? —Milo lanzó una carcajada—. Paparruchas.

—Ya sabemos cómo te lo montas, Milo. Tendrás que devolvérsela.

Milo se cruzó de brazos.

—No. Se quedará conmigo. Y si alguien trata de quitármela, me disgustaré mucho. Y vosotros no querréis que me enfade, ¿verdad, muchachos?

Los tres hombres eran más grandes que Milo, pero ninguno dio un paso adelante. Se produjo un largo y tenso silencio.

—Tarde o temprano acabaremos contigo, Milo —dijo por fin uno de ellos—. Tu suerte no será eterna, y lo sabes. Entonces, ella volverá con Buncher. —Señaló a Jan—. Y cuando haya terminado con ella, los demás nos divertiremos también un poco. No nos gusta que ronde por aquí una amazona que ignora cuál es su lugar.

—Podéis dejar la educación de la dama en mis capaces manos —replicó Milo—. Y ahora, si esta estimulante conversación ha terminado, proseguiremos nuestro camino. Vamos, Jan.

Los tres hombres permanecieron inmóviles unos instantes; luego, como un solo hombre, se dieron la vuelta y abandonaron el corto pasillo.

—Te tienen miedo —dijo Jan a Milo en voz baja, mientras seguían a los tres hombres hacia la sala principal.

—Son supersticiosos. Tontos ignorantes. La mayoría de los esclavos eran bandidos. Hartos de luchar por su vida en los yermos, indicaron mediante señales al *Lord Pangloth* que querían subir a bordo, aunque sabían que eso significaba la

esclavitud.

Volvieron a su cubículo. Jan oyó ruidos en los cubículos contiguos, que se filtraban por los frágiles tabiques. Daba la impresión de que los ocupantes hablaban deliberadamente en voz baja.

Milo le indicó con un gesto que ocupara la cama, mientras él se acomodaba en la silla.

—Tienes mejor aspecto —dijo, con aire de aprobación.

—Me siento mejor, gracias a ti —contestó Jan, en tono cauteloso.

De pronto, notó que la cama se inclinaba un poco y tuvo que agarrarse al borde para mantener el equilibrio.

—¿Qué pasa? —preguntó, alarmada.

—Nada, un ligero cambio de rumbo —la tranquilizó Milo.

El piso se niveló de nuevo. Jan se tranquilizó.

—Es increíble. Hasta ahora, apenas me había dado cuenta. He de recordarme una y otra vez que volamos por el aire...

—El Señor del Cielo casi nunca se mueve, incluso en malas condiciones atmosféricas. Por supuesto, cuando alguien toma la estúpida decisión de atravesar una tormenta, como anoche, todo se estremece.

—Fue terrible —dijo Jan, temblando al recordarlo.

—Y todo en tu honor. En el tuyo y el de tus compatriotas minervanas, quiero decir. Los Aristos montaron un número para quitaros los arrestos que aún os podían quedar. Sin embargo, tienen más fe que yo en el sistema pararrayos del Señor del Cielo. He oído que los bandazos causaron daños en la nave. Tardarán en volver a hacerlo, pero vuestros cohetes les dieron un susto terrible ayer, y supongo que su exagerada reacción es comprensible.

—Nuestros cohetes —dijo Jan con amargura—. No sirvieron de nada.

—Fue un esfuerzo admirable y casi lo lograsteis. Claro que yo hubiera tenido ciertos problemas en ese caso —añadió Milo con sequedad.

—Pero no lo logramos. Aquellos rayos de luz destruyeron todos nuestros cohetes. No tuvimos la menor oportunidad.

—Porque no conocíais el sistema de defensa automática láser del Señor del Cielo. De hecho, el que aún funcionara tranquilizó a muchos de nosotros. La última vez que se activó fue hace años.

Jan frunció el ceño.

—No entiendo.

—Los rayos de luz se llaman láseres. Es una forma de luz especial que no existe en la naturaleza. Constituyen unas buenas armas. El Señor del Cielo se encuentra bajo el control de un ordenador, un cerebro mecánico, podríamos llamarle, que los utiliza para derribar todo aquello que se acerca a la nave y el ordenador decide que es



peligroso.

Jan se esforzó por comprender lo que Milo estaba diciendo. La idea de un «cerebro mecánico» le resultaba remotísima, así como el concepto de que la luz podía emplearse a guisa de arma. Sin embargo, había visto con sus propios ojos que los rayos turquesa habían destruido los cohetes.

—Pero, si el Señor del Cielo posee un poder tan terrible —dijo—, ¿por qué no lo utilizó para destruir Minerva? ¿Por qué nos arrojó aquellas bombas?

—Como ya he dicho, el sistema es automático. Los Aristos no lo controlan, aunque les gustaría. El ordenador que lo activa está encerrado y oculto en alguna parte. Está separado de todos los demás sistemas de ordenadores, los que aún funcionan, quiero decir, y si los tecnos del grupo primitivo que se apoderó de esta nave jamás lograron acceder a él, esta pandilla de reaccionarios tecnológicos no tiene la menor oportunidad.

Jan le miró sin expresión.

Milo respiró hondo.

—De acuerdo, lo explicaré de otra manera. Los rayos de luz son armas puramente defensivas que funcionan con independencia de los Aristos. Por otra parte, los rayos sólo funcionan contra objetos inanimados, cosas muertas como misiles u otros proyectiles. No destruirían un pájaro, y mucho menos un ser humano.

—¿Por qué los Señores del Cielo se muestran tan misericordiosos a este respecto, y tan crueles en otros? —preguntó Jan, aturdida.

—Porque, mi inocente amazonita, en el principio los Señores del Cielo prestaban a los hombres un servicio muy diferente..., y también a las mujeres —se apresuró a añadir—. De hecho, se les llamaba los Ángeles Celestiales, en parte por la naturaleza de su misión y también por haber nacido en el cielo.

—¿En el cielo?

Milo señaló el techo bajo de color gris.

—En los cielos. En el espacio exterior, para ser preciso. Fueron construidos en una fábrica espacial gigantesca que orbitaba a casi mil quinientos kilómetros sobre la superficie de la Tierra.

Jan le dirigió una mirada suspicaz. ¿Se estaba burlando de ella, o creía a pies juntillas en los cuentos de hadas que le estaba refiriendo? ¿Cómo pudo alguien construir una fábrica a tanta altura, y cómo impidió que cayera a tierra?

Milo puso los ojos en blanco, una caricatura exagerada de exasperación.

—En este momento no tengo tiempo de enseñarte las leyes básicas de la naturaleza. Tendrás que aceptar mi palabra de que en los viejos días teníamos medios de desplazarnos al espacio exterior. En versiones mayores de esos cohetes que disparasteis ayer. Y también tendrás que aceptar mi palabra de que, si subes lo suficiente, ya no experimentas el tirón de la gravedad. Gracias a esa falta de gravedad

fue posible construir los Ángeles Celestiales en el espacio exterior. Las aleaciones y materiales especiales necesarios para construir el esqueleto y la piel externa de la nave sólo pueden fabricarse en un entorno carente de gravedad. Son increíblemente fuertes, pero ultraligeras.

—Entiendo —asintió Jan.

Milo lanzó una risita.

—¿De veras? Lo dudo. Las minervanas habéis vivido en vuestro cómodo capullo de ignorancia durante siglos. Y voy a decirte algo más, que considerarás fantasioso. No sólo teníamos fábricas en el cielo, sino también ciudades. En órbita alrededor de la Tierra, y también en la Luna y Marte.

—Empiezo a pensar que has bebido una cerveza demasiado fuerte.

Milo volvió a reír.

—Bueno, al menos sabes qué es la cerveza. Me alegra saber que las amazonas tenéis un vicio. ¿Se bebía mucha cerveza en Minerva?

—Muchísima —admitió Jan—, aunque dejábamos de elaborarla si las provisiones de grano escaseaban. Ayer no quedaba mucha almacenada y se había racionado. Teníamos una planta para la fabricación de alcohol, pero no se destinaba a la bebida. Lo utilizábamos como combustible. Para cocinar, calefacción y todo eso.

—¿Era propanol o butanol?

Jan se encogió de hombros.

—Lo llamábamos alcohol, simplemente. Salía de las grandes tinas que había en la planta. Estaban llenas de una materia parduzca viva. Metíamos de todo, como hojas, hierba, restos de comida, y la mezcla producía alcohol.

Milo asintió.

—Sí, ya sé de qué hablas. Una bacteria sintética obtenida genéticamente, diseñada para transformar materia orgánica en propanol o butanol. Es una pena que la ingeniería genética sea un arte perdido en nuestros días. Manipulando algunas de esas bacterias sería posible obtener alcohol etílico. El que se bebe.

Jan se quedó estupefacta.

—¿Piensas que habríamos cometido la blasfemia de hacer algo semejante, aunque fuera posible?

—¿Por qué no? Al fin y al cabo, os aprovechasteis de la ciencia «maléfica» para continuar utilizando vuestra planta de producción.

—Pero estoy segura de que ninguna minervana sabía que esa planta era obra de ingenieros genéticos... —protestó Jan.

—Al principio, alguien tenía que saberlo.

—Ninguna minervana hubiera utilizado algo a sabiendas de que había sido producido por ingenieros genéticos... Esos hombres fueron los principales responsables de que el mundo se convirtiera en lo que es hoy.

—¡Cuánta hipocresía! —rió Milo—. Muchos de esos ingenieros eran mujeres. Y Minerva utilizó a troche y moche la ingeniería genética en los primeros tiempos, el resultado todavía es patente. Piensa en los hombres de Minerva... Piensa en ti misma, a propósito.

—¿En mí misma?

—Eres lo que convino en llamarse un Modelo de Primera Clase, según la Resolución Genética de las Naciones Unidas de 2062, lo cual te proporciona numerosas ventajas sobre las anteriores generaciones de la humanidad. Tienes una esperanza de vida de doscientos años, y nunca aparentarás más de treinta y cinco..., y aún te faltan otros cuarenta años para llegar a ese momento. Se te han ahorrado todos los horrores de la vejez, y tu muerte, salvo circunstancias imprevistas, será rápida y sin dolor.

»También posees un fenomenal sistema de defensas orgánicas. Eres inmune a todas las infecciones y enfermedades convencionales, como el cáncer, una plaga de la humanidad durante muchísimo tiempo. Ciertamente eres vulnerable a casi todos los virus de diseño, más traicioneros, que se liberaron durante las últimas fases de las Guerras Genéticas, y a algunas especies de los hongos mutantes que tanto predominan en la actualidad, pero son desventajas que compartes con todos los Modelos de Primera Clase, y en definitiva eres muy afortunada. Te recuperas con increíble facilidad... Tus huesos se sueldan al poco tiempo de romperse, y tu sistema nervioso central posee la capacidad de regenerarse. Lesiones que dejaban impedido de por vida al tipo preModelo de Primera Clase representan para ti una ínfima molestia que desaparece al cabo de pocas semanas. Y encima no menstrúas, excepto a intervalos de veinte años, si no quedas embarazada durante tu período de fertilidad.

La mente de Jan carburaba a toda máquina.

—Yo no... ¿qué?

—Menstruar —dijo Milo, sonriendo al comprobar su confusión—. En los tiempos anteriores al Modelo de Primera Clase, las mujeres menstruaban cada mes, desde la pubertad a la menopausia. —Al ver que no entendía sus palabras, hizo una pausa—. ¿Qué te enseñaban en Minerva? Acerca del cuerpo, quiero decir.

—Me enseñaron a armonizarme con mi cuerpo, meditando y dejando que el espíritu de Dios Madre fluyera...

—No, no —la interrumpió al instante Milo—. ¿Recibiste lecciones sobre el funcionamiento de tu cuerpo?

—Sí, por supuesto.

—¿Conoces, pues, tu sistema reproductivo? ¿Sabes que cuando naces llevas óvulos en tu interior?

Jan asintió.

—¿Sabes cuántos óvulos?

—Unos cien o así, creo.

—Correcto, pero en los días anteriores al Modelo de Primera Clase una niña nacía llevando en sus ovarios medio millón de óvulos.

—Caray —exclamó Jan, incrédula.

—Es verdad. Y cuando una niña de ese período llegaba a la pubertad, lo cual significaba en aquellos tiempos la edad en que su sistema reproductivo ya era funcional, un óvulo accedía cada mes a su útero para ser fertilizado. Si el óvulo no era fertilizado pasadas dos semanas, era despedido del útero junto con el forro. A esto se le llamaba menstruación, y aunque afectaba a cada mujer de manera diferente, la mayoría consideraban la experiencia bastante desagradable. Aparte de que la hemorragia podía ser dolorosa y emocionalmente perturbadora. Las hormonas eran las culpables, como de costumbre. Cuando el óvulo estaba en el útero, los cambios hormonales provocaban una alteración en la superficie del útero, en vistas a la fertilización del óvulo. Estos cambios hormonales drásticos eran el motivo de todas las incomodidades que padecían las mujeres.

—No puedo creer nada de lo que dices. Dios Madre no habría permitido que las mujeres sufrieran tanto.

—Como quieras. En cualquier caso, cuando los ingenieros genéticos, allá por la mitad del siglo veinte, resolvieron por fin el problema de cómo anular el reloj molecular que causaba la autodestrucción de las células, conocida como proceso de envejecimiento, resultó evidente que la inmortalidad se hallaba al alcance de la mano. Pero, claro, si toda la humanidad llegaba a ser inmortal, los recursos de la Tierra se agotarían rápidamente, de modo que se decidió imponer un límite a la reprogramación genética de los individuos. El debate se prolongó durante mucho tiempo, hasta que las Naciones Unidas impusieron por fin la ley de los doscientos años. Las Naciones Unidas aún tenían peso en aquellos días, porque contaban con el apoyo de la Alianza Soviético-Americana.

—¿Qué eran las Naciones Unidas?

Milo hizo un ademán de impaciencia.

—En otro momento. La cuestión residía en que, si se permitía a la gente vivir doscientos años, no podía permitirse que se reprodujera con la misma libertad de antes, porque eso pondría en peligro los recursos del mundo. Por ese motivo, las Naciones Unidas decretaron que las mujeres sólo podían ser fértiles un año de cada veinte.

Jan frunció el entrecejo.

—¿Quieres decir que antes de esa época las mujeres eran fértiles continuamente?

—preguntó, asombrada.

—Eso es exactamente lo que intento decirte. Y esos dos decretos de las Naciones Unidas no sólo cambiaron el sistema reproductivo de la mujer, sino el propio mundo.

—¿Cómo?

—Por culpa de la oposición a los decretos. La mayor parte procedió de fundamentalistas religiosos... Las naciones islámicas opusieron una resistencia feroz a la idea de modificar genéticamente el cuerpo humano. Según decían, era contrario a la ley de Alá...

—¿Alá?

—Otro dios, muy masculino. No te habría gustado. En todo caso, no sólo fueron las naciones islámicas, sino también los fundamentalistas religiosos de Occidente, católicos y protestantes... y no me preguntes qué eran. Sería demasiado largo de explicar. Acepta mi palabra de que desencadenó un sangriento conflicto.

»Cuando las Naciones Unidas promulgaron el decreto de los doscientos años, decretaron al mismo tiempo que todo individuo del mundo, suponiendo que no fuera demasiado viejo para ser modificado genéticamente, tenía derecho a ver aumentada su esperanza de vida. Ya te puedes imaginar el resultado: la gente que vivía en países donde se había prohibido el tratamiento para la longevidad por motivos religiosos se sintió tentada, muy comprensiblemente, a exiliarse a países donde sí estuviera permitido. Bien, se desencadenó el caos y cuando las aguas se amansaron, fue necesario volver a trazar todos los mapas del mundo. La mayoría de las naciones poderosas, incluyendo la Unión Soviética y los Estados Unidos, se habían fragmentado en numerosos estados autónomos, como tu Minerva.

—Suenan muy convincentes —admitió Jan.

—Suenan convincentes porque es verdad. Minerva debe su existencia a la ingeniería genética, pese a todos los mitos sobre su origen que te han metido en la cabeza. Y los habitantes de Minerva no se contentaron con el Modelo de Primera Clase, sino que añadieron todas las modificaciones posibles, a tenor de las leyes internacionales que todavía existían. Las primeras feministas, por razones dogmáticas, odiaban la certeza de que casi todas las diferencias psicológicas entre hombres y mujeres eran fruto de la genética. La idea olía en exceso a «determinismo biológico», un concepto políticamente muy impopular en aquel tiempo.

»Sin embargo, hacia finales del siglo veinte, las investigaciones sobre el funcionamiento del cerebro humano habían demostrado que el determinismo biológico era una fuerza con más influencia en los asuntos humanos de lo que se quería aceptar. Y las feministas, por supuesto, se aprovecharon de estos descubrimientos cuando fundaron Minerva décadas más tarde.

Jan meneó la cabeza.

—Lo siento. Me he perdido por completo. No entiendo ni la mitad de las palabras que empleas. ¿Qué eran estas feministas de las que hablas tanto?

La pregunta divirtió sobremanera a Milo. Echó la cabeza hacia atrás y lanzó carcajadas tan estentóreas que levantaron airados siseos de los cubículos

circundantes.

—Muy bien, lo dejamos aquí —dijo por fin—. Continuaré tu retardada educación sobre la historia de nuestro infortunado planeta en fecha posterior. Ahora, hablemos de otra cosa... El precio de mi protección y apoyo.

—¿Precio? —preguntó Jan, desconcertada.

—Sí, precio, mi pequeña amazona. Te dije antes que haríamos un trato. A cambio de mi ayuda, tú me ayudarás dándome algo que necesito.

—Pero si no tengo nada que darte.

—Al contrario. Te tienes a ti misma —dijo Milo, y sonrió de la misma manera que antes había sonreído Buncher.

—¿Estás diciendo que sólo continuarás ayudándome si accedo a mantener relaciones sexuales contigo? —preguntó Jan, irritada. Se sentía conmocionada y traicionada. La simpatía que Milo aparentaba hacia ella la había inducido a confiar en el hombre.

Milo se encogió de hombros.

—Has de ser realista, Jan. En este mundo no se puede conseguir algo a cambio de nada. Especialmente, en este mundo de aquí arriba. Y, aunque me des pena, no soy, por naturaleza, altruista. Te encuentro muy atractiva y encantadora, y pienso que, a pesar de tu abrumadora ignorancia, podrías llegar a ser una compañera estimulante. Para ser sincero, necesito una mujer, pero soy muy exigente en esos temas y, como ya habrás comprobado, las mujeres de este zoo flotante dejan mucho que desear. —Suspiró y continuó—. Desde que me capturaron hace tres años, sólo he gozado de unas breves e insatisfactorias cópulas. Necesito algo más y creo que tú me lo puedes proporcionar.

Jan se había tendido sobre la cama.

—Pretendes mantener relaciones sexuales conmigo aunque yo no quiera —le acusó.

—Eso es lo que yo llamo una cruda exposición de los hechos, pero, en fin, sí.

—Eso es violación.

—Ah, no, ni hablar —protestó Milo—. No voy a obligarte a que hagas el amor conmigo. No habrá violación.

—¿Cómo lo llamarás, pues? Dices que me entregarás al hatajo de animales que pueblan esta nave si no dejas que me penetres. A mi entender, eso es una violación.

Milo la miró con frialdad.

—Te aseguro, jovencita, que hacer el amor, para mí, no sólo consiste en la penetración. De todos modos, vuelvo a asegurarte que no te poseeré por la fuerza.

—Sólo porque no vas a utilizar la fuerza física no deja de ser una violación.

Milo se pasó la mano por la calva.

—Escucha —dijo—, considéralo una simple propuesta comercial. Has de hacer algo que no quieres a cambio de conseguir algo que necesitas.

—Entiendo. Dejas que me violes y tú me dejas vivir. ¿A eso le llamas una proposición comercial?

Milo pareció ofenderse.

—No voy a violarte y, sí, vender tu cuerpo es una proposición comercial. Se llama prostitución y es el oficio más viejo del mundo. Las mujeres, y también los hombres, han vendido su cuerpo a cambio de dinero, comida u otros favores desde tiempo inmemorial.

—Si alguien no quiere acostarse con otra persona, pero se ve obligado a hacerlo por motivos de supervivencia, eso es violación —afirmó Jan.

—No, te muestras demasiado pedante. Imagínate, por ejemplo, a una mujer que desea un modo de vida más cómodo y que se acuesta con hombres para alcanzar su objetivo, aunque no sienta atracción sexual hacia ellos... Eso no es violación, ¿verdad?

Jan frunció el ceño.

—Quizá no, pero he dicho «por motivos de supervivencia», lo cual difiere de tu ejemplo. Una mujer obligada a vender su cuerpo para seguir con vida es violada por el hombre que se aprovecha de su situación, independientemente del dinero o la comida que le dé a cambio. Es un violador, así de claro.

—No creo...

—Lo que me estás ofreciendo es una proposición de supervivencia —se apresuró a continuar Jan, aprovechando la confusión del calvo—, sexo o muerte. En otras palabras, violación.

—Basta de dogma minervano —repuso Milo, irritado—. Tenemos entre manos un problema de semántica y seguir discutiendo es inútil. Te daré un ultimátum. Tienes exactamente una semana para decidir si aceptas o no mi propuesta. Si accedes, te entregarás a mí voluntariamente, sin argumentar violación u otras zarandajas minervanas. Si al expirar la semana no aceptas mi propuesta, te retiraré mi protección y te las arreglarás sin mí. Y ya sabes lo que eso significará. ¿Aceptas las condiciones?

Jan permaneció unos instantes en silencio.

—¿Tengo una semana para tomar mi decisión?

—Sí, te doy mi palabra.

—Muy bien. Te lo diré dentro de una semana. —Se apoyó contra la endeble pared y cruzó los brazos. Milo pareció tranquilizarse.

—Bien —dijo, y sonrió.

El rostro de Jan se mantuvo imperturbable.

Había tomado una decisión que le había aportado considerable alivio. Antes de que la semana transcurriera, colocaría la bomba incendiaria en algún lugar vital de la nave y el Señor del Cielo volaría en pedazos.

Después de su teórica aceptación del chantaje sexual, Milo volvió a mostrarse simpático y, al menos en apariencia, encantador. Le ofreció otro bizcocho y dijo que comerían algo más sustancial después de dormir. Luego sacó el colchón de la cama de mimbre y lo tendió sobre el suelo.

—Puedes dormir ahí. Estarás más cómoda que en la cama.

Ella le dio las gracias y se acostó. Se sentía exhausta, pero tampoco tenía sueño. Comprendió que la idea de sumirse en el sueño la asustaba. Tenía miedo de lo que podía soñar.



Milo se acercó a ella y la miró.

—Quítate la ropa, si quieres. No te molestaré. Te doy mi palabra.

—Lo prefiero así.

El hombre se encogió de hombros y abrió el cierre de su mono. Cuando se lo quitó, Jan dedicó a su cuerpo una breve mirada de curiosidad, antes de acostarse de lado y cerrar los ojos. Era un cuerpo desprovisto de características notables, como el de todos los hombres. Sin el menor vello, por cierto, pero el de los minervanos también era escaso. Sus órganos sexuales parecían normales, aunque sabía bien que su familiaridad con los órganos sexuales masculinos provenía de su única experiencia con Simon. Lo raro era que el cuerpo de Milo no aparentaba una fuerza excepcional, insuficiente, en cualquier caso, para haber dominado al corpulento Buncher de aquella manera.

Oyó que la cama crujía cuando Milo se acostó. Murmullos de voces se filtraban todavía por las delgadas paredes. Una mujer sollozaba en la lejanía. Se preguntó si alguna vez apagaban o atenuaban las luces. Captaba el resplandor a través de los párpados.

El brillo de las luces del techo viró a rojo. Volvió a ver las llamas que devoraban Minerva. Oyó chillidos, oyó el silbido de las bombas, vio a Helen, aturdida y tambaleante mientras se aferraba a un brazo que terminaba en un muñón sanguinolento...

Jan abrió los ojos. Como temía, la pesadilla de los dos últimos días la esperaba, agazapada en su mente. Las imágenes se materializaron incluso antes de que se durmiera. Tendría que revivirlo todo de nuevo si se zambullía en el sueño. No podría resistir despierta mucho tiempo más, a pesar de que la piel le picaba como consecuencia del líquido blanco. Bien a pesar suyo, cerró los ojos.

¿Quién estaba gritando? Era un sonido espantoso, agudo y penetrante. Crispaba los nervios. Jan miró angustiada a su alrededor, pero había demasiado humo. Los gritos continuaron, cada vez más cerca. Después, Jan vio que Martha surgía del humo y corría hacia ella. Todo el vello de la chimpancé ardía, de pies a cabeza. Cuando estuvo a pocos pasos de Jan, ésta percibió el chisporroteo de su piel en llamas.

—¡No! —gritó Jan, mientras Martha, presa del pánico y el dolor, se le tiraba encima. Se puso a chillar cuando los poderosos y flamígeros brazos de la chimpancé la estrujaron en su desesperación...

Jan no cesaba de gritar mientras intentaba liberarse de aquellos brazos, pero no podía, eran demasiado fuertes.

—Shhh, amazona —dijo una voz en su oído—. Calma, sólo es un sueño. No pasa nada...

La sensación de las llamas que abrasaban su carne se desvaneció, aunque los poderosos brazos continuaron sujetándola con firmeza. Comprendió dónde estaba: en

el cubículo de Milo, aunque ahora a oscuras. Dejó de chillar.

—¡Haz que esa puta se calle, por los clavos de Cristo! —gritó un hombre desde otro cubículo.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Milo con suavidad.

—Yo... Yo... No lo sé. ¿Qué me pasa?

Su cuerpo se agitaba violentamente, sus miembros temblaban hasta tal punto que parecía sufrir convulsiones. Una sensación de indescriptible terror la dominaba, como si estuviera a punto de caer por el borde de un abismo sin fondo.

—Es una simple reacción retardada a todo cuanto has padecido —explicó Milo, sin dejar de sujetarla con fuerza. Jan se aferró a él. Tenía la impresión de que, si no lo hacía, el terror se la llevaría y estaría perdida para siempre.

—Tranquila —susurró el hombre—. Respira profunda y lentamente. Uno... dos. Uno... dos...

Poco a poco, la horripilante sensación de pánico y terror disminuyó; los temblores se calmaron. Milo la soltó. Jan se sentía exhausta, enferma. En la oscuridad, vio que Milo se acercaba a su baúl. Sacó una cajita y la cantimplora. Se arrodilló ante ella y le pidió que extendiera la mano. Depositó una píldora en su palma.

—Trágate esto —dijo—. Te sentirás mejor.

—¿Qué es? —preguntó la joven con suspicacia.

Distinguió el centelleo de sus dientes en la penumbra.

—Parece que vuelves a ser la de siempre. No te preocupes. Es una hormona sintética que estimulará tu cerebro a que produzca más cantidad de una encefalina específica. Será mejor que la tomes antes de que cambie de idea. Hoy en día, estas cosas escasean tanto como los dientes de gallina.

Jan frunció el ceño.

—Pero si todas las gallinas tienen dientes...

—Olvídalo. Un dicho arcaico. Tómate la píldora.

Jan se introdujo la píldora en la boca, vacilante. Milo le pasó la cantimplora y ella tragó la píldora con varios tragos de agua, que agradeció.

—No me siento diferente —dijo, devolviéndole la cantimplora.

—Espera y verás.

Milo guardó la cantimplora en el baúl. Se volvió y la miró, aún de rodillas.

—Jan, ¿qué llevas en el bolsillo? —preguntó en voz baja.

—¿Cómo? —Por un momento, no supo de qué hablaba. Después, recordó la bomba. Su mente se puso en blanco—. Es... es... No lo sé.

—¿No sabes lo que llevas en el bolsillo?

Milo se inclinó y alargó la mano. Ella no se resistió cuando extrajo diestramente la bomba del bolsillo superior. Vio que la examinaba a la escasa luz.

—Pesa. Dime, amazona, ¿qué es esta cosa que ignorabas tener?

«Oh, Dios Madre, si gira el extremo superior...», pensó Jan mientras el hombre la manipulaba.

—Devuélvemelo —dijo, extendiendo la mano—. Te lo diré.

Milo vaciló un largo momento antes de devolverle el cilindro.

—¿Y bien? —insistió.

Jan notó que algo le estaba ocurriendo. Debía ser obra de la píldora. Empezaba a sentirse... de maravilla. Todas sus preocupaciones y temores, incluso la pena, se disolvían como puntos de una herida cicatrizada. Se notaba eufórica y relajada al mismo tiempo.

—Dime lo que es, Jan —insistió Milo, sin levantar la voz.

¿Por qué no decirle la verdad?, se preguntó la muchacha. ¿Qué más da? En el último momento decidió lo contrario.

—Es un objeto sagrado. Muy sagrado. Todo cuanto me queda de Minerva. Mi madre me lo dio.

—¿Tu madre?

—Mi madre era una caudillo de Minerva. Muy importante. La gente a la que llamas los Aristos no saben que... Lo guardé en secreto. No se lo dirás, ¿verdad?

Jan se reclinó sobre el colchón, apoyándose en un codo. Tenía mucho sueño. Un sueño maravilloso.

—No se lo diré —prometió Milo—. ¿Qué es ese objeto?

—Estoy cansada. Quiero dormir.

—Dentro de un momento, amazona. Primero, dime qué es.

—Muy sagrado.

—Ya lo has dicho. Quiero saber por qué.

—Es una vara que simboliza la autoridad, una de las varias entregadas a nuestras antepasadas por Dios Madre. —Cuando pronunció la blasfemia, Jan experimentó una punzada de culpabilidad ínfima, casi inexistente—. Juré a mi madre que la protegería con mi vida.

—Entiendo —dijo Milo—. ¿Cómo conseguiste introducirla a bordo?

—Escondida.

Luchaba por mantener los ojos abiertos. Tenía la impresión de estar hundiéndose en una cama mullida y blanda. Volvió a sentirse como una niña. Una fuente desconocida le estaba suministrando inyecciones de seguridad.

—Pero ¿cómo? Estoy seguro de que destruyeron tus ropas.

Jan rió.

—Escondida dentro de mí...

—Oh. Ya entiendo.

—Voy a dormir —dijo Jan, y apoyó la cabeza en el colchón. Al cabo de escasos segundos estaba dormida.

Milo se quedó donde estaba, la vista clavada en la joven. Cuando estuvo seguro de que dormía sacó el cilindro del mono. Lo examinó con aire pensativo y después lo devolvió al bolsillo. Se levantó y caminó hacia la cama. Una vez acostado se concentró en apaciguar el deseo sexual que le había inducido la presencia de la muchacha. Al cabo de un rato se durmió, y por primera vez desde hacía décadas soñó con Miranda.

Cuando Jan despertó, notó que la sensación de bienestar continuaba, aunque no tan intensa. Se incorporó. Milo ya se había despertado. Estaba vestido y sentado en el borde de la cama, mirándola.

—¿Te sientes mejor? —preguntó.

—Sí —admitió Jan—. Gracias.

Miró a su alrededor. Las luces estaban encendidas. Entonces, recordó lo que había pasado justo antes de dormirse y buscó rápidamente en el bolsillo. La bomba continuaba en su sitio.

—No te preocupes —dijo Milo con ironía—. No he robado tu preciosa herencia.

Jan se ruborizó.

—¿Qué había en la píldora que me diste? —preguntó—. ¿Era una droga de la Antigua Ciencia?

—Un producto de la Antigua Ciencia, sí, pero no una droga, en el probable sentido que das a esa palabra. Como ya intenté explicarte anoche, la droga auténtica que te hace sentir mejor es producida por tu cerebro. La píldora contenía una sustancia que estimula la parte específica de tu cerebro a producir mayores cantidades de la «droga».

Jan frunció el ceño y trató de extraer un sentido a sus palabras. Como antes, no estaba segura de si le estaba tomando el pelo o le decía la verdad..., o lo que él creía ser la verdad.

—¿Estás diciendo que hay una droga en mi cerebro capaz de producir la maravillosa sensación que experimenté anoche, antes de dormirme? Es imposible, porque en ese caso ya me habría sentido de esa forma en anteriores ocasiones.

Milo suspiró.

—No puedes haber experimentado con tanta intensidad esa sensación porque tu cerebro nunca había liberado tanta encefalina, la «droga», en tu sistema nervioso.

Jan aún no estaba convencida.

—¿Conoces una droga llamada morfina? —preguntó Milo.

—Sí. Se extrae de la adormidera. Un regalo de Dios Madre. Alivia el dolor...

—Bien, hace mucho mucho tiempo los científicos descubrieron que el sistema nervioso central humano poseía su propia versión de la morfina, lo cual explicaba por qué algunas personas que sufrían heridas graves no sentían ningún dolor, al menos no de inmediato. Y a medida que progresaban las investigaciones sobre el

funcionamiento bioquímico del cerebro, se descubrieron más y más sustancias que eran análogas no sólo a los narcóticos y anestésicos, sino también a una extensa variedad de otras drogas capaces de alterar el estado de ánimo. Se llegó a la conclusión de que el pensamiento humano era el resultado final de un verdadero combinado químico. Identificar todos los diferentes agentes químicos y definir su exacta función ocupó muchos años, y entretanto se realizaron varios descubrimientos interesantes acerca de la naturaleza humana. Uno de ellos concernía a la depresión. Sabes lo que significa la palabra «depresión», ¿verdad?

—Sí, por supuesto. Significa sentirse triste o desgraciado.

—¿Te has sentido de esa forma a menudo?

—Bueno, a menudo no, pero a veces. Sobre todo últimamente...

Milo sonrió.

—Pero no en este preciso momento, ¿verdad? Aunque tu actual situación es poco halagüeña, ahora te sientes alegre, despreocupada... ¿No es cierto?

Jan lo admitió.

—Son los efectos residuales de la hormona que te di. Sin embargo, eres psicológicamente incapaz de experimentar el tipo de depresión tan familiar a muchas personas de la era anterior al Modelo de Primera Clase, gracias a la modificación genética a que se sometieron tus antepasados. En los días anteriores a la era genética, mucha gente era propensa a un estado conocido como síndrome maníaco-depresivo. Tal estado se consideraba una enfermedad, resultado de una tara psicológica o física. Entonces, se consideraba «normal» no sufrir ese estado anímico; se pensaba que el estado natural de la mente humana era una especie de equilibrio emocional mezclado con una tendencia innata hacia una sensación fundamental de bienestar y un vago optimismo, dependiendo de las circunstancias externas, por supuesto.

—Pero eso es lo natural, ¿no?

—Ésa es la cuestión. Los científicos descubrieron que la naturaleza se había asegurado de que los seres humanos fueran continuamente drogados hasta las cejas, digámoslo así, a fin de poder soportar la vida. Los normales, en cualquier caso. Los anormales, propensos al estado maníaco-depresivo o a otros problemas mentales crónicos, padecían una disfunción orgánica cerebral, pero es que sus cerebros no producían suficientes neurotransmisores que les asegurasen la posesión del punto de vista algo optimista, aunque distorsionado, sobre la vida experimentado por la gente —comento—. Como resultado, estos individuos anormales sostenían un punto de vista sobre la realidad más objetivo, teniendo en cuenta la condición humana...

Jan meneó la cabeza, intrigada.

—Hay que ver la cantidad de tonterías que dices.

—Bien, eso fue exactamente lo que dijo mucha gente cuando esta teoría salió a la luz..., que eran tonterías. Está en la naturaleza humana de cada individuo creer que

su percepción de la realidad es objetiva. Pero la triste verdad es que nuestra percepción de algo, de todo lo que pensamos y sentimos, se encuentra a merced de nuestra programación genética, que a su vez controla la fabricación de todas las hormonas que, a su vez, dictan el desarrollo de las actividades químicas en nuestros cerebros. Incluso nuestra percepción del tiempo es un producto de estos procesos. El concepto humano del tiempo es una ilusión inducida biológicamente; no existe algo parecido al tiempo lineal, sino que el tiempo es... —Miró a Jan y no prosiguió—. Perdona. Mi necesidad de poder hablar otra vez con alguien me vence. Olvido que, a pesar de tu inteligencia nativa, aún eres una salvaje, como el resto de los que malviven en este lugar.

—¡No soy una salvaje! —protestó la joven.

—¿No? ¿Quieres decir que entiendes lo que digo? —se burló Milo.

—Bueno, no mucho, pero sé que te equivocas acerca de la mente. Forma parte del credo minervano que la mente está separada del cuerpo. Es propiedad de Dios Madre, y cuando morimos, ella la recoge. La integrará en el Paraíso o, si necesita una mayor purificación, la enviará de vuelta a la Tierra, para que viva otra vida.

—Está muy bien esa teología minervana —se mofó de ella Milo—. Cielo y Tierra reducidos a una gigantesca lavandería.

Aquellas palabras enfurecieron a Jan.

—¡Es mucho más sensato que toda esa basura de que hablas!

—Mi pobre amazona, tú también eres producto de eso que llamas «basura». Como ya te dije antes, tus ingenieros genéticos minervanos se ocuparon de ello. Tus antepasadas fueron modificadas con más generosidad de lo especificado en la normativa del Modelo de Primera Clase. Eres diferente física y mentalmente, no sólo de las mujeres de la era pregenética, sino también de las mujeres que viajan a bordo de esta nave. Tus antepasadas, gracias a triquiñuelas genéticas en los equilibrios hormonales, aumentaron de envergadura, pero también adoptaron una actitud emocional más masculina. En consecuencia, vuestros hombres sufrieron modificaciones más drásticas. El producto final fue un macho humano más pequeño, no agresivo, no competitivo, no amenazador... En definitiva, el hombre ideal de una feminista.

—Es impensable que las minervanas se sometieran a la ingeniería genética, pero admito que los hombres minervanos fueron cambiados.

—Por arte de magia, ¿eh?

—Dios Madre los cambió. Después de las Guerras Genéticas, un grupo de ellos llegó a Minerva y suplicó perdón. También pidieron refugio. Las caudillos preguntaron al Dios Madre qué debían hacer. El Dios Madre les habló y dijo que transformaría a todos los hombres que pidieran perdón de todo corazón, y sus hijos también serían transformados, y los hijos de sus hijos...

—Por arte de magia, como ya había dicho. —Milo se levantó y estiró, levantando las manos sobre la cabeza—. Como prefieras. Al menos, estamos de acuerdo en que los hombres de Minerva no son hombres normales. Hombres más agradables, tal vez, pero no normales. El gran problema de las primeras minervanas es que la idea no cuajó fuera de su estado. Muchos hombres, que apoyaban el ideal minervano de un estado feminista, se prestaron alegremente a ser modificados, pero la mayor parte de la población masculina del mundo no mostró la menor inclinación a ponerse en la cola.

»El problema consistía en que, para reprogramar el cerebro de un hombre hasta el punto de rebajar o eliminar por completo los rasgos masculinos indeseables, era preciso alterar radicalmente su sexualidad. La programación hormonal de la sexualidad masculina y el comportamiento masculino son una sola cosa. En consecuencia, vuestros hombres minervanos transformados, aunque seguían siendo físicamente machos, poseían una sexualidad muy disminuida, en comparación con los hombres no transformados. Por eso, en el mundo exterior, se les llamaba «eunucos» y cosas peores.

—No son eunucos.

Milo arqueó las cejas.

—¿Lo sabes por propia experiencia?

Jan se ruborizó.

—No te importa.

—Al contrario, todo lo relacionado contigo me importa, pequeña amazona. Da igual. Dime lo que opinas sobre los hombres de Minerva en general.

Jan se encogió de hombros.

—Me gustaban. Quería a mi padre.

—¿Tanto como querías a tu madre?

—Bueno, no...

—¿Cuál era la principal diferencia entre los hombres y las mujeres minervanos? No me refiero a las diferencias físicas obvias, sino al temperamento.

Jan frunció el ceño.

—Bueno, supongo que los hombres eran menos..., menos complicados que todas las mujeres que yo conocía. Su actitud ante la vida resultaba un poco irritante a veces. Siempre estaban contentos, alegres, relajados...

Milo desplegó una sonrisa triunfal.

—Lo cual demuestra mi afirmación, y nos retrotrae a lo que decía sobre la manipulación de los estados mentales. Vuestros ingenieros genéticos se vieron obligados a aumentar la dosis de aquellas drogas de la felicidad naturales que todos tenemos en la cabeza, con el fin de que vuestros hombres se sintieran felices de por vida con los cambios operados en ellos. En la práctica, no les cortasteis las pelotas,

pero para el caso es lo mismo.

—Sólo sé que preferiría estar con un hombre de Minerva que contigo.

Milo sonrió.

—¿No me consideras una compañía estimulante?

—Ningún hombre minervano ha violado a una mujer en toda la historia de Minerva.

—¿Acaso he amenazado con violarte?

—Sí —replicó la joven con frialdad.

La sonrisa de Milo se transformó en un fruncimiento de ceño.

—Oh, no, otra vez no. —Le indicó con un gesto que se levantara—. Vamos. Hay que ir a comer. Sólo queda una hora para ir a trabajar.

Jan obedeció.

—¿Cuál es nuestro trabajo? Me han dicho que iba a ser una limpiacristales. ¿Qué es eso?

—Te lo diré después de comer. No quiero matar tu apetito.



—No mires hacia abajo si te trastorna —dijo Milo.

—No puedo evitarlo —respondió Jan, mientras se aferraba a la barra de apoyo con todas sus fuerzas. Lo estaba pasando casi tan mal como cuando colgaba del *Lord Pangloth* en el interior de una cesta de mimbre. Se apretujaban con varios esclavos más en una caja de paredes de vidrio que ascendía lentamente hacia una inmensa caverna que recordaba el estómago de un animal gigantesco.

Lo que aumentaba la sensación de vértigo de Jan era que la jaula de cristal y su cargamento humano estaban sujetos por dos tiras de una cinta negra y estrecha, que parecían tan resistentes como hilos de algodón. Jan no entendía por qué las cintas aguantaban tanto peso, y la breve y sorprendente explicación de Milo (las cintas estaban hechas de un material extrafuerte que provenía del espacio exterior) no la tranquilizaba en absoluto.

—Relájate y goza de la vista —dijo Milo, risueño—. Has de admitir que es extraordinaria. Hace tres años que la veo, pero nunca deja de impresionarme.

Jan se obligó a pasear la vista en torno suyo. Se estremeció. Las grandes paredes, cuya textura recordaba la carne, fluctuaban lentamente, como si poseyeran vida.

—No entiendo. No hay nada que las sostenga. ¿Por qué no se derrumban sobre nosotros?

—Ya he tratado de explicártelo. Estamos rodeados de gas. Helio. Millones y millones de metros cúbicos. No lo ves porque es invisible, como el aire. Esta bolsa de gas, junto con las otras, permite volar al *Lord Pangloth*. Imagínate que estás en el interior de una versión gigante de un globo de feria.

—¿Un qué?

—Ah, ya. Me había olvidado. Nada de globos. Ni siquiera cometas. La ley de los Señores del Cielo... —Se frotó el mentón—. De acuerdo, imagínate que es una pompa de jabón gigante. Sabes lo que es una pompa de jabón, ¿verdad?

Jan le dirigió una mirada desdeñosa.

—Por supuesto, pero no parece una pompa de jabón. Las pompas de jabón son redondas.

—Y también lo sería la nave si se llenara por completo de gas. No es así porque, cuando un Señor del Cielo se eleva, la presión del aire circundante disminuye y el gas contenido en las celdas se expande. Si pones demasiado gas en la celda cuando está a baja altitud, el gas romperá la celda cuando se encuentre a una altura superior, ¿entendido?

—Creo que sí.

Milo rió con aire protector e hizo ademán de revolverle el cabello, pero ella retrocedió. Uno de los esclavos lanzó una risita, pero, en cuanto Milo le miró, retornó

al silencio.

—Me diste una semana para decidir, ¿te acuerdas? —dijo Jan—. Prometiste que, en el ínterin, no me tocarías.

—Sólo me mostraba cordial —protestó el hombre.

—Menudo amigo —dijo ella con amargura.

La jaula de cristal casi había llegado a la parte superior de la celda de gas. Jan distinguió lo que semejaba una cúpula invertida de cristal sujeta al techo de la celda. Mientras se acercaban a la cúpula, apareció una abertura en su superficie y la jaula, todavía izada por las dos tiras de cinta negra, imposiblemente delgadas, entró. La cúpula se cerró sobre la jaula y Jan vio que aparecía otra abertura en el material de la propia celda.

—La llave de paso —explicó Milo—. Impide que el gas se escape.

La jaula se inmovilizó sobre la celda de gas, en un espacio apenas iluminado.

—¡Fuera! —gritó Benny.

Los esclavos salieron a trompicones de la jaula. Jan miró a su alrededor, intrigada. El espacio gris y plagado de sombras entre el suelo y el techo bajo parecía extenderse en todas direcciones, sin límite. Un laberinto de postes y vigas maestras conectaba las dos superficies.

—Estamos entre los cascos interior y exterior —dijo Milo en voz baja.

—¡Silencio! —ladró Benny—. ¡Coged vuestro equipo y subid, limpiacristales! —Se acercó a Jan—. Amazona, utiliza el equipo de Milroy. No volverá a necesitarlo.

Varios esclavos rieron mientras se dirigían a una hilera de taquillas de madera. Milo condujo a Jan hacia una y le enseñó cómo se abría.

—¿Qué le pasó a Milroy? —preguntó ella, mientras contemplaba la desconcertante colección de objetos que contenía la taquilla.

—Fue descuidado —contestó Milo. Sacó una chaqueta acolchada y se la tendió—. Esto primero. Lo necesitarás. Hace frío ahí fuera.

Era demasiado grande para ella, pero Jan la agradeció. Hacía más frío en este extraño lugar que en los aposentos de los esclavos. Entretanto, Milo iba sacando más cosas de la taquilla.

—Ponte esto sobre la chaqueta —indicó.

Era una especie de arnés hecho de piel. Permitted que la ayudara con sus múltiples cierres, procurando hacer caso omiso del tacto de sus manos cuando tocaban su cuerpo. Se preguntó para qué servían las anillas metálicas del arnés. A continuación, se calzó un par de botas de suela gruesa, hechas de una extraña sustancia gomosa, y se puso unos guantes de piel. Tanto las botas como los guantes se veían muy usados y desprendían un penetrante olor. Luego, Milo le tendió un enorme rollo de cuerda con grapas metálicas en ambos extremos. Le enseñó cómo debía cargarlo sobre el hombro, con la ayuda de una anilla del arnés. Por fin, le dio un palo que llevaba un

montón de tiras de tela en un extremo.

Ella lo miró fijamente. «Es un mocho», se dijo, incrédula. ¿Qué debía hacer con él, limpiar el exterior del Señor del Cielo? La idea era absurda. Las lluvias torrenciales y el viento debían mantener limpio el casco.

—¡Moveos, bastardos perezosos! —rugió Benny, moviéndose entre ellos—. ¡El último que llegue arriba recibirá una caricia de mi bastón neurónico!

Jan se encogió mentalmente al recordar el insoportable dolor experimentado cuando el instrumento la tocó. Miró con desesperación a Milo, que estaba ante una de las últimas taquillas y se ponía a toda prisa su equipo. Corrió a su lado.

—¿Qué hemos de hacer? —preguntó.

Milo movió la cabeza hacia un lado, y Jan vio una escalerilla que se desplegaba desde el techo. Los demás ya avanzaban hacia ella. Benny empujó una palanca situada en la base de la escalerilla. Se descorrió un panel del casco superior. Jan vio la luz del sol y notó una ráfaga de aire frío. Se acercó a la escalerilla, rogando para no ser la última, pero cada vez que intentaba alcanzarla un esclavo le bloqueaba el camino. El pánico se apoderó de ella. Cualquier cosa era preferible a padecer de nuevo los efectos del bastón mágico.

Pero continuaron cortándole el paso hasta que el último de los esclavos, sonriente, le tomó la delantera. Miró con aprensión hacia Benny y se dio cuenta de que Milo estaba detrás de ella, esperando a que subiera. Trepó por la escalerilla, tranquilizada. Mientras subía, miró hacia abajo. Milo la seguía. Benny le contemplaba con el ceño fruncido, pero no hizo ademán de tocarle con el bastón del dolor.

¿Se había arriesgado Milo por ella, o sabía que Benny se estaba echando un farol? Todos estos pensamientos se esfumaron de su mente cuando salió por la escotilla. El desconcierto la petrificó en la escalerilla durante unos momentos, hasta que sintió un golpe en la pierna.

—Sal, amazona —dijo Milo—. Ya tendrás tiempo después para la contemplación. Demasiado tiempo...

Acabó de salir y se quedó de pie junto a la escotilla, sujetándose contra el fuerte viento que soplaba alrededor del casco de la nave. La nave. Tuvo que esforzarse en recordar que se hallaba de pie sobre una nave voladora. Era tan inmenso el casco, que tuvo la impresión de haber sido transportada de repente a otro mundo. No veía la tierra, sólo el paisaje curvo y extraño, que se extendía en todas direcciones, del inmenso casco del Señor del Cielo.

Se agarró con fuerza a la barandilla circular que rodeaba la escotilla, sintiéndose insignificante, vulnerable. Los otros esclavos, indiferentes a la panorámica, reían y bromeaban, haciéndose oír por encima del viento.

—Bonito paisaje, ¿verdad? —dijo Milo, poniéndose a su lado—. Sé lo que sientes. Yo sentí lo mismo la primera vez. Lo superarás.

Jan no creyó ni una palabra de lo que decía. No podía imaginarle sintiendo lo mismo que ella en aquel momento, ni pensaba que acabaría acostumbrándose a ser como una mosca sobre el lustroso lomo de este gigante. Examinó la superficie del casco. Parecía cubierta de una infinidad de piezas hexagonales de cristal gris oscuro muy apretadas. Recordó que cuando miraba al Señor del Cielo desde el suelo pensaba que su mitad superior estaba cubierta de escamas. Preguntó a Milo qué eran.

—Recogedores de sol. Al menos, así los llama esta gente. En realidad, son...

Benny le interrumpió a gritos, indicándole que se moviera. Los esclavos se encaminaron hacia lo que aparentaba ser un sendero, flanqueado por barandillas bajas, que recorría el espinazo del casco hasta la enorme aleta de cola. Jan calculó que la altísima estructura de la aleta se hallaba a medio kilómetro, como mínimo, pero resultaba difícil estimar las distancias en este peculiar paisaje.

Se aferró a las barandillas mientras Milo y ella seguían a los demás por el sendero. Benny constituía la retaguardia. Iba silbando.

—Los recogedores de sol se llamaban antes placas solares —continuó Milo—. Absorben la luz del sol y la transforman en energía eléctrica, la energía que alimenta los motores del Señor del Cielo, que proporciona luz y calor, todo. Cuando se agoten, el pueblo del cielo la habrá cagado, como decíamos hace mucho tiempo...

—¿Cuando se agoten? ¿Qué quieres decir?

Milo señaló las piezas de cristal.

—Son un producto de la Antigua Ciencia. Los miembros de la Cofradía de Ingenieros del Señor del Cielo, lo más cercano a seres inteligentes que se puede encontrar a bordo de esta gigantesca bolsa de gas, no saben duplicarlas. Contienen una sustancia fabricada genéticamente, similar a la clorofila de las plantas. Es muy eficaz y, en teoría, continuará funcionando indefinidamente, pero yo no pondría la mano en el fuego. Estas naves llevan dando vueltas alrededor del mundo cientos de años, y el deterioro ya empieza a notarse. No me extrañaría que un elevado porcentaje de estas placas ya no funcionen bien, o estén desconectadas de la red. Los ingenieros ni siquiera saben cómo funciona eso, y no tendrán una pista sobre la situación real hasta que un día se apaguen las luces.

—¡Muy bien, alto! —ordenó Benny—. Hoy trabajaréis aquí, sección cinco, limpiacrystal.

Jan observó un gran «5» pintarrajeado a la izquierda del sendero. La pintura roja cubría varios «recogedores de sol».

—No me digas que debemos limpiar estas cosas —exclamó Jan.

—¿Se te ocurre otro motivo para estar aquí con mocho? —replicó Milo, sonriente.

—Pero ¿por qué es necesario limpiarlos?

—Hongos. Existen unas especies concretas a las que les gusta construir su hogar

en el cristal. Las esporas que transporta el aire se alojan en los intersticios de las placas. Al final, el hongo cubre toda la placa, impidiendo que absorba la luz del sol.

Jan miró los fragmentos de cristal que tenía delante.

—Pues a mí me parecen limpias.

—Éstas quizá, pero no vamos a trabajar aquí. Vamos...

La ayudó a pasar sobre la barandilla. Benny y los demás esclavos ya lo habían hecho y se dirigían hacia el «horizonte» izquierdo. Mientras caminaba detrás de ellos en compañía de Milo, Jan advirtió casi al instante que el casco se curvaba bajo sus pies. Andar por el sendero le había causado la impresión de que la superficie del casco era completamente llana. Notó cierto malestar en el estómago. No quería alejarse del sendero, pero sabía que no le quedaba otra elección.

—¿Ves aquellos dos que van cargados con depósitos? —dijo Milo, señalando a dos esclavos que transportaban sobre la espalda voluminosos cilindros de metal—. Rociarán las zonas afectadas con un solvente, y nosotros lo secaremos.

—¿Y por qué no han empezado ya a rociar? —preguntó Jan, nerviosa.

—Porque aún no hemos llegado a la zona asignada. Toda esta parte del casco superior, las secciones a las que se accede con facilidad, es territorio reservado a otras unidades de esclavos, pero los limpiacristales del maestro Bannion se encargan de los trabajos más difíciles. Por eso Bannion es rico y nosotros vivimos mejor que los demás esclavos.

—¿Vivimos mejor?

—Sí, te lo aseguro.

Habían llegado a una pendiente inclinada, pero el grupo no aminoró el paso. ¿Cuánto tardaría la pendiente en hacerse tan pronunciada que todos perderían pie y resbalarían por el costado del casco?

—¿Falta mucho? —preguntó Jan, angustiada.

—Temo que bastante.

—Pero no podemos seguir adelante mucho más.

—¿Por qué crees que llevamos estas cuerdas?

—Oh, Dios Madre... —suspiró la muchacha.

Jan estaba intrigada por saber de dónde sacaría Milo la comida que había mencionado. Su curiosidad aumentó cuando le siguió a las hileras de destartados cubículos, hasta llegar a la principal zona común. Los dos atrajeron encolerizadas miradas de los pocos esclavos que ya se habían levantado, pero ninguno dijo nada. Milo guió a Jan hacia la escalera de caracol.

—Vamos, sube —dijo.

La joven se quedó sorprendida.

—¿Podemos marcharnos, sin más? Pensaba que éramos prisioneros.

—Somos prisioneros, en efecto, pero podemos ir a donde queramos, siempre que

el lugar lleve esa marca. —Indicó la estrella negra de su mejilla—. Bannion debió decírtelo cuando te marcó.

—Oh, sí, creo que sí —dijo Jan, mientras subía la escalera—, pero en aquel momento no le presté demasiada atención.

—Muy comprensible. Conocer a Bannion por primera vez es una experiencia bastante desagradable para cualquier esclavo. Imagino que debe de ser peor para una mujer.

—Sí. Ahora me acuerdo de otra cosa que dijo: que si era limpia le gustaría conocerme mucho mejor.

Entraron en el túnel por el que Benny la había traído.

—Quería decir que, si te acostabas con algún esclavo y no se convertía en un amasijo de cánceres por culpa de algún virus transmitido sexualmente —explicó Milo—, te concedería el honor de ser una de sus esclavas personales. Un buen empleo. Cantidad de comida buena y otros lujos. A cambio, deberías soportar ciertas indignidades, por supuesto, como recibir en la espalda de vez en cuando la caricia de su látigo. A Bannion le encanta castigar a las mujeres. Aparte de amasar dinero, yo diría que es el principal placer de su vida.

Jan recordó a la muchacha que estaba con Bannion. La idea de ser como ella la asqueó.

—¿Cómo puede alguien disfrutar haciendo daño a los demás? —preguntó a Milo.

—Una pregunta interesante. El valor evolutivo de los rasgos sadomasoquistas ha dado lugar a múltiples especulaciones, pero te ahorraré mis teorías propias... Digamos que considerarás la convivencia conmigo un destino mucho más agradable.

A Jan se le había ocurrido otra pregunta.

—Tú deseas hacer el amor conmigo cuanto antes. ¿Por qué no tienes miedo de que te transmita una enfermedad, como es el caso del maestro cofrade?

—Porque es un cretino supersticioso, como casi todo el Pueblo del Cielo. Las probabilidades de que en tu comunidad existieran virus fatales es remotísima, pero estos idiotas albergan creencias de ese calibre. Los únicos lugares realmente peligrosos son las ciudades. Aunque no viva gente, algunas esporas dañinas fueron diseñadas para vivir de forma indefinida. La tierra en sí es insalubre.

—Hace muchísimo tiempo que no hay plagas en Minerva —dijo Jan—. De vez en cuando, alguien muere por culpa de los hongos, pero eso es todo.

—Como ves, no soy valiente por desear acostarme contigo. Sólo racional. Y considero irracional que debamos esperar toda la semana.

—Me lo prometiste. Hicimos un trato.

—Y no lo quebrantaré. Sólo te pido que lo reconsideres. Lo más seguro es que tú también te comportes de una manera racional y accedas a mis demandas. Sería irracional por tu parte llegar a otra decisión.

Jan calló y el resto del trayecto transcurrió en silencio. Su destino resultó ser la «ciudad» cerrada por la que el guerrero Tanith la había escoltado el día anterior. Esta vez no había mucha gente, y Jan pensó que se debía a lo temprano de la hora. Tampoco la sometieron a las humillaciones de la ocasión anterior. Se preguntó por qué. Continuaba siendo la misma «lombroz plagada de enfermedades» del día anterior. ¿Qué había cambiado? ¿Era la presencia de Milo, o la marca de la estrella grabada en su mejilla? La explicación más probable era que, ahora, todo el mundo sabía que pertenecía al maestro cofrade Bannion...

Milo se detuvo en un puesto ambulante de melones. La mujer que lo atendía no pareció muy feliz de servir a Milo (le miró con el ceño fruncido y masculló algo por lo bajo), pero no le hizo ascos a su dinero.

—¿De dónde has sacado el dinero? —preguntó Jan, cuando Milo le dio el melón para que lo llevara.

—De Bannion. Cobra un montón de dinero por nuestros servicios y nos paga una miseria. Lo suficiente para seguir vivos, más algún lujo ocasional.

Se detuvo ante otro puesto. Éste vendía largos tubos que Jan sospechó estaban hechos de carne seca.

—No pienso comer eso —dijo.

—Ni lo harás. Es para mí. Uno de esos raros lujos que te comentaba.

Pararon en tres puestos más, donde Milo compró verduras de aspecto extraño, fruta marchita (naranjas y peras) y un poco de pan. Después, volvieron a los aposentos de los esclavos. La zona común se había llenado en su ausencia. Las mujeres cocinaban, mientras los hombres se sentaban alrededor de mesas bajas o se tendían sobre el sucio suelo de paja. Las conversaciones se interrumpieron en cuanto ellos bajaron. La hostilidad era palpable, pero nadie intentó nada contra Milo y su acompañante.

—Confío en que no esperases una comida caliente —dijo Milo en voz baja—, porque creo conveniente alejarnos de esta gente hasta que la situación se enfríe un poco.

Jan se mostró de acuerdo con él. Cuanto menos contacto tuviera con los demás esclavos, mejor.

Aunque la comida no era nada del otro mundo, la agradeció, y así se lo expresó a Milo después. Éste se encogió de hombros y cortó otro pedazo del tubo de carne seca.

—No hay de qué.

—Te devolveré el favor.

—Eso espero —respondió el calvo, mirándola a los ojos de manera significativa.

—Quiero decir que te devolveré el dinero.

—No es necesario... Basta con que nuestro trato se lleve a la práctica.

Se llevó el trozo de carne a la boca y lo masticó con satisfacción, sin apartar los

ojos de ella.

Jan desvió la vista y examinó las pinturas de la pared.

—¿Quién hizo eso? —preguntó, ansiosa por cambiar de tema.

—Yo.

Jan contempló los remolinos de colores y formas.

—¿Qué significa?

—Si te refieres a qué representa, la respuesta es nada. Ayuda a, bueno, a relajarse. Si te concentras en él, resulta más fácil entrar en un estado neutral de la mente. Lo cual significa que disparo una serie de aquellos neuropéptidos que te he comentado, esas drogas de la felicidad naturales que existen en el cerebro.

—Entiendo.

La pintura parecía cualquier cosa menos relajante. Para ahorrarse otra de sus largas y absurdas parrafadas, le preguntó dónde vivía antes de subir a bordo del *Lord Pangloth*.

—En el océano. En un hábitat marino.

—¿Un qué?

—Llámalo una ciudad flotante. En otros tiempos había muchísimas. La mía debía de ser la última existente. Los océanos también tenían su propia forma de yermo. Se han hecho demasiado peligrosos. Demasiado peligrosos para la vida humana, en cualquier caso.

Jan le preguntó en qué sentido.

—Calamares, sobre todo. Lo han invadido todo, gracias a los malditos japoneses.

Jan explicó que no entendía ninguna de aquellas palabras.

—Los japoneses eran, y supongo que siguen siendo, una raza isleña. Se pirraban por los calamares. Los calamares son una especie de pescado. Una especie primitiva, de cuerpo blando y provisto de muchos tentáculos. Parecen una pesadilla, pero para los japoneses constituían un manjar exquisito. Bueno, no sólo para los japoneses; otros pueblos también comían calamares, pero los japoneses eran unos obsesos. Sus calamares favoritos eran de una especie llamada *surumeika*. Los criaban en enormes granjas marinas, alrededor de sus islas. Luego, empezaron a jugar con sus genes para producir *surumeikas* más grandes y que crecieran más deprisa... y ocurrió lo inevitable.

—¿Qué fue?

—Algunos escaparon de las granjas y salieron a mar abierto. Se aparearon con *surumeikas* naturales y el híbrido resultante fue una nueva especie de supercalamar. Crecía deprisa, desde luego... y era inteligente. Este nuevo calamar ha sobrevivido a costa de casi todos los demás tipos de pescados. Sin embargo, los *surumeikas* no son el único peligro de los océanos. Por fin, tuvimos que admitir la derrota y trasladarnos a lo que tomamos equivocadamente por aguas más seguras, cerca de la orilla...



Meneó la cabeza con tristeza.

—¿*Lord Pangloth*? —preguntó Jan.

—Sí. En medio del océano vimos muy pocas veces Señores del Cielo. Si divisábamos alguno, hacíamos lo mismo que cuando una tormenta peligrosa amenazaba al hábitat: nos sumergíamos unas decenas de metros bajo el mar. A esa profundidad nos hallábamos a salvo de las bombas y las tormentas. Por suerte, los armeros de los Señores del Cielo habían perdido el arte de fabricar cargas de profundidad. Cuando nos vimos obligados a derivar hacia aguas menos profundas ya no pudimos protegernos de esa forma. No podíamos bajar lo suficiente, de modo que cuando el *Lord Pangloth* apareció, nos dijo que estábamos dentro de su territorio y nos exigió un tributo. No tuvimos otro remedio que oponer resistencia.

—¿Por qué no pagasteis el tributo?

—Nos encontrábamos en la misma situación que tu pueblo. Subsistíamos a base de granjas de peces y plancton, y apenas podíamos alimentar a nuestra propia población. Era imposible entregar alimentos. En otro tiempo contábamos con máquinas que extraían ciertos minerales y productos químicos del agua de mar, pero la mayoría ya no funcionaban. Se habían quitado algunas piezas para conseguir que nuestra máquina más vital continuara funcionando; una unidad de energía solar que convertía el agua de mar en agua dulce. Por eso nos resistimos. Teníamos algunos cañones y arpones primitivos que habíamos utilizado contra los *surumeikas* y los gusanos de mar gigantes, pero no sirvieron de nada. Los láseres destruyeron los proyectiles y los arpones al igual que destruyeron vuestros cohetes.

»Además, éramos un blanco fijo para las bombas del Señor del Cielo. Las cámaras de flotación del hábitat se abrieron y nos hundimos. Yo fui uno de los pocos supervivientes. Me capturaron y estoy aquí desde entonces.

—Tres años, dijiste.

—Sí, tres años que me parecen treinta, pero tengo una cosa muy clara: no voy a pasar otros tres años en este zoo aéreo.

«Eso es cierto», se dijo Jan mientras pensaba en la bomba oculta en su mono.

—¿Cuánto tiempo viviste en la ciudad flotante? —se apresuró a preguntar.

—Desde que nací. Hace casi dos siglos.

Jan abrió los ojos de par en par.

—Eso significa...

—Sí, que estoy llegando al final de mi período de vida permitido. Si la memoria no me falla, tengo ciento ochenta años. Lo cual significa, como estabas a punto de indicar, que me queda un mínimo de catorce años de vida y un máximo de diecinueve. Nuestros rediseñadores fueron muy considerados al otorgarnos un período de «incertidumbre» al final de nuestras vidas. Habrían demostrado un pésimo gusto si supiéramos el día exacto de la autodestrucción genética, por poco dolorosa

que resulte.

Dibujó una sonrisa sombría.

—Nunca había conocido a una persona tan vieja —dijo Jan, mirándole con renovado interés.

—¿No? Seguro que sí —respondió Milo, desconcertado—. Tenía que haber gente cercana al final de su vida en tu ciudad.

—No. Ahora no, al menos. Avedon es..., era, una de las más viejas. Sobrepasaba los cien años. Mi madre decía que, cuando era joven, recordaba a muchas minervanas que habían llegado al día del Deceso.

Milo hizo una mueca.

—Una forma muy elegante de llamarlo. El que tu gente estuviera tan lejos del año fatídico es otro signo de los tiempos, supongo. El peligro creciente que acecha a los que viven en tierra está acortando el tiempo de vida programado. En cualquier caso, creo que a bordo tiene que haber gente tan vieja como yo. Los Aristos son harina de otro costal. Seguro que no se arriesgan si pueden evitarlo, y por eso pienso que su tasa de supervivencia es muy elevada.

Jan le contempló con aire pensativo.

—Por eso sabes tanto sobre los viejos tiempos..., porque eres muy viejo.

Milo lanzó una carcajada.

—No soy tan viejo. No, es que la historia es mi afición favorita. En el hábitat teníamos una biblioteca de registros electrónicos muy completa. Y había mucho tiempo libre para estudiar. La vida en el hábitat solía ser segura y tranquila, hasta hace unos treinta años, cuando toda la mierda genética acumulada sobrepasó su masa crítica y nos encontramos de repente hasta las cejas de calamares, algas mutantes y aquellos malditos gusanos de mar...

Calló, cogió la cantimplora y tomó un largo trago, como si intentara quitarse el sabor amargo de sus recuerdos. Cuando bajó la cantimplora, sonreía de nuevo.

—Me sorprende que creas que sé «tanto» sobre los viejos tiempos. Tenía la impresión de que considerabas basura y tonterías todo lo que te cuento.

Jan no mordió el cebo.

—¿No te preocupa estar tan cerca del día del... Deceso?

—A veces, pero no mucho. Aún no, al menos. Estoy seguro de que empezaré a preocuparme dentro de diez años, si vivo hasta entonces. Entonces, empezaré a cagarme en aquellos malditos políticos del siglo veintiuno y en su norma de los doscientos años. Cuando pienso que tuvimos el secreto de la inmortalidad en la mano y no hicimos nada... Qué locura. Y ahora lo hemos perdido.

—¿Podríamos haber llegado a ser inmortales? —preguntó Jan con escepticismo.

—Ya lo creo. De la misma forma que se aumentó el promedio de vida humano de setenta a doscientos años. Es el mismo mecanismo: la prevención genética del

envejecimiento celular. El secreto fue descubierto gracias a las investigaciones sobre el cáncer. Al contrario que las células normales, que mueren después de cincuenta divisiones, las células cancerígenas son inmortales. Pueden seguir dividiéndose eternamente porque nunca llegan a la maduración y, por tanto, los relojes genéticos de sus núcleos no se activan. Cuando los genes responsables fueron identificados fue posible aplicar los cambios a las células normales, sólo que, en lugar de transformar nuestras células en inmortales, su maduración se retrasó.

—¿Llegó alguien a ser inmortal?

—Oh, sí. Mucha gente se sometió a la modificación necesaria. Los muy ricos y poderosos. Costó mucho, porque estaba terminantemente prohibido por las leyes internacionales. Y las penas eran muy severas. Naturalmente, mucha gente estaba decidida a correr el riesgo.

—Entonces, ¿cabe la posibilidad de que aún haya inmortales vivos?

—No. Los que sobrevivieron a las Guerras Genéticas fueron asesinados en las purgas que siguieron a continuación. Como los culpables de las Guerras Genéticas y los inmortales solían ser los mismos, las turbas mataron dos pájaros de un estacazo.

—¿Un estacazo?

—Se puso de moda en aquel tiempo: atravesar con una estaca de madera el corazón de los inmortales, reminiscencias de las leyendas sobre vampiros, supongo. Muchas personas que, probablemente, no eran inmortales murieron de la misma manera, por supuesto. Fueron tiempos confusos.

Se oyó un fuerte sonido metálico. Milo frunció el ceño y empezó a guardar los restos de la comida.

—La señal. Es hora de ir a trabajar, pero antes es posible que tengamos algún problema con Benny y los demás supervisores. —La ayudó a ponerse en pie—. Quédate a mi lado y déjame hablar en todo momento.

Jan le miró preocupada.

—¿Qué pasará?

—Nada. Espero.

Les estaban esperando. Los demás esclavos y los supervisores. Cuando Milo y Jan entraron en la zona común, los esclavos se apartaron para dejar paso a los tres supervisores ataviados de negro. Benny iba el primero. Los rostros de los otros dos resultaron familiares a Jan, y supuso que les había visto en los aposentos del maestro cofrade. Benny se detuvo ante Milo y puso los brazos en jarras. El bastón del dolor colgaba a escasos centímetros de su mano derecha.

—¿A qué coño estás jugando, Milo? —preguntó.

—¿Jugando? —preguntó Milo con exagerada inocencia.

—Con ella —dijo Benny, moviendo la cabeza en dirección a Jan—. Se la di a Buncher. ¿Cómo ha llegado a tus manos?

—Pues Buncher me la regaló, Benny. Llegamos a un acuerdo.

—¡Eso es mentira!

Un esclavo se había adelantado. Jan vio que era uno de los tres que se habían enfrentado con Milo en la puerta de las letrinas.

—Le hizo algo a Buncher. Le obligó a que le diera la amazona, no sé cómo.

Milo le contempló con calma.

—Yo no le hice nada. Enséñame una marca en el cuerpo de Buncher que demuestre tus afirmaciones. —Milo paseó la vista a su alrededor—. Por cierto, ¿dónde está el amigo Buncher? Es él quien debería formular estas acusaciones.

—Buncher no ha salido de su cubículo —dijo otro esclavo—. No se mueve de la litera. Escupe sangre.

—Bien, ahí lo tienes —dijo—. No es extraño que Buncher perdiera el interés en la amazona. Se encuentra mal.

Benny dirigió a Milo una mirada penetrante.

—De modo que Buncher fue y te dijo: «Milo, viejo amigo, te regalo la amazona...».

—No exactamente. Yo se la pedí. Negociamos y, como ya te he dicho, llegamos a un acuerdo.

—¿Se la compraste a Buncher?

—No. Accedí a hacerle algunos favores.

—¿Qué clase de favores?

Milo se encogió de hombros.

—Eso dependerá de Buncher.

Jan escrutó el rostro de Benny. Era obvio que sospechaba de Milo, y le detestaba. Pero había algo más: cierta cautela. Incluso una pizca de temor.

—Si la querías —insistió Benny—, ¿por qué no lo dijiste cuando la traje?

—Aún no me había decidido. Además, aunque te la hubiera pedido, dudo de que

me hubieras hecho caso. ¿Verdad, Benny?

Benny fingió no oír la pregunta.

—¿Para qué la quieres, Milo?

Milo se volvió y miró a Jan de arriba abajo.

—Bueno, me parece que es evidente, Benny.

Los demás esclavos estallaron en carcajadas, pero la veloz mirada colérica de Benny les silenció. Cuando se volvió hacia Milo, Jan observó que apenas podía controlar su ira.

—Milo —dijo con voz rasposa—, sabes que tus días están contados, ¿verdad? Otro paso en falso y Bannion te obsequiará con la larga caída.

Murmullos de aprobación se elevaron de los esclavos.

—Me cuesta creerlo —respondió Milo, con una confianza que Jan le envidió—. Soy un elemento demasiado valioso para que Bannion se desprenda de mí como si tal cosa. Trabajo por tres de sus otros limpiacristales. Nunca me he portado mal. No te he desobedecido a ti ni a ninguno de los otros supervisores, ni me he peleado con mis compañeros de esclavitud. ¿Correcto?

—Nunca te han sorprendido haciendo algo incorrecto —le corrigió Benny, frunciendo aún más el ceño—, pero la gente que te rodea tiene la curiosa costumbre de hacerse daño. A veces, de manera definitiva.

—No soy culpable de la mala suerte de los demás.

—Se dice que tú eres la causa de la mala suerte. Se dice que eres un brujo.

Milo rió.

—Pero un hombre inteligente como tú, Benny, se ríe de tales rumores. Eres un Hombre Libre y desprecias las estúpidas habladurías de los esclavos, ¿no es cierto?

Benny no supo qué responder.

—Te daré una última oportunidad, Milo —gruñó por fin—. Recuérdalo. Te vigilaré estrechamente.

—Como no tengo nada que ocultar, puedes vigilar lo que te dé la gana.

Benny gruñó e hizo ademán de alejarse.

—Por cierto, Benny... —dijo Milo. Benny le miró.

—¿Qué?

—¿Significa esto que puedo quedarme con la amazona?

Benny miró a Jan, como si hubiera olvidado que ella había sido el motivo de la discusión. Frunció el ceño y dibujó una sonrisa burlona.

—Claro. ¿Por qué no? Disfruta de ella, Milo. Disfruta mientras puedas.

A continuación, Benny y los otros dos supervisores dividieron a los esclavos en tres grupos. A Jan no le sorprendió que Milo y ella terminaran en el grupo de Benny. Los tres grupos abandonaron los aposentos de los esclavos y partieron en tres direcciones diferentes.

La trayectoria ascendente a través del Señor del Cielo había intrigado a Jan, pese a que tan sólo había visto pasillos desiertos y estrechas escaleras de caracol. Luego, habían llegado a la jaula de cristal y efectuado la terrible ascensión por la inmensa bolsa de gas.

Una de las cosas que Milo le había explicado durante aquel penoso rato fue el significado del símbolo pintado junto a la entrada de la jaula. Era una llama tachada por una raya negra.

—Está prohibido entrar cualquier cosa capaz de provocar una llama, o incluso una chispa, en la sección inferior del Señor del Cielo. Toda la sección está aislada de las celdas de gas, pero desde aquí hasta arriba siempre existe el peligro de fugas de hidrógeno. Una chispa provocaría una tremenda explosión.

Jan fue consciente al instante del peso de la bomba que guardaba en el bolsillo superior.

—¿Qué pasa si alguien se olvida? —preguntó, mientras la jaula subía como una araña por su tela—. Quiero decir, si olvida que lleva una piedra de chispa o algo por el estilo.

—El castigo es la muerte por tortura. Se aplica por igual a los Aristos que a los esclavos y Hombres Libres. Te ahorraré los detalles del método empleado para ejecutar la sentencia. Te veo un poco verde. ¿No te gustan las alturas?

—No —contestó, e intentó apartar la bomba de su mente. En cualquier caso, ya era demasiado tarde.

«... POR LO TANTO, INDICAD CON UNA SEÑAL QUE ESTÁIS PREPARADOS PARA OFRECERME LO QUE ES MÍO POR DERECHO (¡clic!). SI NO LO HACÉIS, MI VENGANZA SERÁ FULMINANTE Y TERRIBLE... TERRIBLE... TERRIBLE... TERRIBLE...».

Las palabras familiares del *Lord Pangloth* no parecían tan sonoras e intimidatorias desde el punto en que Jan se encontraba. Se había adentrado bastante en la curva del casco, pero aún quedaba una inmensa extensión curva bajo ella, que le impedía ver la tierra y apagaba las palabras del *Lord Pangloth* a sus súbditos. Cuando Jan se enteró de que el Señor del Cielo iba a detenerse para recoger el tributo de una comunidad agrícola, se excitó mucho, pensando que tal vez se tratara de alguna de las partes perdidas de Minerva que Milo había comentado. Sin embargo, el hombre no tardó en desengañarla; Minerva estaba muy al sur, y ellos habían viajado en dirección norte.

Jan se sentía más confiada mientras limpiaba los recogedores de sol con el mocho. Confiaba lo bastante en el arnés y la cuerda para trabajar con las dos manos; antes, se aferraba con una mano a la cuerda, por si se desprendía repentinamente de las anillas del arnés, pese al mecanismo de cierre.

Se erguía con los pies apoyados con firmeza en el casco, que en este punto formaba un ángulo pronunciado de unos cuarenta grados, y con el cuerpo inclinado

hacia atrás. Si levantaba la vista, veía que la cuerda desaparecía sobre la curvatura del casco. Milo trabajaba a la misma altura que ella, a su derecha, separado por una distancia de unos cinco metros. A su izquierda, algo más abajo que ella, había otro esclavo. Formaban una línea irregular a lo largo del casco, descendiendo poco a poco. El procedimiento consistía en trabajar de lado siempre que las filas lo permitieran, y después descender hasta una sección limpia del casco. Los esclavos provistos de rociadores de solvente se habían adelantado, empapando los recogedores de sol del líquido maloliente.

—¿Todo va bien? —gritó Milo.

Aunque el Señor del Cielo se había detenido, un viento racheado soplaba sobre el casco, y costaba oírle.

—Estoy bien —contestó, aunque le dolían mucho los músculos de los brazos, la espalda y las piernas. Se preguntó cuánto se prolongaría esta tortura. También se preguntó qué ocurría en tierra y cómo era la comunidad a la que el Señor del Cielo exigía tributo. Milo sólo había tenido tiempo de contarle que era una comunidad agrícola, y bastante extensa. Si miraba hacia abajo veía colinas onduladas a lo lejos, que parecían libres de yermos. Confió en que los habitantes de la comunidad no hubieran preparado nada similar al abortado ataque de Minerva contra el Señor del Cielo. Ya se sentía bastante vulnerable colgando de la fina cuerda para encontrarse en medio de una batalla.

Había limpiado todo cuanto había podido de esta sección; había llegado el momento de bajar un poco más. Sujetó el mango del mocho bajo una cinta de su arnés, asió la cuerda con la mano derecha y se preparó para liberar el mecanismo de frenado con la izquierda. Se dijo que no debía preocuparse. Aunque la cuerda se soltara, el mecanismo de frenado se cerraría automáticamente cuando la cuerda empezara a deslizarse con demasiada rapidez a través de las anillas del arnés; al menos, eso le había explicado Milo mientras le enseñaba el funcionamiento del equipo.

Liberó el freno y comenzó a bajar por la pendiente del casco, soltando unos pocos centímetros de cuerda cada vez. La agilidad con que Milo y los otros se movían sobre el casco la maravillaba, pero tenían más práctica.

Cuando decidió que ya había descendido bastante, fijó el freno y desenganchó el mocho. En aquel momento, una inesperada ráfaga de viento la empujó contra el casco, y casi soltó el mocho cuando extendió la mano para evitar que su cabeza golpeará contra los recogedores de sol. Entonces, ocurrió...

La cuerda se aflojó. Empezó a deslizarse hacia abajo.

Chilló. Soltó el mocho y trató de clavar las uñas en el casco, con la esperanza de hacer presa en los intersticios de los recogedores de sol, pero los gruesos guantes imposibilitaron su propósito. Tampoco pudo disminuir la velocidad de la caída

aplicando las suelas de sus botas, supuestamente antideslizantes. El ángulo de la pendiente era demasiado pronunciado. En cambio, cayó más deprisa.

El tiempo pareció detenerse a medida que aumentaba la velocidad de su caída, y eso le dio la oportunidad de notar el creciente calor a través de los guantes; de examinar su fugaz reflejo en los recogedores de sol que dejaba atrás, la boca en forma de O; de percibir el terror latente en los gritos que surgían de aquella misma boca.

El ángulo de caída se hizo más pronunciado. De repente, cayó verticalmente y perdió el tenue contacto con el casco. Entre su cuerpo y el suelo sólo se interponía el aire.

Un impacto. Una espantosa sensación que expulsó el aire de sus pulmones y enmudeció sus gritos. Confusión. ¿Ya se había estrellado contra el suelo? Pero si aún estaba viva...

Distinguió un centelleo gris plateado (el casco), cielo azul, colinas distantes. Se dio cuenta de que giraba al extremo de su cuerda. ¿Se habría enganchado con algo del casco! La sensación de alivio sólo fue momentánea, pues enseguida comprendió lo precario de su situación. La cuerda podía soltarse mucho antes de que alguien imaginara una forma de rescatarla.

Extendió los brazos con cuidado y logró disminuir la velocidad de los giros. Comprobó que el casco se encontraba a una distancia deprimente. Se hallaba bajo su punto medio, y ahora se estaba curvando hacia dentro. Divisó una fila de grandes ventanales, pero para el caso igual podían estar a miles de kilómetros de distancia. También vio uno de los enormes impulsores. Estaba a su misma altura, pero a unos cincuenta metros de distancia, hacia la cola de la nave.

La cuerda se agitó y, al pensar que iba a caer de nuevo, una oleada de pánico la invadió. Cerró los ojos. Entonces, se dio cuenta de que se movía hacia arriba. Alguien se había apoderado de la cuerda y la estaba izando.

El progreso fue lento, puntuado por una serie de estremecedoras paradas. Se obligó a mantener la calma, y se dijo que pronto estaría a salvo. Trató de no mirar hacia abajo, pero le resultó imposible. Distinguió la ciudad a una distancia aterradora. Intentó distraerse, estudiar su trazado y las tierras circundantes. Era más pequeña que Minerva, aunque también más caótica de construcción y de edificios toscos. Sin embargo, ninguna muralla la rodeaba y el yermo no había afectado a las tierras de labranza. Aparte de campos de trigo, vio algo parecido a extensos viñedos.

Su hombro chocó contra algo. Había entrado en contacto con el casco. Se giró hacia la superficie gris y trató de aferrarse a ella con manos y pies, mientras continuaban izándola. Fracasó, pero el intento la hizo sentirse menos desvalida.

La larga ascensión continuó. Dejó atrás la curva máxima del casco y entonces vio a su salvador. Milo. De alguna manera, había salvado los cinco metros que les separaban y agarrado la cuerda antes de que el cabo se escurriera. Se apoderó de ella



(Jan no quiso ni pensar en la escasa longitud de cuerda que quedaba cuando él la asió) y empezó a tirar de ella. Sabía que era mucho más fuerte de lo que parecía, pero no entendía cómo había evitado su caída sin desencajarse los dos brazos...

Los demás esclavos habían dejado de trabajar para mirar, pero ninguno acudió en su ayuda. Al contrario, cuando Jan apareció empezaron a silbar y a burlarse. El desagrado que Jan sentía hacia ellos se convirtió en odio. La preocupación que la embargaba por la suerte de los esclavos cuando detonara la bomba, desapareció. Se merecían su destino.

Cuando la curvatura del casco se suavizó pudo agarrarse a los recogedores de sol y ahorrar algo de esfuerzo a Milo. Estaba lo bastante cerca para leer en su expresión el esfuerzo que estaba llevando a cabo. Apenas unos metros les separaban. Milo le dedicó una forzada sonrisa.

—Hola, amazona —gritó—. ¿Te ha gustado el paisaje?

Jan consiguió sonreírle a su vez.

—Precioso —jadeó.

La distancia que les separaba disminuyó. Milo la cogió por un brazo. Un inmenso alivio se apoderó de ella. Apenas reparó en que el hombre ataba la cuerda a su arnés.

—Pon los brazos alrededor de mi cintura y agárrate —indicó Milo. Ella obedeció. Las burlas de los esclavos arreciaron. Milo empezó a trepar por su cuerda. Jan, la cara apretada contra su espalda, hacía lo posible por encontrar asideros en los cristales.

—¿Qué pasó? —le preguntó.

—Pues yo diría que Benny cortó tu cuerda —contestó Milo—. Era el único que estaba allí arriba.

—Pero ¿por qué?

—Para fastidiarme. Para darme una lección.

—Me has salvado la vida.

—Te ha ido de poco.

La inclinación del casco se redujo a unos cómodos veinticinco grados. Milo le dijo que ya podía soltarse. Estaban cerca del punto donde las cuerdas se habían asegurado a pequeñas anillas metálicas que sobresalían del casco. Benny se encontraba a unos diez metros de distancia, con el rostro sombrío.

Milo, sin soltar a Jan, se encaminó hacia él.

—¿Qué, Benny, lo de siempre, eh? —gritó alegremente.

—Su cuerda se rompió —se apresuró a decir el supervisor—. No pude hacer nada.

—Bueno, creo que hiciste bastante, Benny —contestó Milo, sin variar su tono jovial. Soltó a Jan y se acercó a la anilla donde Jan había atado su cuerda. Se agachó y examinó el trozo de cuerda que quedaba. Luego miró a Benny.

—He dicho que se rompió —graznó Benny—. ¿Quieres llevarme la contraria,

Milo?

Milo se levantó y caminó hacia él.

—Estoy de acuerdo, Benny. Se rompió. El problema es que la amazona dejó caer el mocho. Sería una buena idea que bajaras a buscarlo.

Benny palideció. Dio un paso atrás y asió su bastón de castigo al mismo tiempo.

—¡Mantente alejado de mí, Milo! —aulló, la voz temblorosa de miedo.

Milo se detuvo y levantó las manos.

—Tranquilo, Benny. No voy a tocarte.

—¡Me has amenazado! ¡Te he oído! ¡Ya sabes cuál es el castigo!

Benny apuntaba con el bastón a Milo.

—¿Amenazarte yo? —preguntó Milo, aparentando estupor—. Es absurdo. Sólo estaba sugiriendo que fueras a recuperar una herramienta perdida. Sé que al maestre Bannion le ponen nerviosísimo tales despilfarros. Al fin y al cabo, supongo que le va a poner de bastante mal humor enterarse de que casi pierde a su nueva esclava el primer día.

Benny bajó el bastón.

—Le diré que la cuerda se rompió. Me creerá.

—Por supuesto —le tranquilizó Milo, sonriente.

Milo entró en el cubículo y se sentó en la silla de mimbre. Miró a Jan, que estaba tendida en la cama, y le dedicó una sonrisa de autocomplacencia.

—He visto a Bannion. Le conté lo ocurrido. Está disgustado.

—¿Te creyó? —preguntó la joven, sorprendida—. Pensaba que aceptaría la versión de Benny.

—Y lo hizo... oficialmente. De puertas afuera, no puede apoyar a un esclavo contra la palabra de un supervisor. Sería malo para la disciplina. Sin embargo, sabe que esas cuerdas no se rompen y ha perdido muchos esclavos de esa manera. Los esclavos han adoptado ese método para saldar cuentas y Bannion está hasta los huevos. Lo último que necesita es que un supervisor haga lo mismo. Le ha disgustado que Benny intentara matar a una esclava valiosa sólo para vengarse de mí. Nuestro amigo Benny va a pasar un mal rato.

—Bien —exclamó de todo corazón Jan.

—Ah, otra cosa que te alegrará. Buncher ha muerto, según me han dicho. Escupió unas cuantas pintas de sangre y la diñó. —Milo puso las manos detrás de la cabeza y se reclinó. Su expresión era serena—. Cuando le di aquel achuchón amistoso, debí de hundirle una costilla en los pulmones.

Jan le miró fijamente.

Aquella noche, después de que las luces se apagarán, Jan yacía despierta en la cama y se preguntaba qué iba a hacer con Milo. Le debía la vida. Si no hubiera

cogido el extremo de su cuerda (y aún no entendía cómo la había atrapado a tiempo), ahora estaría muerta en la ciudad, y su cuerpo sería un amasijo de carne y huesos destrozados. No sólo la había salvado, sino que le había permitido continuar con su plan de destruir al Señor del Cielo. Si hubiera muerto, la posibilidad de vengar la destrucción de su ciudad, familia y amigos habría muerto con ella.

Lo cual la ponía en un complicado dilema. Porque ahora le debía tanto que sentía la obligación de darle la única cosa que él deseaba: su cuerpo. Había estado a punto varias veces de despertarle y comunicarle su decisión, pero en el último momento se había arrepentido. La idea de mantener relaciones sexuales con él la asustaba. Su única experiencia anterior de hacer el amor con un hombre había sido con Simon. Resultó extraña e interesante, medianamente placentera, pero ni dolorosa ni perturbadora. Sin embargo, conocía bien a Simón y había mantenido el control de la situación. Al fin y al cabo, era un hombre minervano. Hacer el amor con un hombre «no transformado» como Milo podía ser muy diferente. La idea de tenerle dentro, tal vez de sentir dolor, sin poder hacer nada, la aterrorizaba.

Y el otro punto es que tenía miedo de Milo. Le había salvado la vida, pero algo en él la inquietaba. Recordaba las acusaciones que tanto los esclavos como Benny le habían dirigido, en el sentido de que era un brujo. Era fácil creerlo. Contempló su forma, en apariencia dormida. No era tan grande o musculoso para realizar las proezas que había presenciado. La forma en que había impedido su caída..., la forma en que había provocado la muerte de Buncher, con un simple apretujón alrededor de la espalda.

Jan se estremeció y apartó la vista. No, no le ofrecería su cuerpo a pesar de la deuda contraída con él. Tendría que encontrar otra forma de compensarle en el tiempo que quedaba antes de que lograra su objetivo de destruir al *Lord Pangloth*.

Había necesitado toda su fuerza de voluntad para salir otra vez al casco a la mañana siguiente y confiar su vida a la delgada cuerda, pese a que Milo le había asegurado que el nuevo supervisor (Benny se encontraba ausente) no repetiría la equivocación de Benny. Mientras limpiaba los recogedores de sol, su miedo había amenazado varias veces con convertirse en puro pánico. Deseó cerrar los ojos y asirse al casco, llorosa, pero se obligó a continuar trabajando. Tenía que seguir con su equipo; no podía permitirse el lujo de desmoronarse. Debía familiarizarse con el entorno del casco superior, y en especial con el territorio en penumbras que separaba sus dos pieles. Era vital para el plan que había empezado a concebir para colocar la bomba.

El segundo día ya no lo pasó tan mal, aunque Benny reapareció. Estaba más contenido, tenía la cara hinchada y caminaba con movimientos rígidos. El castigo que Bannion le había infligido, fuera cual fuera, le había apaciguado.

El cuarto día posterior al incidente, Jan entró en la jaula de cristal confiada y excitada. Había terminado de perfilar su plan. Si todo iba bien, esta noche sería la indicada...

La jaula de cristal no ascendía por el centro de una celda de gas como la primera, sino que funcionaba en una zona comprendida entre dos celdas.

—Estamos subiendo a través de una armazón transversal —explicó Milo, señalando al pasar los diseños hexagonales del entramado metálico—. Forman el esqueleto básico del Señor del Cielo. Hay una armazón transversal entre cada dos celdas de gas. El ascensor se colocó aquí porque las celdas de cada lado están llenas de hidrógeno. La Cofradía de Ingenieros temía que el mecanismo del ascensor produjera una chispa si se montaba en la celda.

La noticia de que estaban rodeados de hidrógeno alegró y preocupó a Jan. Era conveniente para su plan, se dijo. Hizo un esfuerzo deliberado por no pensar en el instante posterior a colocar y detonar la bomba. En el fondo de su mente bullía la confusa idea de salir al casco y alejarse lo máximo posible del punto de ignición, pero después había un espacio en blanco. Sabía que sus probabilidades de sobrevivir eran ínfimas.

Jan había averiguado muchas cosas sobre el Señor del Cielo durante los días anteriores. Un dato importante era que casi dos tercios de las enormes celdas de gas estaban llenas en este momento del hidrógeno inflamable. Helen tenía razón. Milo le confirmó que el helio perdido, fuera por accidente o filtración, era irremplazable, mientras que el hidrógeno podía fabricarse a partir del agua. Milo también le contó el origen de los Señores del Cielo; su relato apenas compartía un leve parecido con las historias minervanas acerca de aquellos remotos acontecimientos. Jan empezaba a

darse cuenta, muy a regañadientes, de que la versión minervana de la historia tenía muchos huecos, mientras que la de Milo parecía formar un todo sin fisuras. No deseaba creerle, pero cada vez la fascinaba más lo que decía.

Según Milo, los Señores del Cielo se habían llamado en un principio Ángeles Celestiales. Habían sido construidos por la organización conocida como Naciones Unidas para un doble propósito: proporcionar un medio limpio y barato de transportar mercancías entre países, en especial países empobrecidos del «Tercer Mundo», y aportar ayuda con ocasión de desastres naturales. Podían embarcar enormes cantidades de provisiones para zonas azotadas por el hambre o, si se producían terremotos o inundaciones, actuar como refugios flotantes para las víctimas de los desastres, facilitándoles camas, comida y alojamiento en sus inmensos dormitorios.

Fue natural, en los tiempos caóticos posteriores a las Guerras Genéticas, que los supervivientes intentaran escapar a las plagas de virus y otras amenazas guareciéndose en aquellos grandes refugios voladores. El problema fue que mucha gente tuvo la misma idea, y durante cierto tiempo se libraron feroces combates dentro y alrededor de cada Ángel, cuando diversos grupos se enfrentaron por su posesión. En el proceso, dos naves quedaron destruidas. Por fin, los vencedores terminaron la carnicería y la vida a bordo de los Ángeles Celestiales se estabilizó. No obstante, cuando las provisiones almacenadas en las naves empezaron a escasear, la gente se vio obligada a devolver su atención a la tierra. Necesitaban comida y otras materias primas, y obligaron a los que aún vivían en tierra a proporcionárselas. El reino de los Señores del Cielo había empezado.

Al principio no existió una organización. Los Señores del Cielo rivalizaban por las mismas tierras y solían entablarse grandes batallas aéreas entre aquellos colosos del aire. Se pactó una tregua cuando otras dos naves resultaron destruidas. Luego, tuvo lugar una conferencia entre los líderes de cada Señor del Cielo y el mundo se dividió en territorios adjudicados a las naves supervivientes. La idea consistía en que un Señor del Cielo no debía moverse jamás del territorio señalado, y esta norma se obedeció desde entonces. Pero, según Milo, este acuerdo no tardaría en violarse...

—El yermo se está apoderando del mundo —le había explicado—. Demasiadas comunidades terrestres están sucumbiendo. Cuando un Señor del Cielo descubra que en su territorio oficial ya no existen comunidades suficientes para cubrir sus necesidades, es lógico imaginar que empezará a invadir los territorios de los otros. Se rumorea que ya se han producido enfrentamientos aéreos entre ellos. Con el tiempo, degenerará en una guerra a gran escala.

La perspectiva parecía complacerle.

—Qué estupidez —dijo Jan—. Los hombres seguirán combatiendo entre sí mientras la Madre Tierra agoniza a su alrededor. ¿Por qué los Señores del Cielo y los habitantes de la tierra no trabajan juntos para intentar detener el avance del yermo,

antes de que sea demasiado tarde?

—Es difícil eliminar las viejas costumbres. El pueblo del cielo siempre ha considerado a los habitantes de la tierra algo menos que seres humanos. Para ellos, empezar a colaborar de repente con las «lombrices» sobre una base de igualdad, sería inaceptable. Además, no entiendo qué pueden hacer los Señores del Cielo para detener los estragos del yermo.

—Esas luces que abrasan. Los rayos que destruyeron nuestros cohetes... ¿No podrían utilizarse para destruir los yermos?

—Sí, podrían —admitió Milo—, pero, como ya te he dicho, el pueblo del cielo no controla los láseres. Funcionan automáticamente, y sólo contra enemigos inanimados que pongan en peligro al Señor del Cielo. —Le dirigió una mirada paternal—. En cualquier caso, ¿cómo es que una buena minervana como tú piensa en la idea de utilizar ingenios creados por la Ciencia del Hombre?

—Si esos ingenios fueron destinados a la misión de purificar el mundo —replicó Jan—, estoy segura de que Dios Madre debió considerar que los hombres aún merecían el beneficio de la redención.

Jan recibió una desagradable sorpresa cuando salió al casco. Varios Guerreros montaban guardia alrededor de la escotilla. Todos iban armados con sus rifles de cañón largo y escrutaban el cielo. A la primera oportunidad, Jan preguntó a Milo el motivo de su presencia.

—Hazzini —fue su respuesta—. En este momento estamos volando sobre territorio hazzini. Lo sobrevolaremos durante unas veinticuatro horas, más o menos. Mira, aquéllos son sus nidos.

Jan distinguió cierto número de estructuras altas que se elevaban de una cadena de bajas colinas peladas. Parecían enormes troncos de árbol retorcidos. Jan comprendió con un estremecimiento que debían medir centenares de metros de altura.

—¿Qué son los hazzini? —preguntó, mientras enganchaba el extremo de su cuerda a un saliente del casco. Estaban trabajando en la proa del Señor del Cielo y la panorámica que se ofrecía a sus ojos era espectacular.

—¿Los hazzini nunca atacaron Minerva? —preguntó Milo.

—No que yo sepa.

—Bien, pues seguro que lo sabrías. Supongo que Minerva estaba fuera de su alcance. Considérate afortunada. Los hazzini son máquinas de matar creadas genéticamente, así de sencillo. Una gran multinacional los creó para utilizarlos como ejército privado. El material genético básico provino del reino de los insectos. Esas cosas tienen alas. La mayoría no pueden volar tan alto, pero de vez en cuando sale una que sí, según me han dicho.

—Oh.

Estaban más cerca de los «nidos» y Jan comprobó que las estructuras eran

enormes. De ellas sobresalían plataformas, y creyó distinguir numerosos puntos que hormigueaban sobre su superficie. Milo y ella, al igual que los demás limpiacristales, esperaban a que la cuadrilla encargada de rociar el solvente se alejara para empezar a trabajar. El *Lord Pangloth*, como de costumbre, había disminuido la velocidad por el bien de las diversas cuadrillas de esclavos diseminadas sobre el casco, pero aun así el aire que soplaba sobre la proa era bastante fuerte, y a Jan le costaba mantener el equilibrio.

—¿Quieres decir que los Guerreros nos están protegiendo? —preguntó Jan.

Milo lanzó una carcajada.

—¿A nosotros? ¿A quién le importa un puñado de esclavos? No, los Guerreros están aquí para vigilar las escotillas y otros puntos posibles de entrada en la nave. Como observarás, hoy nuestro amigo Benny nos ha dejado abandonados a nuestra suerte.

Jan miró hacia atrás. El supervisor se había quedado con el grupo de Guerreros que rodeaban la escotilla.

—¿Crees que estamos en peligro de ser atacados por esos seres? —preguntó. Escudriñó el suelo. Los puntos negros estaban volando, y algunos crecían inquietantemente de tamaño.

—He trabajado sobre territorio hazzini montones de veces —dijo Milo—, y nunca he visto que se acercaran a nosotros, pero, si hay que hacer caso de los rumores, algunos limpiacristales han sido arrebatados del casco por los hazzini.

—¿Son inteligentes?

—Si quieres decir autoconscientes, yo diría que no, pero son astutos, no cabe duda. Están programados para hacer dos cosas: matar a sus enemigos y reproducirse. Sus diseñadores les proveyeron de suficiente ingenio para ser muy eficientes en ambas actividades. Y como también fueron diseñados para vivir prácticamente de cualquier cosa, pueden comer hasta los hongos más tóxicos. Por eso invaden los yermos. Intuyo que el mundo acabará cubierto de yermo y hazzini...

Jan pasó un día inquieto en el casco, mirando hacia atrás sin cesar por si un hazzini había conseguido volar tan alto como el *Lord Pangloth*, pero aunque había una gran actividad, siempre que la nave sobrevolaba un nido hazzini, ninguno de los puntos negros se acercaba demasiado.

La presencia de los hazzini en tierra obligó a Jan a revisar su plan de detonar la bomba incendiaria aquella noche, pero se dijo que estaba buscando una excusa para posponer el momento decisivo. El objetivo era destruir al *Lord Pangloth* y a todos los que viajaban a bordo... ¿Qué más daba cómo muriera el pueblo del cielo? Tanto si morían abrasados, por caída a tierra, como víctimas de los hazzini, daba igual. No podía permitir que los hazzini redujeran su ínfima esperanza de supervivencia a cero. No, no tenía otra alternativa: debía ser esta noche.

Al finalizar el largo turno, y dadas las duras condiciones de trabajo, el cuerpo de Jan era una masa de músculos doloridos. Durante un breve descanso a mitad de la jornada había expresado a Milo su convicción de que el pueblo del cielo era idiota, por no utilizar chimpancés para limpiar el casco.

—Serían unos limpiacristales perfectos —le dijo mientras comían codo con codo—. Y mucho más rápidos que nosotros.

—Es verdad, pero el pueblo del cielo nunca ha utilizado animales «alterados». Es contrario a su religión. Los consideran sucios, mancillados. Otra característica del derrumbe cultural posterior a las Guerras Genéticas. Las minervanas no fuisteis las únicas en desarrollar ideas peregrinas acerca de la Antigua Ciencia.

Jan hizo caso omiso de la pulla. Estaba demasiado agotada para enfadarse con él.

—Es verdad que no utilizamos la Antigua Ciencia para nada, pero no había leyes contrarias al empleo de animales. No era culpa suya que los hubieran alterado. Hace mucho tiempo, teníamos en Minerva toda clase de animales, pero cuando yo nací sólo quedaban los chimpancés. No se confiaba en los demás, ni siquiera en los chimpancés machos. Los encerrábamos en jaulas cuando llegaban a una cierta edad.

—Muy interesante, pero era de esperar. No había forma de que los ingenieros genéticos pudieran asegurar la estabilidad a largo plazo en sus cromosomas diseñados. Es imposible evitar las mutaciones, y en el programa se introducirían microbios. Tendrían lugar reversiones. Como tú.

—¿Como yo? —preguntó Jan, sorprendida.

—Por supuesto. Para ser minervana, tu estatura es demasiado corta. Oh, estoy seguro de que en todos los demás aspectos, aparte del tamaño, eres una minervana genéticamente pura. Posees los típicos rasgos minervanos: cuerpo andrógino de largas piernas, pechos pequeños, complexión musculosa, piel olivácea y rostro muy atractivo. Es probable que sólo se haya visto afectado el material genético relativo a tu crecimiento, pero sería interesante ver qué niños saldrían de tu unión con un hombre que no fuera de Minerva.

El frío examen clínico de su cuerpo la molestó, aunque la referencia a su rostro «muy atractivo» la había halagado vagamente. Sin embargo, lo que más la había ofendido fue la mención a su posible maternidad. «No existe la menor oportunidad», pensó con tristeza. «Después de esta noche, no existirá la menor oportunidad».

Había una considerable distancia entre la escotilla y el lugar donde la jaula de cristal aguardaba para bajarles, lo cual iba de perlas al plan de Jan. Se rezagó del grupo de esclavos mientras avanzaban a través de la confusión arquitectónica que constituía el espacio comprendido entre los dos cascos. Milo le había explicado que el caos del *Lord Pangloth* era producto de sucesivas generaciones de pobladores.

—Durante años se han dedicado a realizar reparaciones cada vez más chapuceras —dijo—, y otras alteraciones, como transformar zonas de almacenamiento en



secciones habitables. Dudo que cualquier diseñador de los Ángeles Celestiales originales reconociera el interior de un Señor del Cielo.

Jan aprovechó la oportunidad. Se agachó detrás de una viga que sobresalía y retrocedió a toda prisa para ampararse en las sombras. Con sus rápidos movimientos pretendía poner la mayor distancia posible entre ella y los demás esclavos, antes de que se notara su ausencia. Quien la preocupaba más era Milo. Sería el primero en advertir su desaparición, y estaba segura de que sería el que la buscaría con mayor tenacidad.

Cuanto más se alejaba, más aumentaba la oscuridad. Sólo había iluminación en las zonas que se utilizaban de manera regular. Se detuvo y se acuclilló. Oyó las voces de los esclavos, que se desvanecían en la distancia. Después se hizo el silencio, sólo perturbado por el crujido de los cascos. Continuó adelante. Como se dirigía hacia un costado, la curvatura del suelo pronto fue más pronunciada, y tuvo que detenerse de nuevo por temor a resbalar y herirse en la oscuridad. Se aferró a un puntal, jadeante. Entonces, oyó un grito lejano. Era su nombre. La estaban buscando.

Ignoraba cuánto tiempo esperó en la penumbra casi total. En un momento dado, uno de los hombres que la buscaban pareció acercarse mucho, o al menos su voz resonó más cuando gritó su nombre. Estaba segura de que era Milo. Si alguien la encontraba, sería él. Era probable que sus poderes de brujo le capacitaran para ver en la oscuridad...

Pero Milo no la encontró, y cuando el silencio reinó de nuevo supo que había consumado la primera parte de su plan. Empezó a moverse otra vez, caminando a tientas. Volvió sobre sus pasos hasta que la pendiente fue menos pronunciada, y después intentó avanzar hacia la proa.

Estaba desorientada. Tenía que establecer la posición de la escotilla de proa antes de saber exactamente dónde estaba. Se encaminó en la dirección que consideraba correcta. Se sintió aliviada cuando distinguió luces enfrente, pero entonces oyó voces. Se agachó y avanzó con cautela. Descubrió que había encontrado el camino que la llevaba de vuelta a la escotilla, pero un grupo de Guerreros estaban sentados alrededor de la escalerilla. Se habían quitado los cascos.

Jan pensó por un momento que se habían quedado para buscarla, pero luego comprendió que vigilaban la posible aparición de los hazzini.

Una vez orientada, retrocedió hacia la oscuridad, por un camino paralelo al sendero que corría entre la escotilla y el lugar donde el ascensor salía del pozo. Su objetivo era una de las entradas a la red de pasadizos elevados situados bajo el casco inferior, que permitían inspeccionar la membrana de las celdas de gas. Cuando, un par de días atrás, Milo se las había enseñado, supo que había descubierto el lugar ideal para detonar la bomba.

Su intención había sido bajar hasta la entrada más cercana, pero como los

Guerreros vigilaban la escotilla, tendría que utilizar una más alejada.

Cuando decidió que ya se había alejado bastante de los centinelas, levantó la escotilla circular de la entrada que había elegido. Una corta escalerilla descendía a las profundidades. Bajó. Al menos, los túneles de inspección estaban bien iluminados por las lámparas «frías», que según Milo contenían células vivas. Cerró la escotilla y avanzó por el túnel, con el cuerpo inclinado hacia adelante para no golpearse la cabeza contra el techo. Las paredes del túnel eran la membrana de la enorme celda sobre cuya parte superior se estaba deslizando como un diminuto insecto. Le produjo una inquietante sensación pensar que, bajo el delgado entramado metálico del pasadizo elevado y la membrana apretada contra él, bostezaba un abismo de trescientos metros.

Se detuvo. El lugar era tan bueno como cualquier otro. Jan se quitó el mono, se acuclilló y sacó la bomba de su vagina. Se había visto obligada a ocultarla de nuevo en su interior cuando Milo la previno de los registros que efectuaban los Guerreros para descubrir si alguien llevaba encima algo susceptible de provocar chispas o llamas en la zona prohibida. Existía la posibilidad, por supuesto, de que no reconocieran el objeto, pero no podía arriesgarse. Con todo, no se habían efectuado registros durante los últimos cuatro días, y ahora ya no importaba.

Jan desenvolvió el artilugio y lo contempló. Recordó las palabras de su madre: gira el extremo en la dirección de la flecha. Sencillo. Después, lo encajaría entre el entramado y la superficie de la membrana. Tardaría treinta segundos en detonar, esparciendo líquido ardiente. Según la había informado Milo, la membrana de la celda era muy dura (como los demás componentes del Señor del Cielo fabricados en la factoría espacial, aún no lo creía), pero confiaba en que el contenido de la bomba la penetraría. Y al otro lado de la membrana esperaban millones de metros cúbicos de hidrógeno...

Respiró hondo, agarró el cilindro con la mano izquierda y se preparó para girar el extremo con la derecha.

No pudo.

Lo intentó varias veces. Las lágrimas se mezclaron con el sudor que resbalaba sobre sus mejillas, pero su mano era incapaz de girar el extremo del cilindro. No sería responsable de la muerte de todos aquellos que vivían a bordo del *Lord Pangloth*, por más que les odiara. Oh, sí, no había experimentado el menor remordimiento cuando ayudó a disparar los cohetes contra el Señor del Cielo desde el tejado de la taberna, pero aquello había sido diferente. Se trataba de una guerra, de una lucha por la supervivencia. Y no estaba sola.

Tenía que pensar en Milo. No le gustaba, y tal vez fuera un brujo, pero le debía la vida. Era injusto que no le hubiera advertido de sus intenciones. Había pensado en hacerlo, por supuesto, pero entonces él se lo habría impedido.

Y también debía pensar en ella. No quería morir.

Jan inclinó la cabeza y empezó a llorar. Había traicionado a su madre. A Alsa. A Minerva.

Se levantó, vistió y guardó la bomba en el bolsillo. Tendría que desembarazarse de ella. Por el retrete, quizá. Mientras volvía hacia la entrada intentó inventar alguna historia que explicara su desaparición. Podía decir que volvió a buscar una herramienta que había olvidado y se perdió...

Salió de la escotilla. «Y ahora, ¿qué?», se preguntó, confusa. ¿Entregarse a los Guerreros que custodiaban la escotilla? No, aún no estaba preparada para ver a nadie. Quería estar sola. Se dirigiría hacia el pozo del ascensor y esperaría a que sus compañeros llegaran al día siguiente. Ignoraba cuántas horas pasarían, pero estaba demasiado deprimida para concederle importancia.

Un relámpago de luz roja en la oscuridad la distrajo de sus elucubraciones. Jan frunció el ceño, intrigada. ¿Trabajos de reparación? En ese caso, toda la zona estaría iluminada. Se acercó, indiferente a que la vieran u oyeran. Todo daba igual.

Cuanto más se acercaba el resplandor rojizo, más aumentaba su desconcierto. Tuvo la impresión de que brotaba al nivel del suelo. Notó una corriente de aire. ¿Una escotilla abierta? Pero no había ninguna en esta parte del casco.

La luz roja emitía un sonido siseante. Después, vio que saltaban chispas. Chispas. Lo comprendió de repente. Alguien estaba empleando llamas en la zona prohibida. Si había una fuga de hidrógeno...

La luz aumentó de intensidad y distinguió una figura acuclillada junto a ella. La figura no era humana.

Jan se encontraba a menos de seis metros de la luz. Empezó a retroceder, procurando no hacer ruido.

¡Clanc!

Había tropezado con una viga. El sonido se propagó con un estruendo inaudito. La luz roja se desvaneció de súbito. Jan dio media vuelta y corrió. Y casi al instante tropezó con otro obstáculo y cayó al suelo. Se quedó inmóvil, aguzando el oído para percibir pasos que se aproximaran. No oyó ninguno, pero sí unos extraños crujidos. Y procedían del techo.

Se incorporó y volvió a correr, con una mano extendida para protegerse. Ahora sabía qué la perseguía. Un hazzini. Tal vez más de uno. Aquel breve vistazo a la silueta la había convencido de que los hazzini eran algo serio.

Vislumbró una luz enfrente. Se estaba aproximando a la angosta sección iluminada. Tomó una decisión. Cuando llegara al sendero se desviaría a la izquierda y correría hacia la escotilla, donde montaban guardia los Guerreros.

Algo cayó desde el techo frente a ella. Jan se inmovilizó. Mediría casi tres metros de largo. Su cuerpo era segmentado. Alas transparentes colgaban a sus lados. Tenía

seis extremidades. Utilizaba las dos posteriores para erguirse. Una de las delanteras sostenía un voluminoso objeto que brillaba levemente. Otras dos se proyectaron hacia adelante. Una la agarró por el brazo, y la segunda por el tobillo. Jan gritó cuando las garras, afiladas como cuchillas, se clavaron en su carne. Perdió el equilibrio y cayó de espaldas. La cosa se cernió sobre ella, sin soltarla. Notó que brotaba sangre de su brazo y tobillo. Gritó de nuevo cuando el hazzini bajó la cabeza hacia ella y pudo verlo con claridad. Era como si hubieran cruzado la cabeza de un caballo con la de un mosquito. En lugar de orejas, antenas peludas surgían por detrás de los ojos, demasiado inteligentes para pertenecer a un insecto. Su color era negro moteado de gris, y mechones de vello negro erizado brotaban al azar de la cabeza.

Jan se debatió, pero la cosa no aflojó su presa. La cabeza descendió más y Jan experimentó arcadas cuando percibió el olor del monstruo. Luego, su mirada vidriosa vio que la «boca» de la cosa se dividía en tres segmentos y aparecía un tubo. De su extremo sobresalía algo parecido a los dientes de una sierra. El tubo giraba lentamente.

«Estoy muerta», pensó Jan, sin dejar de retorcerse. «Éste es el castigo de Dios Madre por no haber logrado vengar a Minerva...».

El tubo giratorio continuaba surgiendo de la boca. Los dientes del extremo brillaban a causa de un fluido. Jan supuso que era veneno, o algún agente químico digestivo. No importaba lo que la cosa estuviera a punto de hacerle; el desenlace sería el mismo.

Entonces, recordó la bomba.

La sacó del bolsillo con la mano libre, apretó el extremo entre los dientes y lo hizo girar. Oyó un clic muy satisfactorio. Después, con todas las fuerzas que pudo reunir, la introdujo en el extremo del tubo que descendía hacia ella. La cabeza del hazzini retrocedió y se agitó de un lado a otro, intentando deshacerse del obstáculo. «¡Treinta segundos!», fue el grito silencioso que resonó en la mente de Jan.

Los movimientos del monstruo para desprenderse de la bomba se hicieron más frenéticos. Aferró el tubo con la garra libre. Al mismo tiempo, soltó el artilugio que sujetaba. Luego, liberó el hombro de Jan, de modo que tres de sus cuatro miembros delanteros se concentraron en la tarea de arrancarse la bomba. La cuarta garra, no obstante, siguió asiéndola por el tobillo.

Jan rodó sobre su estómago, se agarró a una viga y trató de soltarse, pero la cosa intensificó su presa. Jan notó que sus huesos crujían bajo la presión. Chilló y estuvo a punto de perder el conocimiento a causa del dolor.

«¿Cuántos segundos quedan?».

El monstruo la atrajo hacia sí, mientras continuaba agitando la cabeza y hurgando en su boca. Jan observó que el extremo de la bomba ya no era visible y supuso que el hazzini la había tragado involuntariamente. ¿Estallarían a tiempo de salvarla? Oyó un

ruido parecido a un pedo descomunal y apagado. Todo el cuerpo del hazzini se estremeció convulsivamente y después se quedó rígido. Brotó humo de su boca y otros orificios ocultos. ¡Skriiiiiiii!, chilló el hazzini agonizante, quizá ya muerto, un chillido que, de tan agudo, apenas fue audible.

La presión sobre el tobillo de Jan desapareció. Se arrastró lejos de la cosa. No fue lo bastante rápida. La garra que sujetaba su tobillo desgarró su cuerpo desde la base de la garganta al bajo vientre. Después, arrojando una bocanada de humo negro, el hazzini se derrumbó con estruendo.

Jan experimentó la sensación de haberse sumergido en agua helada. Trató de incorporarse, pero entonces vio que estaba muy malherida y continuó tendida sobre el duro suelo, rodeando su cuerpo con los brazos, como si de ese modo confiara en mantener su cuerpo unido.

Cuando su conciencia se hundió en un pozo de negrura, sintió un gran alivio.

Jan pensó que su aspecto era ridículo y así lo manifestó.

—¡Tonterías! —gritó Mary Anne con su voz chillona y estridente—. ¡Estás guapísima! En conjunto —añadió, en un tono más reposado.

«En conjunto» significaba, pensó Jan con ironía, que, para ser una amazona físicamente deforme, además de una despreciable lombriz, no estaba mal, aunque Jan no hubiera descrito con esta expresión su apariencia actual. Continuó contemplando su imagen en el espejo de cuerpo entero. Gracias a la variedad de ropa interior asfixiante que Mary Anne había insistido en que se pusiera, su cintura se veía grotescamente estrecha, pero debajo del vestido se hinchaba como un globo sobre las caderas y adoptaba una forma de campana que se extendía hasta el suelo.

Si quedaba oculta por completo de cintura hacia abajo, la situación era todo lo contrario de cintura hacia arriba. La tela que se ceñía a su torso como una segunda piel se abría en una profunda curva que dejaba al descubierto sus pechos casi hasta los pezones. Sin embargo, a pesar del corsé que llevaba, cuyo propósito era empujar sus pechos hacia arriba, no podía competir con el despliegue mamario de Mary Anne, que estaba a su lado. Esta gente, decidió Jan, tenía una extraña obsesión por los pechos.

Las mangas onduladas del vestido, la cinta negra que rodeaba el cuello, el polvo blanco que cubría su cara, el lápiz rojo que teñía sus labios y la tiara enjoyada que adornaba su cabello completaban su absurda apariencia. Mary Anne supervisó su obra con una sonrisa de satisfacción.

—No te conocería ni tu madre —aseguró a Jan.

—Si mi madre me hubiera visto alguna vez de esta guisa, me habría atravesado con la espada —replicó Jan, malhumorada.

—Oh, no digas eso —chilló Mary Anne, disgustada—. Debes olvidar ese espantoso estilo de vida amazona, Jan. Pertenece a tu pasado. Mira hacia el futuro que te aguarda con nosotros. A partir de ahora, tu vida va a ser muy diferente.

—Eso parece —corroboró Jan.

Experimentó de nuevo una intensa sensación de irrealidad, como si flotara en un sueño. Esta sensación la había asaltado a menudo durante las últimas veinticuatro horas, desde que la habían trasladado a la sección reservada a los Aristos en el *Lord Pangloth*, pero también se había repetido desde que había recobrado la conciencia, después de ser atacada por el hazzini. Miró su pecho descubierto. La cicatriz se había reducido a una fina línea blanca. Los puntos casi habían desaparecido. Quizás estaba muerta, después de todo. Quizá todo era un sueño que Dios Madre había creado para ella en una antecámara del Paraíso. Los manjares, los baños perfumados, la lujosa cama en que dormía... Todo poseía un toque paradisíaco.

—¿Estoy viva aún? —fueron sus primeras y sorprendidas palabras, apenas susurradas, cuando abrió los ojos y vio a Milo inclinado sobre ella.

—Por poco, pequeña amazona —había contestado él, con una sonrisa—. Los miembros de la Cofradía Médica que se hallan a bordo son poco más que unos carniceros, pero al menos son capaces de coser heridas, aunque sean tan largas como la tuya. No te interesó ningún órgano interno. La hemorragia y el susto estuvieron a punto de matarte, pero lo peor ya ha pasado. Con tus poderes de regeneración saldrás adelante. Y ni siquiera conservarás una pequeña cicatriz que exhibir.

—Dios Madre está conmigo —había murmurado Jan, sumiéndose en un profundo sueño.

La siguiente vez que despertó, Milo le dio su cantimplora para que bebiera un poco de agua. Reconoció su entorno. Estaba de vuelta en el cubículo de Milo. Intentó levantar la cabeza para ver cuál era el estado de su cuerpo, pero estaba demasiado débil.

—No... siento... ningún dolor —susurró.

Milo alzó un objeto que ella reconoció. Una aguja hipodérmica. En el hospital de Minerva tenían varias.

—Te he inyectado una hormona que activa tus supresores del dolor internos. Me ha costado mucho conseguirla. Un Hombre Libre del pueblo la recibe directamente de una farmacia Aristo.

—Gracias...

—Mi querida amazona, no confundas mi generosidad con altruismo —sonrió Milo—. Recuerda nuestro trato. Tengo casi tanto interés como tú en que tu joven cuerpo recobre la normalidad.

Jan dibujó una leve sonrisa.

—¿Te sientes con fuerzas para contarme lo ocurrido?

—Me perdí... —susurró—. Estuve vagando... durante horas. Entonces vi... al hazzini. Me persiguió. Me clavó las garras... Creí que me había partido en dos...

No pudo proseguir.

Milo se pasó la mano por su cabello inexistente y la contempló un rato en silencio.

—¿Sabes que eres una heroína? —dijo—. La opinión general es que te topaste con el hazzini, cogiste su cortador producto de la Antigua Ciencia y lo quemaste con él.

—¿Cortador? —exclamó Jan frunciendo el ceño.

—El aparato que utilizó para cortar el casco exterior. Estaba a punto de cortar el casco interior cuando le interrumpiste. La teoría es que un nido hazzini eligió a su mejor volador, le equipó con un cortador que debieron encontrar entre algunas ruinas antiguas y le ordenó que se introdujera en el *Lord Pangloth* para sabotear una o dos

celdas de gas, para que el *Pangloth* descendiera y fuera presa fácil de los demás hazzini. El problema es que el monstruo no se dio cuenta de que la celda en que pretendía penetrar estaba llena de hidrógeno. El hazzini se habría quedado muy sorprendido cuando el *Pangloth* se hubiera convertido en una bola de fuego y aterrizado sobre unos cuantos de sus nidos.

Pero luego la asió de repente por un hombro y la miró con ojos fríos.

—Sé lo que ocurrió en realidad. Y sé lo que pensabas hacer. Tú y el hazzini teníais un objetivo similar aquella noche —dijo con aspereza.

—¿Qué quieres... decir?

—Sabes muy bien de qué estoy hablando. Tiene relación con esa preciosa reliquia tuya, la «vara de autoridad» que ibas a proteger con tu vida. Por lo visto, la has perdido.

—¿La... he...?

Le costaba pensar. Quería volver a dormir.

—Oh, deja de fingir. Siempre sospeché de esa cosa, pero te concedí el beneficio de la duda. Y a cambio de mi confianza, pensabas chamuscarme junto con todos los demás cuando detonaras tu bomba. En lo tocante a falta de escrúpulos, las minervanas podríais enseñar a los Señores del Cielo un par de cosas.

—No... No... —protestó débilmente, intentando menear la cabeza—. Cuando llegó el momento... no pude hacerlo. No pude. Me rendí...

Milo la miró fijamente, con cierta ironía.

—Sospecho que dices la verdad —dijo por fin. Su expresión se suavizó—. De modo que cuando abandonaste tu misión te topaste con el hazzini. Debiste utilizar tu bomba para matarle. La idea de que le quitaras el cortador a un hazzini adulto es absurda.

—Sí.

Le contó lo sucedido. Milo sonrió.

—Justo en la trompa, ¿eh? Muy adecuado. Si te hubiera penetrado con esa cosa te habría succionado hasta el alma. La sangre humana es un bocado exquisito para los hazzini.

—¿Encontrarán... los restos... de la bomba?

—No te preocupes. Nadie practicó la autopsia al cadáver del monstruo. Era obvio que se había abrasado hasta morir y el cortador estaba tirado por allí. Cuando los Guerreros que habían escuchado tus gritos llegaron al lugar de los hechos, llegaron a la conclusión obvia. Han tirado al hazzini por la borda, de modo que nadie descubrirá la verdad.

—Bien... —murmuró Jan. Los ojos se le cerraban.

—Duerme —dijo Milo.

Alguien llamó a la puerta oculta por las colgaduras rosas que cubrían las paredes



y el techo.

—¿Sí? —gritó Mary Anne.

Ceri, la doncella de Mary Anne, entró en la sala de estar por un resquicio de las colgaduras. Ceri, al igual que Jan, era una ex-esclava y llevaba el mismo círculo tatuado alrededor de la estrella negra grabada en su mejilla. Pese a su condición de ex-esclava, Ceri no era una Mujer Libre. Mary Anne había dicho que era una Mujer Vinculada, y por lo que Jan había deducido era otra palabra que también significaba esclavitud. La diferencia consistía en que ser esclava en la sección de los Aristos era mucho más preferible que serlo en cualquier otra parte del Señor del Cielo. Ceri le había caído bien desde el primer momento. La doncella era una joven esbelta de cabello muy rubio y atractivos ojos verdes. Su rostro expresaba inteligencia y sensibilidad, dos cualidades que abundaban muy poco a bordo del Señor del Cielo. Debía admitir que Mary Anne también le caía bien, a pesar de la patente estupidez de la mujer. Ceri inclinó la cabeza hacia Mary Anne en señal de respeto.

—El príncipe Magid desea saber si usted y su invitada ya están preparadas, señora —dijo—. Las espera en el salón.

—Saldremos enseguida, Ceri querida —dijo Mary Anne.

Mientras Ceri se retiraba, Mary Anne ocultó un mechón bajo la tiara de Jan.

—Ya falta poco para tu momento de gloria —dijo sin aliento—. Supongo que estás muy nerviosa.

—Oh, mucho —dijo Jan, y sonrió al reflejo de Mary Anne en el espejo.

El príncipe Magid, gran canciller del *Lord Pangloth*, tenía un aspecto tan ridículo como el primer día que Jan le vio, cuando la capturaron. Con sus largas y algo huesudas piernas que ceñían apretados leotardos de tonos rojos y anaranjados, y su voluminosa chaqueta, le recordaba una grotesca ave. Y le costaba reprimir una sonrisa siempre que miraba la bolsa verde de piel que cubría sus genitales. Saber que el accesorio se llamaba «cojonera» no ayudaba.

Cuando entraron en el salón se encontraba de pie ante una ventana, de espaldas a ellas. Se volvió y dijo, con su habitual voz aflautada:

—Ah, por fin estáis aquí.

Se acarició la barba puntiaguda, apoyó la otra mano sobre el pomo de la espada ceremonial e inspeccionó a Jan con extrema minuciosidad, caminando a su alrededor y emitiendo extraños ruidos nasales. Jan pensó en lo fácil que sería cogerle por el cuello, desenvainar su propia espada y atravesarle el corazón. Sin embargo, dejando aparte una breve satisfacción, no lograría nada con ese acto. Por lo tanto, contempló la magnífica vista que permitía la hilera de ventanas inclinadas que ocupaban toda una pared del salón. El sol se estaba ocultando detrás de una cordillera lejana, y las nubes se teñían de un rojo brillante.

—Bien, supongo que servirá —dijo el príncipe Magid, a regañadientes.

—¡Oh, Filo, creo que su aspecto es absolutamente espléndido! —exclamó Mary Anne, enlazando las manos.

—Para ser una amazona, está muy presentable —recalcó el príncipe—. Bien, vámonos. No hagamos esperar al príncipe Caspar.

—Quieres decir que no deseas hacer esperar a lady Jane —comentó Mary Anne, arrugando la nariz. El príncipe Magid la miró y la mujer pareció empequeñecerse.

—Príncipe Magid —dijo Jan vacilante, mientras caminaba con ambos por el amplio pasillo alfombrado—, yo creía que esta noche iba a conocer al mismísimo lord Pangloth...

Magid lanzó un suspiro exagerado.

—Lord Pangloth no existe, muchacha —explicó, condescendiente.

Era el cuarto o quinto período de vigilia.

—¿Qué me estás haciendo? —preguntó Jan cuando emergió del pozo de sueño. Milo estaba inclinado sobre ella.

—Cálmate. Te estoy cambiando la ropa, eso es todo. Te he inyectado otra hormona inhibidora del dolor, así que no sentirás casi nada.

—Quiero ver —dijo Jan, intentando levantar la cabeza.

—No te lo aconsejo.

Pero, recuperadas un poco las fuerzas, la joven alzó la cabeza y miró su cuerpo desnudo.

—Oh, Dios Madre... —suspiró, y dejó caer la cabeza sobre la almohada.

Había visto la dentada incisión que corría entre sus pechos y terminaba en el bajo vientre. Negros y toscos puntos mantenían unidas las dos partes de la incisión; tenían el aspecto de que alguien muy borracho se los había dado. Jan pensó que, si estornudaba o hacía algún movimiento violento, los puntos se romperían y su cuerpo se abriría, derramando los intestinos y otros órganos...

—Dios Madre —murmuró de nuevo, y cerró los ojos con fuerza. Intentó respirar muy despacio.

—La herida no es tan mala como aparenta —la tranquilizó Milo.

La información no consoló a la muchacha.

—Déjame morir en paz.

—No, de veras. Está cicatrizando muy rápido, como era de esperar. Los puntos caerán dentro de pocos días.

—¡No! —gritó Jan, alarmada—. ¡Los puntos es lo único que mantiene unido mi cuerpo!

Consideró muy ofensivas las carcajadas de Milo.

Pero el hombre tenía razón. Tres días después, Jan se sintió con fuerzas para levantarse de la cama, con la ayuda de Milo, y caminar hasta las letrinas. También pudo pasar de tomar los caldos que él le preparaba a comer alimentos sólidos.

Se alegró de poder moverse otra vez porque la desagradaba depender por completo de él, así como la forzada intimidad que conllevaba. Al mismo tiempo, tuvo que admitir que Milo no se había aprovechado para nada de la situación, y se había convertido en una enfermera eficiente y experta. Jan se dio cuenta de que la deuda era cada vez más profunda, y no le gustó. Algún día tendría que compensarle, pero el precio iba en aumento.

Con todo, agradecía su compañía mientras continuaba su recuperación. Milo le explicó que le habían dispensado del trabajo para poder cuidarla. La orden, subrayó, no había venido de Bannion, sino de los Aristos.

—Te llevan en bandeja estos días —dijo—. Quizá podríamos extraer alguna ventaja de ello...

El quinto día, Milo anunció que ya podía quitarle los puntos. Como los inhibidores de dolor se habían agotado, Jan consideró la experiencia muy desagradable. Cerró los ojos y se mordió el pulgar para no gritar.

—He terminado —dijo Milo, al cabo de lo que parecieron horas.

Jan levantó la cabeza y miró. La larga herida había cambiado drásticamente de apariencia desde el primer día. Aún se veía rojiza y fea, pero había cicatrizado hasta el punto de parecer una simple incisión superficial. Las heridas del brazo y el tobillo habían cicatrizado de forma similar.

—Ha sido un placer —dijo Milo en tono burlón. Entonces, Jan advirtió que había apoyado la mano sobre su muslo izquierdo. De repente se sintió débil, desnuda y vulnerable. Apartó su mano y se cubrió con la delgada manta hasta la barbilla.

Milo contempló la confusión de la muchacha con semblante divertido.

—Ahora que has cambiado de opinión respecto a volar en pedazos el *Lord Pangloth* conmigo dentro, careces de motivos para no cumplir tu parte de nuestro acuerdo. ¿Puedes hacerlo?

—No... —susurró Jan tras una larga pausa, con un hilo de voz.

—Bien. Cuando estés recuperada por completo, espero tu total cooperación. —Milo se levantó de la cama—. Ahora, intenta dormir un poco más. Voy al pueblo a comprar comida. No tardaré.

A Jan le costó bastante rato sumirse en un sueño inquieto. Cuando despertó, descubrió que el enorme y sibilante bulto del maestro cofrade Bannion se cernía justamente sobre ella.

Los Aristos disfrutaban, a costa de los demás habitantes del *Lord Pangloth*, de mucho espacio. Jan lo comprendió poco después de llegar a la sección Aristo de la nave, pero obtuvo la confirmación cuando entró en el «Gran Salón». Era enorme. Medía decenas de metros de longitud, e igual de anchura en la parte más amplia. Jan advirtió que estaba situado en la proa del Señor del Cielo, no muy lejos del morro de la nave. Dos filas de ventanas altas, mucho más grandes que las de los aposentos de Magid, convergían en un punto curvo en el extremo del salón. Jan vio nubes blancas que pasaban frente a las ventanas.

Habría unas trescientas personas presentes, pero el salón no parecía abarrotado, gracias al inmenso espacio disponible. La mayoría de los congregados eran Aristos, a juzgar por su indumentaria, pero también había muchos criados, o esclavos, que circulaban entre ellos con bandejas cargadas de comida y bebida. Cuando Jan se detuvo en lo alto de la corta escalera, flanqueada por el príncipe Magid y Mary Anne, experimentó de nuevo una oleada de irrealidad. La sensación se intensificó cuando todos los reunidos se volvieron hacia ella y un pesado silencio cayó sobre la sala.

Luego, alguien se puso a aplaudir y todos los demás, salvo los criados, le imitaron casi al instante. Jan, estupefacta, comprendió que la estaban aplaudiendo a ella.

El príncipe Magid tocó su hombro para indicarle que avanzara. Jan obedeció. Magid y Mary Anne la acompañaron. Cuando llegaron al pie de la escalera, los Aristos congregados, sin dejar de aplaudir, formaron un largo pasillo que se extendía hasta el fondo del salón. Un pequeño estrado se alzaba en el punto donde se encontraban las ventanas. Dos figuras estaban sentadas sobre él: un hombre y una mujer.

Jan sabía quiénes eran. El hombre era el príncipe Caspar. La mujer era su madre, lady Jane. Por lo que había oído, representaban el poder supremo a bordo del Señor del Cielo.

Se quedó sorprendida al saber que lord Pangloth no existía. Había existido uno mucho tiempo atrás. Varios, en realidad, pero, por la escasa información que Magid le había proporcionado de mala gana mientras se dirigían al Gran Salón, la dinastía Pangloth, al parecer, había sido destruida siglos antes por una familia Aristo rival. Se preguntó si los Aristos actuales también eran propensos a luchas por el poder similares.

Mientras pasaba entre los entusiastas Aristos, seguida a un paso de distancia por Magid y Mary Anne, observó que el príncipe Caspar era mucho más joven de lo que imaginaba. De hecho, era un joven de su edad, o quizá menos. También advirtió, interesada, que era el varón más guapo que había visto en su vida. Cabello negro largo hasta los hombros enmarcaba su rostro largo y anguloso; su piel de aspecto

suave era muy blanca, y tenía unos ojos pardos que sólo podrían describirse como enormes.

Lady Jane, sentada algo más atrás, era una versión más vieja de su hijo. Poseía el mismo rostro largo y hermoso, de pómulos impecables y piel blanquísima, pero sus ojos eran azules en lugar de pardos. Y, al contrario que los de su hijo, eran unos ojos fríos.

Cuando Jan, Magid y Mary Anne llegaron al estrado, el príncipe Caspar y su madre se levantaron. Ambos iban vestidos por completo de negro, a excepción del cuello y los puños de encaje blanco del príncipe y la joya rojo sangre que colgaba entre los pechos de lady Jane. El príncipe levantó los brazos y los aplausos se interrumpieron bruscamente. Miró a Jan y sonrió. Fue una bella sonrisa, que agitó algo en su interior. La joven se la devolvió. Entonces, sintió que el dedo de Magid se clavaba en su espalda y recordó lo que debía hacer. Flexionó las rodillas con torpeza e inclinó la cabeza como Mary Anne le había enseñado.

—Jan Dorvin de Minerva —dijo el príncipe Caspar—, todos los aquí reunidos te estamos muy agradecidos. De no haber sido por tu acto de bravura contra el intruso hazzini, el *Lord Pangloth* habría sido destruido. —Hablaba en voz baja pero clara—. Por lo tanto, nos complace sobremanera perdonarte todos tus crímenes anteriores contra nosotros, así como concederte la libertad y el nombramiento honorario de Aristo. Esto significa que gozarás de todos los derechos y privilegios de nosotros, con la excepción de poder contraer matrimonio con un Aristo. Bienvenida, Jan Dorvin. Y gracias.

—Gracias, Alteza —dijo Jan, con el tono más sincero que pudo lograr.

El príncipe Caspar levantó los brazos y los aplausos se reanudaron. Jan flexionó las rodillas y volvió a inclinar la cabeza. Intentó reprimir las lágrimas. Estaba abrumada de vergüenza. «Perdóname, Dios Madre», suplicó. «No ha sido culpa mía. ¡No era mi intención salvar al *Lord Pangloth*!».

Mientras presentaban en la corte a Jan, Milo yacía en su litera y soñaba...

Su avión acorazado había aterrizado en el patio cubierto de grava que se hallaba frente a la mansión de Kagen. Cuando salió, un ciberoide de dos patas se detuvo y giró en su dirección unos momentos hasta que, satisfecho, continuó patrullando a lo largo del muro. Kagen, acompañado de un guerrero clonado de rostro inexpresivo, salió corriendo de la casa para recibirle. Estaba muy excitado. Milo le vio acercarse, divertido. Kagen se había modificado hasta el punto de que no existía ningún rasgo físico del antiguo Kagen, pero su paso le traicionaba. Todavía caminaba como el hombre gordo que había sido. El hombrecillo gordo.

—Me alegro de que pudieras venir, Haze. ¡No te decepcionaré! —dijo, mientras estrechaba la mano de Milo—. Ven a ver...

Acompañó a Milo hasta la entrada principal.

—No creía que fuera a funcionar —dijo, casi sin aliento—. Perdí los tres primeros fetos durante el proceso de aceleración de crecimiento. Lo del cuarto fue un golpe de suerte. Los batas blancas lo estuvieron celebrando durante una semana.

Kagen condujo a Milo al sótano. Se detuvieron ante una puerta metálica custodiada por otro guerrero clonado. Kagen apoyó la palma sobre la cerradura y la puerta se deslizó a un lado. Estaba oscuro.

—A ella no le gusta la luz —explicó.

A la débil luz procedente del pasillo, Milo vio la silueta de una figura sentada en una cama. Una mujer y, a juzgar por su aspecto, de forma muy normal. Dos brazos, dos piernas, una cabeza...

Entonces, Kagen encendió la luz.

La mujer (una muchacha, en realidad) lanzó un grito y se cubrió los ojos con el brazo. Milo la miró.

—Única, ¿eh? Una auténtica pieza de coleccionista —dijo Kagen con orgullo.

Su piel era transparente. Bajo ella se veían con toda claridad arterias y venas, capas de depósitos de grasa, fibras musculares...

—¡Muchacha, aparta la mano y míranos! —ordenó Kagen.

La joven obedeció a regañadientes. Unos ojos asustados miraron a través de párpados transparentes. Dos charcos verdes de vida encastados en lo que parecía un cráneo descarnado.

Kagen se volvió hacia Milo.

—Bien, ¿qué opinas?

Milo despertó y se incorporó. Se agarró la cabeza y gimió. Después, se inclinó hacia adelante y vomitó sobre el limpio suelo de su cubículo.

Jan sintió un gran alivio cuando la inquieta Mary Anne dijo por fin buenas noches y la dejó sola en su dormitorio. Se quitó el resto de la ropa interior (Mary Anne la había ayudado a desprenderse de la prenda llamada corsé), y luego se puso una túnica hecha del material más puro que había visto nunca. Se sentó en la blanda cama con un suspiro de cansancio y contempló la noche sin estrellas por la única ventana. La presentación en la corte la había agotado. Sonreír y ser cortés con los Aristos, mientras una voz interior repetía sin cesar: «Ésta es la gente que asesinó a tu madre, a tu padre, a todos tus amigos... La gente que destruyó Minerva». «¡Pero no tenía otra elección!», había aducido. «Debo hacer lo que dijo Milo y aprovechar la situación. Tiene un plan».

Se quedó aterrorizada el día que despertó y encontró al inmenso maestro cofrade en el cubículo. Al principio, temió estar a solas con aquel monstruo, esperando lo peor, pero después vio a Milo y a un supervisor detrás de Bannion. Temió que éste hubiera venido para llevársela con él, pero sólo venía a traer un mensaje. Un mensaje de los Aristos. Le comunicó con gran pomposidad que el *Lord Pangloth* había

decidido recompensar su heroísmo con la libertad. Cuando estuviera recuperada por completo, sería trasladada a los aposentos del señor canciller, el príncipe Magid, que sería su nuevo hogar en adelante. Después, palmeó su mejilla y dijo, melancólico:

—Qué pena, querida. Tenía otros planes para ti.

Cuando Bannion logró pasar su bulto por la estrecha puerta del cubículo, Jan miró con estupor a Milo. Parecía contento.

—Felicidades —dijo, y se sentó en la silla de mimbre.

—No quiero ir a vivir con los Aristos.

—¿Quieres quedarte aquí como esclava? ¿Quieres seguir trabajando como limpiacristales y terminar siendo el juguete de Bannion?

—No —admitió—, pero...

—Ah, ya sé lo que pasa. No quieres dejarme.

—Y una mierda —dijo Jan, arrepintiéndose enseguida.

Milo, sin embargo, continuó sonriendo. Su reacción la desconcertó.

—No parece muy disgustado por mi partida inminente. Pensé que tú también tenías «planes» para mí.

—Y aún los tengo, pero ya no son los mismos.

Jan frunció el ceño.

—No lo entiendo.

—Ya no tengo planes para tu cuerpo, sino para tu nueva y elevada posición en nuestra sociedad aérea. Tu situación te permitirá hacerme un gran favor.

—¿Cuál? —preguntó la joven, suspicaz, imaginándose que le iba a pedir hurtar objetos lujosos de la sección Aristo.

—Permitirme conseguir lo que he intentado durante los tres años que llevo a bordo de este trasto. Y si lo haces, te prometo dos cosas que anhelas de todo corazón.

—¿Cuáles son?

—Tu libertad y vengarte del *Lord Pangloth*.

Alguien llamó con suavidad a la puerta de Jan. Masculló por lo bajo, suponiendo que Mary Anne volvía, pero, cuando la puerta se abrió, vio que era Ceri. Vestía un camisón blanco y llevaba el cabello recogido en un moño. Jan supuso que venía de su cama.

—La señora me ordenó que viniera a ver si necesitabas algo —dijo a Jan—. A partir de ahora debes considerarme tu criada.

—No necesito nada, gracias, y desde luego no voy a tratarte como a una criada —aseguró Jan.

—Creo que es mejor hacer lo que dice la señora —repuso Ceri—. La vida será más tranquila.

—¿Acaso te maltrata?

Ceri se encogió levemente de hombros.

—No, físicamente no, pero puede ser muy pesada cuando no se cumplen sus caprichos.

—¿Y el príncipe Magid?

De nuevo el leve encogimiento de hombros.

—Es mejor contentarle —dijo, de modo críptico.

Jan palmeó la cama.

—Ven a sentarte. Me gustaría hablar contigo un rato, a menos que estés ansiosa por volver a tu cama.

—No.

Ceri se sentó. Ambas se miraron.

—Eres muy bonita —dijo Jan.

—Gracias. Tú también.

Permanecieron unos instantes en silencio.

—¿Te has divertido esta noche? —preguntó por fin Ceri.

Jan hizo una mueca.

—Ha sido una experiencia penosa. Los Aristos son gente rara. Todas las personas con que hablé sólo hablaron de sí mismas. Hacían una pregunta tópica, por lo general acerca de si ya me había recuperado del ataque, y era su única muestra de interés hacia mí. El resto de la conversación giraba en torno a sus problemas. La verdad es que no parecían tener ninguno auténtico.

—No, viven en su propio mundo. Todo lo demás no les interesa. Pasan el tiempo jugando, contemplando sus «espectáculos», manteniendo relaciones sexuales y halagando al príncipe Caspar y a su madre —dijo Ceri—. Por cierto, ¿te presentaron al príncipe y a lady Jane?

—Oh, sí, y después charlé un poco con él. Me ha invitado a cenar mañana por la noche en sus aposentos privados. No quiero ir, pero supongo que no me queda otra alternativa.

—¿Qué te pareció?

—Muy guapo. Para ser hombre...

La implicación quedó flotando en el aire que las separaba. De pronto, Jan comprendió que albergaba una poderosa necesidad de abrazar a Ceri. Necesitaba el consuelo de otros brazos de mujer alrededor de su cuerpo. Había pasado tanto tiempo...

Cedió al impulso. Se inclinó hacia adelante y abrazó a Ceri, sepultando la cara en su cuello.

—Abrazame, por favor —suplicó.

Ceri rodeó con sus brazos a Jan, sin apretar demasiado. Permanecieron en esta postura un rato.

—¿Quieres que duerma contigo? —preguntó en voz baja Ceri.



—Oh, sí, sí —suspiró Jan—. Más que nada en el mundo.

Ceri se liberó suavemente de los brazos de Jan, se puso en pie, pasó él camisón blanco sobre su cabeza y lo tiró al suelo. No llevaba nada debajo. Se quedó inmóvil y miró a Jan.

—Aprendes rápido —dijo luego con frialdad.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jan, sorprendida por su actitud.

—Que has aprendido a tratarme como a una criada. A este paso, llegarás a ser una estupenda Aristo.

Jan tragó saliva, atónita ante la reacción de Ceri.

—¿Crees..., crees que te estoy obligando a mantener relaciones sexuales conmigo?

—¿No es así?

—¡No! ¡Claro que no! —Jan no cabía en su asombro—. Di por sentado que lo deseabas.

—Yo no soy minervana, Jan.

La comprensión alumbró en Jan. Se llevó la mano a la boca.

—Oh, no me di cuenta. Quiero decir que... —Se sentía muy violenta—. ¿No te gustan las mujeres? Quiero decir, ¿no te acuestas con mujeres?

—Me acuesto con mujeres. Cuando debo. Desde que trabajo para los Aristos me he acostado con montones de mujeres. Y también con montones de hombres.

—¿Quieres decir que te obligan?

Ceri se encogió de hombros.

—Digamos que no tengo elección. A menos que quiera volver a ser una esclava vulgar. Al menos, las condiciones de vida son mejores aquí.

Jan no sabía qué decir. Estaba confusa; se sentía violenta, ofendida, indignada con el comportamiento de Ceri... y sexualmente excitada.

—Ponte el camisón, por favor —se apresuró a decir—. Lamento el malentendido.

—Muy bien.

Ceri se agachó, cogió el camisón y lo pasó sobre su cabeza.

—Quédate, por favor, y hablemos un rato —rogó Jan—. Pero sólo si quieres, como amigas, no porque pienses que es tu obligación.

Ceri le dirigió una mirada escrutadora y sonrió.

—Me encantaría quedarme un rato, como amiga.

Se sentó en la cama al lado de Jan.

—¿Desde cuándo estás en el *Lord Pangloth*, Ceri?

—Tres años. Antes vivía en el mar. En un hábitat marítimo. ¿Sabes lo que es?

—Pues sí. El esclavo que, bueno, que me protegió también vivía en el mar. Dijo que era como una ciudad flotante. —Jan tuvo una idea—. ¿Quizá vivíais en la misma! ¿Conoces a un hombre llamado Milo?

La expresión de Ceri se ensombreció cuando oyó aquel nombre.

—¿Milo? ¿Ése es el hombre que te protegió?

—Sí. ¿Le conoces? Es un hombre extraño, pero me salvó la vida. Más de una vez, sospecho.

—Conozco muy bien a Milo —dijo Ceri, frunciendo el ceño—. Y no me gusta. Nuestro hábitat marino fue destruido gracias a él. Logró convencer al Consejo de que nos trasladáramos más cerca de la costa. Era cierto que las condiciones del océano habían empeorado, pero hubiéramos podido sobrevivir muchos años más. No me preguntes cuál fue su motivo, pero, desde que llegó al hábitat, intentó persuadir a la gente de que el hábitat necesitaba acercarse a tierra firme.

Jan se quedó perpleja.

—¿Desde que llegó? Me dijo que había nacido en tu ciudad flotante.

—¿Eso te dijo? —Ceri meneó la cabeza—. No. Llegó unos diez años antes de que el *Lord Pangloth* nos hundiera. Iba en una extraña cápsula flotante. Estaba sellada y, por lo visto, fue muy difícil entrar en ella. Había tres cadáveres en la cápsula. Llevaban semanas muertos. Milo estaba en coma y creímos que moriría pronto, pero de repente recobró la conciencia.

Jan frunció el ceño.

—¿Por qué me mintió? No entiendo...

—Era difícil entender a Milo, te lo aseguro. Y no le caía bien a nadie, pero fue un elemento positivo para la comunidad, pues sabía muchas cosas, en especial sobre maquinaria y electrónica. Hasta que nos condujo a la destrucción. Lo perdí todo. Mis padres, mi marido...

—Tenemos mucho en común —dijo Jan con dulzura. Quería tocar a Ceri, pero decidió que no sería prudente. Sus pensamientos volvieron a Milo—. Me contó muchas cosas. Me pregunto cuántas eran mentira.

—¿Qué clase de cosas?

—Oh, sobre el pasado. Historia antigua. Sobre antes de las Guerras Genéticas y todo eso. Dijo que lo había averiguado en las máquinas de historia que teníais en la ciudad marina.

Ceri agitó la cabeza.

—Otra mentira. Todo lo que contenía nuestra biblioteca eran algunos manuales técnicos y novelas grabadas en cinta, aparte de algunas películas holográficas. Nada de historia.

Jan estuvo a punto de preguntarle el significado de las palabras «novelas» y «películas holográficas», cuando una idea espantosa se le ocurrió.

—Me contó algo más... Has de decirme si es verdad.

Ceri la miró con preocupación.

—¿Qué pasa? Has palidecido.

—Milo dijo que mi ciudad sólo era una parte de Minerva. Dijo que existían otras que yo desconocía... Ciudades como la mía. Dijo la verdad, ¿no?

Miró a Ceri con ojos suplicantes. Ceri clavó la vista en sus manos, enlazadas sobre el regazo.

—Lo siento, Jan —dijo sin alzar la voz—. No tengo noticia de que existan otras partes supervivientes de Minerva. Tu ciudad era la única.

Jan respiró hondo y expelió el aire con un solo sollozo entrecortado. Se puso a temblar. Saber que Minerva continuaba existiendo en otra forma era de vital importancia para ella. Le había proporcionado la voluntad de continuar adelante, sabiendo que el espíritu de Minerva seguía vivo en otras de su especie. Pero ahora...

Ahora debía enfrentarse de nuevo a la espantosa realidad de que era la última minervana viva. Los sollozos estremecieron su cuerpo. Era una carga excesiva.

Apenas fue consciente de que Ceri la había abrazado y la mecía, apretándola contra su cuerpo.

—Vamos, Jan, tranquilízate —la canturreó Ceri en su oído—. Todo se arreglará. Jesús, no eres más que una cría, ¿verdad?

Jan se aferró a ella con desesperación. Al cabo de un rato cesaron sus sollozos, pero siguió abrazada a Ceri.

—Vamos, Jan —susurró por fin Ceri—. Es hora de que te acuestes.

Jan la soltó de mala gana. No quería estar sola, pero no podía exigir más cosas a Ceri. Vio que Ceri apartaba las sábanas y luego se deslizó bajo ellas. Ante su sorpresa, Ceri se acostó a su lado.

—¿Qué...? —empezó, pero Ceri apoyó dos dedos sobre sus labios.

—Sssh. Estoy haciendo lo que me apetece. Como amiga. ¿Entendido?

Jan sonrió.

—Entendido.

—Se acabó la cháchara —dijo Ceri, tomándola en sus brazos.

Milo estaba apoyado en la barandilla y contemplaba los yermos que la nave sobrevolaba. Se giró en redondo cuando Jan salió al angosto puente de observación descubierto donde se habían citado. Sonrió y la miró de arriba abajo.

—Los vestidos bonitos te sientan bien —dijo, divertido.

—Es lo más sencillo que he podido encontrar —respondió la joven con frialdad. Llevaba un sencillo vestido largo hasta los pies, gris y negro, sin nada debajo, pese a las protestas de Mary Anne. No podía soportar aquella ropa interior tan apretada y había tomado la decisión de ponérsela sólo en ocasiones oficiales.

Milo contempló su generoso escote con obvio agrado.

—La herida ha cicatrizado muy bien. Apenas se ve.

Jan cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Cómo te fue anoche? ¿Triunfaste? ¿Conociste a lord Pangloth? —preguntó

Milo con vehemencia.

—Milo, nuestro acuerdo ha concluido. No sé lo que quieres, pero yo no te ayudaré a conseguirlo. No quiero volver a verte. No quiero hablar contigo nunca más. Sólo he venido por ese motivo, para decirte esto.

El hombre aparentó sorpresa.

—¿Qué mosca te ha picado? ¿Se puede saber qué ocurrió anoche?

—Descubrí que me habías mentido. Que no existen otras partes perdidas de Minerva. Mi Minerva era la única que quedaba. Y ha desaparecido. Todo lo que me dijiste era mentira.

Milo se encogió de hombros.

—En aquel momento me pareció lo mejor que podía hacer por ti.

—¿Cómo dices? —preguntó la muchacha, estupefacta.

—Estabas desequilibrada emocionalmente. A punto de perder el deseo de vivir. Necesitabas algo que te animara, que te diera confianza y todo eso, así que te conté lo que podría describirse como una mentira terapéutica. Y debes admitir que funcionó.

Jan cerró los puños. Quería borrar de su cara a golpes aquella expresión arrogante y presumida.

—¡Maldito bastardo! ¡No tienes ni idea de lo que me hiciste!

—Hice lo que consideré mejor. Y aún pienso que fue lo correcto. Y ahora, basta de tonterías. Debes cumplir nuestro acuerdo. Ya te dije lo que había en juego. Si tengo éxito, ambos obtendremos la libertad y el *Lord Pangloth* caerá en nuestro poder.

Jan lanzó una amarga carcajada.

—¿Piensas que voy a seguir creyéndote? Todo debían ser mentiras, Dios Madre. Todo lo que dijiste sobre el pasado..., sobre tu pasado.

Milo meneó la cabeza.

—No. Juro que no.

—Vaya. Eso no fue lo que Ceri me dijo.

Al oír esto, un brillo de preocupación alumbró en los ojos de Milo.

—¿Ceri?

—Tendrías que acordarte de ella. Vivíais en la misma ciudad flotante. Ella se acuerda muy bien de ti. No le caes muy bien.

—Sí, me acuerdo de ella —dijo el hombre lentamente—. ¿Has hablado con ella?

—Nos hemos hecho muy amigos. Me contó que te encontraron en una cápsula, junto con tres cadáveres, diez años antes de que fueras capturado por el *Lord Pangloth*. Me contó una historia muy diferente de la tuya.

Milo suspiró.

—De acuerdo, admito que también mentí sobre eso, pero sólo porque no hubieras creído la verdad si te la hubiera revelado.

—¿Y cuál es esa verdad? —preguntó Jan, escéptica.

—Esa cápsula era un salvavidas. Provenía de una nave espacial que se había estrellado en el mar.

—¿Una nave espacial?

—Un aparato capaz de viajar por el espacio. De planeta a planeta. La nave regresaba del planeta Marte.

—¿Marte?

Milo señaló hacia el cielo.

—Marte. ¿No has oído hablar del planeta Marte?

—Sí, por supuesto. ¿Pretendes decir...?

—Sí, exacto. Vengo de Marte.

**SEGUNDA PARTE**  
**LA BRISA PERFUMADA**

Jan se inclinó sobre el príncipe Caspar y le hizo cosquillas en el pecho desnudo con un mechón de su, ahora, largo cabello.

—Vamos, mi señor y dueño, es hora de levantarse.

Caspar apartó el mechón sin abrir los ojos.

—¿Por qué he de levantarme? Es demasiado temprano —gruñó.

—¿Ya habéis vuelto a olvidarlo? Os toca otro Día de Trabajo en la sala de control. Llegaremos a Bandala dentro de pocas horas.

—Oh, mierda —murmuró—. No importa. Da igual que haga acto de presencia o no. Gorman es quien manda en realidad.

«Eso es verdad», pensó Jan, aunque la sorprendió que Caspar lo admitiera. Era probable que, en el fondo, no lo creyera, sino que lo hubiera dicho para impresionarla.

—Tonterías, mi señor —dijo Jan, recorriendo su pecho con una mano—. Sois indispensable en la sala de control y lo sabéis. Gorman y sus ingenieros no son más que manos inteligentes gobernadas por vuestra noble cabeza.

Caspar abrió los ojos. Jan nunca se cansaba de mirarlos.

—Aduladora —dijo.

No parecía disgustado. La adulación siempre funciona, le había dicho en una ocasión Milo. El ego humano carece de defensas emocionales contra ella, aunque la parte racional de la mente la reconozca por lo que es.

Jan le besó en la boca.

—Digo la verdad y lo sabéis, mi señor.

La respuesta de Caspar fue rodearla con sus brazos y apretarla contra él. Rodaron sobre la cama hasta que la joven quedó atrapada bajo su cuerpo.

—¿Otra vez... ya? —jadeó.

—Es culpa tuya —dijo Caspar con voz ronca, y la penetró—. Es tu olor de amazona... Me excita tanto...

Cuando Caspar terminó se tendió de espaldas y guardó silencio un rato.

—¿Me acompañarás a la sala de control? —preguntó después.

—Por supuesto, mi señor.

—Te gusta visitar la sala de control, ¿verdad?

El príncipe abrió los ojos y la miró.

Jan se puso en guardia al instante.

—Sí, señor. Ya os lo dije; la considero muy interesante.

—Las mujeres no suelen considerar interesantes las máquinas y todo eso. ¿Cuál es tu auténtico motivo?

Jan experimentó una punzada de pánico. ¿Había adivinado la verdad? ¿Había

hecho algo que levantara sus sospechas?

—¿Cuál creéis que es mi auténtico motivo, mi señor? —preguntó, intentando eliminar el nerviosismo de su voz.

El príncipe le dedicó una mirada significativa.

—Tienes un lío con alguno de los ingenieros. Son hombres robustos, musculosos... El tipo que una amazona debe considerar atractivo. Dime cuál es. ¿Es el propio Gorman?

Jan se tranquilizó, aunque no del todo.

—Hay un solo hombre en mi vida, mi señor, y sois vos. Lo juro. ¿Cómo podría haber lugar en mi vida para otro hombre, si la llenáis tan completamente?

Caspar la miró con aire pensativo, y luego cabeceó. La creía, pero seguía desconcertado.

—Entonces, ¿por qué te atrae ese siniestro lugar?

—Ya os lo he dicho, mi señor: lo encuentro interesante. Recordad, señor, que soy una amazona, no una mujer normal.

Poco a poco, la expresión confusa de Caspar se iluminó. Aceptaba esta explicación. «Idiota», pensó ella. El joven se apoyó en un codo y sonrió.

—Porque no eres una mujer normal te conservo durante tanto tiempo como compañera exclusiva —dijo.

Jan sabía que era verdad. Como Jan había dicho, ella constituía una novedad para los Aristos. Pero ¿cuánto tiempo se prolongaría esa situación? Habían pasado casi seis meses desde que había conocido al príncipe y a su madre, y sabía que tarde o temprano, a pesar de su «amazona» novedad, Caspar se cansaría de ella. Lady Jane empezaba a mostrar signos de aburrimiento. Sólo leves signos hasta el momento, cierto, pero todo era cuestión de tiempo.

Desde la primera noche que había cenado con el príncipe Caspar y lady Jane en sus aposentos privados, Jan se dio cuenta de que interesaba a ambos sexualmente, pero mientras Caspar lo expresaba con toda claridad, lady Jane fue más sutil. Jan dedujo correctamente que debería ocultar a su hijo cualquier relación que mantuviera con la madre.

Cuando expuso la situación a Milo, éste sugirió con calma que se acostara con ambos.

—Explota la situación tanto como puedas. A juzgar por lo que me has dicho, lady Jane controla las riendas del poder. Nos será tan valiosa como el príncipe.

—Me estás pidiendo que me prostituya para ti —dijo con amargura la muchacha.

—No, hagas lo que hagas también te beneficiará. Ya te he dicho cuál será el premio si mis objetivos se cumplen.

—Si me dices la verdad.

—Tu única alternativa consiste en creerme, Jan. Soy tu única esperanza.



—He oído eso antes —replicó Jan, desdeñosa.

Sin embargo, tuvo que admitir la verdad: era su única esperanza. Sin embargo, por débil que fuera la esperanza ofrecida por Milo, se debilitaba más a cada momento. A pesar de que «jugaba» frecuentemente con el teclado del ingenio al que los Ingenieros consideraban una reliquia carente de valor, pero que según Milo contenía la clave de su plan, tenía la impresión de que no se acercaba al resultado deseado por Milo. Tampoco le era de ayuda que él se negara a confiarle el meollo de dicho plan.

—Es mejor que no lo sepas, pequeña amazona. Por tu propio bien. Por si se te escapa algo durante una sesión de confidencias a medianoche con su alteza real.

Protestó afirmando que jamás haría algo semejante, pero sin resultado. Milo no le reveló nada más.

El príncipe Caspar saltó de la cama, se estiró con languidez y admiró su imagen desnuda en el espejo de cuerpo entero. Jan también la admiró; poseía un cuerpo hermoso. Si al menos no fuera tan inexperto en la cama, rumió. Si al menos poseyera una ínfima parte de la destreza sexual que desplegaba su madre. Claro que lady Jane era mucho más vieja (había confesado más de cien años) y tenía mucha más experiencia, por supuesto.

Caspar entró en el cuarto de baño. Jan confió en que fuera uno de aquellos raros días en que se bañaba, pero sabía que era improbable. Los Aristos gozaban de toda el agua que deseaban, pero apenas la utilizaban, y preferían empaparse, así como a sus ropas, de perfumes dulzones.

Jan también se levantó y contempló su imagen en el espejo. Al contrario que Caspar, lo que vio no la complació. Me estoy ablandando, pensó. No, ya se había ablandado. No engordado, pero sí ablandado. Sus músculos se habían suavizado y la piel del torso, brazos y piernas había adoptado una textura fofa, poco definida. Y pálida. No era extraño que lady Jane empezara a perder el interés hacia ella. Aquella amazona indómita, incluso peligrosa, que la hastiada lady Jane había considerado tan atractiva seis meses antes, había desaparecido.

Cuando Jan averiguó por fin el significado de la palabra «amazona» por boca de Ceri, no se ofendió. Le daba igual que compararan a las minervanas con una tribu mítica de feroces mujeres guerreras, aunque fuera en tono burlón.

Caspar salió del cuarto de baño ataviado con su túnica favorita. Era de piel negra, pero no habían curado bien el pellejo y era fácil detectar su penetrante olor, que no apagaba el perfume.

—Me iré a la sala de control en cuanto termine de desayunar. Si quieres acompañarme, has de estar preparada.

—Lo estaré, mi señor —dijo Jan, y cogió su túnica, caída al pie de la cama.

Se la estaba poniendo cuando Caspar abrió la puerta para que entrara Dalwyn,

criado personal y guardaespaldas del príncipe, que había montado guardia frente al dormitorio de Jan toda la noche. Dalwyn era un hombre grande y apuesto, devoto en cuerpo y alma del príncipe Caspar. Expresaba con claridad a Jan que no le agradaba su relación con el príncipe, y aunque ella procuraba caerle bien, el hombre siempre se mostraba abiertamente hostil. Esta mañana no fue una excepción. Su saludo sonriente y cordial recibió como respuesta una mirada ceñuda. Como de costumbre, el príncipe Caspar fingió no darse cuenta.

Jan suspiró cuando la puerta se cerró detrás de los dos. Echó un vistazo al reloj de pared. Pasaría una hora antes de que terminara de desayunar con lady Jane. No había prisa. Se sentó en la cama y apretó un botón de la mesita de noche. Ceri apareció casi al instante. Convencer al príncipe Caspar de que nombrara a Ceri su criada personal era, en opinión de Jan, su logro más positivo desde que se había convertido en amante del príncipe. La decisión no había complacido ni a Mary Anne ni al príncipe Magid, pero se inclinaron ante la voluntad de Caspar.

Jan indicó con un ademán a Ceri que se sentara en una butaca.

—Estoy agotada —dijo.

—¿Otro trabajo bien hecho? —preguntó con sequedad Ceri.

—Creo que puedo jactarme de ello —respondió Jan—. Dios Madre, posee un increíble apetito sexual. Es una pena que sea tan inútil a la hora de hacer el amor.

Ceri la estudió durante unos instantes.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —dijo a continuación, vacilante.

—Ya deberías saber que puedes preguntarme lo que quieras —sonrió Jan—. ¿Qué quieres saber?

—¿Qué..., qué sientes cuando haces el amor con el príncipe? —preguntó Ceri con gran seriedad.

—¿Qué siento? —Jan enarcó las cejas—. ¿Te refieres a si disfruto?

—Bueno... Sí.

Jan se encogió de hombros.

—Bien, sí, me proporciona cierto placer físico, a pesar de su incompetencia.

—¿Y a pesar de ser un hombre?

Jan dirigió a Ceri una astuta sonrisa.

—Quieres saber cómo yo, una minervana, soporto hacer el amor con un hombre, ¿verdad? Creo haberte dicho otras veces que las mujeres de Minerva no se acostaban exclusivamente con mujeres. De hecho, se alentaba a mujeres más jóvenes que yo a que tuvieran experiencias con hombres, a fin de que estuvieran familiarizadas con el acto cuando llegara la época de reproducción.

Ceri frunció el ceño.

—Sí, pero tú prefieres acostarte con mujeres, ¿no? O sea, lady Jane debe proporcionarte mayor satisfacción...

—Bien, sí, pero sobre todo porque es muchísimo más diestra sexualmente que Caspar, no porque sea una mujer. De todos modos, ninguno de los dos me proporciona una auténtica satisfacción sentimental. Sí, considero atractivos a los dos, a pesar de quiénes y qué son, aunque elimino eso de mi mente cuando estoy con ellos... Pero no quiero a ninguno. Es a ti a quien quiero, Ceri.

Ceri se encogió.

—Creía que habíamos acordado no volver a hablar de ello.

—Tú has sido quien ha sacado a colación el tema de mis preferencias sexuales, no yo —replicó Jan.

Desde la noche de su presentación en la corte, Ceri no había vuelto a dormir con ella. Había dejado claro que hacer el amor en aquella ocasión había sido una excepción, un acto especial de amistad, pero, puesto que tenía libertad de elección, Ceri prefería no acostarse con mujeres. Permitía a Jan ciertos contactos físicos (abrazos, incluso besos), pero nada más. Desde entonces, una agónica frustración abrumaba a Jan.

—Me gustaría que lo reconsideraras, Ceri —suplicó Jan—. Si la gente se ama, no importa el sexo. ¡Y yo te amo!

—Por favor, Jan —dijo Ceri, incómoda—, no hables así. Tú no me amas. Lo que sucede es que soy la primera amiga auténtica que tienes desde que llegaste al *Lord Pangloth*. Y porque eres joven, y minervana. Te has encaprichado de mí, pero no se trata de verdadero amor.

—Creo que yo soy el mejor juez de mis sentimientos —afirmó Jan.

—Nadie es el mejor juez de sus propios sentimientos —sentenció Ceri.

—Hablas igual que Milo —rezongó Jan.

Como siempre, Ceri frunció el ceño al oír el nombre de Milo.

—Si me quisieras, seguirías mi consejo acerca de ese ser...

—No cambies de tema —se apresuró a decir Jan. Sabía muy bien lo que Ceri sentía hacia Milo. Recordó cuando le contó la historia de Milo. Entonces, Ceri se había mostrado incrédula.

—¿Dijo que era de Marte?

—Sí. Y fue muy convincente.

—¿De veras crees que es un extraterrestre procedente del espacio exterior? —había reído Ceri.

—Bueno, no me sorprendería que lo fuera, pero dice que es humano. Afirma que hay una colonia en Marte, fundada antes de las Guerras Genéticas, y que nació allí.

Ceri había fruncido el ceño.

—Circulan historias sobre una colonia semejante, y sobre hábitats en el espacio, pero, sin apoyo de la Tierra, habrían muerto hace años.

—Bien, según Milo, la colonia de Marte está en pleno apogeo.

—¿Y por qué volvió a la Tierra, y cómo?

—Vino en una nave espacial que se estrelló en el mar, pero aún no me ha dicho el motivo.

Ceri había sacudido la cabeza en un gesto de incredulidad.

—¿Y por qué no nos contó a nosotros esa historia sobre Marte? ¿Por qué nos contó la mentira de que procedía de otro hábitat marino?

—Dijo que tenía sus motivos.

—Seguro que sí. ¡Jan, no entiendo cómo puedes ser tan crédula! Sabes que te ha contado montones de mentiras, y ahora quieres confiar en él otra vez, quieres ayudarle en un plan peligroso y estúpido, relacionado con las máquinas de la sala de control.

—¿No entiendes que no me queda otra alternativa? ¡He de confiar en él otra vez! ¡Ha prometido que podré vengarme del *Lord Pangloth*! ¡No descansaré hasta conseguirlo!

—Pero me dijiste que, cuando tuviste la oportunidad de destruir el *Lord Pangloth* no pudiste hacerlo. No me quejo, desde luego, pero ¿qué te hace pensar que lo conseguirás si Milo te proporciona una segunda oportunidad?

—No ha hablado de destruir la nave, sino de tomar el control de ella.

—¿Y no te ha dicho cómo?

—No. Aún no.

—Empiezo a pensar que tu primera opinión sobre Milo era la correcta. Es un brujo. Al menos, da la impresión de que ha embrujado tu cordura.

Desde entonces, no había ocurrido nada capaz de alterar la opinión de Ceri sobre Milo o la relación de Jan con él, y ésta se había cansado de discutir con su amiga.

—Estamos hablando de nosotras, no de Milo —dijo a Ceri.

—Ya no —dijo Ceri con firmeza, y se levantó—. Cuando el príncipe termine su desayuno ritual con su querida madre, esperará encontrarte vestida y preparada para marchar. Vamos. Abriré los grifos del baño. Y mientras te bañas, iré a buscarte algo de comer.

Jan la miró y suspiró.

Las puertas del ascensor se abrieron y el príncipe Caspar entró en la sala de control. Jan, unos pasos rezagada, le siguió. Los doce ingenieros de la sala se pusieron firmes. Levantaron el brazo derecho, con el puño cerrado, saludando al príncipe. Éste tomó asiento en el trono dispuesto sobre un estrado situado en la parte posterior de la sala de control. Jan se sentó junto al trono, su brazo apoyado en el respaldo, mientras Dalwyn se quedaba junto a las puertas del ascensor.

—Proseguid vuestras tareas —indicó Caspar a los ingenieros, que volvieron a concentrarse en sus instrumentos.

Gorman, el ingeniero jefe, se acercó al trono. Era un hombre bajo de rostro suave e inescrutable. Como siempre, llevaba impecablemente planchado su uniforme gris, prendida sobre el pecho izquierdo la insignia negra de la Cofradía de Ingenieros (un rayo sobre un círculo), y de su cuello colgaban unos prismáticos.

—Ni un segundo de retraso, señor —dijo.

—Estupendo. Continúe, ingeniero jefe —respondió Caspar.

El tono de voz traicionaba su falta total de interés. Jan sabía que sus responsabilidades en la sala de control le aburrían. También sabía que, como todos los Aristos, no tenía ni idea de los mecanismos que controlaban y operaban el *Lord Pangloth*. Sin los ingenieros, muy conscientes de lo indispensables que eran, estarían perdidos.

Gorman hizo una reverencia a Caspar.

—Muy bien, alteza.

Cuando se irguió, sus ojos se encontraron con los de Jan. Una vez más, la joven experimentó la sensación de que la leían como un libro abierto, de que descubrían todos sus secretos. Se había dado cuenta de que él la observaba subrepticamente cuando «jugaba» con el ingenio por el que se interesaba Milo, aunque ella pensaba que había aplacado sus dudas, explicándole que le gustaban los «bonitos colores» que aparecían en la pantalla cuando apretaba los diversos botones.

Gorman volvió a su posición acostumbrada, detrás de dos timoneles sentados. La sala de control era una burbuja de cristal que sobresalía del casco en el fondo de la proa. Sólo los pasillos y las máquinas impedían en parte un ángulo de visión de trescientos sesenta grados.

Jan ya era capaz de reconocer los elementos primitivos de la sala de control y los que habían sido añadidos, o alterados, por sucesivas generaciones de ingenieros. También se daba cuenta de que, cuanto más reciente era la modificación, más primitiva parecía en comparación con los aparatos y complementos originales.

A Milo le había fascinado su descripción del estado de la sala después de sus primeras visitas.

—Da la impresión —dijo— de que, gracias a sus manipulaciones, han ido soslayando cada vez más las funciones del ordenador central con el fin de sentirse más en control de la situación. Sin embargo, es evidente que el ordenador todavía ejerce su influencia sobre el funcionamiento del *Lord Pangloth*. Ningún piloto humano podría manejar un aparato de esta envergadura sin la ayuda de un ordenador. Sólo para mantener el equilibrio de la nave se necesitarían más de diez pilotos humanos trabajando en equipo. El ordenador ha de realizar constantes ajustes: en los impulsores, en la temperatura del gas en cada celda, en los estabilizadores y elevadores...

—Nos estamos acercando a Bandala —anunció Gorman—. Estaremos encima

dentro de cinco minutos exactos.

Jan miró por la curva pared transparente. La nave sobrevolaba una escarpada zona montañosa. Parte de las pendientes estaban cubiertas de árboles, pero incluso desde tanta altitud ya se podía observar que el yermo avanzaba inexorablemente, pues arraigaba mejor a baja altitud y temperatura elevada.

Bandala era cuanto quedaba de un estado que había sido exclusivamente negro. Al igual que Minerva, se había reducido a un mero fragmento de su anterior tamaño, pero no producía grano y otros alimentos, sino metal y madera. Sus borradas fronteras contenían una mina de hierro, así como fundiciones y varias fábricas pequeñas. Estas últimas proporcionaban una gama limitada de objetos metálicos y de madera.

Jan observó con interés un amplio valle lleno de edificios. Bandala era mucho más grande que Minerva, tanto en kilómetros cuadrados como en número de edificios. Algunos de éstos tenían largas chimeneas de las que brotaba humo. Como en Minerva, cada trozo de terreno libre estaba cubierto de huertos. Jan sabía que una parte del pacto suscrito entre Bandala y el *Lord Pangloth* disponía que éste proporcionaría a los habitantes de Bandala suministros de grano, pues hacía siglos que habían perdido sus tierras de labranza.

También sabía que a los bandalanos les había decepcionado mucho la escasa cantidad de grano entregada por el Señor del Cielo en su último viaje, pero los Guerreros les habían dicho que era la única disponible. Y decían la verdad. Minerva no era la única comunidad productora de alimentos que el *Lord Pangloth* perdía en los últimos tiempos. Dos más habían sido arrasadas por el yermo durante el año anterior y, como resultado, las provisiones de grano se habían reducido de una manera drástica.

—Con vuestro permiso, alteza, detendré la nave y descenderé hasta la altitud conveniente para enviarles nuestro saludo —dijo Gorman al príncipe.

Caspar asintió y Gorman dio unas breves órdenes a los timoneles, que tiraron con fuerza de sus cuatro grandes palancas. Jan notó que el suelo vibraba levemente y oyó que los impulsores protestaban cuando se invirtió la potencia para inmovilizar a la nave de dos kilómetros de largo sobre el valle. Sabía que algunos impulsores continuarían girando para mantenerla estable en aquella posición, por más fuertes que fueran los vientos.

Más órdenes concisas de Gorman, y los timoneles siguieron manipulando las palancas. Otro temblor recorrió el suelo cuando el *Lord Pangloth* empezó a descender. Cayó unos trescientos metros, hasta que Gorman dio la orden de parar.

—Saludadles —dijo.

Otro ingeniero apretó un botón de la consola y la voz de «lord Pangloth» retumbó.

Jan ya sabía que no era la voz del último lord Pangloth. Su propietario, fallecido desde hacía mucho tiempo, había sido elegido para la tarea porque poseía una voz muy profunda. Sus palabras, pronunciadas mucho tiempo atrás, habían quedado atrapadas dentro de la máquina.

—Piensa en esa máquina como en una especie de trampa para cazar ecos —había dicho Milo, cuando intentó explicarle el funcionamiento. Fuera cual fuera, la máquina mostraba signos progresivos de estar averiándose. Numerosos siseos y crujidos acompañaban la voz de «lord Pangloth».

El discurso terminó. De una plaza desierta en el centro del valle se elevó una columna de humo. La señal de aceptación. La nave descendió más. Jan observó que Gorman estaba enfrascado en una conversación con su segundo. Gorman señalaba hacia abajo. Jan miró, pero no vio nada anormal. Desvió la vista hacia Caspar, confusa, pero éste estaba sacando brillo a su enorme anillo de rubíes con la tela del pantalón.

—Alteza... —Gorman se había vuelto hacia el príncipe—. Algo va mal...

—¿Qué quieres decir? —preguntó Caspar, sin demostrar el menor interés.

—Mirad, señor —señaló Gorman—. Tres grandes estructuras que no recuerdo de nuestra última visita.

—Ah, ¿te refieres a esos depósitos de agua? Supongo que siempre han estado ahí —contestó el príncipe.

—Antes había dos. Ahora hay cinco —indicó Gorman—. Y los tres nuevos son mucho más grandes que los demás. El agua que pueden contener en conjunto excede con mucho las necesidades de la población de Bandala.

Jan observó que los objetos en cuestión eran grandes estructuras cilíndricas de madera. Se habían construido sobre las pendientes de las paredes del valle.

Caspar las estudió con el ceño fruncido.

—¡Por favor, Gorman! —exclamó, exasperado—. De modo que las lombrices han construido depósitos de agua que no necesitan... ¿Y qué? ¿Por qué debe preocuparnos tamaña demostración de estupidez?

—No lo sé, señor —admitió Gorman—, pero, después de la experiencia con Minerva, creo, que en estos, umm, tiempos extraños cualquier precaución es poca. —Gorman dirigió a Jan una significativa mirada—. Creo que deberíamos elevarnos hasta asegurarnos de su propósito.

Caspar echó el aliento ruidosamente sobre su anillo de rubíes. Detestaba tomar decisiones. Tampoco le gustaba pasar más tiempo del necesario en la sala de control. Sin embargo, nunca era prudente hacer caso omiso de los consejos de Gorman...

—Muy bien, Gorman. Haz lo que quieras, pero me disgustaré muchísimo si se demuestra que este retraso es una pérdida de tiempo.

—Gracias, señor —dijo Gorman, imperturbable.

Se volvió y dio una orden a los timoneles. El ruido de los impulsores aumentó. El *Lord Pangloth* aminoró la velocidad de descenso.

Jan comprobó que las cumbres de las colinas circundantes se encontraban al mismo nivel de la sala de control.

—Arriba, y rápido —ordenó Gorman.

Pero ya era demasiado tarde. Los tres «depósitos de agua» nuevos se estaban abriendo como inmensas flores de madera, revelando que no contenían agua, sino otra cosa muy diferente.



—¡Todas las unidades a los puestos de combate! —chilló Gorman en el micrófono conectado a los altavoces de la nave—. ¡Nos atacan!

—¿Qué son? —preguntó el príncipe, contemplando boquiabierto los tres objetos que se acercaban a toda velocidad.

—Globos —dijo Gorman—. Globos de aire caliente. Y muy grandes.

Dos globos ascendían a babor del *Lord Pangloth*, y el tercero a estribor. Los depósitos de agua eran estructuras de madera que habían ocultado los enormes globos. Jan calculó que medirían unos veinticuatro metros de longitud. Flotaban al nivel del casco inferior de la nave y pudo distinguir las estructuras que colgaban bajo cada globo. Era enormes cestas de madera llenas de hombres, cuerdas, cajas y objetos que debían de ser armas. En el centro de la cesta había un enorme horno que los hombres alimentaban frenéticamente con pedazos de madera y carbón. La chimenea de cada horno desaparecía en el cuello abierto del globo.

—¡Derribadlos! —gritó el príncipe—. ¡Destruídllos a cañonazos! ¡No tienen derecho a volar! ¡Están quebrantando la primera ley de los Señores del Cielo!

Se había puesto en pie y tenía la cara muy roja.

—Se mueven demasiado deprisa para alcanzarlos con el cañón —dijo Gorman.

Era cierto. Los tres globos ascendían con mucha mayor rapidez que el *Lord Pangloth* y los que estaban presentes en la sala de control no tardarían en perderlos de vista. Gorman se inclinó sobre el micrófono.

—¡Que todos los fusileros abran fuego!

Al instante, Jan escuchó una descarga cerrada. Un tripulante de un globo cayó hacia atrás. Los demás se pusieron a cubierto. Nubecillas de humo brotaron de un lado de la cesta. Los bandalanos respondieron al fuego, pero entonces surgieron los rayos de luz. Las defensas automáticas del *Lord Pangloth*, los láseres, habían sido diseñados para destruir objetos amenazadores, aunque fueran tan pequeños como balas.

—¿Podemos elevarnos con mayor rapidez? —gritó el príncipe.

—No, señor —contestó Gorman—. Los impulsores funcionan a pleno rendimiento. Estamos aumentando la temperatura del gas que contienen las celdas para subir más, pero pasará un rato antes de que surta efecto.

Los tres globos ya se habían perdido de vista. Continuaban escuchándose disparos de rifle.

—¿Qué creen que están haciendo esas estúpidas lombrices, Gorman? —preguntó el príncipe.

—Aún no lo sé —confesó el ingeniero jefe.

Jan nunca le había visto tan preocupado. Comprendió que, al no saber lo que

ocurría fuera, se sentía impotente. Todo había sido concebido para aplastar peligros procedentes de tierra; Gorman y sus hombres no estaban preparados para enfrentarse a amenazas aéreas. El sistema de megafonía tampoco servía de nada. Gorman podía transmitir órdenes al resto de la nave, pero las comunicaciones sólo funcionaban en un sentido. Hacía tiempo que el sistema original se había averiado, y la única manera de enviar un mensaje a la sala de control era entregándolo en persona. Y cuando llegara algún mensajero, los bandalanos ya habrían tenido tiempo de consumir sus propósitos.

—Señor, voy a ordenar que avancemos a toda velocidad —dijo Gorman—. Es demasiado peligroso quedarse en esta zona.

—¡Cómo! —Caspar parecía atónito—. ¿Quieres decir que vamos a huir? No, ni hablar, Gorman. El *Lord Pangloth* nunca huirá de una pandilla de lombrices...

—Consideradlo una retirada temporal, señor —dijo Gorman con forzada serenidad—. Regresaremos cuando alcancemos una altitud segura y castigaremos como se debe a los bandalanos.

—No —replicó Caspar, la voz temblorosa de ira—. Un Señor del Cielo nunca...

Una violenta explosión ahogó sus palabras. Un ingeniero lanzó un grito de alarma cuando la cubierta osciló. Entonces, Jan vio escombros que caían del cielo por la parte de estribor. Fragmentos de madera quemada y carbonizada. Trozos de cuerda... Objetos ennegrecidos que habían sido miembros humanos. Luego, con mayor lentitud, el retorcido dosel de un globo. Caía como un gigantesco trapo quemado.

Los ingenieros lanzaron hurras. El príncipe se giró en redondo hacia Gorman con una sonrisa de triunfo.

—¿Lo ves, Gorman? ¡Una buena lección para las lombrices! Dijiste que nuestros cañones no podrían alcanzarles, pero lo han hecho.

Gorman contempló el dosel destrozado con expresión sombría.

—Señor, nuestros proyectiles no pueden haber producido semejante explosión. La única explicación es que los bandalanos llevaban explosivos a bordo. Y eso significa que también deben de llevar los otros dos globos. Repito, señor, que es preciso abandonar la zona de inmediato.

La mirada de triunfo de Caspar se desvaneció.

—¿Crees que los bandalanos tienen alguna posibilidad de atentar contra nosotros?

—Sí, señor. Autorízame para dar la orden de seguir adelante.

Caspar se mordió el labio inferior con semblante pensativo, y luego asintió.

—Muy bien, Gorman, pero te hago responsable.

—¡Adelante a toda máquina! —ordenó Gorman a los timoneles.

Empujaron las palancas. La sala de control vibró cuando los impulsores cambiaron de dirección y lanzaron la nave hacia adelante.

Se produjo otra explosión. La cubierta se ladeó segundos más tarde, pero con

tanta violencia que, en esta ocasión, varios ingenieros perdieron el equilibrio. Jan también habría caído de no estar asida al respaldo del trono. Caspar no fue tan afortunado y se derrumbó desde el estrado sobre Gorman. Éste le ayudó a incorporarse.

—¡Perdemos altitud, señor! —chilló un ingeniero—. ¡Los instrumentos señalan una brecha grave en la celda número siete!

El príncipe, pálido, se aferró a Gorman.

—¡Dios mío, vamos a saltar por los aires! —exclamó—. ¡Nos vamos a incendiar!

—La celda siete contiene helio, señor. Hasta ahora, al menos... —Gorman intentó soltarse de la desesperada presa del príncipe—. ¡Que nadie pierda la calma! —gritó, más para éste que para los demás—. ¿A cuánta velocidad perdemos altura?

—¡Casi medio metro por segundo! —gritó el ingeniero que controlaba una hilera de altímetros—. Treinta metros por minuto.

—¡Señor! —aulló un timonel—. Si continuamos descendiendo a esta velocidad, nos estrellaremos contra la siguiente cordillera.

—¡Haz algo, Gorman! —ladró el príncipe, sin soltarle los brazos—. ¡Te ordeno que hagas algo!

Lo que hizo Gorman fue empujar al príncipe con tal violencia, que cayó al suelo. La primera reacción de Caspar fue de asombro, pero enseguida fue presa de una furia descomunal.

—¡Mátale! —ordenó a Dalwyn, que ya avanzaba hacia Gorman—. Ha osado ponerme las manos encima.

Dalwyn procedió a estrangular a Gorman, pero no estaba muy seguro de si era lo correcto. Dirigió una mirada inquisitiva a Caspar.

—¡Mátale! —chilló el príncipe por segunda vez, poniéndose en pie y llevando la mano hacia su espada ceremonial—. ¡O lo haré yo!

La escena no dejaba de ser pintoresca. Todo el mundo estaba petrificado, excepto el príncipe, que había desenvainado la espada y caminaba hacia Gorman. Entonces, Jan vio que Gorman le dirigía una mirada suplicante...

Comprendió al instante lo que quería decir y vaciló sólo un momento antes de interponerse entre ellos.

—¡Señor, no le matéis aún! ¡Todavía le necesitáis!

El príncipe se volvió hacia ella, el rostro convertido en una máscara de furor.

—¿Cómo? ¿De qué estás hablando, muchacha? Esta rata me ha atacado. Debe morir.

Jan se acercó a él y cogió su cabeza entre las manos.

—Escuchadme, mi dueño y señor, por favor —rogó—. Sé que debe ser castigado, pero aún no. El *Lord Pangloth* se halla en un grave peligro y sólo puede salvarse si vos y el ingeniero jefe trabajáis en equipo. Debéis permitir que prosiga su labor,

cuanto antes. Cada segundo cuenta, mi señor. ¡Mirad!

Le obligó a volver la cabeza y mirar adelante. La cordillera estaba cada vez más próxima.

Caspar les miró durante unos tensos y largos momentos; por fin, envainó la espada.

—Suéltale, Dalwyn. Gorman, haz lo que debas.

Dalwyn soltó a Gorman. Éste se frotó la garganta un momento.

—Timoneles, invertid los impulsores y ascendamos a toda velocidad.

—¿Y nuestro bienamado monarca le hizo ejecutar después? —preguntó Milo con semblante risueño.

—No. Lady Jane le convenció de que no era necesario algo tan drástico. Ha sido relevado de su cargo y arrestado en sus aposentos. Me han dicho que se celebrará una especie de juicio, pero necesitan demasiado a Gorman para matarle o apartarle de su cargo durante mucho tiempo.

—Los Aristos también necesitaban a éstos, y mira lo que han hecho...

Indicó las columnas de humo negro que todavía se divisaban sobre el lejano valle de Bandala.

—Discutieron mucho rato antes de tomar la decisión de bombardear a los bandalanos —explicó Jan—. Lady Jane fue la voz de la razón, pero perdió la votación. Muchos Aristos estaban histéricos... No quisieron escucharla.

—Y así han destruido el único lugar de su cada vez más diminuto imperio que les proporcionaba metal, por no mencionar la mayor parte de su pólvora. —Milo lanzó una carcajada—. Esa clase de ideas conducen rápidamente al declive de los imperios.

—Están asustados, ya te lo he dicho.

Jan rodeó su cuerpo con los brazos. Hacía frío en su lugar de encuentro habitual, la pequeña cubierta de observación, y su sucinta indumentaria no la protegía.

—Más asustados que cuando las minervanas les atacamos, probablemente. No les hicimos el menor daño, pero los bandalanos sí.

—Ya lo creo —corroboró Milo, casi con alegría—. Hasta yo empezaba a sentirme preocupado por las consecuencias.

Les fue de poco, como Jan averiguó después. Gorman había estado en lo cierto al afirmar que los tres globos iban cargados de explosivos. Un disparo afortunado había alcanzado los explosivos de un globo, pero los otros dos consiguieron situarse sobre el *Lord Pangloth* y lanzar grandes garfios hacia el casco. Un hombre colgado precariamente sobre cada garfio impedía que fueran destruidos por los láseres automáticos.

Los dos garfios se engancharon en el casco, a considerable distancia el uno del otro, y los bandalanos se descolgaron desde los globos por ellos, disminuyendo al mismo tiempo el suministro de aire caliente a los globos.

Cada cesta contenía diez hombres. Un grupo sobrevivió muy poco tiempo, pues una numerosa unidad de Guerreros dio buena cuenta de ellos, pero el segundo grupo fue más afortunado y se posó bastante lejos de la escotilla más próxima. Cuando los Guerreros les dieron caza, habían logrado detonar su caja de explosivos, practicando un enorme agujero en el casco y también perforando, posiblemente sin remedio, una celda de gas. Su irremplazable provisión de helio escapó a la atmósfera. Si hubieran conseguido detonar sus explosivos sobre una celda llena de hidrógeno, el *Lord Pangloth* habría estallado. En cualquier caso, la nave había sufrido serios daños, irreparables si resultaba imposible arreglar la celda número siete y llenarla de hidrógeno. En aquellos momentos, el *Lord Pangloth* todavía escorbaba a babor y volaba sólo a trescientos metros de altitud, la máxima que podía alcanzar.

Milo suspiró.

—Y por culpa de esas pequeñas distracciones perdiste una magnífica oportunidad de probar las nuevas secuencias de símbolos que te di para la terminal.

Ella le fulminó con la mirada.

—¿Distracciones? Pensé que íbamos a estrellarnos. Y eso habría ocurrido, de no ser por Gorman. No pensé ni por un momento en tu preciosa caja de luces.

—No me cansaré de repetirlo: mi «caja de luces» contiene una clave que nos permitirá descubrir una fuente de energía inmensa. Podrías haberlo intentado después, cuando la emergencia terminó y todo el mundo estaba sumido en la discusión de bombardear o no a los bandalanos.

—Estaba demasiado ocupada con el príncipe, intentando calmarle. Continuaba exigiendo que Gorman fuera ejecutado. No te preocupes, lo intentaré en cuanto me den la oportunidad. Me resultará más fácil, ahora que Gorman estará fuera de juego durante un tiempo. Es el único que me vigila cuando jugueteo con tu caja de luces. Estoy segura de que sospecha algo.

Milo se encogió de hombros.

—Le has salvado la vida, por lo que me has dicho. Aunque recupere su antiguo cargo, cambiará su actitud hacia ti.

—Lo dudo. Es un hombre frío, como tú. Mantiene en secreto sus móviles y no permite que sus sentimientos se interpongan en su camino. Igual que tú.

Milo rió y rodeó con su brazo los hombros desnudos de Jan.

—¿Cómo puedes acusarme de ser frío? Ya sabes lo que siento por ti.

La joven se apartó de él.

—Basta. Sí, ya sé lo que sientes por mí. Primero me necesitaste por cuestiones sexuales, ahora me necesitas para otra cosa, pero en cuanto no me necesites dejaré de significar algo para ti.

—Todas las relaciones humanas se basan en la necesidad..., o en el egoísmo. Y también todos los sentimientos humanos. Egoísmo igual a supervivencia. Creer lo

contrario es complacerse en románticos autoengaños.

—¿Admites, por tanto, que cuando ya no me necesites me dejarás de lado?

Milo le dedicó una radiante sonrisa.

—Jan, es imposible imaginar el momento en que no te necesitaré.

—Estoy segura de que montones de mujeres han escuchado esas mismas palabras a lo largo de toda tu vida. Me pregunto qué habrá sido de ellas. Todas muertas y olvidadas, sin duda.

Milo compuso una expresión apenada.

—Has desarrollado un cinismo aterrador.

—He tenido un buen maestro. Y ahora he de irme. El príncipe exhibirá esta noche uno de sus espectáculos favoritos a su círculo de íntimos y quiere que le acompañe.

—¿Los Aristos van a pasar la noche viendo películas antiguas? —preguntó Milo, sorprendido—. ¿Después de todo lo que ha ocurrido hoy y del estado en que se encuentra el *Lord Pangloth*?

—Exactamente por eso. Quieren encerrarse de nuevo en su mundo cómodo y aislado lo antes posible. Quieren fingir que no ha pasado nada.

A pesar de saber esto, a Jan le resultó muy extraña la atmósfera reinante en la fiesta cinéfila del príncipe. Nadie mencionó el peligroso ataque de los bandalanos, nadie comentó lo que sucedería si resultaba imposible reparar el *Lord Pangloth*. La velada transcurrió entre conversaciones triviales, chistes y risas forzadas. Fingían que todo seguía como siempre. Y llegó a sospechar que incluso lo creían.

Después de comer y beber en cantidades industriales, todos se acomodaron en sus asientos forrados de piel frente a una pared que parecía hecha de vidrio negro. Jan se sentó al lado del príncipe. Éste apoyó una mano sobre su muslo y empezó a acariciarla a través de la tela del vestido. Jan intuyó que sufría una descomunal erección y lo tomó como una reacción más a los traumáticos acontecimientos de la jornada. Supuso que la aguardaba una noche muy agitada.

Las luces se apagaron y la pared de vidrio se desvaneció. El «espectáculo» había empezado.

Jan se quedó estupefacta la primera vez que vio uno, ante el regocijo del príncipe y sus amigos. Ver que la pared de vidrio se transformaba de súbito en una puerta que conducía al centro de otro mundo (un mundo que parecía mucho más real que el suyo, en que los colores eran más intensos y las personas más grandes y atractivas) constituyó una experiencia desconcertante. Respingó de miedo y asió el brazo del príncipe.

—¿Qué sucede? —gritó.

El príncipe rió y le indicó que guardara silencio.

—Mira y disfruta. No es más que un espectáculo.

Se había obligada a permanecer inmóvil y contemplar las turbadoras escenas que

se veían en el hueco donde había estado la cuarta pared: personas cuyos rostros se agigantaban de repente, mareantes vuelos sobre extraños paisajes e inmensas ciudades compuestas de torres de vidrio rebosantes de luces coloreadas, combates entre grupos de personas que utilizaban armas de horripilante poder, cosas metálicas que hablaban como hombres... Al final, experimentó la sensación de que su cabeza iba a estallar, saturada de las cosas increíbles y diferentes que había visto.

Al día siguiente, Jan estaba ansiosa por ver a Milo para que le explicara el fenómeno que había presenciado.

—Era una película holográfica —le dijo—. La «pared de vidrio» proyecta imágenes en tres dimensiones. Es realista en un ciento por ciento, y no me sorprende que te quedaras patidifusa.

Ella le preguntó de dónde salían las imágenes.

—Están almacenadas, preservadas, en una cinta, pero no me preguntes cómo. Deben remontarse a los primeros años del siglo veintiuno. ¿De qué iba la película?

Jan no se había dado cuenta de que el «espectáculo» tenía un argumento. Sólo había visto imágenes inconexas en apariencia que resultaban un completo caos. Milo le preguntó qué clase de ropa llevaba la gente.

—Iban vestidos como los Aristos y..., bueno, cantaban mucho.

—¿Cantaban? —Milo lanzó una carcajada—. Ahora sé en qué período se hizo. Mediados del siglo veintiuno. Parte de una larga serie de fantasías musicales. Fueron increíblemente populares, pero nunca entendí por qué. Las consideraba meras banalidades. Aun así, los antepasados de los Aristos debieron apreciarlas mucho. No me sorprendería que hubieran copiado su atuendo del estilo reflejado en la serie, por eso los Aristos van por ahí vestidos de manera extravagante.

Por lo visto, todo el asunto le parecía muy divertido y se pasó riendo un buen rato, pero Jan seguía desconcertada.

—No lo comprendo —dijo—. ¿Esas imágenes eran anteriores a las Guerras Genéticas? ¿Había gigantescas ciudades de vidrio en otros mundos?

—Temo que no, Jan. Nada era real, sino fantasía. Una de las series estaba ambientada en un futuro muy lejano y trataba de un imperio pseudomedieval que gobernaba la galaxia.

—Oh. —Jan estaba algo decepcionada—. Todo parecía tan real... ¿Cómo lo hicieron? ¿De dónde salieron aquellas personas tan hermosas? También sus voces eran muy bonitas cuando cantaban...

—Esas personas nunca existieron, Jan. Como las ciudades de cristal y todo lo demás, fueron producidas en el interior de un ordenador. Considéralas pinturas increíblemente realistas..., pinturas capaces de moverse y hablar...

Jan no le había creído, y ahora, mientras contemplaba el espectáculo por decimotercera vez, aún se negaba a aceptar que estas personas tan hermosas nunca

hubieran vivido o respirado, que fueran el producto de un antiquísimo cerebro mecánico.

Pese a ello, disfrutó del visionado (ahora ya captaba la «trama»), pero esta noche era incapaz de centrar su atención en el espectáculo. Seguía recordando las últimas palabras que Milo le había dicho aquella noche.

—Has de redoblar tus esfuerzos en esa terminal de ordenador. Tengo el presentimiento de que queda poco tiempo. No suelo creer en los presagios, pero la catástrofe que ha estado a punto de ocurrir hoy se me antoja un aviso de que los días del *Lord Pangloth* están contados.

Jan sabía a qué se refería. Ella compartía el mismo presentimiento de que, a partir de ahora, el *Lord Pangloth* y sus ocupantes vivían de tiempo prestado.

Estos presentimientos se demostraron acertados una semana más tarde. La mañana que el *Lord Pangloth* se topó con *La Brisa Perfumada*.



Se estaba realizando una difícil maniobra. El *Lord Pangloth* flotaba muy cerca de la superficie de un lago, con el propósito de aprovisionarse de agua. Ésta, que era bombeada mediante una larga y pesada manguera, no sólo era necesaria para reponer la provisión normal, sino para convertirla en gas. La planta de electrólisis de la nave necesitaba producir una gran cantidad de gas para hinchar la celda número siete, que se había reparado con éxito.

La maniobra era difícil, porque, cuanto más agua se bombeaba a bordo, más aumentaba el peso del Señor del Cielo y para compensarlo había que ajustar la temperatura de las celdas de gas para proporcionar una mayor elevación. Tan delicada era la operación, que se dispensó a Gorman de su confinamiento para que la supervisara. En consecuencia, reinaba una atmósfera muy tensa en la sala de control, lo cual proporcionó a Jan la oportunidad de probar otra vez con la terminal del ordenador. Milo le había entregado otra serie de permutaciones de lo que él denominaba «código de acceso», y le costaba bastante recordar todos los números.

Estaba tan enfrascada, que al principio no se dio cuenta de que algo iba mal. Sólo comprendió que se había producido una emergencia cuando oyó que Caspar gritaba el nombre de Gorman; hasta entonces, el príncipe había fingido que Gorman no estaba presente. Jan levantó la vista de la frustrante pantalla en blanco y vio que todo el mundo miraba por la ventana de babor de la sala de control. Y entonces vio otra cosa...

Durante unos momentos pensó que el objeto esférico era otro globo de aire caliente, pero luego comprendió que estaba viendo la proa de otra nave, que avanzaba hacia ellos a la misma altitud.

¿Otra nave?

Todo el mundo, excepto Jan, se puso a hablar al mismo tiempo. El grito de Caspar se impuso por encima de las demás voces.

—Gorman, ¿cómo es posible? ¿Cómo es posible que las lombrices hayan construido otra nave?

—Creo que no tiene ninguna relación con las lombrices, señor —contestó Gorman, mientras estudiaba la nave con los prismáticos—. Es otro Señor del Cielo.

Caspar le miró como si alguien le hubiera propinado una fortísima patada en el trasero. Y Jan observó que no era el único.

—¡Pero eso es imposible! —logró articular Caspar por fin.

Gorman no le hizo caso.

—Equipo de bombeo, deje de trabajar y suba la manguera —gritó Gorman en el micrófono—. Timoneles, elévennos de inmediato. No esperen a que suban la manguera.

Jan miró de nuevo al Señor del Cielo que se aproximaba. Ahora se veía mucho más grande y calculó que se encontraba a menos de cuatro kilómetros de distancia. Distinguió algunos detalles de la cara redonda que les presentaba. La mitad inferior estaba pintada de alegres colores y, al igual que el *Lord Pangloth*, tenía unos ojos gigantescos a cada lado.

—¡Máxima elevación a la máxima velocidad! —ordenó Gorman, y Jan tuvo que agarrarse al respaldo del trono de Caspar cuando la proa del *Lord Pangloth* se alzó con brusquedad y la nave salió lanzada hacia adelante.

—¡Todas las unidades a los puestos de combate! —gritó Gorman en el micrófono. Jan oyó que su voz amplificada resonaba en otras partes del *Lord Pangloth*. También oyó sirenas y timbres de alarma.

—¿Qué está haciendo otro Señor del Cielo en nuestro territorio? —gritó el príncipe.

Gorman siguió sin hacerle caso. Examinó de nuevo al intruso con los prismáticos.

—No es el *Lord Matamoros*, desde luego.

Jan sabía que el *Lord Matamoros* era el Señor del Cielo cuyo territorio se extendía al sur del perteneciente al *Lord Pangloth*.

—¿Por qué no damos la vuelta, Gorman? —preguntó el príncipe—. ¡Demos la vuelta y atacemos al intruso!

Gorman bajó los prismáticos y miró a Caspar.

—Aconsejo cautela, señor. El intruso posee cierta ventaja sobre nosotros, y, a juzgar por la forma en que se acercaba, tiene algún plan concreto preparado.

—Entonces, ¿por qué no lo atacamos? —chilló el príncipe, exasperado—. ¡Gorman, te ordeno que des la vuelta y atacemos al intruso!

Jan vio que un músculo se agitaba en la mejilla de Gorman y sospechó una repetición de los acontecimientos ocurridos la semana anterior. Sin embargo, Gorman mantuvo su autocontrol.

—Señor —dijo con cautela—, ¿cómo sugerís que atacemos al intruso?

El príncipe le miró como alelado.

—Pues nos acercamos y abrimos...

No continuó. La comprensión alumbró en sus ojos.

Gorman asintió.

—Exactamente. Sus láseres neutralizarían nuestros proyectiles y balas.

—Pero... Pero... —protestó Caspar, confuso por el problema planteado. Gorman aguardó con paciencia.

—No podemos hacer nada que perjudique al intruso —dijo por fin, cuando comprendió que ningún rayo de luz iluminaba la dura mollera del príncipe.

Jan, que nunca hablaba en la sala de control a menos que le dirigieran antes la palabra, decidió que las inéditas circunstancias le permitían quebrantar la norma.

—Ingeniero jefe —dijo—, así como no podemos alcanzar al intruso con balas o proyectiles, él tampoco puede alcanzarnos a nosotros.

Caspar se giró en redondo.

—¡Ja! —gritó—. ¡La amazona tiene razón! ¡No hay que temer nada! ¿Qué motivos tenemos para huir?

Gorman miró un instante a Jan antes de responder al príncipe.

—Quizá ninguno, pero, a juzgar por la confianza con que se acerca, considero prudente concederle el beneficio de la duda. Puede que haya desarrollado medios que desconocemos para atacar a otro Señor del Cielo.

Todos contemplaron al intruso, que se había situado a popa del *Lord Pangloth*. Había dado la vuelta para darles caza y Jan vio que tenía todo el costado pintado de brillantes colores. También reparó en un enorme círculo rojo pintado en la aleta de cola.

—*La Brisa Perfumada* —murmuró Gorman.

—¿Sabes su nombre? —preguntó el príncipe con brusquedad—. ¿De dónde viene? ¿Cuál es su territorio?

—Es uno de los Señores de Oriente. Sí del Extremo Oriente. Viene de muy lejos.

—Pero ¿por qué? —preguntó el príncipe.

Gorman se encogió de hombros.

—Sea cual sea la razón, creo que podemos dar por seguro que sus intenciones hacia nosotros no son bondadosas.

—¡Señor, el intruso nos está alcanzando! —anunció un ingeniero.

—No me sorprende —dijo Gorman—. Vamos mucho más despacio que ellos porque la celda siete sólo está hinchada en parte. —Oteó el despejado cielo azul—. Ni una nube para poder ocultarnos...

—¿Qué podemos hacer? —preguntó el príncipe.

—No podemos escapar, pero procuraremos mantener la distancia —contestó Gorman—. ¡Timoneles, a estribor!

Y así empezó una cacería aérea que duró casi cinco horas. A pesar de la destreza de Gorman, pronto quedó claro cuál sería el desenlace del duelo; el ingeniero sólo podía retrasar lo inevitable...

Durante el período de cinco horas varios Aristos de alta alcurnia bajaron a la sala de control, incluyendo a lady Jane y al príncipe Magid. Lady Jane se hizo cargo de la situación enseguida y, después de plantear a Gorman un par de breves y concisas cuestiones, se quedó en silencio al lado de Jan, con expresión sombría. Por su parte, el príncipe Magid, al igual que Caspar, abrumó a Gorman con preguntas y sugerencias inútiles.

Por fin, a las tres y media de la tarde, *La Brisa Perfumada* se colocó paralela al *Lord Pangloth*, a menos de ciento cincuenta metros de distancia. Estaba lo bastante

cerca para ver con claridad a la gente que abarrotaba las cubiertas y el casco superior. Hasta el momento, no se habían observado señales de que fuera a desencadenarse una agresión.

—¿No podemos abrir fuego sobre ellos? —preguntó el príncipe, esperanzado—. Sé que perderíamos el tiempo, pero al menos sería un gesto.

—Sí, un gesto que tal vez considerarían una provocación —replicó Gorman—, por no mencionar el desperdicio de valiosas municiones.

—Estoy de acuerdo —dijo lady Jane en voz baja—. Esperemos a ver qué quieren de nosotros.

—Y ahora, ¿qué? —murmuró Gorman con el ceño fruncido.

*La Brisa Perfumada* había aumentado la velocidad y se adelantaba al *Lord Pangloth*. Después, en un aparente acto de locura, la otra nave bloqueó el camino del *Pangloth*. Gritos de alarma sacudieron la sala de control.

—¡Vamos a chocar! —gritó alguien.

—¡Media vuelta! —ordenó Gorman—. ¡Rápido!

Los impulsores rugieron, pero el espacio que separaba al *Pangloth* de la otra nave, atravesada frente a su proa, disminuía a una velocidad aterradora. Jan y lady Jane se abrazaron. Jan cerró los ojos y aguardó el impacto. No se produjo. Oyó que lady Jane exhalaba un largo suspiro.

Jan abrió los ojos y vio que el casco de la otra nave todavía se encontraba a unos sesenta metros. Empezó a alejarse poco a poco cuando los torturados impulsores empujaron al *Lord Pangloth* en dirección contraria, pero Jan vio entonces que empezaba a saltar gente de la otra nave, desde casi todas las cubiertas. Colgaban de algo parecido a grandes pedazos triangulares de tela coloreada.

Gorman se apoderó del micrófono.

—¡Que todos los fusileros abran fuego sobre los blancos que se acercan! ¡Fuego a discreción!

El espacio que separaba a ambas naves no tardó en llenarse de los triángulos de vivos colores y sus pasajeros ataviados de negro. Había cientos de ellos.

—¿Qué clase de paracaídas son éstos? —gritó Caspar—. ¡No caen, flotan!

—No flotan... Planean —dijo Gorman—. Me lo temía. Los dueños de *La Brisa Perfumada* han inventado un método para atacar a otro Señor. Nuestras defensas láser no funcionarán contra ellos...

A medida que los atacantes se acercaban, varios fueron alcanzados por disparos de rifle y cayeron chillando de sus planeadores, que se alejaron dando vueltas en el aire, perdido el control. Sin embargo, la mayoría salieron ilesos y los que estaban en la sala de control les perdieron de vista cuando se dispusieron a aterrizar sobre el casco superior.

A continuación, atacó una oleada de planeadores más grandes. De éstos colgaban

dos personas, en precario equilibrio sobre una cesta de alambre y asidos a una barra que debía de controlar la dirección del planeador.

Jan creyó distinguir algo que brillaba tras un par de planeadores, algo similar al hilo de una telaraña iluminado por el sol. Gorman también lo observó.

—Desciendan, timoneles, y deprisa...

Pero cuando el *Lord Pangloth* empezó a descender, el intruso lo imitó... a la misma velocidad. Gorman descargó el puño sobre la palma de su otra mano, encolerizado y frustrado, y después se volvió hacia uno de sus hombres.

—¡Price, sube a cubierta y averigua cuál es la situación! ¡Rápido, hemos de saber qué está pasando!

Mientras el hombre subía corriendo la escalera de caracol contigua al ascensor, reservado exclusivamente para los Aristos, Jan divisó unas líneas negras que parecían acercarse a ellos desde la otra nave.

—Cables —dijo Gorman con amargura cuando el príncipe le preguntó qué eran—. El último grupo de planeadores arrastraba alambres finos. Los están utilizando para atraer cables más gruesos. Su intención es inmovilizarnos con ellos.

—¡Ya basta! —gritó de repente el príncipe Caspar. Desenvainó la espada, la agitó con un floreo y se encaminó al ascensor—. ¡Voy a subir a luchar con esa escoria! ¿Quién me acompaña?

Ningún Aristo hizo el menor movimiento para seguirle. Lady Jane avanzó hacia él.

—Caspar, no seas imprudente. No debes poner tu vida en peligro sin necesidad. Deja que los Guerreros se ocupen de eso.

—¿Y por qué van a divertirse ellos solos? Voy arriba.

—No, Caspar —dijo lady Jane en voz más alta—. Debes quedarte aquí. Puede que necesite tu protección.

La última frase le hizo vacilar.

—Oh, madre —gimoteó—. No necesitas mi protección. Aquí estás a salvo. Dejaré a Dalwyn contigo si estás preocupada...

—Quiero que te quedes conmigo, Caspar —dijo lady Jane—. Es tu deber.

Caspar pateó el suelo.

—¡Pero he de hacer algo, madre! ¡No puedo quedarme a esperar sin hacer nada!

—Estoy de acuerdo con vos, señor —intervino Gorman—. Sugiero que ordenemos a las baterías de proa abrir fuego contra *La Brisa Perfumada*.

Todo el mundo le miró.

—Pero los láseres... Nuestros proyectiles no alcanzarán su blanco —dijo el príncipe.

Gorman se encogió de hombros.

—Es probable que no, pero, dada la escasa distancia, puede que exista alguna

posibilidad. Al menos, las explosiones y los rayos láser puede que destruyan algunos de esos malditos cables.

—¡Hazlo, pues! —exclamó el príncipe—. Da la orden.

Gorman cogió el micrófono.

—Atención, baterías de proa. ¡Fuego a discreción! ¡Abran fuego a discreción!

Unos quince o veinte segundos más tarde se oyó una explosión sorda cuando un cañón disparó. Después, ante el asombro de todos los presentes, se vio una explosión en el casco del intruso. El proyectil se estrelló cerca de un impulsor, y cuando el humo se disipó apareció un hueco irregular de unos cuatro metros de anchura.

—¡No tienen láseres! —gritó el príncipe en medio de los vítores—. ¡Sus láseres no funcionan!

Gorman ya estaba chillando en el micrófono.

—¡Atención todas las baterías! ¡Abran fuego! ¡Abran fuego! ¡El objetivo está indefenso! ¡Repito, el objetivo está indefenso!

Esperaron expectantes a que sonaran más cañonazos, pero no se produjeron.

—¿Qué les pasa a esos idiotas? —rugió el príncipe—. ¿Por qué no disparan?

—Creo que sé por qué —dijo Gorman, sombrío.

—Ya me he hartado —dijo Caspar—. Voy arriba. Voy a tomar el mando de una batería y a borrar del cielo a esa pandilla de piratas.

Antes de que pudiera moverse se oyó ruido de pasos en la escalera de caracol. Era el ingeniero que Gorman había mandado a ver qué ocurría.

—Malas noticias —gritó mientras bajaba la escalera—. Los invasores han entrado en el *Lord Pangloth*. Son centenares. Pelean como demonios. Nuestros Guerreros no pueden con ellos.

El príncipe Caspar avanzó y agarró al hombre por el brazo.

—¿En qué secciones de la nave han penetrado? —preguntó.

—No estoy seguro... Todo está muy confuso allí arriba. La gente huye de los invasores en una dirección y se topa con otros fugitivos que escapan en dirección contraria. Alguien me ha dicho que los invasores han entrado en los aposentos de sus altezas, señor.

«Oh, Dios Madre, Ceri», pensó Jan al oírle.

—Estamos acabados —murmuró el príncipe Magid.

—No necesariamente —replicó Gorman—. Aún controlamos el centro neurálgico del *Lord Pangloth*, y si sellamos la escotilla y desconectamos el ascensor, continuaremos controlándolo.

—¿Y en qué nos va a beneficiar? —preguntó el príncipe—. ¡Estamos indefensos! ¡Fíjate en esos cables! Si intentamos huir, arrastraremos a esos piratas con nosotros.

—Pero nada nos impide seguir adelante, señor.

—¿Y chocar con ellos? También nos destruiríamos nosotros.

—Sugiero que esgrimamos la amenaza de estrellarnos contra *La Brisa Perfumada* para obligar a los invasores a negociar con nosotros —dijo Gorman—. Si piensan que nos estamos echando un farol —se encogió de hombros—, mejor morir por nuestra mano que ser asesinados por esos monos amarillos.

Se hizo el silencio en la sala de control durante unos momentos, y luego Caspar asintió.

—Tienes razón, Gorman. Haz que tus hombres sellen la entrada inmediatamente.

Pero, antes de que nadie pudiera moverse se oyó un ruido de pasos en lo alto de la escalera de caracol. Imaginando que el primer invasor iba a irrumpir en la sala de control, Caspar y Dalwyn desenvainaron las espadas y se precipitaron hacia adelante.

Una figura empapada de sangre apareció ante ellos. Llevaba un mono destrozado y blandía una espada que Jan jamás había visto en su vida. Al principio, no reconoció al hombre cubierto de sangre. Cuando llegó al pie de la escalera lanzó un grito de sorpresa. Era Milo.

Milo se detuvo al pie de la escalera, miró a su alrededor y sonrió.

—Perdonad esta intrusión, su alteza real, pero mi misión es bastante importante. Mi intención era llegar antes, pero el tráfico está que arde.

Los Aristos y los Ingenieros miraron a Milo sin entender nada. Entonces, Dalwyn observó la marca en la mejilla de Milo.

—¡Es un esclavo! —gritó.

—Un ex-esclavo, diría yo, a juzgar por el follón de arriba. —Entonces, vio a Jan—. ¡Hola, Jan! —la saludó jovialmente—. Esperaba encontrarte aquí. ¿Dónde está la terminal?

—¿Le conoces? —preguntó lady Jane, mientras Jan señalaba la terminal.

La joven asintió.

—Se llama Milo. Ya os hablé de él. Es el que, umm, me protegió.

Milo estaba mirando al príncipe Caspar y a Dalwyn, que le cerraban el paso con la espada desenvainada.

—Apartaos, excelencia. No quiero haceros daño, pero necesito llegar a la terminal.

—Esclavo —ordenó el príncipe—, rinde tu espada o atente a las consecuencias.

—Sólo lo repetiré una vez: apartaos. Falta poco para que los japoneses lleguen y antes he de hacer muchas cosas.

Levantó la extraña espada.

—Dalwyn, mátale —ordenó el príncipe.

Dalwyn se precipitó sobre Milo.

Milo no se movió; se desdibujó. Al mismo tiempo, se oyó el ominoso ruido del metal afilado cuando corta carne y hueso, y la cabeza de Dalwyn saltó por los aires. Su cuerpo decapitado se derrumbó sobre el suelo y se retorció unos segundos. Jan tuvo la impresión de que intentaba incorporarse, pero luego permaneció misericordiosamente inmóvil. Miró a Milo. Continuaba sonriendo. Una mirada demente brillaba en sus ojos.

—¡El siguiente! —retó a Caspar.

—¡Es un brujo! —jadeó alguien.

Caspar contemplaba con horror el cadáver decapitado. Bajó la espada poco a poco y retrocedió.

—Así me gusta —dijo Milo, y se encaminó hacia la terminal. La gente tropezó entre sí al intentar alejarse de él lo máximo posible. Milo inspeccionó la consola con satisfacción.

—¡Jan! —gritó—. Ven, te necesito.

Jan no se movió. La aparición que conocía como Milo la aterrizzaba. Sus



sospechas eran fundadas. Era un brujo. Ningún ser humano podía moverse con tal rapidez.

—¡Jan! —volvió a gritar el calvo, impaciente—. ¡No te quedes parada ahí como una idiota! ¡Ven aquí!

—Será mejor que vayas —murmuró lady Jane, apretándole la mano.

Jan bajó del estrado y caminó hacia él. Milo le dedicó una mirada burlona.

—Por un momento he pensado que te habías pasado al otro bando. Toma. —Le tendió la extraña espada, aún cubierta con la sangre de Dalwyn—. Sujétala con las dos manos... Así. Quiero que me guardes las espaldas mientras trabajo. Si alguien se acerca, grita y lánzate sobre él.

Empezó a teclear en la consola, sin hacer a Jan el menor caso. Ella no sabía qué hacer. Se volvió y miró a los demás, avergonzada. Algunos de los presentes le dirigieron miradas acusadoras.

No tenía ni idea de lo que habría ocurrido después, pero de repente se oyeron gritos, chillidos y ruidos metálicos procedentes de arriba. El cuerpo de un Guerrero, destrozado por heridas espantosas, resbaló por la escalera de caracol. Una masa de hombres le siguió. Eran de corta estatura y llevaban túnicas, armaduras y cascos voluminosos y pintados de colores chillones. Y blandían espadas como la que Jan sostenía ahora. Caspar y varios hombres salieron a su encuentro. Una total confusión se apoderó de la sala de control. Milo echó un vistazo a la refriega.

—Confío en ti, pequeña —dijo a Jan—. Guarda mis espaldas. Necesito más tiempo.

La mente de Jan daba vueltas. No sabía qué estaba haciendo, ni qué quería hacer. Estaban sucediendo demasiadas cosas a la vez. La situación había escapado al control de las personas...

Vio que Caspar recibía una herida profunda en el antebrazo. Soltó la espada y se derrumbó bajo el peso de tres de sus pequeños atacantes. Era obvio que querían capturarlo vivo. Pudo ver sus caras. Sus facciones eran suaves y aplastadas, y los ojos tenían una forma curiosa, como rasgados.

Una cascada de invasores inundó la sala de control. Jan comprendió que pronto barrerían a los defensores. Mientras esperaba el inminente ataque advirtió que Gorman se encontraba muy cerca y contemplaba la batalla con expresión serena. Entonces, se volvió hacia ella.

—¿Qué está haciendo? —preguntó, señalando a Milo.

—No lo sé.

—Yo creo que sí. Supe desde el primer momento que maquinabas algo. Bien, sea lo que sea, ya es demasiado tarde.

Se encaminó hacia los controles del timón. Jan comprendió cuáles eran sus intenciones.

—¡Milo! ¡El ingeniero jefe va a estrellar el *Lord Pangloth* contra la otra nave!

—¿Qué?

No la escuchaba. Estaba demasiado enfrascado en la consola. Jan repitió su aviso a voz en grito.

—Pues mátales —contestó Milo sin mirarla.

—¿Matarle? ¿Yo?

Milo ya se había olvidado de ella. Gorman alcanzó los controles. Jan, vacilante, se dirigió hacia él. No sabía qué hacer. Era incapaz de matarle a sangre fría; tal vez pudiera dejarle sin sentido con la hoja de la espada.

Antes de que pudiera llegar, uno de los invasores saltó hacia adelante. Cuando Gorman empezaba a manipular la primera palanca, el atacante le cortó el cuello. Gorman se desplomó sobre los controles.

Jan volvió con Milo, justo cuando tres invasores se lanzaban sobre él. Milo parecía indiferente a su presencia.

—¡Milo! —gritó—. ¡Detrás de ti!

Milo, casi de mala gana, se apartó de la consola. El primero de los tres atacantes ya se abalanzaba hacia él, con la espada en alto. Milo se desdibujó de nuevo. Después, de alguna manera misteriosa, el atacante quedó tendido en el suelo, retorciéndose, y Milo empuñaba su espada. El arma centelleó cuando la echó hacia atrás...

Se enfrentó a los otros dos. Cargaron contra él a la vez, profiriendo gritos agudos y con las espadas preparadas. Milo se desdibujó. Los dos atacantes cayeron. Uno murió en el acto, la garganta abierta de un tajo; el otro quedó sentado, contemplando aturdido la masa de intestinos aún calientes caída entre sus piernas.

Otros invasores se acercaban a Milo, pero, después de contemplar su hazaña, avanzaban con mucha mayor cautela. Milo llamó a Jan.

—¡Ven aquí, rápido!

Cuando la joven llegó a su lado, Milo le entregó de nuevo la espada.

—Mantenlos alejados —ordenó—. Necesito un poco más de tiempo.

—¿Estás loco? —preguntó ella con voz ronca—. ¡No puedo hacer lo mismo que tú!

—Aparenta que sí. Farolea, chica, farolea.

Devolvió su atención a la consola.

Jan plantó cara al semicírculo de atacantes. Su expresión era feroz, pero a sus ojos asomaba la cautela. Sujetó la espada como ellos hacían, con las dos manos y la hoja alzada en ángulo frente al hombro derecho. Intentó aparentar ferocidad, pero ignoraba qué haría si uno la atacaba. Estaba acostumbrada a un estilo muy diferente de manejar la espada. El método de los invasores era brutal y no estaba segura de si podría parar un solo mandoble.

La lucha en la sala de control ya había cesado. Casi todos los ingenieros yacían muertos, pero los atacantes habían capturado vivos, salvo alguna excepción, a los Aristos. Jan vio a lady Jane arrodillada entre dos atacantes. Ante ella estaba caído otro invasor, con la daga de la mujer hundida en el cuello.

El semicírculo se iba cerrando sobre Jan. Entonces, con un chillido estremecedor, un invasor cargó sobre ella. La joven paró el golpe más por instinto que por habilidad, y saltó atrás justo a tiempo de esquivar un artero tajo de lado que la habría partido por la cintura.

—¡Milo! —gritó, cuando el guerrero cargó otra vez.

—¡Eureka! —oyó que gritaba Milo antes de que las dos espadas entrecucharan. Esta vez supo que sólo por suerte había evitado que le abrieran el cráneo. Y ahora, la espada del guerrero llegaba desde un ángulo que la dejaba a su merced.

Algo la arrastró hacia atrás. Al mismo tiempo, le arrebataron la espada de las manos. Al siguiente momento, Milo estaba delante de ella. Y luego ya no... Estaba a su derecha. El guerrero que la había atacado caía hacia atrás, los brazos abiertos, el peto metálico destrozado, revelando una horrorosa herida en el pecho. Los demás guerreros no tuvieron tiempo de reaccionar. Milo ya había saltado entre ellos y los derribaba como espigas de trigo. Chorros de sangre saltaron por los aires y chillidos agónicos estremecieron las paredes.

Todo terminó de repente. Unos cuerpos (algunos descuartizados hasta quedar irreconocibles) yacían dispersos entre enormes charcos de sangre. Milo se convirtió de nuevo en el centro de atención. Bajó la espada y paseó la mirada por la sala de control.

Los restantes invasores y los Aristos prisioneros le contemplaron en temeroso silencio. Se volvió hacia Jan. Se secó la sangre de la cara y sonrió. La mirada demente brillaba otra vez en sus ojos. Venas distendidas latían en su cuello y sienes.

—Creo que he llamado su atención —dijo a Jan.

Regresó a la consola. Jan observó que la pantalla estaba llena de líneas de símbolos y letras. Una lucecita parpadeaba en la parte superior derecha de la pantalla.

—Ya está —dijo Milo con aire de triunfo—. Justo lo que necesitaba saber. El Paso Uno se ha consumado; ahora, tal vez nos cueste un poco llegar al Paso Dos. Protégete los ojos.

Estas últimas palabras confundieron a Jan, hasta que, en otro movimiento velocísimo, él descargó la espada sobre la consola. Se produjo una explosión de chispas cuando la hoja la atravesó.

—¿Por qué la has destruido? —preguntó Jan, perpleja.

—Ya he averiguado todo cuanto necesitaba. No quiero que nadie más lo sepa.

Se volvió cuando sonaron pasos en la escalera de caracol. Jan le imitó. Más invasores llegaban a la sala de control: guerreros, pero también un hombre que, a

juzgar por su armadura adornada y el casco de ala dentada, estaba al mando. Los guerreros se apartaron cuando el hombre avanzó y ladró unas cuantas preguntas. Se detuvo bruscamente cuando vio los cadáveres tendidos frente a Milo. Miró al calvo y ladró más preguntas a los guerreros que le rodeaban. Uno señaló a Milo y dijo algo al recién llegado en tono respetuoso. Las cejas del desconocido, que eran finas líneas negras, se arquearon apenas. Entonces, dijo algo que debía ser una orden. El guerrero que había contestado compuso una expresión de suma desdicha y dio un paso adelante.

Milo suspiró.

—El oficial quiere verlo en persona. Bastardo.

El guerrero se precipitó sobre Milo con un chillido. Milo le mató. El recién llegado pareció impresionado. Después, su rostro expresó sorpresa cuando Milo le habló en su idioma.

La conversación fue breve. Terminó cuando el oficial cabeceó con vigor, giró sobre sus talones y caminó a toda prisa hacia la escalera. Mientras subía los peldaños, seguido por dos guerreros, Jan preguntó a Milo, asombrada:

—¿Hablas su idioma?

—Un poco. Tuve que aprenderlo por asuntos de negocios hace mucho tiempo, cuando los japoneses dominaban la economía internacional.

—¿Japoneses? —preguntó la muchacha.

—Sí. Eso son. Un día te hablé de ellos. Son aquellos que eran tan aficionados a comer calamares. Unos xenófobos terribles. Su nación fue una de las pocas que no se fragmentaron después de la ley del Modelo de Primera Clase...

La tranquila y clara voz de lady Jane le interrumpió.

—¡Tú, demonio, brujo, o lo que seas!

Uno de los guerreros que la custodiaban la abofeteó de inmediato, pero la mujer continuó hablando.

—¿Por qué no matas a los demás monstruos amarillos?

Milo le dedicó una sonrisa.

—¿Y por qué, su alteza real? —preguntó en tono burlón.

—Ayúdanos a recuperar el control del *Lord Pangloth*... ¡Uf! —La nueva bofetada aún fue más violenta, pero lady Jane no cedió—. Ayúdanos, y pide lo que quieras a cambio. Cualquier cosa...

Otro bofetón le partió el labio inferior, del cual brotó sangre.

—Voy a hacer un trato —contestó Milo, risueño—, pero no con vosotros. Tú y el resto de tu grupo de idiotas disfrazados ya estáis acabados. Hace mucho tiempo que lo estáis, pero no lo sabíais. Y ahora lo vais a descubrir...

Más oficiales bajaban la escalera, guiados por el que había hablado con Milo. Gritaron órdenes y los Aristos fueron conducidos hacia la escalera. Los oficiales se

acercaron a Milo, pero se detuvieron a una respetuosa distancia. Uno, más emperifollado que los demás, le dirigió una serie de palabras breves y bruscas. Milo contestó y señaló los restos humeantes de la terminal. El oficial la miró y luego desvió la vista hacia Milo. Frunció el ceño y cabeceó. Giró sobre sus talones y se marchó. Los demás oficiales le siguieron, excepto dos que se quedaron para vigilar a Milo y Jan.

—¿Qué pasa? —susurró la joven.

—Como ya te he dicho, estoy haciendo un trato. Para salvar nuestras vidas.

—¿Y Ceri?

—¿Ceri? Ah, tu amiguita del hábitat marino. ¿Qué pasa con ella?

—¿No puedes incluirla en el trato? —suplico Jan.

Los dientes blancos de Milo contrastaron con la sangre seca que manchaba su cara.

—¿Por qué? Dijiste que me odiaba. Además, los japoneses no la matarán. No es ni una Aristo ni un Guerrero Celestial. Supongo que a estas alturas ya la habrán violado miles de veces, pero es lo peor que puede ocurrirle.

Jan se encogió.

—Por favor, Milo, te lo ruego. Intenta salvarla. No quiero separarme de ella...

—Ah, de modo que ha estremecido tus carnes minervanas, ¿eh? Bien, lo siento, está fuera de toda cuestión. Bastante suerte tienes de que te incluya en el trato.

Más invasores acudían a la sala de control, pero estos recién llegados, a juzgar por su atuendo, no eran guerreros. Y por la forma excitada en que examinaron los aparatos y controles, debían ser los ingenieros de la nave enemiga. Y a juzgar por las miradas de soslayo atemorizadas que dirigieron a Milo y a los cuerpos destrozados que yacían en el suelo, sabían quién era y de lo que era capaz.

El primer oficial regresó diez minutos después y habló unos instantes con los otros dos. Indicó por señas a Milo que le siguiera.

—No te apartes de mí y mantén la calma, pase lo que pase —dijo Milo a Jan.

Subieron la escalera de caracol, escoltados por los tres oficiales y seis guerreros. También había muchos cadáveres esparcidos en el siguiente nivel, pero todos pertenecían a los Guerreros. Se oían gritos y chillidos procedentes de algún lugar, pero el combate había cesado definitivamente en esta parte del *Lord Pangloth*.

Milo y Jan recorrieron un corto tramo del pasillo que conducía desde la entrada a la sala de control, hasta que les ordenaron entrar en el retrete de un ingeniero. La puerta se cerró con estrépito a sus espaldas, pero nadie intentó desarmar a Milo.

—Ufff... —Suspiró y su cuerpo se desmadejó de repente. Dejó caer la espada al suelo y se encaminó a un lavabo. Se agarró al borde y empezó a mojarse con agua la cabeza y la cara. Jan tuvo la impresión de que su cuerpo se encogía.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—No, pero pronto me restableceré, en cuanto coma algo. Gasté muchas reservas de combustible en ese divertido jueguito.

Bebió una gran cantidad de agua, se quitó el destrozado mono y limpió la sangre de su cuerpo.

—¿Eres un brujo? —preguntó Jan, recordando la terrorífica rapidez con que había destrozado al grupo de guerreros.

—No, pero podría decirse que soy producto de la brujería. Me proporcionaron un metabolismo supercargado. Mi química no es como la tuya, sino radicalmente diferente, al igual que tú lo eres de los seres anteriores al Modelo de Primera Clase, aunque, en el fondo, sigas siendo..., bueno, humana.

—¿Y tú no lo eres?

—Desde un punto de vista técnico, no.

—¿Dónde te hicieron eso? ¿En Marte?

Milo negó con la cabeza.

—No, hace muchísimo tiempo. Antes de Marte.

—¿Antes de Marte? —preguntó Jan, asombrada—. ¿Qué quieres decir?

Milo bostezó.

—Más tarde. Te lo explicaré todo más tarde. Ahora necesito dormir un poco.

Y, ante el estupor de Jan, se tendió en el suelo, apoyó la cabeza en el mono como si fuera una almohada y cerró los ojos.

—¿Cómo puedes dormir en un momento como éste?

—Porque he de hacerlo. Necesito recargar... No dormiré mucho rato... Coge la espada... Despiértame si...

En ese momento, sin terminar la frase, se quedó dormido.

Jan le miró durante unos segundos, y luego siguió sus instrucciones. Cogió la espada y se sentó frente a la puerta, la espalda apoyada en una pared y la espada descansando sobre sus muslos. También se sentía agotada, pero sabía que la tensión le impediría dormir. También estaba preocupada por Ceri.

Transcurrieron unas dos horas. Una gran actividad pareció desarrollarse en el exterior durante ese rato. El *Lord Pangloth* se estremeció en diversas ocasiones y la cubierta se inclinó cada vez, pero no tenía idea de lo que eso significaba.

Cuando la segunda hora estaba a punto de finalizar, Milo despertó de repente, se levantó y se puso a toda prisa sus ropas destrozadas y manchadas de sangre.

—¿Sin novedad? —preguntó a Jan.

—Nadie ha entrado. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor, pero necesito comer.

Bebió más agua de un lavabo.

—Antes de despertarte hacías unos ruidos muy raros. Y te retorcías.

—Sueños. Pesadillas.

Se tiró agua a la cara, la secó y se irguió en toda su estatura. Miró a Jan y sonrió. A la joven le pareció una sonrisa forzada. Fuera cual fuera el sueño, le había conmovido.

—¿Y cómo te encuentras tú? —preguntó Milo.

—No muy bien —admitió Jan—. ¿Qué nos va a pasar, en tu opinión?

—Eso depende de si convengo al jefe de estos hijos del Sol Naciente de que puedo ofrecerles algo que desean.

—¿Qué es?

—Ya te lo he dicho: información.

—Sí, pero ¿sobre qué? —preguntó Jan, impaciente.

Antes de que él pudiera contestar se oyeron ruidos al otro lado de la puerta. Milo le indicó con un gesto apremiante que le diera la espada. Ella le obedeció a toda prisa. La puerta se abrió con estrépito. Un oficial entró con cautela en el retrete. Jan no estaba segura de si ya le había visto antes o era nuevo. Le costaba distinguir a esos seres. Cuatro guerreros le siguieron. Dedicó una breve inclinación de cabeza a Milo y habló a gran velocidad. Milo asintió.

—Hemos de ir con ellos —explicó a Jan—. Tendremos el honor de ser recibidos en audiencia por el pez gordo en persona, su señor de la guerra.

Fueron conducidos a la sección Aristo de la nave. Habían sacado los cadáveres de los pasillos, pero aún se veían por todas partes charcos de sangre coagulada. También había invasores por doquier, que corrían de un lado a otro por los pasillos, con aire de ir a atender asuntos muy importantes. No se veía ni rastro de los Aristos. Jan supuso que habrían confinado a todos en alguna parte. Se preguntó una vez más, preocupada, qué habría sido de Ceri...

Pronto comprendió que su destino era el Gran Salón, pero, cuando Milo y ella entraron, advirtió que había sufrido una transformación radical. Banderas de colores colgaban del techo y se había dividido el espacio mediante pantallas de tela portátiles, pintadas con escenas de montañas, lagos, árboles de aspecto raro y otras cosas extrañas para Jan.

—Los decoradores se han dado prisa —murmuró Milo.

Su escolta les indicó con un ademán que siguieran adelante. Los guerreros apartaron las pantallas cuando se acercaron. Dejaron atrás cuatro juegos de biombos antes de penetrar en la última sección.

En el estrado sobre el cual Caspar se sentaba en su trono, un hombre diferente les aguardaba reclinado en un trono también diferente. Detrás de él colgaba una bandera roja, decorada con un extraño lagarto negro que escupía fuego. Dos mujeres ataviadas con túnicas peculiares estaban sentadas a sus pies, con las caras pintadas de un blanco inusitado.

Sin embargo, algo muy diferente atrajo la atención de Jan. A cada lado del trono

había una lanza, y en la punta de cada lanza se había ensartado una cabeza.

Jan contempló los ojos sin vida del príncipe Caspar, y después los de lady Jane.



—Querías venganza —murmuró Milo en su oído mientras se acercaban al estrado—. Bien, ahí la tienes, en bandeja de plata.

Jan no dijo nada. Sus ojos estaban clavados en el rostro del príncipe Caspar. Se sentía fatal. Entonces, el oficial que mandaba su escolta gritó algo que debía ser la orden de detenerse.

Se encontraban a unos cuatro metros del estrado. Su escolta hizo una profunda reverencia cuando el hombre sentado en el trono se puso lentamente en pie. Era mucho más alto que los demás invasores. El corte cuadrado de la túnica le dotaba de una apariencia más voluminosa de la que poseía, como a los demás guerreros, pero aun así era un hombre de una envergadura anormal. La mujer minervana media habría parecido diminuta a su lado.

Les miró. Las rendijas que eran sus ojos no expresaban la menor emoción.

—Vaya, vaya, Milo Haze —dijo en perfecto americano—. Ha pasado mucho tiempo. ¿Dónde se ha escondido durante estos últimos cuatro siglos?

Jan, sorprendida, miró a Milo y observó que también parecía transido. Frunció el ceño y luego escrutó al gigante amarillo.

—¿Le conozco? —preguntó.

—Nos encontramos unas cuantas veces en conferencias de biotecnología. Es imposible que pueda reconocerme, por supuesto. He cambiado algo. —El hombre le dirigió una breve sonrisa—. Usted, por otra parte, ha cambiado poco. Al menos, por fuera. A juzgar por lo que mis samuráis me han contado sobre sus hazañas, ha sufrido una mejora muy sofisticada.

Milo asintió.

—De modo que usted también es inmortal... —dijo, con cierto asombro.

—Lo soy. Y hasta hoy estaba convencido de ser el último con vida. Me llamo Shumi Horado. ¿Se acuerda de mí ahora?

—Horado... —dijo lentamente Milo—. De la corporación Horado. Sí, le recuerdo. En aquel entonces, usted era un hombre bajito, calvo...

El señor de la guerra sonrió levemente de nuevo y se tocó el pecho con las yemas de los dedos.

—Todo vanidad, ¿verdad, señor Haze? Me concedí setenta y cinco centímetros más de estatura y una cabeza llena de pelo, mientras que usted se decantó por la calvicie y ojos desiguales, además de sus otras mejoras. Y, pese al riesgo de parecer maleducado, hablaremos primero de esas últimas. Habrá observado que, como demostración de confianza, le he permitido conservar la espada que sin duda arrebató a uno de mis guerreros, pero, por si acaso alberga el propósito de utilizarla contra mí, aunque ya sé que no es así, permítame comunicarle que estoy protegido.

Dio una palmada. Al instante, una pantalla a cada lado de ellos rodó hacia atrás y reveló la presencia de guerreros armados con lo que parecían ser rifles muy pequeños.

—Armas automáticas —dijo el señor de la guerra—. Yo diría que son las únicas que todavía funcionan. Encontré un depósito oculto hace unos ochenta años. Permítame advertirle, señor Haze, que, por rápido que se mueva, caerá muerto antes de alcanzarme.

—No tengo la menor intención de llevar a cabo ese intento —respondió Milo—. Las violentas actividades a las que me he entregado tenían como objetivo llamar su atención, aunque no tenía ni idea, por supuesto, de quién era usted. Como ya le habrán adelantado, quiero hacerle una propuesta.

—Sí, eso me han informado.

El señor de la guerra dio otra palmada. Esta vez salieron de detrás de las pantallas varios criados cargados con pequeños hornos plegables que depositaron ante Jan y Milo. El señor de la guerra les indicó que se sentaran, y luego volvió a su trono.

—Pero antes de hablar de negocios, señor Haze, observemos algunas antiguas formalidades. Usted y su acompañante tomarán conmigo una taza de sake.

Palmeó por tercera vez.

El desconcierto de Jan aumentó cuando un criado le entregó una taza pequeña que contenía un líquido claro. ¿Qué estaba pasando? ¿Cómo había conocido Milo a este gigante aterrador? ¿Qué significaba toda aquella charla sobre inmortales?

Miró de nuevo la cabeza del príncipe Caspar ensartada en la lanza. Su boca estaba abierta en un grito silencioso. Sus labios se veían muy blancos. No hacía muchas horas que había besado aquellos labios...

Había más cabezas. Cuando apartaron los biombos había visto toda una fila de lanzas alineadas frente a las ventanas de cada lado. Otras pantallas impedían que viera hasta dónde llegaban las filas de cabezas cortadas, pero supuso que se extendían a todo lo largo del Gran Salón. De ser así, significaba que todos los Aristos habían muerto.

Bebió un sorbo. Era amargo y acudieron lágrimas a sus ojos. Sin embargo, una agradable sensación de calor inundó su cuerpo.

—¿Quién es su joven acompañante? —preguntó el señor de la guerra.

Jan comprendió, sobresaltada, que se refería a ella.

—Se llama Jan Dorvin. Es minervana. Una de las últimas. El *Lord Pangloth* destruyó su ciudad. Se halla ahora bajo mi protección. Cualquier acuerdo al que lleguemos se aplicará también a ella.

El señor de la guerra se encogió levemente de hombros.

—Como quiera. —La miró—. Una criatura tenaz. No es mi tipo. —Se volvió hacia Milo—. Recuerdo que, en los viejos tiempos, su reputación acerca de las

mujeres alcanzaba dimensiones míticas. Un rumor que llegó a mis oídos más tarde me dejó estupefacto. Sobre una mujer que se llamaba, déjeme pensar... ¿Miriam?

—Miranda —corrigió Milo.

—¿Había algo de cierto en ese rumor?

—Sí. Era cierto.

El señor de la guerra lanzó una risita.

—Como ya he dicho, todo es vanidad, pero eso es llevarla al extremo. ¿Qué le ocurrió a la mujer?

—Murió.

—Discúlpeme. —El señor de la guerra inclinó la cabeza—. Veo que todavía es sensible al tema, pese a los años transcurridos. Hablemos de cómo ha logrado sobrevivir durante todo este tiempo.

—Salí del planeta. Conseguí una plaza en una de las últimas lanzaderas, antes de que las comunidades extraterrestres impusieran la cuarentena. Fui al hábitat espacial de Belvedere.

—Belvedere. Ah, sí, el primero y mayor de los hábitats. ¿Todavía existe? Hace años solía escuchar transmisiones desde Belvedere y los demás hábitats, pero nuestra radio lleva muchos años averiada.

—Belvedere aún existe, y también los otros tres hábitats y las colonias marcianas. Las colonias lunares desaparecieron hace mucho tiempo. No consiguieron llegar a ser autosuficientes, y las otras comunidades extraterrestres no pudieron desprenderse de recursos propios para ayudarlas.

—¿Cuánto tiempo se quedó en Belvedere?

—Todo el que pude. Hasta que se produjo el problema inevitable. El problema de ser inmortal, por supuesto.

—¿La actitud de los belvederianos no era liberal en eso?

—Al contrario. Además, si hubieran descubierto mi condición de inmortal me habrían identificado automáticamente como alto ejecutivo de las multinacionales genéticas o jefe de estado. Habría sido ejecutado de una forma u otra: por inmortal ilegal, o por criminal de guerra.

—¿Qué solución adoptó?

—Existe un tráfico regular, aunque poco frecuente, entre las comunidades extraterrestres. Hice algunos viajes en calidad de tripulante voluntario al servicio de otro hábitat espacial, Creuse City. Después, cuando tuve la oportunidad de viajar a la colonia de Marte, la aproveché. Fue un viaje largo. —Milo suspiró—. Tuve que hacer lo que hice. Estaba en juego mi supervivencia. —Miró al señor de la guerra—. ¿Me comprende?

—Ya lo creo.

Milo lanzó un vistazo a Jan y continuó.

—Éramos seis a bordo. Yo fui el único que llegó vivo a Marte. Conté que una descompresión de emergencia, causada por la penetración de un micrometeorito, mató a los demás. Por casualidad, yo estaba realizando trabajos de mantenimiento en la esclusa de aire con el traje puesto. Creyeron mi historia.

—¿Cómo solucionó su situación? Como Belvedere y la colonia marciana estaban en contacto por radio, tenían que saber quién era usted y, sobre todo, su edad.

—Cambié mi identidad por la de otro tripulante. Para los belvederianos, yo estaba muerto.

—¿Y nunca descubrieron la superchería?

Milo negó con la cabeza.

—Los belvederianos pidieron que el superviviente volviera a su colonia para tomar parte en la investigación, pero solicité asilo político en Marte. Existen diferencias políticas entre Marte y Belvedere. Los marcianos denegaron mi extradición, arguyendo que los resultados de su propia investigación sobre la tragedia bastaban para satisfacer a los belvederianos.

—Y se quedó en Marte.

—Tanto como pude, hasta que, finalmente, surgió el mismo problema. De nuevo, faltaban muy pocos años para mi doscientos cumpleaños.

—¿Y qué solución buscó en esta ocasión?

—Casi la misma de antes. Alenté una expedición a Starshine, el último hábitat espacial que se fundó. Iba a ser una misión comercial. Sabíamos que habían conseguido sintetizar una amplia gama de drogas que en Marte se habían agotado mucho tiempo atrás. Por otra parte, nosotros les proporcionaríamos semillas para mejorar los cultivos de sus jardines hidropónicos. La expedición, en realidad, no era necesaria, y exigió el dispendio de recursos muy necesarios, pero en aquel momento yo había alcanzado una posición de cierta influencia.

El señor de la guerra asintió.

—La nave nunca llegó a Starshine —prosiguió Milo—. No podía permitirlo. Starshine y Belvedere habían formado una alianza. Había mucho tráfico entre ambas y no podía arriesgarme a tropezarme con alguien de Belvedere o Starshine que estuviera vivo cuando yo abandoné el hábitat ciento sesenta años antes. Una posibilidad improbable, pero peligrosa.

—¿Qué desgracia ocurrió a esta expedición?

—Una brecha en el depósito de combustible principal. No había forma de llegar a Starshine, pero nos quedaba suficiente combustible para desviarnos hacia la Tierra y dejar que la gravedad hiciera el resto. Sin embargo, la nave no estaba diseñada para entrar en la pesada atmósfera terrestre y se destrozó al bajar. Algunos tripulantes y yo nos posamos en el mar gracias a una cápsula salvavidas. Fuimos a la deriva durante mucho tiempo, y como los demás no poseían mis cualidades especiales, murieron.

Fui recogido por un hábitat marino. Viví en él hasta que fuimos atacados por el *Lord Pangloth* y fui capturado. Y eso es todo lo sucedido hasta que usted llegó.

Jan sabía que no lo había contado todo. Ceri había dicho que fue Milo quien convenció a la población del hábitat para acercarse más a tierra. ¿Por qué? Habría tenido un motivo.

El señor de la guerra examinó a Milo con detenimiento.

—Y, durante el tiempo que pasó en el *Lord Pangloth* —dijo a continuación—, ha descubierto algo que considera de gran valor para mí. Confieso que me siento intrigado.

Milo sonrió. Jan conocía esa sonrisa. Era la que no le gustaba.

—Antes de decírselo —contestó Milo—, quiero que me cuente sus andanzas durante todos estos años.

El señor de la guerra hizo un ademán de indiferencia.

—Señor Haze, comparado con usted mi vida ha sido infinitamente aburrida desde las Guerras Genéticas. Una vez que me establecí a bordo de *La Brisa Perfumada*, un logro bastante dificultoso y que, por desgracia, provocó un lamentable derramamiento de sangre, estuve fuera de peligro. Con el poder absoluto en mis manos, mi inmortalidad ya no era un problema. La tradicional propensión japonesa a la obediencia a la autoridad obró en mi favor, por supuesto. Y yo colaboré a estabilizar la situación cultivando mi versión modificada del *Bushido* que, entre otras cosas, me confirió un *status* divino. Mis súbditos, por consiguiente, esperan que yo sea inmortal. La ventaja, señor Haze, de vivir en una sociedad regresiva culturalmente, como oposición a su tecnocracia del espacio exterior.

—Tuvo suerte —reconoció Milo.

El señor de la guerra miró en dirección a la cabeza cortada del príncipe Caspar e indicó con un gesto la larga fila de cabezas.

—¿No le resulta curioso que estos americanos también parezcan haber sufrido una regresión cultural? Admito que no entiendo por qué han adoptado un estilo de vida vagamente similar al de la Europa medieval, cuando no existe una sociedad como ésta en la memoria cultural americana. Usted, como americano que es, tal vez pueda explicarme este misterio.

—Películas antiguas —contestó Milo con desdén—. Tiene razón, no se trata de una regresión cultural genuina. Todos los muebles y otras muchas chorradas proceden de películas antiguas.

Habló a continuación de los «espectáculos» fantasiosos que Jan había visto.

El señor de la guerra lanzó una carcajada.

—Muy típico de los americanos.

Extendió la mano hacia la cabeza de lady Jane y acarició su mejilla con las puntas de los dedos.

—¡No haga eso!

Nadie se quedó más sorprendida que Jan cuando escuchó su propia voz. Se hizo un silencio ominoso cuando el señor de la guerra volvió poco a poco la cabeza hacia ella. Oyó que Milo suspiraba.

—Le ruego que perdone a mi compañera —dijo—. Sus modales dejan mucho que desear. Por otra parte, conocía íntimamente a la fallecida de su derecha.

El señor de la guerra escrutó atentamente a Milo.

—¿Una cautiva minervana mantenía relaciones íntimas con uno de los gobernantes del *Lord Pangloth*? —preguntó, algo sorprendido—. ¿Cómo fue posible?

—Bueno, es una larga pero interesante historia... —empezó Milo.

Otra oleada de cólera invadió a Jan. Hablaban como si no estuviera presente, y aunque el señor de la guerra la intimidaba, sabía que lo más prudente era actuar con cautela en su presencia, pero no pudo reprimirse y le apostrofó.

—¿No ha tenido bastante con asesinar a toda esa gente? ¿También ha de tratar sus restos sin el menor respeto?

La cabeza del señor de la guerra volvió a girar lentamente en su dirección. Otro largo silencio, puntuado por el apenas audible murmullo de Milo.

—Jesús...

—Muchacha —dijo entonces el señor de la guerra—, por culpa de tu impertinencia podría ordenar que te sacaran de aquí y te llevaran a una estancia donde serías atada a una estructura de madera. Luego, te arrancarían la piel del cuerpo. Cada milímetro de piel. La operación sería llevada a cabo con suma destreza, de modo que la piel se desprendiera en una sola pieza. A continuación, tu carne viva sería cubierta de sal y se te cosería la piel encima. Entonces, serías conducida a mi presencia y, si considerase que tus disculpas demostraban un arrepentimiento genuino, te concedería la merced de una muerte rápida. Una sola palmada con mis manos bastaría para iniciar el procedimiento... —Levantó las manos y las volvió a colocar sobre su regazo—. Sin embargo, seré misericordioso, por dos motivos. El primero es que estás bajo la protección de Milo y sería una muestra de nula hospitalidad por mi parte colocarle en una posición tan violenta. El segundo es que ignoras cuál es tu lugar, como mujer, en mis dominios, y eres por tanto inconsciente de la afrenta que has cometido contra mí. —Se volvió hacia Milo—. Continúe con lo que estaba diciendo, por favor.

Mientras Milo se apresuraba a narrar los acontecimientos relativos al intento perpetrado por Jan de volar el *Lord Pangloth*, su posterior encuentro con el hazzini y su adopción por los Aristos, Jan esperó a que se calmaran los frenéticos latidos de su corazón. No tenía la menor duda de que el señor de la guerra había estado en un tris de cumplir su amenaza.

Cuando Milo terminó, el señor de la guerra volvió a clavar la vista en ella, y la

muchacha notó que se le ponía la carne de gallina. Era imposible saber si un brillo nuevo de respeto hacia ella se manifestaba en aquellos ojos inexpresivos.

—Tuviste la temeridad —dijo— de echarme en cara la ejecución de esa gente, tus antiguos enemigos, y sin embargo estabas dispuesta a destruir toda la nave junto con todos sus habitantes.

Jan abrió la boca para hablar, pero la cerró con brusquedad.

—Puedes hablar —dijo el japonés.

—No pude hacerlo cuando llegó el momento —respondió—. No podía matar a tanta gente a sangre fría.

—Pero yo sí, es lo que implican tus palabras. —El señor de la guerra meneó la cabeza—. Me has juzgado mal. No soy un hombre cruel, pero no me quedaba otra opción que eliminar a la clase dirigente del *Lord Pangloth*. No había otra alternativa. Y te aseguro que, en conjunto, murieron rápida y limpiamente. En cuanto a esta exhibición en apariencia bárbara —indicó las hileras de cabezas—, es la forma más eficaz de demostrar a los representantes de las diversas facciones del *Lord Pangloth* que el viejo orden ha sido barrido irrevocablemente, y que la idea de cualquier resistencia contra mí es inútil.

Se volvió hacia Milo.

—¿Alguna vez sospechó que iba a volverse loco?

La pregunta sorprendió a Milo. Tardó varios segundos en contestar, eligiendo sus palabras con suma cautela.

—¿Loco? ¿Le doy la impresión de estar...?

—La pregunta iba más dirigida a mí mismo que a usted. Hay veces en que pienso que tal vez esté loco, y me pregunto si podría ser un efecto colateral de la inmortalidad. ¿Qué opina usted?

—Yo no he notado en mí señales de inestabilidad mental —dijo Milo lentamente—. Tampoco veo que la inmortalidad pueda conducir a la locura, aunque, después de vivir miles de años, quizá se padezcan tensiones emocionales de naturaleza desconocida. O puede que uno acabe aburrido de la vida.

—Aburrimento —dijo el señor de la guerra con semblante pensativo—. Sí, me aburro en ocasiones, pero lo que más me preocupa, si bien de una manera vaga, es mi propensión al solipsismo. Supongo que está relacionada con mi manera enrarecida de vivir. Hace tanto tiempo que interpreto mi papel de dios en mi reino, sin ningún igual en el que pueda confiar, que poco a poco voy aceptando que el papel es una realidad. ¿Qué opina?

De nuevo, Milo escogió sus palabras con cautela.

—Supongo que existe ese peligro, pero el hecho de que usted se muestre tan objetivo a ese respecto demuestra que no ha sucumbido a esa fantasía.

—Aún no, al menos —dijo el señor de la guerra con una leve sonrisa—. Y debo

decirle, señor Haze, que considero mi encuentro de hoy con usted muy entretenido. Sin duda, su presencia constituirá una buena terapia mental para mí. También me divierte hablar americano después de tanto tiempo. ¿Sabe una cosa? Ahora recuerdo que su idioma se llamaba inglés.

—Y yo también —dijo Milo—. Incluso me acuerdo de Inglaterra. De hecho, estuve en Londres sólo un mes antes del desastre.

—Ah, sí —asintió el señor de la guerra—. Aquel reactor. El de Chernobyl, ¿verdad?

—No, ése fue el de Rusia,<sup>[2]</sup> años antes. No recuerdo cómo se llamaba el inglés. La diferencia fue que el accidente ruso no causó demasiados estragos en Rusia gracias al estado del tiempo. En Inglaterra, el estado del tiempo era justo el contrario y la contaminación se extendió por todo el sur de Inglaterra.

—Qué desgracia —reconoció el señor de la guerra—. Claro que, comparado con los estragos que ocasiona hoy el yermo, la destrucción de un pequeño país pierde importancia.

—¿El yermo se ha extendido igualmente por su parte del mundo?

—Peor. Por eso los Señores de Oriente luchan entre sí, y por eso estoy aquí.

—Me estaba preguntando por qué había hecho un viaje tan largo —dijo Milo.

—No había elección. Como ya sabrá, el sistema de defensa láser de *La Brisa Perfumada* ya no funciona. Se averió por completo hace varios años. Y mis Señores rivales lo descubrieron. Era una simple cuestión de tiempo que *La Brisa Perfumada* cayera víctima de un ataque victorioso de otro Señor. Decidí correr el riesgo de realizar el largo viaje a otro continente, donde se desconociera la vulnerabilidad de *La Brisa Perfumada*. Mi plan era atacar al primer Señor que encontrara, y confiaba en que mis samuráis barrerían a los defensores antes de que éstos se dieran cuenta de que carecíamos de láseres protectores. —Encogió sus hombros almohadillados—. El plan funcionó. Cuando los guerreros del *Pangloth* descubrieron que podían disparar proyectiles contra mi nave con total impunidad, fue demasiado tarde. Mis hombres se habían apoderado de los cañones.

—Un plan arriesgado —comentó Milo.

—Cierto, pero debo admitir que no dudé ni un momento del desenlace. —Sonrió—. Ya ve, una prueba más de mi creciente sensación de omnipotencia.

—¿Qué hará ahora?

—Establecer mi base en el *Lord Pangloth*. Casi todos sus habitantes, los que hayan sobrevivido, serán trasladados a *La Brisa Perfumada*, donde quedarán bajo mi estricto pero humano control, por supuesto. Después, con mi flota consistente en dos naves, tomaré medidas para aumentarla hasta que controle suficientes zonas tributarias para asegurar a largo plazo la supervivencia de mi gente... y de mí mismo.

—Muy lógico —aprobó Milo—. Espero que podamos llegar a un acuerdo gracias



al cual mi compañera y yo tengamos un sitio en su brillante futuro. Como pago por lo que voy a ofrecerle, desde luego.

—¿Qué forma prefiere que adopte ese pago?

—Bien, prefiero considerarlo un regalo. En cuanto a su forma —Milo paseó la mirada por el Gran Salón—, se encuentra alrededor de usted. El *Lord Pangloth* resultaría muy adecuado.

—¿Y qué puede ofrecerme, cuyo valor sea equivalente a todo un Señor del Cielo? —preguntó poco a poco el señor de la guerra, después de una larga pausa.

—Pues un Señor del Cielo nuevo, por supuesto —contestó alegremente Milo—. Un Señor del Cielo envuelto todavía, por así decirlo, en papel de celofán. Nuevo, reluciente y repleto de precioso helio. Funcionará mucho mejor que cualquiera de los Señores existentes, todos los cuales se van haciendo añicos poco a poco, como usted sabe muy bien. Y no cabe la menor duda de que también estará repleto de artilugios producto de la Antigua Ciencia. Será un auténtico tesoro volador, y le pertenecerá a usted en exclusiva.

—¿Y dónde tiene exactamente oculto este Señor virgen? —preguntó con sequedad el señor de la guerra.

—No es un Señor, sino un Ángel Celestial —le corrigió Milo—. Y su hogar actual es el Paraíso, naturalmente.

Milo sonrió y señaló hacia arriba.

—¿De veras piensas asociarte con ese..., con ese ser? —preguntó Jan.

Milo continuaba atiborrándose de comida, usando los dos instrumentos que llamaba «palillos» con gran destreza. Aguardó impaciente a que respondiera, paseando por la pequeña habitación para el servicio que les habían destinado. Por fin, Milo lanzó un ruidoso eructo con aire de satisfacción.

—¡Maravilloso! —exclamó—. Comer platos japoneses otra vez después de tantos años. ¿Estás segura de que no quieres más? Sólo has comido un poco de arroz.

—No tengo hambre. Además, todos los demás platos llevan carne.

—No, de ninguna manera. —Cogió un cuenco de la mesa y se lo tendió—. Prueba este pescado.

Jan miró los relucientes pedazos de pescado blanco con expresión de asco.

—La carne de pescado sigue siendo carne.

—Cierto —dijo Milo, y se llevó un pedazo a la boca. Ella le contempló con desagrado.

—¿Vas a contestar a mi pregunta?

—Todo a su debido tiempo. Siéntate e intenta relajarte. Los acontecimientos de hoy han desembocado en una conclusión muy satisfactoria.

—Para ti, quizá.

—Y para ti también. De entrada, aún conservas la piel, a pesar de tus feroces esfuerzos por perderla. Podría haberte matado con mis propias manos cuando empezaste a decir tonterías.

—No pude evitarlo. Me puso furiosa que tocara de aquella manera la cabeza de lady Jane, como si fuera uno de sus juguetes.

—A lady Jane no podía importarle ya. ¿Por qué tenías que molestarte? —preguntó Milo, mientras devoraba más pescado.

—¿No tienes respeto por los muertos?

—No respeto demasiado a los vivos, y no trato a los muertos de una forma diferente —sonrió Milo.

Jan le miró y asintió.

—Sí, en realidad no eres diferente de él. Los dos sois unos asesinos, sólo que él mata en gran escala.

—Ésa no es forma de hablar a tu protector. De no ser por mí, en este momento estarías padeciendo las agonías de los condenados. Dijo en serio lo de despellejarte; no trataba tan sólo de asustarte.

—Sí, lo sé —dijo Jan, y se estremeció. Se pasó los brazos alrededor del cuerpo.

Milo le dirigió una sonrisa burlona.

—Habría sido una gran tragedia que hubiera cumplido su amenaza. Tu piel es una

de tus mejores cualidades. Es una pena que hayas decidido volver a cubrirte casi toda. Te prefería vestida de Aristo.

—Bien, pues yo no.

Cuando Milo y ella habían sido conducidos a la habitación, le pidió que solicitara a su escolta una muda. Al principio, le habían traído un complicado vestido similar al que llevaban las mujeres sentadas a los pies del señor de la guerra. Se quedaron asombrados cuando lo rechazó y pidió que le proporcionaran ropas de hombre. La segunda vez le trajeron las prendas que ahora llevaba: chaqueta y pantalones sueltos de color negro. El único problema consistía en que la chaqueta carecía de botones u otros cierres, y el único medio de mantenerla cerrada era un cinturón de tela que no servía para nada. Aun así, se sentía muy cómoda con las prendas, después de los ajustadísimos trajes Aristo.

Milo terminó el pescado y cogió otro cuenco.

—Algas marinas —explicó con entusiasmo—. Puedes comerlas sin violar tus principios minervanos.

—Ya te he dicho que no tengo hambre. Estoy demasiado tensa y preocupada.

—¿Qué te preocupa? No corremos un peligro inminente, tenemos comida, cobijo y una cama caliente. Todo marcha como había planeado.

—No estoy tan preocupada por mí como por Ceri. ¿Por qué no haces lo que te he pedido y averiguas si se encuentra a salvo?

—Porque de momento ya he pedido bastantes favores al señor de la guerra y a sus esbirros. No quiero tentar mi suerte dándole la lata sobre el paradero de una criada, aunque sea tu amante.

—No lo es —replicó Jan, ruborizándose.

Milo lanzó una carcajada.

—Tendrías que verte, amazona. El auténtico rubor del amor. Señor, qué vida sexual tan intensa has llevado en los últimos meses: el príncipe Caspar, lady Jane y tu preciosa ninfa del mar. Qué diferencia de aquella amazonita sexualmente reprimida que llegó a bordo del *Lord Pangloth*.

—Ya sabes por qué me acosté con Caspar y lady Jane —dijo Jan, furiosa—. Y te equivocas respecto a Ceri. Sí, admito que estoy enamorada de ella, pero no somos amantes. Ella lo quiso así.

—¿No te has acostado nunca con ella? —preguntó Milo, con una sonrisa astuta.

—Eso no es de tu incumbencia.

—Me lo imaginaba —dijo Milo, y volvió a reír.

Jan luchó por controlar su ira.

—Milo, por favor, te ruego que me ayudes a averiguar qué ha sido de ella.

Milo dejó los palillos sobre la mesa (ya había vaciado todos los cuencos) y la contempló con aire pensativo.

—Muy bien —se rindió por fin—, pero a cambio quiero hacerte el amor. Ahora. Aquí. —Señaló la cama—. ¿Qué contestas?

La idea de mantener contacto físico con Milo la estremeció de asco. Su reacción automática fue gritar «no», pero se contuvo; debía pensar en Ceri.

—Si eso es lo que quieres, adelante —dijo, tras una larga pausa.

Milo entornó los ojos.

—¿Por qué será que detecto un extremo desagrado? ¿Por qué te resulto tan poco apetecible? Al fin y al cabo, fuiste capaz de superar tus manías sexuales minervanas y acostarte con el príncipe Caspar, uno de los principales responsables de la destrucción de tu pueblo. ¿Acaso me consideras físicamente ofensivo? No será por mi olor, porque no tengo ninguno.

Jan le consideraba físicamente ofensivo, pero no sabía muy bien por qué. Y no se trataba sólo de su cuerpo, sino del conjunto de su persona. Cuanto más le conocía, más la inquietaba; cada vez estaba más convencida de que Milo estaba en lo cierto cuando afirmaba que ya no era humano. Parecía enorgullecerse de este hecho, pero despertaba en ella un miedo atávico... y repulsión.

—¿Y bien? —preguntó él, impaciente.

—Escucha, accedo a hacer el amor contigo a cambio de que localices a Ceri, pero dejemos aparte mis sentimientos personales. Tampoco te han interesado demasiado hasta ahora.

Empezó a deshacer el nudo del cinturón.

Milo levantó una mano.

—No te molestes. Sólo te estaba poniendo a prueba. Para divertirme. Hoy he abusado tanto de mí que mi libido está tan muerta como una pila gastada. Hacer el amor contigo me resultaría tan fácil como volar. No es nada personal.

Jan experimentó una oleada de alivio y decepción al mismo tiempo.

—¿Y Ceri?

—Olvídala —replicó el hombre con frialdad—. Si continúa viva, ya la habrán trasladado a *La Brisa Perfumada*.

Señaló las luces del otro Señor del Cielo, visible por la pequeña ventana. Las dos grandes naves flotaban una al lado de la otra, aseguradas por un laberinto de cables. Los dos cascos estaban conectados por precarias planchas de madera. Milo y Jan habían presenciado antes el traslado de los súbditos del *Lord Pangloth* a *La Brisa Perfumada* mediante aquellas mismas planchas.

—Bastardo —dijo Jan, echando chispas por los ojos—. Bastardo cruel. ¿Cómo voy a olvidarla? Ella significa todo para mí.

Milo se sirvió una taza de la bebida llamada sake. Vació la taza.

—Has de ser realista. Pongo en peligro mis planes al incluirte en ellos. Es imposible que lo consiguiéramos los tres.

—¿Conseguir qué?

—Bajar a tierra. Huiremos de la nave. Aún no, por supuesto, sino dentro de dos días, cuando nos acerquemos a las ruinas del espacio puerto de Armstrong.

—¿Por qué? —preguntó Jan, confusa—. Pensaba que ése era el lugar al que querías ir. Dijiste al señor de la guerra que el aparato de comunicaciones estaba allí.

—A pesar de todo, Jan, eres una ingenua —suspiró Milo—. ¿De veras piensas que confío en ese hombre? En cuanto consiga lo que desea, ordenará mi ejecución. Adivino cómo lo hará: me invitará a una comida o aperitivo de celebración, de repente aparecerán aquellos guerreros armados con fusiles automáticos y me coserán a balazos. —Milo aprobó la estratagema con una sonrisa—. Además, está como una chota.

—¿Qué?

—Me refiero a que sus sospechas acerca de los lazos cada vez más tenues que le atan a la realidad son correctas.

Milo se sirvió más sake.

—No entiendo —dijo Jan—. Todo lo que le contaste sobre el Señor que viste en el cielo..., ¿era mentira?

—Cada palabra era cierta.

Milo había descrito al señor de la guerra cómo lo habían descubierto él y los demás tripulantes de la nave procedente de Marte.

—Fue después de que yo saboteara el depósito principal de combustible y tomáramos la decisión de dirigirnos a la Tierra, pues no había la menor esperanza de llegar a Starshine. Nos encontrábamos todavía a unos veintitrés mil kilómetros de distancia cuando nuestro radar detectó un objeto grande delante de nosotros. Era tan enorme, que pensamos al principio en otro hábitat, aunque no había noticias de que se hubiera construido un quinto hábitat espacial. Después, nuestro ordenador encontró la solución entre sus datos. El objeto era Paraíso, el nombre con que se había bautizado la gigantesca fábrica donde se habían construido los Ángeles Celestiales.

»Se suscitó una apasionada discusión. La mayoría se inclinó por utilizar cierta cantidad de nuestras preciosas reservas de combustible para cambiar el rumbo y llegar a Paraíso. Pensaban que en la fábrica tal vez habría combustible almacenado. Yo me opuse, por supuesto, porque lo último que deseaba era proseguir el viaje hasta Starshine. Perdí la votación y tuve que resignarme a los deseos de los demás.

»Tuve que admitir, cuando entramos en la órbita de la fábrica y nos acercamos a ella, que Paraíso constituía una visión impresionante. Un inmenso esqueleto cilíndrico de tres kilómetros de largo y rodeado por una serie de receptores solares. Pero lo más sorprendente fue lo que pudimos ver en su interior: un Ángel Celestial.

»Después, nos llevamos otra sorpresa. Cuando nos aproximamos recibimos una llamada por radio desde Paraíso, preguntando quiénes éramos. Durante un terrible

momento pensé que el lugar estaba habitado, pero se trataba de un ordenador que enviaba una señal. Nos identificamos y solicitamos permiso para aterrizar, pero, como no pudimos transmitir el código de autorización correcto, el ordenador negó el permiso.

»Entretanto, yo bucé en mis recuerdos de Paraíso y logré ciertos resultados. Recordé que Paraíso siempre había funcionado casi por completo automáticamente. Había algunos supervisores humanos, pero la construcción de los Ángeles había sido llevada a cabo por robots bajo el control de un ordenador central.

»También recordé que la fábrica había sido abandonada mucho antes de las Guerras Genéticas, cuando la demanda de más Ángeles desapareció, debido a que la situación en el Tercer Mundo había mejorado, gracias a la revolución genética. Desde luego, no recordaba que se hubiera abandonado un Ángel en el complejo.

»La única solución posible del misterio era que el ordenador hubiera continuado el programa de construcción después de que los humanos se marcharan. La fábrica estaba viva a todos los niveles; el paraguas antimeteoritos electromagnético seguía funcionando, y cuando nos acercamos más vimos robots en forma de araña que correteaban por la fábrica y sobre el casco del Ángel. Asimismo, cuando intentamos aterrizar, el ordenador lo impidió. Como estábamos agotando nuestras reservas de combustible, no tuvimos otro remedio que abandonar y continuar hacia la Tierra, con gran alivio por mi parte.

»Desde entonces, he pensado a menudo en ese Ángel virgen. Y se me ocurrió una idea. Ese ordenador que dirige la fábrica aguarda una señal de la Tierra, indicando que envíe a su destino el Ángel terminado. Recuerdo que el procedimiento de descenso también es automático. De modo que envió la señal correcta, aguardo un poco y después, ¡zamm!, un Ángel nuevecito descenderá del cielo. El problema consiste en encontrar la señal correcta y los medios de enviarla.

—¿Y cree haber dado con la solución? —había preguntado a Milo el señor de la guerra.

—En efecto. Otra cosa que recordé sobre los Ángeles del Cielo era que se hallaban bajo el control de un centro de mando de las Naciones Unidas. Me bastaba con descubrir el lugar, trasladarme a él y enviar la orden apropiada a Paraíso.

—¿Y cómo sabe que ese centro de mando sigue funcionando, después de tanto tiempo?

—Porque he establecido contacto con él o, mejor dicho, con el ordenador que lo dirige. Es lo que estaba haciendo en la sala de control del *Pangloth* cuando sus guerreros llegaron. Desde que estoy en esta nave empecé a pensar en un método de acceder a la sala de control. Pensaba que existía alguna posibilidad de que el ordenador del *Pangloth* aún estuviera conectado con el centro de mando. El problema era que no se me ocurría ninguno, pero entonces llegó mi compañera aquí presente y

se integró en los Aristos. Gracias a ella descubrí una terminal que funcionaba en la sala de control, lo cual me dio muchos ánimos, pero ninguna variación de los posibles códigos de acceso para lograr una respuesta del ordenador al mando dieron fruto. O el ordenador al mando hacía caso omiso de la señal, o la señal no llegaba porque el equipo del *Pangloth* o del centro estaba averiado. Comprendí que Jan tardaría una eternidad en probar combinaciones. Necesitaba ocuparme personalmente de la terminal.

»Y cuando usted y *La Brisa Perfumada* llegaron hoy, me concedieron la oportunidad perfecta. No tardé mucho en probar los diferentes códigos y recibí una respuesta del ordenador del centro, tal como esperaba. Pregunté dónde estaba y me lo dijo. El centro de mando se halla en el espaciopuerto de Armstrong, en la costa este, a unas veinticuatro horas de vuelo. En cuanto lleguemos a un acuerdo, le proporcionaré las coordenadas exactas.

—Cuando llegue a ese centro de mando, ¿cómo descubriré la señal que traerá de vuelta a la Tierra al Señor del Cielo nuevo?

—Esa información estará almacenada en el ordenador del centro. Estoy seguro de que podré sonsacársela, con tiempo y paciencia. Bien, Shumi Horado, señor de la guerra en el cielo, ¿hacemos un trato?

El señor de la guerra había accedido, por supuesto.

—... pero, si todo lo que le dijiste es cierto, le darás la nueva nave a cambio de nada —dijo Jan, intrigada.

—Bueno, no todo era verdad —sonrió Milo—. El centro de mando no está en el espaciopuerto de Armstrong, sino en una ciudad cercana. En lo alto de un edificio llamado la Torre Celeste. Ahora me acuerdo. Muy llamativo. Será fácil encontrarlo en cuanto lleguemos a la ciudad.

De repente, Jan se sintió muy cansada. Se derrumbó en una silla.

—¿Y cómo vamos a llegar a esa ciudad? —preguntó.

—Volaremos hasta allí.

—¿De veras? ¿En qué? ¿Tenemos un tercer Señor del Cielo escondido en algún sitio?

—Volaremos a la ciudad en uno de esos planeadores japoneses.

—Oh, Dios Madre, no hablarás en serio...

Milo asintió.

—Parecen increíblemente peligrosos.

—Tonterías. Son muy divertidos. Hace mucho tiempo volaba en artilugios similares para divertirme. Les llamábamos alas delta. Eso fue antes de que lograra la inmortalidad, desde luego. Después, ya no quise arriesgarme...

—¿De qué riesgo hablas? Has dicho que no eran peligrosos...

—Bueno, hay accidentes. Cuando eres inmortal, cambia tu actitud en lo tocante a

correr riesgos. Tienes más que perder.

—Me lo imagino —replicó ella con sequedad. Entonces, se le ocurrió otra idea—. ¡Tienes la intención de que entremos en una ciudad! ¿Y las esporas letales?

Milo se encogió de hombros.

—Hay que correr ese riesgo, pero, si tenemos suerte, no será necesario tocar el suelo. Nos posaremos en lo alto de la Torre Celeste.

—Correr el riesgo. Acabas de decir que evitas los riesgos —indicó Jan.

—En la vida no es posible evitar todos los riesgos.

Jan le dirigió una mirada suspicaz.

—¿Por qué tengo la sensación de que seré la única que afrontará el peligro de las esporas letales? ¿Estoy en lo cierto al pensar que tu inmortalidad lleva incluido un sistema de inmunidad totalmente efectivo?

—Dudo de que algo así sea posible, pero, sí, admito que mi sistema de inmunidad es más eficaz que el tuyo. No te preocupes, las probabilidades de toparnos con una zona emponzoñada son muy remotas.

—Eso no es lo que he oído —murmuró ella.

Milo bostezó.

—En cualquier caso, sólo por ese motivo ya deberías olvidarte de Ceri. En el planeador sólo cabemos dos.

—No pienso olvidarme de ella —afirmó Jan.

—Muy bien. Quédate aquí, si quieres. Estoy seguro de que te gustará la vida de *geisha*, atendiendo los caprichos de los samuráis de Horado. Si crees que era duro ser mujer al servicio de los Aristos, espera a sufrir en tus carnes la variedad japonesa.

No hacía falta que se lo dijera. Lo poco que Jan había visto de la vida en la sociedad de Horado bastaba para convencerla de que las mujeres no gozaban de la menor consideración. Estaban totalmente sometidas a los hombres.

—¿Y bien? —preguntó Milo.

—No, no quiero quedarme aquí —admitió—, pero no puedo abandonar a Ceri. No puedo...

Milo se rascó la calva y frunció el ceño.

—Escucha, no puedo darte mi palabra, pero quizá se la consigamos comprar a Horado más adelante.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jan, esperanzada.

—Bueno, quizá podamos hacer un trato con Horado cuando nos apoderemos del Ángel Celestial. Ofrecerle tecnología de la Antigua Ciencia a cambio de tu sirena.

—¿De veras crees que accederá?

—Lo veo lógico, pero recuerda que no te garantizo nada.

Jan le miró con dureza.

—Milo, quiero que me prometas, que me jures por lo más sagrado, que, si tu plan



sale como has imaginado, intentarás hacer lo que has dicho.

Milo suspiró.

—Muy bien, tienes mi más sincera promesa. Ahora, pongamos fin a esta conversación y vayamos a la cama. Necesito dormir. —Se levantó y empezó a quitarse el quimono—. Si quieres, puedes compartir la cama conmigo. Como ya te he dicho, en estos momentos me siento incapaz de pensar siquiera en el sexo, de modo que te dejaré tranquila.

—Si no te importa, prefiero dormir sola. En el suelo.

Milo se encogió de hombros.

—Como quieras.

Milo, sin otra prenda que una especie de taparrabos, se metió en la única cama y apagó la luz.

Jan se quedó en la silla.

—Milo, ¿por qué me llevas contigo? —preguntó al cabo de un rato.

—Somos socios, ¿recuerdas? Hicimos un trato. Tú me ayudaste y yo te ayudo ahora.

—Sin embargo, tengo la impresión de que nunca has cumplido tu parte de los tratos. Ya no me necesitas, así que no te costaría nada dejarme aquí.

—¿Quién dice que ya no te necesito?

—Milo, nunca seré tu amante.

—Ya lo veremos —dijo el hombre, tras unos segundos de silencio—. Cosas más raras se han visto.

Jan continuó sentada en la oscuridad unos minutos, y después volvió a hablar.

—¿Milo?

—¿Qué pasa ahora? Estoy intentando dormir.

—El señor de la guerra mencionó a una mujer. Miranda. ¿Quién era?

Milo tardó largo rato en contestar.

—Era alguien muy especial para mí —respondió después.

—¿Estabas enamorado de ella?

—El amor no existe, pero digamos que sí, me importaba más que nadie en el mundo, aparte de mí.

—¿Por qué era tan especial para ti?

—Porque era yo.

—¿Estás loca? ¡No puedes quedarte aquí! ¡Es demasiado peligroso! Hemos de irnos cuanto antes. ¡Esos imbéciles ya han destruido la sede de mi empresa! ¡No tardarán en llegar!

Milo y Miranda estaban en la Sala Marítima. Pantallas holográficas creaban la ilusión de que se encontraban en una isla tropical. Efectos sonoros y lámparas de calor encendidas contribuían a consolidar la ilusión. Miranda, vestida con chaqueta y pantalones de esmoquin, estaba reclinada lánguidamente en una hamaca colgada entre dos palmeras. Chupó la paja que sobresalía de la réplica de un coco.

—Lo digo en serio, Milo —afirmó con calma—. No voy a ir contigo. Me quedo. Aquí estaré a salvo, al menos por un tiempo. La propiedad está bien defendida. Después, no sé a dónde iré, pero lograré sobrevivir.

Milo la miró con ojos incrédulos.

—¿Qué se te ha metido en la cabeza? Sabes muy bien que no puedes sobrevivir sola. Vendrás conmigo y punto, así que levántate y ponte a hacer las maletas.

La mujer volvió a chupar la paja.

—Milo, creo que no entiendes lo que he dicho. He dicho que no quiero estar contigo nunca más. ¿Lo comprendes?

—¿De qué estás hablando? ¡No puedes vivir sin mí! ¡Soy tu vida! ¡Yo te he creado, por el amor de Cristo!

La mujer le tiró el coco falso a la cabeza. Milo se agachó y el proyectil cruzó la playa y desapareció en una de las proyecciones holográficas. Luego, se oyó el ruido de cristales rotos. Miranda saltó de la hamaca y apuntó a Milo con un dedo acusador.

—¡Sí! —chilló—. ¡Repítelo! ¡Recuérdame una vez más lo que te debo! No he parado de oírlo en mi corta vida, que el gran Milo Haze creó a la mujer perfecta a partir de una costilla de su cuerpo perfecto. ¡La mujer perfecta para Milo Haze, claro! ¡Hecha a su imagen y semejanza!

La rabia deformaba su rostro y su pecho se agitaba.

La intensidad de su furia sorprendió a Milo.

—De acuerdo, de acuerdo... —la aplacó—. Tranquila. Has estado sometida a una gran tensión y es comprensible que estés nerviosa. Sé que no sabes lo que dices. Aún me quieres tanto como yo a ti.

Se acercó a ella, deslizó las manos bajo la chaqueta abierta y acarició sus pechos. Miranda apartó sus manos con brusquedad y retrocedió.

—¡No te quiero, y tú no me quieres! ¡Sólo te quieres a ti mismo! —gritó—. ¡Ésa es la cuestión! ¡La cuestión vital de mi existencia! No hacemos el amor cuando estamos en la cama... ¡Te limitas a masturbarte!

—No hables así, Miranda —dijo él con frialdad.

—¿No es maravillosa la ciencia? —continuó la mujer, en el mismo tono desdeñoso—. En otros tiempos, a un hombre le bastaba con su mano, pero ahora, por la módica cifra de mil millones de dólares, más o menos, puede conseguir algo como yo: un clon femenino de sí mismo, criado en un útero artificial, sometido a crecimiento acelerado y provisto de recuerdos implantados, todo ello en el espacio de seis años. El juguete definitivo para los hombres con complejo de Narciso hiperdesarrollado. ¡A eso le llamo yo progreso!

Sus palabras le hirieron.

—Miranda, yo no te considero así. Eres tan real como yo...

—Oh, muchísimas gracias —replicó ella con sarcasmo—. Viniendo de ti es un auténtico cumplido.

Milo respiró hondo. Deseaba asir a Miranda y borrar de su cara aquella expresión condescendiente y presumida, pero sabía que sería imprudente perder la calma. Esta extraña actitud tenía que ser una aberración emotiva pasajera, que podría disipar con su elocuencia si no perdía los estribos.

—Miranda, nuestra relación es muy especial —dijo con gravedad—, es única. Nuestra relación es más íntima que la de cualquier pareja del mundo.

—Si ésa es la máxima intimidad posible entre dos personas, que Dios se apiade de la humanidad —se burló Miranda.

—¡No puedes negarlo! Me quieres tanto como yo a ti. No tienes alternativa, fuiste...

Se interrumpió, comprendiendo que había cometido una equivocación. Ella completó la frase por él.

—... condicionada para quererte. Sí, soy muy consciente de eso, Milo. Te quise en un tiempo, pero el condicionamiento ya no funciona. No funciona porque ya no eres el mismo hombre.

—¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando de todas esas «mejoras» a que te has sometido. Han provocado en ti un efecto acumulativo. Te han cambiado en aspectos que no sospechabas. De hecho, empiezo a creer que ya no eres humano.

—¡Monsergas! —gritó él—. ¡Has bebido más de la cuenta!

—No. Estoy diciendo la verdad. Has cruzado una frontera invisible, la que separa al ser humano de otra cosa. Te has apartado de la raza humana, Milo.

—¡Tonterías! Admito que he cambiado, ¡pero sigo siendo humano! —protestó.

—¿Humano? ¿Qué ser humano es incapaz de sentir dolor? ¿Qué ser humano es incapaz de sentir miedo, pánico, terror?

—¿Por qué la ausencia de esas debilidades humanas me convierte en menos humano? ¿Por qué hay que definir a la humanidad por su capacidad de experimentar dolor, miedo y terror?

—Podría darte miles de razones, pero la principal es que, si eres incapaz de sentir miedo o dolor, no puedes sentirte solidario con el resto de nosotros. Y eso te separa de los demás. Te has aislado del resto de la humanidad.

Milo meneó la cabeza.

—No, no, tú no lo entiendes. Recuerdo muy bien lo que significa sufrir las aflicciones de lo que se llama la humanidad. ¡Creo que aún me dais más pena! No sabes lo que te estás perdiendo, Miranda. Desde que me sometí a la última serie de mejoras, me siento liberado por completo. Tú podrías ser igual que yo, de no ser por tu obstinada estupidez.

—Te agradezco de nuevo el don de la inmortalidad, Milo, pero los demás dones que me ofreciste no me interesaban para nada.

—Algún día te arrepentirás de haberlos rechazado.

—Te prometo, Milo, que ese día nunca llegará. Es posible que sea un eco genético de ti, pero aún soy humana. Y quiero continuar así.

Milo notó que empezaba a perder el control de sus nervios. Le costó un gran esfuerzo mantener alejadas sus manos de ella.

—No me cansaré de repetírtelo: soy humano. Superhumano, sí, pero básicamente humano.

—Puede que te lo creas, Milo, pero no lo eres. No ves en lo que te has convertido. La personalidad humana es el resultado de un proceso biológico infinitamente complicado, y la ciencia ha de recorrer un largo camino antes de desbaratarlo. No es posible mutilar grandes fragmentos del sistema, como tus ingenieros genéticos hicieron contigo, sin destruir algo vital... —Miranda asintió—. Sí, sí, eso es... En cierto sentido, te has suicidado, Milo. —Lanzó una repentina carcajada—. No deja de ser irónico. Tanto dinero y esfuerzos para convertirte en superhombre, y resulta que, de paso, has cometido una forma de suicidio. Vas por el mundo pensando que eres inmortal, pero estás muerto por dentro y los gusanos ya están devorando tu alma.

—¡Cierra el pico! —estalló Milo, y levantó la mano para golpearla—. ¡No escucharé más tonterías supersticiosas! Por última vez, ¿vas a venir conmigo o no?

—No, Milo. Ya no puedo soportar tu presencia. No sólo me repugna tu personalidad alterada, sino también tu físico. Esas «mejoras» te han deteriorado a un nivel muy sutil. No miento cuando digo que me asqueas. Y lo digo con todas tus células que componen mi cuerpo.

Milo bajó poco a poco la mano. La miró fijamente en silencio durante mucho tiempo; después, dio media vuelta y se alejó por la «playa». Atravesó una proyección holográfica y luego la puerta. Subió en el ascensor hasta el garaje del tejado. Cuando entró, salió a recibirle uno de los ciberoides más pequeños.

—Buenas noches, señor Haze. ¿Va a salir?

—Sí —contestó, y se encaminó hacia el avión. No tenía ningún plan determinado

en su mente, tan sólo una vaga idea de salir del estado. ¿Y después? Bueno, a la velocidad con que avanzaban las nuevas plagas, tal vez debería pensar en salir del planeta.

—Una noche deliciosa para volar —comentó el ciberoide, siguiéndole.

—Cierto —respondió Milo, y sonrió.

Ya iba a subir al vehículo cuando tuvo una idea. Miró el avión de Miranda, aparcado al otro lado del garaje, y lo señaló con el dedo.

—Desmonta ese vehículo —ordenó—. Desmonta el panel de mantenimiento y destruye el mecanismo de transmisión.

—Pero, señor, es una parte integrante de la propiedad que estoy programado para proteger —dijo el ciberoide, con un ronroneo monótono y cortés.

—Pues anulo tus instrucciones programadas. Haz lo que digo.

—Muy bien, señor.

El ciberoide se acercó al avión de Miranda, abrió el panel posterior e introdujo su manipulador articulado. Se oyó un ruido de metal al ser aplastado. Milo, satisfecho, se dispuso a entrar en su avión, pero se detuvo de nuevo. Oyó algo. ¿Un murmullo lejano?

No. Recordaba más a un coro de furiosos bocinazos. Caminó hacia las puertas del garaje y apretó el botón de control manual. Las puertas se deslizaron a un lado y salió al tejado. Percibió el sonido con mayor claridad. Sabía qué lo provocaba, pero llamó al ciberoide para que confirmara su sospecha.

—Gente —respondió el ciberoide—. Muchas personas. Vienen hacia aquí.

—Sí —dijo Milo.

Se asomó al parapeto, escrutó sus jardines y clavó la vista en el muro. Las diferentes luces de colores de su sistema defensivo centelleaban.

—¿Espera visitantes, señor? —preguntó el ciberoide.

—No, pero mi mujer sí. Ella les atenderá.

Volvió corriendo al garaje.

—¿Cuántos invitados espera su mujer? A juzgar por el ruido, acuden cientos de personas.

—No te preocupes. Estoy seguro de que Miranda les atenderá debidamente. Le gustan las fiestas grandes.

Milo entró en el avión. La escotilla acorazada se cerró y Milo ordenó al ordenador de a bordo que elevara el vehículo a unos trescientos metros y planeara.

Milo, desde aquella altitud, y gracias a los sensores, vio con toda claridad lo que ocurría. El ciberoide había subestimado el número de congregados. Miles de personas se desplazaban por el bosque hacia el muro norte. Milo supuso que venían de Luxton, la ciudad más cercana a su propiedad. Le habían informado de que la plaga se había abatido sobre la ciudad.

Enfocó en un grupo uno de los zooms. Todos iban armados. Pistolas, hachas, herramientas de jardinería. Milo sonrió para sí. Recordó una escena habitual de las antiguas películas de terror: la horda de campesinos furiosos dispuesta a destruir el castillo del vampiro o científico loco de turno. Sólo faltaban las antorchas.

La amplia e irregular vanguardia de la turba se encontraba a unos cien metros del muro. Milo decidió facilitar la tarea a los atacantes. Conectó con el ordenador de la casa y tecleó la orden codificada que anularía todas las órdenes previas y desactivaría los sistemas defensivos, a excepción de los ciberoideos, que actuaban como unidades autónomas. Después, se reclinó en el asiento para presenciar el espectáculo.

No tardaron mucho en invadir la finca. Primero, varias explosiones abrieron brechas en varios puntos del muro, y luego la muchedumbre penetró en los jardines. Allí se topó con la primera oposición auténtica, tres de los grandes ciberoideos encargados de vigilar los terrenos, que saludaron a la turba con una devastadora descarga de ametralladoras y rayos láser. Cientos de atacantes murieron durante los treinta segundos iniciales, pero seguían entrando tantos, que los ciberoideos no tenían la menor posibilidad de detener la invasión. La masa de cuerpos cayó sobre ellos, los arrojó al suelo y destrozó, hasta que sólo quedaron bultos informes de plástico y metal. La horda avanzó hacia la casa.

Tuvo un capricho perverso y conectó con el sistema de inspección audiovisual del interior. Vio que Miranda continuaba en la Sala Marítima, pero los efectos especiales ya no funcionaban y se había asomado a una ventana. Pronunció su nombre y la mujer se volvió hacia la unidad de inspección que había activado.

—¿Milo? —preguntó, angustiada—. ¿Eres tú? ¿Qué pasa? ¿Por qué no funcionan las defensas?

—Será alguna avería, o quizás un sabotaje. No te queda mucho tiempo. Ve a tu avión de inmediato. No te molestes en hacer la maleta.

—¿Dónde estás?

—A unos trescientos metros sobre la casa. Reúnete conmigo, y rápido.

La mujer miró una vez más por la ventana y salió corriendo de la sala. Milo sonrió satisfecho y cortó la conexión. Se oyó otra explosión. Surgió humo de la parte delantera de la casa. Entrarían en la planta baja de un momento a otro. No les llevaría mucho tiempo...

Apuntó un sensor a las puertas del garaje del techo. Y aguardó.

Miranda salió por ellas un minuto después y miró hacia el cielo. Milo apuntó el zoom a su cara. Tenía los ojos dilatados de miedo. Supuso que la turba le pisaría los talones. Imaginó lo que habría sentido al descubrir que el avión no funcionaba. Sonrió de nuevo.

Miranda corrió hacia el techo del garaje, agitando los brazos frenéticamente. Habría visto sus luces. Después, vio destellos en el garaje. El ciberoide de la casa

cumpliendo su tarea, pensó Milo. O quizás estaba intentando servir canapés a los «invitados» y no podía comprender por qué le disparaban. Al imaginarse la escena, rió a carcajada limpia.

El primer atacante salió por las puertas del garaje. Un hombre, armado con un rifle automático. Le siguió una mujer, que empuñaba un machete. Aparecieron más...

Miranda continuaba corriendo, pero estaba acorralada, a menos que saltara por el tejado. La atraparon en una esquina. Movi6 los brazos en su direcci6n. Milo se inclin6 hacia adelante y apag6 las luces del veh6culo. Clav6 la vista en la pantalla, mientras descuartizaban a Miranda. S6lo cuando desapareci6 por completo, oculta por la muchedumbre, se dio cuenta de que ten6a una imperiosa erecci6n.

Se lanz6 en picado sobre los atacantes. Estuvo sobre ellos antes de que comprendieran lo que ocurr6a. Mat6 a todos los que se encontraban en el tejado con sus l6sers y ca6ones. Despu6s, arroj6 una bomba sobre la casa y se alej6 en direcci6n al sur.

Breves destellos de luz iluminaban las altas torres de la lejana ciudad. Jan estaba asombrada. Jamás había visto una ciudad y el tamaño de ésta la impresionaba profundamente. ¿Cómo era posible construir edificios que casi tocaran el cielo sin que se derrumbaran? Y pensar que, en otros tiempos, aquellos edificios estaban llenos de gente...

Costaba imaginar que tanta gente hubiera vivido al mismo tiempo.

—Debieron de vivir miles y miles de personas ahí —dijo a Milo.

—¿Cómo? —preguntó él, distraído.

Se había sumido en un silencio extraño durante los últimos minutos que llevaba apoyado en la barandilla, contemplando la ciudad con semblante pensativo. Jan repitió sus palabras.

—No, muchas más —contestó Milo—. Su población sobrepasaba los seis millones de habitantes.

—¿Seis millones?

Jan sacudió la cabeza, sin creerle.

—Es verdad. Conocía muy bien la ciudad. La última vez que la vi estaba en plena efervescencia. Brillaban miles de luces en todas esas torres... Se movían aviones en el cielo, había tráfico en las calles...

Volvió a guardar silencio.

Jan adivinó que estaba reviviendo recuerdos de aquellos siglos pasados y sintió un poco de pena por él.

—¿Esa gran torre del centro es nuestro objetivo? ¿La Torre Celeste?

—Ssss —la advirtió, mirando hacia su omnipresente escolta, dos silenciosos samuráis que se hallaban a unos tres metros de distancia.

Jan y Milo tenían, en teoría, permiso del señor de la guerra para ir a donde quisieran dentro de las zonas públicas del *Lord Pangloth*, pero siempre que abandonaban su camarote les seguían dos guerreros. Milo dudaba que entendieran el americano; estaba seguro de que sólo el señor de la guerra conocía ese idioma, pero no podían permitirse el lujo de hablar sin ambages delante de ellos.

—Habla en voz baja —dijo, acercando la cabeza a la suya—. Sí, ésa es la Torre Celeste. Sólo espero que no despierte viejos recuerdos en la mente de nuestro amigo Horado.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó Jan.

La ciudad parecía muy distante y la idea de recorrer los kilómetros que les separaban de ella en uno de aquellos planeadores japoneses le revolvió el estómago. Y la ciudad se alejaba a cada momento, pues el *Lord Pangloth*, después de rodearla, volaba hacia el lugar conocido como espaciopuerto de Armstrong.



—Cuando haya anochecido —susurró Milo.

—¿Y cómo nos veremos? —preguntó la joven, preocupada.

—¿No te lo he dicho? Yo veo perfectamente en la oscuridad.

Nada de lo que dijera Milo podía ya sorprenderla.

—Sí, pero yo no —contestó.

—No te preocupes. Yo conduciré. Limítate a seguir mis instrucciones y todo saldrá bien. Nuestro único problema es la tormenta que asoma por aquellas colinas. Esperemos que se desplace en otra dirección.

—¿Y nuestro otro problema? —preguntó Jan, ladeando la cabeza para indicar a los guardias de rostro solemne, que fingían estar observando la ciudad, y no a ellos.

Milo echó un breve vistazo en su dirección y se encogió de hombros.

—No hay problema. Al contrario, nos servirán de ayuda. Al menos uno.

No se explicó más y Jan tampoco preguntó. Sabía que no tardaría en averiguar lo que fraguaba. Que disfrutara de este pequeño interludio melodramático.

La ciudad se alejaba cada vez más y a Jan pronto le costó distinguir las torres durante los intermitentes centelleos de sus luces. Lo que veía con toda claridad eran las luces del *Lord Pangloth*, que seguía a *La Brisa Perfumada* a una distancia de unos dos kilómetros. Pensó de nuevo en Ceri. ¿Estaría en el *Lord Pangloth*, o continuaría en *La Brisa Perfumada*? ¿Qué le estaría pasando en este preciso momento?

Formularse estas preguntas sólo consiguió acrecentar su angustia acerca de Ceri, y Jan intentó alejarla de su mente. Miró a Milo, que escrutaba en silencio la lejanía. Otra pregunta pasó por su cabeza: ¿qué hacía poniendo su vida en manos de este extraño ser, en quien ya sabía que no podía confiar? Cuantas más cosas descubría sobre Milo, más la fascinaba e inquietaba. Y sin embargo, aún no podía discernir la verdad de la mentira, inventada por oscuros motivos, acerca de los viejos días.

Lo que había contado sobre la mujer llamada Miranda, por ejemplo, era difícil de aceptar: que era literalmente él en forma femenina, un clon crecido de una célula de Milo y manipulado genéticamente para alterar el cromosoma Y. De esta forma, Milo había conseguido casarse consigo mismo. «Un matrimonio celebrado en un milagroso tubo de ensayo», había dicho con amargo humor. Jan tuvo la impresión de que la relación con su clon no había salido como él esperaba, pero, a pesar de sus repetidas preguntas, se negó a contarle más detalles sobre Miranda. Recordó que había confirmado al señor de la guerra la muerte de Miranda, y se preguntó sobre las exactas circunstancias que habían rodeado la muerte del clon.

—Ha llegado el momento —murmuró Milo.

Sus palabras la pillaron por sorpresa.

—¿Qué...? —empezó, pero Milo ya se movía hacia los dos guardias. Les dijo algo en su idioma. Los dos fruncieron el ceño e intercambiaron una mirada cuando Milo continuó acercándose. Entonces, se desdibujó...

Los guardias no tuvieron tiempo de desenvainar la espada. Jan vio que uno caía hacia atrás. Rebotó contra la pared que tenía detrás y se desplomó de rodillas. De su nariz manaba sangre. Milo había cogido al otro por la cabeza, a la que imprimió un violento giro. Las vértebras del cuello se rompieron con un chasquido espantoso. Jan apartó la vista. Cuando se volvió, el guardia yacía de bruces sobre la cubierta y Milo estaba inclinado sobre el primero. Descargó el canto de su mano sobre el cuello del hombre. El guardia se derrumbó y permaneció inmóvil. Milo tiró los arneses con las espadas y los cuchillos envainados a los pies de Jan. Después, cargó al hombre muerto hasta la barandilla y, sin aparentar el menor esfuerzo, lo arrojó por la borda. Las tinieblas engulleron el cadáver. Milo se acercó al otro cuerpo y empezó a desnudarlo.

Todo se había desarrollado con tal rapidez, que Jan se sentía desorientada. Un momento antes estaban acompañados de dos seres vivos y ahora, en un abrir y cerrar de ojos, ambos estaban muertos. Y uno caía a tierra desde la nave...

Milo se estaba poniendo la ropa y la armadura del guerrero.

—Coge esas armas —indicó a Jan—. Las necesitarás.

Jan obedeció. Milo se puso el casco del muerto y dirigió a la joven una sonrisa desagradable.

—¿Qué tal estoy?

—Todo te va demasiado pequeño. No engañarás a nadie..., no por mucho tiempo, al menos.

—No esperaba ir y volver sin que se dieran cuenta —dijo, impertérrito—. Sobre todo cargado con un planeador por un pasillo. No obstante, el disfraz me concederá una ligera ventaja, y eso es todo lo que necesito. Hasta luego...

Cogió el cuerpo semidesnudo y lo lanzó por encima de la borda, con la misma facilidad que el anterior. Después, desapareció por la escotilla.

Jan suspiró y se apoyó en la barandilla, intentando ocultar las armas con su cuerpo por si un japonés aparecía en cubierta mientras Milo estaba ausente. Bajo la chaqueta llevaba una botella de agua y una bolsa que contenía varios pasteles de arroz. Sabía que los próximos diez minutos iban a ser larguísimos. Era el tiempo que Milo había calculado para llegar al almacén de planeadores más cercano, robar uno y volver a cubierta. Se preguntó qué haría si no regresaba. ¿Se clavaría un cuchillo? ¿Saltaría? Cualquier cosa antes que caer en manos del señor de la guerra, que sin duda estaría furioso por la traición de Milo.

Como era de esperar, el tiempo transcurrió con agonizante lentitud. Las palmas de sus manos empezaron a sudar y cualquier ruido la sobresaltaba. ¿Dónde estaba Milo? Ya habían pasado más de diez minutos...

Otro sobresalto. Alguien se acercaba. A la carrera. Milo salió de la escotilla. Llevaba bajo un brazo un planeador doblado, y en la otra mano empuñaba una

espada. El primer pensamiento de Jan fue que el planeador parecía ridículamente pequeño para sostener el peso de dos personas; después, observó que la espada estaba manchada de sangre.

Advirtió en los ojos de Milo la mirada de locura que ya conocía. Dibujó una sonrisa demencial en sus labios.

—Alguna dificultad más de las que esperaba —dijo—. He armado una buena trifulca, pero los supervivientes ya se habrán recuperado y vendrán pisándome los talones. No nos queda mucho tiempo.

Envainó la espada y se puso a desdoblar el planeador. A Jan le pareció que el objeto aumentaba de tamaño por arte de magia: partes de metal tubular cuadruplicaban su longitud; la tela sedosa del ala se le antojó infinita... El ala no tardó en ocupar toda la longitud de la pequeña cubierta. Milo asestó una repentina patada a la barandilla. Un par más de puntapiés y se desprendió. Jan se apartó del borde. La idea de saltar al vacío negro sujeta por un simple conjunto de seda, tubos de metal huecos y cables perdió el escaso atractivo que aún tenía.

—¡Deprisa! —la urgió Milo—. Coge las armas y encájate ese arnés.

Él ya se estaba ajustando el arnés de piel, sujeto por finos cables al centro del planeador. Jan se ciñó a toda prisa los cuchillos y las espadas y se puso el arnés. Se lo ajustó alrededor de su cintura y muslos. El planeador descansaba sobre el extremo posterior del ala; desde el centro, donde se aseguraban los cables del arnés, se extendía un triángulo compuesto por tres tubos de metal.

—Sujétate a la barra, así —dijo Milo, y asió el tubo que formaba la base del triángulo. Jan le imitó. Su corazón latía frenéticamente.

—Después de lanzarnos, mantén el cuerpo recto y haz lo que yo te diga. ¿Entendido?

—Sí —contestó ella, con la boca seca.

—Bien. Colócate en el borde y disponte a saltar con todas tus fuerzas cuando dé la señal.

Se acercaron al borde de la cubierta; el ala de seda se erguía casi por completo entre ellos.

—Cuando cuente tres —dijo Milo, y dobló sus rodillas para saltar. Jan le imitó. El viento revolvió su largo cabello y abofeteó su cara. La tela del ala empezó a oscilar.

—Uno...

Gritos furiosos detrás de ellos. Los japoneses habían llegado.

—Dos... ¡Tres!

Saber que la cubierta estaba a punto de ser invadida por una legión de furibundos japoneses desvaneció las últimas dudas de Jan. Concentró todas sus fuerzas en el salto, pero, antes de que Milo y ella se zambulleran en el vacío, sonaron disparos y una bala pasó rozándole la oreja.

Más disparos, pero para entonces Milo y ella ya surcaban el frío aire nocturno. Jan pensó durante unos momentos que caían sin control, pero luego comprendió que ejecutaban una suave maniobra descendente. Estaban volando.

—¡Carga tu peso a la izquierda! —ordenó Milo.

—¿Qué?

El planeador se estaba nivelando. El aire soplaba a tal velocidad, que las lágrimas anegaron sus ojos. Tampoco había mucho que ver.

—Inclínate a la izquierda... ¡Hacia mí! —gritó Milo—. ¡Ahora!

Jan obedeció. Notó que el cuerpo de Milo se movía en la misma dirección. El planeador se inclinó a la izquierda, y entonces se dio cuenta de que estaban girando.

—¡Muy bien, basta! —chilló Milo momentos después—. ¡Endereza de nuevo! Bien. Al menos, vamos en la dirección correcta, pero, si queremos llegar a la ciudad, tendremos que elevarnos más. Confiemos en encontrar corrientes ascendentes.

Mientras volaban, Jan descubrió que empezaba a gustarle la experiencia. Volar en silencio como una flecha a través de la noche...

—Mierda —gruñó Milo.

—¿Qué pasa?

—Un desgarrón en el ala. Un agujero de bala, o de espada.

Jan miró por encima del hombro, pero sólo distinguió la silueta del ala sobre ellos, y desde luego no vio ningún desgarrón en la tela.

—¿Es un problema? —preguntó.

—Aún no, pero va en aumento.

—Oh.

Su sensación de júbilo desapareció. Escrutó las tinieblas, intentando ver si se encontraban muy lejos de la tierra firme.

—Mierda —repitió Milo—. A este paso no llegaremos a la ciudad.

—¿Nos estrellaremos?

—Lo dudo, pero tendremos que caminar un buen rato. Y delante de nosotros se extienden los yermos.

Jan no tenía idea de cuánto tiempo había transcurrido cuando notó una violenta sacudida y estuvo a punto de soltarse.

—¡Sujétate! —aulló Milo.

Entonces, el planeador cayó en picado. Jan chilló.

Tuvo la impresión de que caían cientos de metros. De pronto, el planeador volvió a estabilizarse.

—¿Estás bien? —gritó Milo.

—Creo que sí —dijo ella, temblorosa—. Pensé que estábamos acabados.

—Estos aparatos están diseñados para detener las caídas automáticamente. El problema es que hemos perdido bastante altitud, gracias a esa turbulencia, y no veo

cómo...

El ruido de la tela al rasgarse se oyó claramente sobre el rugido del viento y el batir del ala. Después, el planeador escoró con violencia a la derecha. Esta vez no cayó en picado, sino dando vueltas sobre sí mismo. Milo gritó algo, pero Jan no entendió lo que decía.

Tal vez pasaron horas, o quizá tan sólo segundos, cuando el planeador se estrelló contra algo y Jan recibió un golpe en la cabeza que la sumió en la inconsciencia...

Cuando volvió en sí descubrió que colgaba cabeza abajo del arnés.

No se veía nada.

—¿Milo? —gimió.

No obtuvo respuesta. Tanteó a su alrededor, pero no le encontró. ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba? Al parecer, el planeador tenía el morro apuntando hacia abajo, pero ¿estaba en tierra o enredado en las ramas de un árbol alto? Se tocó la cara. Estaba pegajosa (de sangre, sin duda) y tenía un chichón en la frente, justo en el nacimiento del cabello.

—¡Milo! —gritó, en voz más alta.

Algo tosió en la oscuridad. El sonido resultó familiar a Jan. Era el que emitían los grandes felinos cuando merodeaban cerca de las murallas. Recordó dónde estaba. En las tierras asoladas por las plagas. Y, por lo visto, sola. Milo la había abandonado, o tal vez estaba muerto.

Desenvainó su espada corta. Le proporcionó cierto consuelo, pero aun así se sintió vulnerable y expuesta, colgada cabeza abajo. Movié la espada en torno suyo y localizó el arnés vacío de Milo. Luego, el arma tropezó con uno de los tubos metálicos. Consiguió agarrarlo, no sin dificultades. El planeador se inclinó levemente y se oyó un chasquido. Como sospechaba, el aparato estaba enredado en las ramas de un árbol, pero no tenía ni idea de a qué altura. Y no tardaría mucho en caer de su precario asidero.

Cuando el último cierre se soltó, el planeador se abrió y Jan cayó de súbito. Rápidamente lanzó su mano libre hacia la barra.

¡La cogió! Gruñó entre dientes cuando su cuerpo dio un giro y quedó colgado en el aire. Movié los pies, confiando en tocar el suelo, pero no fue así. ¿A qué distancia se encontraba? ¿Un metro? ¿Cinco? ¿Quince? Era la diferencia entre un esguince de tobillo, unas costillas rotas o la muerte.

Acabemos de una vez, se dijo Jan. Respiró hondo y soltó la barra.

Mientras caía encogió las rodillas, adoptando instintivamente la forma de una bola.

Cayó y cayó...

«¡Voy a morir!».

Se zambulló en algo muy blando, pero, aunque la sustancia amortiguó su caída, el

impacto fue suficiente para dejarla sin aliento. Dio unas cuantas volteretas y acabó tendida de espaldas, intentando con desesperación introducir aire en sus pulmones. La materia sobre la que había aterrizado cubría también toda su cara, e impedía que respirara con facilidad. Mientras intentaba arrancársela, el fétido olor confirmó sus sospechas...

¡Hongos!

—¡Aj! —gruñó Jan, asqueada.

Se incorporó y quitó a toda prisa la sustancia de su ropa. Después, se levantó y dio un paso vacilante. Al instante, se hundió hasta las rodillas en aquel caldo repulsivo y blando. Deseó vomitar, pero luego se dijo que los hongos habían salvado su vida. Habían impedido que se rompiera el cuello, aparte de los demás huesos de su cuerpo.

Entonces, pensó que, si ella había sobrevivido a la caída, tal vez Milo también. ¿Dónde estaba? Muy lejos ya, probablemente, pensó con amargura. Quizá la había dado por muerta, o había pensado que ella le resultaría un estorbo. En cualquier caso, la había abandonado.

Oyó de nuevo la tos felina. Más cerca. Desenvainó la espada más larga y la empuñó con ambas manos. Se volvió hacia donde pensaba que acechaba el felino. Recordó, con un escalofrío supersticioso, a la pantera negra que se había presentado ante el portal. La que había provocado la muerte de Carla. No podía ser la misma... Otro ruido. Justo detrás de ella. Jan hizo ademán de volverse, pero sabía que ya era demasiado tarde.

—¡Cuidado con eso, idiota! —la amonestó Milo.

—¡Milo! Gracias a Dios Madre... —Jan bajó la espada y una intensa sensación de alivio la invadió—. Creí que me habías abandonado.

El hombre se acercó. Jan distinguió su silueta en la oscuridad.

—Y lo hice —dijo.

—¿Lo hiciste? —preguntó la joven, sorprendida—. Pero has vuelto...

—No me preguntes por qué —respondió él con frialdad—. No lo sé. No hagas que me arrepienta de mi decisión.

El felino volvió a toser. Muy cerca.

—¿Milo...?

—Sí, lo veo. Un tigre. Dientes de sable. Grande. A unos veinte metros de distancia. —Bajó la voz—. Acaba de localizarnos. Se ha agazapado. El viento sopla en dirección a nosotros, de modo que no ha captado nuestro olor.

Jan experimentó un alivio irracional al saber que no se trataba de la pantera, aunque era muy consciente de que un tigre con dientes de sable era más peligroso. Entonces, notó que Milo se apartaba de ella.

—¿A dónde vas? —preguntó, nerviosa.

—A ninguna parte. Estoy a pocos metros delante de ti. Doy la espalda al tigre.

Jan oyó que desenvainaba en silencio una espada.

—¿Por qué le das la espalda al tigre? No le verás venir.

—¡Cállate!

Jan obedeció. Después de un silencio total, percibió un levísimo movimiento. Vio con el ojo de su mente al dientes de sable, cuyos pasos apagaban los hongos. De un momento a otro saltaría. Se puso en tensión, dispuesta a correr. Entonces, escuchó un silbido y un golpe sordo. Algo pesado cayó muy cerca. Captó un intenso olor animal.

—¿Milo...?

—Sigo aquí. Pero el gatito no.

—¿Qué ha pasado?

—Me adelanté a él.

—¿Cómo supiste cuándo atacarle? Le dabas la espalda.

—Mi oído es tan bueno como mi vista en la oscuridad. Audición intensificada. El pobre gatito hizo tanto ruido como un ciberoide cayendo por una escalera, a pesar del lecho de hongos. Vamos a buscar un refugio. Es inútil intentar cubrir la distancia a la ciudad esta noche. Igual nos damos de narices contra un árbol látigo.

Jan sintió que la cogía por la muñeca y permitió que la guiara por la impenetrable oscuridad. La progresión, no obstante, era difícil, por culpa de los hongos. Era como intentar vadear un lago de líquido viscoso, y a Jan no tardaron en dolerle las piernas.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—Busco un árbol adecuado. Casi todo lo que nos rodea está muerto y podrido, gracias a los hongos.

Recordó su comentario sobre darse de narices contra un árbol látigo.

—¿Ves lo bastante bien en la oscuridad para localizar un árbol látigo? —preguntó, angustiada.

—Confiemos en ello.

Lanzó una risita.

Jan no lo consideró divertido. Sabía muy bien que los árboles látigo eran engañosos. Imitaban a otras especies de árboles con tal minuciosidad, que era imposible distinguirlos, hasta que los zarcillos semejantes a látigos azotaban el aire y se lanzaban sobre la infortunada víctima, que era arrastrada hacia el tronco, del cual ya surgían espinos gigantescos para empalarla y absorber poco a poco todo el fluido de su cuerpo.

—¿De dónde salieron los árboles látigo? —preguntó a Milo.

—Como tantas otras cosas de los yermos, fueron creados por ingenieros genéticos.

—¿Por qué? ¿Por qué crearon deliberadamente algo tan horrible?

—Dios Madre creó al hombre, ¿no? —rió Milo.

—Tú no crees en Dios Madre, lo sé. Te estás burlando de mí.

—Es verdad, pero, respondiendo a tu pregunta, los árboles látigo fueron creados por ingenieros genéticos que trabajaban al servicio de un hombre muy rico llamado Planus. Deseaba un nuevo método para disuadir a los intrusos que entraban en sus extensas propiedades. Los árboles látigo no son verdaderos árboles. Son un híbrido de animal y vegetal. Ni una cosa ni otra. —Hizo una pausa—. Como yo.

—¿Como tú? —preguntó la joven, desconcertada.

—Sí. Ni una cosa ni otra. —Había amargura en su voz—. Alguien me lo dijo hace mucho tiempo, pero no la creí. En cualquier caso, sobrevivo, y eso es lo que importa. Es lo único que importa.

Jan guardó silencio, sin comprender de qué estaba hablando. Milo prosiguió, y Jan se dio cuenta de que hablaba más para sí que para ella.

—Supervivencia. La razón de todo, aunque siga siendo un misterio. ¿Por qué unas complicadas moléculas han desarrollado la capacidad de duplicarse? ¿Es el resultado automático de procesos químicos naturales? ¿El resultado automático del innato deseo químico de la materia de pervivir en una forma matemáticamente armónica...? —Milo aumentó la presión sobre su muñeca—. ¡Mira!

—¿A dónde? —preguntó Jan, nerviosa—. Ya sabes que no veo nada.

—Arriba, idiota. Mira al cielo.

Ella obedeció y vio un grupo de luces que se movían.



—¡El *Lord Pangloth!* —jadeó.

—O *La Brisa Perfumada*. El señor de la guerra no se rendirá tan fácilmente. Está obsesionado por conseguir un nuevo y reluciente Ángel Celestial.

Mientras miraban, un haz de intensa luz blanca surgió de la masa oscura de la nave. Tocó la tierra a cien metros delante de ellos e iluminó las siluetas fantasmales de árboles cubiertos de hongos, así como de masas verticales de hongos. Luego, el haz empezó a moverse de un lado a otro.

—Por aquí, rápido —dijo Milo, guiando a Jan hacia un hongo cercano, parecido a un gigantesco champiñón. Se agacharon bajo su sombrero. El rayo avanzaba en su dirección.

—Quédate quieta... No muevas ni un músculo.

Jan estaba firmemente decidida a mantenerse quieta..., hasta que una cosa fría y viscosa cayó sobre su nuca. Lanzó un grito de alarma, volvió la cabeza y vio un grueso gusano blanco que se deslizaba sobre su hombro. Cuando notó que otro saltaba sobre su cuello, gritó y se puso en pie.

—No... —la previno Milo, pero ya era demasiado tarde. El impacto destrozó el sombrero del champiñón, dejándoles a merced del rayo de luz.

—¡Estúpida puta! —aulló Milo, mientras la arrastraba hacia él—. ¡Tírate al suelo!

Entonces, Jan vio que la tierra bullía de enormes y sinuosos gusanos. Debían habitar en el interior del sombrero, alimentándose de él, con toda probabilidad.

—Oh, Dios Madre —gimió, y trató de erguirse otra vez, pero Milo la tiró sobre la tierra pulposa.

—Quédate quieta o te mataré —siseó.

Jan sintió que los gusanos, aplastados bajo su peso, se retorcían. Las náuseas se apoderaron de ella.

El rayo de luz avanzaba entre los árboles hacia ellos. Estaban perdidos. Entonces, cuando se encontraba a unos tres metros de distancia, sonó un chillido y el haz iluminó algo de dos patas. No era humano, comprendió Jan, sino un reptil que caminaba erguido sobre las patas traseras. Uno de los pequeños.

El reptil huyó y el rayo le siguió, o al menos lo intentó, mientras el ser corría por el deformado paisaje del yermo. El haz se perdió poco a poco en la lejanía, así como el zumbido de los impulsores de la nave. Una oscuridad total cayó sobre ellos.

—Debería dejarte aquí —dijo Milo, con voz fría y monótona.

Jan se sintió avergonzada.

—Lo siento, Milo. Me porté como una chiquilla.

—No. Te portaste como una mujer estúpida.

Jan se enfureció, pero reprimió sus protestas. No tenía derecho a defenderse. Se había portado como una estúpida.

—Bien, ¿piensas abandonarme? —dijo por fin, en tono altivo.

Milo no contestó. Como el silencio duraba tanto, Jan pensó que ya se había marchado, sin que ella le hubiera oído alejarse. De pronto, notó que sus manos aferraban su chaqueta japonesa. Milo la tiró hacia atrás y se montó sobre ella.

—Me lo debes —anunció con frialdad.

Jan se resistió automáticamente, pero luego dejó de luchar. Él tenía razón otra vez. Se lo debía, aunque fuera un monstruo. Sabía que sin él no saldría viva del yermo. La única elección era dejarle obrar su voluntad.

No se resistió cuando la despojó con rudeza del arnés y las ropas, ni cuando, con la misma rudeza, la penetró. Yació sobre los hongos pútridos y el frío amasijo de cuerpos de gusanos aplastados, intentando reprimir el asco que le producía Milo y confiando en que todo terminara cuanto antes.

No fue así. Por fin, comprendió que Milo haría el amor de una forma muy distinta a la del pobre príncipe Caspar. El ansioso y sobreexcitado Caspar nunca tardaba mucho en correrse dentro de ella, pero Milo poseía un autocontrol mucho mayor. Como aquellos ingenieros genéticos, muertos tanto tiempo atrás, habían mejorado sus funciones corporales, supuso que sus proezas sexuales habían experimentado una «mejora» similar. La poseyó una y otra vez en diversas posturas, eyaculando cada vez pero recuperando la erección casi de inmediato.

Intentó entregarse, disfrutar de la experiencia, pero aunque su cuerpo respondía hasta cierto punto, su mente permanecía cerrada a lo que ocurría. Aunque trató de imaginarse que era el príncipe Caspar quien le hacía el amor, con una pericia hasta el momento desconocida en él, no logró superar su asco. Simuló placer, algo que ya había hecho a veces con Caspar, gritó, gimió y se estremeció, con el propósito de convencer a Milo.

Por fin, Milo experimentó un orgasmo mucho más intenso que los anteriores y lanzó un chillido cuando su cuerpo sufrió una serie de contracciones musculares convulsivas. Luego, se derrumbó junto a ella y Jan oyó su respiración jadeante.

—Ha sido maravilloso —dijo la muchacha, al cabo de un tiempo prudencial.

La bofetada que recibió en la oscuridad la pilló totalmente desprevenida. Le dejó la mejilla dolorida y los dientes entrechocaron. Antes de que pudiera reaccionar, Milo la cogió por el cuello.

—Putá —siseó—. No sabes con quién te la estás jugando. ¿Creías que podrías engañarme?

Jan no había pasado noche más incómoda, en la horcadura del árbol alto, desde su experiencia en la jaula de mimbre con los demás cautivos. Era imposible dormir, porque sabía que en ese caso se caería. Casi se desplomó cuando hizo sus necesidades. Hasta comer y beber suponía una operación arriesgada, pues necesitaba las dos manos para aferrarse al árbol.

El estado de su ropa, que seguía pegajosa y olía a putrefacción, y el dolor de

garganta, que le impedía tragar con normalidad, aumentaban su sensación de incomodidad. Estuvo convencida durante unos terribles segundos de que Milo iba a matarla, pero la soltó cuando estaba a punto de perder la conciencia. Le dijo con brusquedad que se levantara y vistiera. Desde entonces, apenas le había hablado, aparte de anunciarle que había encontrado un árbol conveniente e indicarle cómo debía trepar.

Una de las pocas ocasiones en que habló fue cuando oyeron que algo muy grande se acercaba al árbol.

—¿Qué es? —preguntó Jan, angustiada. Milo, que estaba sobre una rama a poca distancia de ella, contestó que se trataba de un reptil particularmente grande.

Era tan pesado, que la tierra temblaba, y Jan tuvo que cogerse con más fuerza al árbol. Oyó que los demás árboles se derrumbaban y supuso que, dada la gigantesca envergadura de la bestia, ésta se limitaba a crear su propio sendero por el bosque.

—¡Milo! —gritó, temiendo que el monstruo derribara su árbol de un momento a otro.

—No te preocupes —contestó él—. Pasará de largo. Por poco.

Milo tenía razón. Jan tuvo la breve impresión de que un bulto imposible pasaba muy cerca. Después, sus pasos atronadores se alejaron.

—Debe de ser enorme —dijo.

—Lo era. El dinosaurio más grande que he visto. Un braquiosaurio, a juzgar por su aspecto... Aunque no son auténticos dinosaurios. Su base genética ni siquiera es reptiliana, sino mamífera. Canina, para ser exacto. Sí, eso que llaman dinosaurios no son otra cosa que perros grandes...

Lanzó una áspera carcajada y se sumió de nuevo en el silencio.

Aparte de aquel incidente, ninguna bestia más les molestó durante aquella larga noche, aunque los gritos y chillidos que se oían a intervalos regulares sugerían que la zona estaba infestada de algo. Jan sintió un inmenso alivio cuando la oscuridad dio paso a la luz. Tenía la espalda y el cuello rígidos y le dolían las extremidades por el esfuerzo de asirse al árbol.

La aurora iluminó un paisaje deprimente aunque familiar. Yermo en todas direcciones. Hongos por todas partes. Colgaban de los árboles como fragmentos de sudarios podridos, surgían de la tierra en variedad de formas extravagantes. Algunas agrupaciones eran de diferentes colores (Jan vio varios bejines gigantes de un rojo brillante), pero la mayoría de los hongos eran de un blanco sucio, el color que asociaba con la muerte y la decadencia. El aire también olía a decadencia, un fuerte olor a moho que provenía de los hongos y que empeoraba cuando el sol los bañaba.

—Voy a bajar —dijo a Milo—. Otro minuto en este árbol y me volveré loca.

Sus músculos elevaron enérgicas protestas cuando empezó el largo descenso hacia el suelo. Esperaba que Milo la precediera, pero se apartó de su camino y subió

hacia la copa del árbol.

—¿Qué haces? —preguntó la joven, deteniéndose.

—Quiero saber dónde estoy. Anoche perdí el sentido de la orientación. La ciudad debería verse desde aquí arriba.

Jan continuó su descenso. Ya en el suelo, caminó un poco e hizo sus necesidades tras un árbol podrido. Cuando volvió se encontró con Milo. Su expresión era sombría.

—Mal asunto. Ese maldito planeador nos alejó más de lo que pensaba.

—¿Está muy lejos la ciudad?

—Demasiado. Apenas he podido distinguir las torres en el horizonte. Tardaremos días en llegar, por culpa del terreno.

Sacó un pastel de arroz de una bolsa que guardaba dentro de la chaqueta y se puso a comer.

—El problema es que carecemos de agua y comida suficientes —dijo, entre bocado y bocado.

—Querrás decir que yo no tengo —replicó Jan, recordando lo que Ceri le había contado referente a que Milo sobrevivió en el mar, mientras sus compañeros morían de hambre y sed—. Tú no necesitas comida o agua para seguir con vida. Ceri me lo dijo.

Milo la miró con el ceño fruncido.

—Es cierto que puedo retardar mi metabolismo, de la misma forma que puedo acelerarlo, pero eso significa adoptar una especie de hibernación. No puedo caminar e hibernarme al mismo tiempo. Necesito alimento y agua tanto como tú.

—¿Qué podemos hacer?

—Seguir adelante y confiar en que ocurra algo. Tal vez nos encontremos con merodeadores o vagabundos y les mate para apoderarnos de sus provisiones. De todas formas, dudo de que veamos seres humanos tan cerca de la ciudad.

Jan sacó su botella de agua y la agitó. A juzgar por el sonido, no estaba ni la mitad de llena. Tomó un sorbo y la guardó dentro de la chaqueta.

—¿Alguna señal de los Señores del Cielo?

Milo asintió.

—*La Brisa Perfumada* vuela a unos quince kilómetros de distancia, en dirección este. El señor de la guerra habrá dejado el *Pangloth* en el espaciopuerto de Armstrong para verificar mi historia, por si no todo fueran mentiras. Espero que no sospeche nuestra intención de llegar a la ciudad. Eso podría despertar algún recuerdo dormido de la Torre Celeste. Por otra parte, no puede creer que alguien esté tan loco como para entrar en una ciudad.

—Sí —ironizó Jan—. ¿Quién podría estar tan loco, aparte de nosotros?

Milo sonrió por primera vez aquel día y pareció volver a ser el de siempre, pero su cambio de humor fue temporal y se sumió otra vez en un hosco silencio mientras

se encaminaba hacia la lejana ciudad.

Jan se preguntó sobre la relación que les unía. Había cambiado, gracias a los coitos de la noche. Por fin había conseguido lo que deseaba, pero no había quedado satisfecho. ¿Qué había deseado, pues? No sólo sexo. ¿Acaso había confiado en transformarla por la simple cópula? ¿En qué? ¿Una verdadera amante, aunque ella le había advertido que jamás lo lograría? Eso era lo más probable. En su arrogancia, había creído que podría poseerla por el poder de su pene. O quizá no era tan sencillo como todo eso. Tal vez, pese a negar la existencia del amor, esperaba que se enamoraría de él.

Bien, pese a que sus sentimientos hacia ella hubieran cambiado, su supervivencia estaba en peligro. Habría comprendido que no había forma de cambiar su actitud hacia él, y eso significaba que la consideraba desde ese momento algo superfluo, algo que podría abandonar sin remordimientos en cuanto se presentara algún inconveniente serio.

La mañana transcurrió sin incidentes. Oyeron muchos ruidos en los bosques circundantes, pero nada les amenazó. Encontraron un árbol látigo, pero, como se había procurado una presa poco antes, no representó ningún peligro y conservaba su forma auténtica. La presa, un animal grande, parecido a un lobo, estaba retenido contra el tronco en un abrazo obsceno por los tentáculos del árbol. El cuerpo del lobo ya se estaba encogiendo bajo su pelaje a medida que las espinas del árbol succionaban poco a poco su fluido vital.

—¿Por qué los hongos no atacan nunca a los árboles látigo? —preguntó Jan mientras lo rodeaban.

—Como ya te dije antes, no son auténticos árboles, pero, dejando aparte eso, fueron diseñados para que resultara difícil matarlos. Están repletos de toxinas. Son demasiado letales, incluso para los hongos más resistentes.

Hicieron un descanso a mediodía. Jan se derrumbó, agotada. La penosa progresión había agotado sus fuerzas y todos los músculos le dolían. Además, hacía un calor sofocante. Las nubes de tormenta del día anterior habían desaparecido, y el sol calcinaba la tierra reseca.

—Dios Madre, qué hedor... —gimió.

No sólo eran los hongos, sino también ella. El calor desprendía un olor insoportable de sus ropas incrustadas de babas. Habría dado cualquier cosa por un baño. Pensó con nostalgia en su cuarto de baño del *Lord Pangloth* y se reprendió con ironía por esa flaqueza.

También tenía una sed terrible. Sacó la botella de agua. Su intención era tomar sólo dos sorbos, pero, antes de saber lo que hacía, había vaciado el recipiente. Suspiró para sí. ¿Cómo iba a viajar dos o tres días más sin agua? Miró a Milo, tendido en el suelo. ¿Compartiría con ella el agua que le quedaba? Mejor no preguntárselo aún.

Al cabo de diez minutos, Jan se sintió arrastrada al sueño. Sabía que era peligroso en aquella zona, pero Milo la avisaría si se presentaba algún peligro.

Un ruido la despertó por completo. Prestó oídos. ¡Sí, otra vez! No era una imaginación.

Era un chapoteo.

Se incorporó.

—Milo, ¿has oído eso?

El hombre no contestó. Jan miró en su dirección. Daba la impresión de que estaba dormido. Estupendo. Lo haría sin su ayuda. Le gustaría anunciarle que había descubierto una fuente de agua fresca. Compensaría su estúpido comportamiento de la noche anterior.

Se levantó en silencio. Otro chapoteo. Provenía de algún lugar situado a su izquierda. Se encaminó en la dirección que pensó correcta. Como precaución, desenvainó su espada corta...

Habría recorrido, según sus cálculos, unos cincuenta metros, cuando el opresivo entorno de árboles podridos y agrupaciones de hongos se interrumpió de repente y desembocó en un claro. En el centro del claro había un estanque, casi perfectamente redondo. Jan se preguntó si era artificial.

Fuera cual fuera su origen, se le antojó maravilloso. Mientras se acercaba, experimentó el irresistible deseo de quitarse la ropa y zambullirse en aquella cristalina superficie.

Se quedó petrificada. La superficie del estanque estaba completamente inmóvil y no había ningún arroyo que naciera o desembocara en él. ¿Cuál era la causa de los chapoteos? Levantó la espada y paseó la mirada alrededor del claro. No se veía a nadie más en las cercanías. Avanzó hacia el estanque con suma cautela. Se inmovilizó de nuevo cuando una enorme burbuja apareció en la superficie y se rompió con el ruido de un chapoteo. Se tranquilizó de inmediato. El misterio estaba resuelto.

Pero ¿cuál era la causa de las burbujas? ¿Acaso gas, que subía desde el fondo del estanque, o que producía la vegetación podrida oculta bajo el agua? Caminó hasta el borde del estanque y escrutó en su interior. Parecía profundo, de taludes pronunciados. Jan frunció el ceño mientras se preguntaba si el agua sería potable. Su aspecto era tan atrayente...

Dobló una rodilla y hundió una mano en el agua. Estaba sorprendentemente fría. Probó el agua con la punta de la lengua y se pasó un poco por la boca. No apreció nada raro. Se arriesgaría a tomar un par de sorbos.

Un chapoteo más fuerte que los anteriores la impulsó a levantar la vista. Una cabeza había aparecido en el centro del estanque. Era similar a la de una rana, de color verde oscuro. Tenía grandes ojos saltones y una boca muy ancha. La boca le sonrió. Jan se incorporó de un brinco y ya se disponía a salir corriendo cuando la

boca se abrió y de ella surgió una larguísima lengua a sorprendente velocidad. El extremo se enrolló alrededor de la pierna izquierda de Jan antes de que ésta se diera cuenta de lo que ocurría. La arrastró inexorablemente hacia el borde del lago.

Descargó varios golpes con su espada. La hoja cortó algo y, de repente, notó que ya no era arrastrada hacia el estanque. Se alejó a toda prisa del agua. Miró hacia atrás y vio que la cabeza había desaparecido, pero daba la impresión de que el centro del estanque hervía. Se puso a correr. Al mismo tiempo, se produjo una explosión de agua. Volvió a mirar hacia atrás y comprobó que el ser había saltado fuera del estanque. Era enorme, de poderosas patas traseras. Vio que los músculos se tensaban para saltar de nuevo...

Sabía que estaba perdida. La bestia saltó sobre su cabeza y aterrizó unos cinco metros delante de ella. Giró en redondo mientras la joven frenaba su carrera.

Era inmensa. Incluso agachada para saltar se cernía sobre ella. La enorme boca se abrió otra vez. Vio que resbalaba sangre por sus comisuras.

—Me has hecho daño, capulla —graznó el monstruo—. Pasarán semanas antes de que vuelva a crecerme ese metro de lengua...

Extendió una pata delantera hacia ella. Los largos dedos de la mano pseudohumana terminaban en garras de aspecto terrorífico.

—Voy a darte algunas lecciones antes de devorarte, mujer. Antes de que termine contigo, me suplicarás que adelante la hora de mi almuerzo...

El monstruo se puso tenso de repente y emitió un aullido de dolor. Giró en redondo y Jan vio una profunda herida en la parte superior de su lomo. Una forma se adivinó junto a la bestia cuando ésta se dio la vuelta. Distinguió el centelleo de una espada. La bestia aulló de nuevo cuando le amputaron una de las patas traseras.

Milo, pensó Jan.

La espada centelleó una y otra vez. El monstruo no tardó en desplomarse sobre su lomo. Las patas traseras se agitaron débilmente, mientras manaba sangre de sus heridas mortales. Milo apareció ante la vista de la joven y se puso a limpiar su espada manchada. Le dirigió una mirada desdeñosa.

—Si serás estúpida. Procuras que te maten con tal entusiasmo, que la próxima vez dejaré que te suicides. Eres tan absolutamente inútil... ¿Qué coño...?

La red de metal que había caído sobre la cabeza de Milo les pilló a ambos por sorpresa.

La jaula de madera, montada sobre dos grandes ruedas y tirada por una reata de bueyes de aspecto enfermizo, se arrastraba poco a poco por el yermo. Jan y Milo no eran los únicos prisioneros. Había tres más en la jaula. Dos hombres y una mujer. Todos iban vestidos con ropas sucias que les cubrían por completo, excepto la cara. Todos tenían la misma expresión de sufrida resignación. Daba la impresión de que, bajo sus espesas barbas negras, las facciones de los hombres eran idénticas, y Jan supuso que eran gemelos. Eran apuestos, pero de una forma que Jan consideraba agresivamente masculina. De hecho, parecía que resumaban pura masculinidad en lo tocante al físico. La mujer, por su parte, poseía una belleza casi beatífica; los huesos que se marcaban bajo su piel blanca sin mácula parecían tan frágiles como cáscaras de huevo. Por desgracia, una joroba que abultaba bajo sus voluminosas prendas la deformaba.

Sus captores también poseían una apariencia desacostumbrada, unos más que otros. Jan miró de nuevo al hombre que caminaba junto a la jaula rodante. Profundas arrugas surcaban su rostro y bajo su mentón colgaba una flácida papada. Mechas blancas destacaban en su escaso cabello, como si se lo hubiera teñido al estilo de las caudillos minervanas.

Todos sus captores tenían marcas semejantes en sus caras, pero éste en particular era el más afectado. Jan se preguntó si eran cicatrices rituales e interrogó a Milo al respecto, pero su compañero se obstinó en su hosco silencio. Estaba tirado en el suelo, en la red metálica, silencioso, con la expresión inescrutable. Jan supuso que estaba furioso consigo mismo por haberse dejado sorprender con tanta facilidad por esta pandilla de hombres impresentables. Todo se había desarrollado con suma rapidez: fue como si la red de metal hubiera surgido por arte de magia. Mientras Jan contemplaba asombrada la red lanzada sobre Milo y las cuerdas sujetas a ella que le hacían perder el equilibrio, otra red ya surcaba el aire en dirección a ella. Pronto estuvo en la misma postura que Milo: tirada en el suelo con los brazos aprisionados a los costados. Y entonces, los hombres zarrapastrosos de rostros marcados les rodearon, riendo y lanzando gritos de triunfo. Iban armados con lanzas, horcas y hachas toscas, pero no llevaban armas de fuego, en principio. Hablaban americano, con un acento extraño que dificultaba su comprensión. Repetían una palabra sin cesar: Ezequiel.

Jan había oído la palabra muchas veces desde su captura y por fin había comprendido que era el nombre de alguien. Por lo que había conseguido descifrar de su conversación, Ezequiel era el jefe. Y, por lo visto, iba a estar muy complacido con ellos cuando regresaran con las cinco presas. O, como había indicado uno de sus captores, «estas cinco abominaciones a los ojos del Señor». A Jan no le había gustado



el tono de voz.

Viajaron sin detenerse hasta que anocheció. Jan logró dormir varias horas, a pesar de su incomodidad. Por fortuna, habían quitado la red que la inmovilizaba antes de meterla en la jaula móvil. Le habían atado las manos a la espalda, y los pies juntos, igual que a los demás prisioneros, excepto Milo. Jan dudaba de que hubiera podido aguantar más de dos horas en los crueles confines de la red metálica, y cada vez sentía más pena por él, aunque no expresaba el menor sufrimiento, como de costumbre.

Cuando Jan despertó, torturada por una sed terrible, pidió un poco de agua al captor más cercano, pero éste rió y golpeó el costado de la jaula con su lanza.

—Pensas que tienes sed, ¿eh, impura? —dijo, con su acento apenas comprensible—. Espera a que Ezequiel te envíe al infierno, el lugar al que perteneces... ¡Entonces sabrás lo que es tener auténtica sed!

Al amanecer, las torres de la ciudad se divisaron por encima de las copas de los árboles, y Jan comprendió que ahora estaban mucho más cerca. Luego, a media mañana, la jaula y su maltrecha escolta llegaron a su destino. Después de atravesar una brecha practicada en un muro, hecho a base de un entramado de metal disimulado con un camuflaje, entraron en un pequeño poblado. Por primera vez desde que le habían arrojado a la jaula, Milo se sentó y empezó a demostrar cierto interés en lo que le rodeaba.

Era un lugar desolador. Los edificios, construidos con madera devorada por hongos, eran rechonchos y feos. El camuflaje que colgaba sobre todo el poblado y lo mantenía en un estado de perpetuo crepúsculo, contribuía a entristecer el ambiente.

Llegaron a una plaza situada en el centro de la ruinoso aldea y la jaula rodante se detuvo. Salió gente de los edificios, que no tardó en congregarse alrededor de la jaula. Entonces, Jan pudo observar de cerca a algunas personas, y se estremeció de asco y miedo.

¡Eran cadáveres vivientes! Su piel ajada colgaba de los huesos, en lo que aparentaba ser un avanzado estado de descomposición; sus rostros estaban tan desfigurados, que apenas parecían seres humanos. Imposible que gente con ese aspecto estuviera viva. Era obvio que habían caído en manos de un grupo de hechiceros, que empleaban la magia para mantener con vida a aquellos infortunados.

Jan se movió de forma inconsciente hacia Milo. Éste lanzó una cínica carcajada.

—¿Qué pasa?

—Esos seres... Dios Madre, ¿qué son? ¿Han sido sacados de sus tumbas y reanimados por hechiceros?

Milo volvió a reír.

—Contemplas por primera vez una aflicción a la que, en un tiempo, todos los seres humanos estaban condenados. Se llama «vejez». Esta gente debe de ser lo que

queda de alguna gran comunidad integrista. Consideraron «aberrante» y contraria a la voluntad de Dios la modificación genética. Prefirieron pudrirse lentamente así durante muchos años. Bonita visión, ¿verdad? De no haber sido por aquellos ingenieros genéticos que tanto desprecias, te aguardaría el mismo destino.

Jan se cubrió el rostro con las manos.

—¡No, no te creo! ¡Dios Madre no puede ser tan cruel!

—Tal vez ella no, pero sí Dios Padre, o la naturaleza, o las fuerzas ciegas del azar..., según quién creas que gobierna el cosmos...

—¡Ezequiel!

Un gran clamor se había elevado de la multitud, que dejó libre un pasillo. Ezequiel había llegado. Jan nunca había visto nada parecido a Ezequiel. Estaba hecho de metal y consistía en una cabeza grande, de un metro y medio de ancho, semejante a una caja, y dos enormes patas que terminaban en pies provistos de garras. Un estruendo metálico acompañaba sus pasos, que dejaban profundas pisadas en la tierra.

—Jesús —susurró Milo—. No me lo puedo creer... Después de tantos años...

La cosa se detuvo junto a la jaula. Medía unos tres metros de altura, la misma que la jaula montada sobre su plataforma rodante. Un grupo de tubos metálicos coronaba la caja metálica y tenía un brazo mecánico adosado a un costado. Jan observó que algo parecido a unos prismáticos grandes, montados en otro brazo mecánico, surgía de la parte delantera de la caja. Se estremeció cuando los prismáticos la escrutaron, operación que repitió con los otros cuatro prisioneros. Entonces, la cosa habló.

—Soy Ezequiel, el Martillo del Señor. Soy el instrumento que os enviará al lugar que os corresponde en el Infierno, porque vuestra sola presencia ofende al Señor.

Hablaba en voz alta, pero monótona, desprovista de la menor emoción. Jan notó que se le ponía la piel de gallina.

La cosa dio un paso atrás.

—Abrid la jaula. Inspeccionaré a los condenados.

La multitud se apartó y formó un amplio círculo alrededor de la jaula. Dos miembros de la escolta la abrieron y sacaron a los prisioneros. Pronto estuvieron tendidos en el suelo, frente a la cosa llamada Ezequiel. Señaló a Milo con su brazo mecánico.

—¿Por qué lo habéis atado con tantas precauciones?

Uno de los captores se adelantó.

—Oh, gran Ezequiel, Martillo del Señor, es un demonio muy extraño. Le vimos moverse tan rápido, que el ojo no podía seguirle. De esta forma pudo matar a la gran rana demonio del Lago Redondo.

Los prismáticos apuntaron a Milo.

—Obrasteis con prudencia —dijo la cosa—. Dejadle sin sentido antes de quitar la red. Después, maniatad sus miembros con esposas.

—Sí, gran Ezequiel.

El hombre se volvió, sacó una porra del cinturón, se inclinó sobre Milo y le asestó dos fuertes golpes en un lado de la cabeza. Milo gruñó y perdió el conocimiento. Jan confió en que no hubiera muerto. En cualquier caso, se dijo, hacía falta mucho más para matar a Milo.

Dejó de preocuparse por Milo cuando vio que otro de los captores se inclinaba sobre ella con un cuchillo en la mano, pero no cortó su piel, sino su ropa. No tardó en quedar desnuda, pero siguió atada.

—De pie —ordenó el hombre, y tiró de ella hacia arriba. También habían desnudado a los otros tres prisioneros. Jan les miró, estupefacta. Los dos hombres eran normales de cintura hacia arriba, pero de cintura hacia abajo estaban cubiertos de espeso vello. Y, en lugar de pies, tenían pezuñas...

Murmullos enfurecidos surgieron de la multitud.

—¡Mirad! —gritó el ser metálico—. ¡Son el vivo reflejo de su dueño!

Jan observó otros detalles en esos animales humanos. Ambos tenían pequeños cuernos a ambos lados de la frente... y sus órganos sexuales eran tan grandes, que casi resultaban absurdos. Sin embargo, fue la chica quien atrajo toda su atención. Tenía un cuerpo hermosísimo, sin mácula, de no ser por las dos alas cubiertas de plumas blancas que nacían de sus omóplatos.

Ezequiel extendió hacia ella su brazo mecánico.

—¡Contemplad la tortuosidad del Oscuro! ¡Ha creado un demonio a imagen y semejanza de un siervo del Señor! ¡Mas no os engaños!

Entonces, le tocó el turno a Jan. La obligaron a dar una vuelta para que Ezequiel pudiera inspeccionar hasta el último milímetro de su cuerpo.

—No observo en su cuerpo ninguna señal de Satán —dijo por fin la cosa—. ¿Por qué la habéis traído a mí?

—Estaba con el hombre que se movía como un demonio, gran Ezequiel —dijo uno de los captores, nervioso—. Debe de estar contaminada de la misma forma.

—Ah, sí, el hombre —dijo Ezequiel, girando sus prismáticos hacia Milo.

En aquel momento, un ser decrepito, encorvado y nudoso como un árbol, se abrió paso entre la multitud cargado con cadenas y grilletes. Jan reparó con sorpresa en que se trataba de una mujer. La patética criatura tiró su cargamento al lado de Milo. Al instante, dos hombres le quitaron la red, arrancaron su ropa y le aplicaron grilletes a las muñecas y tobillos. Ezequiel le estudió durante largo rato.

—Tampoco observo ninguna señal de Satán en éste —dijo.

—Pero nosotros le vimos, oh, gran Ezequiel. Todos le vimos. Sólo un demonio se movería como él.

Ezequiel inclinó su cabeza en lo que correspondería a un cabeceo humano.

—Es bien sabido que no todas las señales del Oscuro son exteriores. Pero, antes

de descargar sobre él la cólera del Señor, debo interrogarle. Encerradle de nuevo en la jaula. Y a la chica también. Les interrogaré cuando el hombre recobre el sentido.

Manos ásperas levantaron a Jan y la empujaron al interior de la jaula. Apenas tuvo tiempo de apartarse para que Milo no le cayera encima. La puerta se cerró.

—En cuanto a estos otros, malditos a los ojos de Dios, serán quebrados sobre la rueda y enviados a sufrir tormento eterno en el fuego del infierno —gritó Ezequiel—. ¡Traed las ruedas!

Varios espectadores salieron corriendo y volvieron al poco, empujando cinco ruedas tan grandes como las de la jaula. Montaron tres sobre otros tantos tocones que habían sido cortados a una altura de unos noventa centímetros. Cortaron las ataduras de los prisioneros. Los dos machos se debatieron mientras eran echados de espaldas sobre las ruedas, sus miembros extendidos en formas de aspa, y sus pies y manos atados a los aros. La muchacha alada, sin embargo, se sometió al mismo trato sin la menor resistencia. Había perdido toda esperanza, comprendió Jan, apenada. Habían atado las alas a su espalda y una sobresalía entre los radios de la rueda. Jan no entendía cómo alguien podía desear hacer daño a un ser de una belleza tan frágil y exquisita.

—Hijos de Babilonia —dijo Ezequiel, cerniéndose sobre ellos—, en puridad deberíais arder en la hoguera, pero el fuego alertaría a los gigantes malignos que patrullan los cielos de nuestra existencia. Por tanto, seréis enviados a presencia de vuestro señor de una forma más piadosa de la que merecéis. Estoy seguro de que Dios me perdonará.

Uno de los seres que Jan aún consideraba muertos vivientes ofreció a Ezequiel un enorme martillo. Ezequiel lo asió con su único brazo y lo alzó. Después, descargó con gran fuerza el instrumento sobre la espinilla de la muchacha alada, destrozándola. La joven lanzó un alarido agónico. Ezequiel procedió a romper sus otras tres extremidades con martillazos igualmente violentos. Jan, horrorizada, apartó la vista. Para su sorpresa, vio que Milo tenía los ojos abiertos y contemplaba la escena con suma atención. También observó, incrédula, que tenía una erección.

Un asco profundo la sublevó.

—¡Dios Madre, estás disfrutando! —gritó.

—¡Calla! —susurró él—. No quiero que sepan que estoy despierto.

Jan se sintió confusa mientras intentaba comprender este nuevo aspecto del carácter de Milo. Detrás de ella sonaron otros martillazos y uno de los machos se puso a gritar. Jan aún oía en su mente los chillidos de la muchacha. Se introdujo los dedos en los oídos, pero no pudo bloquear los sonidos. Más martillazos, el crujido de los huesos al romperse, más gritos...

Desvió la vista hacia Milo y comprobó que la estaba mirando. Sus labios se movían. Jan apartó las manos de sus oídos.

—... he dicho que es una forma horrible de morir, pero relativamente rápida —decía Milo en voz baja—. A menos que tengas muy mala suerte.

—¿Cómo va a ser rápida? —preguntó—. Les ha roto las piernas y los brazos. La agonía durará días. Y a nosotros nos pasará lo mismo.

—No. La conmoción les matará. La conmoción es una drástica reducción de la presión sanguínea. Se producirá una masiva hemorragia en los tejidos que rodean las fracturas. En este momento, los tres deberían entrar en un estado de *shock* profundo. La presión sanguínea no tardará en ser insuficiente para llevar oxígeno a su cerebro, y morirán.

—Estoy segura de que esa información me consolará mucho cuando me aten a una de esas ruedas —dijo Jan con amargura—. También será un gran consuelo saber que, mientras rompen mis brazos y piernas, tú obtendrás un placer sexual de mi agonía.

Milo se encogió levemente de hombros.

—Admito que poseo fuertes tendencias sádicas, pero te aseguro que verte morir no me procurará ningún placer.

—Bueno, eso me tranquiliza —replicó Jan con sarcasmo—. Sobre todo porque hace sólo dos noches que intentaste matarme...

—Ssss —la alertó Milo—. Aquí vienen.

Jan se volvió y vio que Ezequiel guiaba a la muchedumbre hacia la jaula. Las tres víctimas gemían y se retorcían sobre las ruedas, pero ya se iban sumiendo poco a poco en la inconsciencia. Tal vez Milo había dicho la verdad, decidió Jan. La idea de que la agonía sería breve disminuyó algo el terror que roía sus entrañas.

—Ah, el demonio ya se ha despertado —dijo Ezequiel, escrutando a Milo con los prismáticos a través de los barrotes de la jaula—. Ahora responderás a mis preguntas. ¿Eres un hijo de Babilonia? ¿Te ha concedido el Oscuro el poder de moverte con mayor rapidez que las demás criaturas del Señor?

—¿Por qué debo responder a tus preguntas, Ezequiel? —replicó Milo con expresión indiferente—. Sólo creerás lo que quieras creer. ¿Para qué voy a malgastar mi aliento?

—Si no contestas a mis preguntas de manera voluntaria, tú y tu impura compañera seréis obligados a hablar. Y te prometo que la tortura a que seréis sometidos será mil veces peor que el dolor de ser destrozado en la rueda.

—¿Y quién te ha concedido autorización para decidir en estos asuntos? —preguntó Milo al ser metálico que se hacía llamar Ezequiel.

—¡El Señor Dios me ha concedido la autoridad! —contestó aquél en voz alta—. Porque así habló Dios Nuestro Señor: cuando te convierta en una ciudad desolada, como las ciudades que no están habitadas; cuando derrame la mar sobre ti, y grandes olas te cubran; cuando te arroje con ellas al abismo, con la gente de los tiempos

antiguos, y te deposite en las partes inferiores de la tierra, en lugares desolados, con aquellos que descienden al abismo, ya no estarás habitado; y proclamaré la gloria en el país de los vivos; te convertiré en un horror, y ya no existirás; y aunque te busquen, jamás te encontrarán. ¡Así habló Dios Nuestro Señor!

Murmullos de «Amén» se elevaron de la multitud.

Milo se puso en pie con dificultad.

—Tú no te llamas Ezequiel —dijo con firmeza.

—¡Yo soy Ezequiel, Martillo del Señor!

—¡Tú no eres más que un viejo y renqueante ciberoide! ¿Cuál es tu número de serie y el nombre de tu propietario?

Los prismáticos en que terminaba el brazo mecánico se retorcieron.

—¿Qu-qué ha dicho? —preguntó Ezequiel. Su voz se quebró.

—¡Ya me has oído, ciberoide! —gritó Milo—. Tu número y el nombre de tu propietario. ¡La ley exige que me lo digas!

Ezequiel osciló sobre sus enormes patas y trató de hablar otra vez, pero sólo consiguió emitir una serie de sonidos carentes de sentido. Milo rió y flexionó los brazos. Las esposas se partieron y cayeron al suelo. Se agachó y aferró las cadenas que sujetaban sus tobillos.

—Más oxidadas que la hostia —comentó a Jan.

Las cadenas se rompieron en sus manos. Entonces, se desdibujó. Las barras de madera de la jaula salieron disparadas hacia fuera y gritos de miedo surgieron de la multitud. Después, jadeos entrecortados cuando Milo pareció materializarse detrás de la gran caja que era la cabeza de Ezequiel. Milo torció algo. Un panel metálico se abrió con un chirrido de protesta. Milo introdujo las manos en su interior y Ezequiel chilló. Fue un sonido monótono, sin emoción, como su forma de hablar, pero Jan comprendió la espantosa agonía que expresaba. Al oírlo, el grupo de seres decrepitos chilló de terror. Algunos se postraron de hinojos, otros dieron media vuelta y se pusieron a correr.

Milo echó la cabeza hacia atrás y lanzó una estentórea carcajada. Tenía la misma expresión demente que Jan había observado en la sala de control. Era fuerte de nuevo y proyectaba poder... y algo más. Milo retiró la mano de la cabeza de Ezequiel y, poco a poco, el chillido del ser se desvaneció. Milo dirigió una sonrisa radiante a Jan.

—Impresionante, ¿eh?

Ella le miró en estupefacto silencio. Y con miedo.

—Ahora, mi querido ciberoide —dijo Milo a la máquina—, vas a cortar con suavidad las ataduras de mi compañera. Hazle el menor daño y te freiré los sesos. ¡Ya!

Ezequiel, tembloroso, extendió lentamente su brazo mecánico. Jan se encogió cuando vio que surgía una cuchilla de un «dedo» metálico. Ezequiel cortó sus

ligaduras sin rozarla.

—No te quedes ahí sentada —gritó Milo cuando el ciberoide terminó—. Ven aquí. ¡Esta máquina ruinosa nos conducirá gratis a la Torre Celeste!

Jan, vacilante, saltó de la jaula y se colocó detrás de Ezequiel. Milo la ayudó a subir a un estrecho saliente que recorría la parte posterior de la cabeza de la máquina. También había asideros. Cuando estuvo junto a Milo, éste dio un manotazo sobre la cabeza de Ezequiel.

—¡Ciberoide! ¡Tu número y el nombre de tu propietario!

Muy lentamente, como si le exprimieran cada palabra, el ser habló.

—Mi número de serie es 0008005. Mi propietario es Hilary Du Cann, de la Corporación Fobos.

—Eso está mejor —aprobó Milo.

Ezequiel emitió un gruñido.

—Pero eso fue... hace mucho tiempo. Mi propietario ha muerto... y yo tengo un nuevo nombre... Es...

Milo introdujo la mano en el hueco situado en la parte superior de la cabeza de Ezequiel. Jan vio que saltaban chispas entre los extremos de dos cables rotos. Ezequiel chilló de nuevo.

—¡No tienes un nombre nuevo! —tronó Milo—. ¡Aún eres 0008005 y perteneces a Hilary Du Cann!

—¡Sí, sí! ¡Más dolor no, por favor! —suplicó Ezequiel.

—No habrá más dolor, 0008005, pero sólo si colaboras —dijo Milo.

—¡Lo haré! ¡Lo haré!

—Estupendo. Para empezar, dime el código de anular órdenes.

—No... ¡No puedo! No está permitido... el acceso a personal no autorizado... ¡Aj!

Jan se encogió cuando Ezequiel emitió por tercera vez aquel espantoso sonido. Miró a Milo. Sonreía complacido.

—El código... La contraseña es... Mozart-McCartney. Después de anular las órdenes hay que decir: «Mozart-McCartney...».

Milo lanzó una ruidosa carcajada.

—Estupendo. Escúchame bien. Anulo todas tus órdenes anteriores. Soy tu nuevo dueño. Me llamo Milo. Obedecerás todas mis órdenes. Mozart-McCartney. ¿Has comprendido?

—Sí —dijo Ezequiel—. Eres mi nuevo dueño. Te llamas Milo. Obedeceré todas tus órdenes.

—¿Habéis oído? —gritó Milo a la gente postrada en el suelo. Nadie contestó. Se oyeron algunos sollozos. Milo sonrió a Jan—. Nuestra suerte ha experimentado un cambio para mejor, ¿eh?

—Eso parece —respondió la joven, temblorosa—, pero aún no entiendo cómo. ¿Por qué te obedece ahora esta máquina?

—No es una máquina, es un ciberoide. Tiene un cerebro humano en su interior... Bueno, casi humano.

—¿Quieres decir que en otro tiempo fue un hombre? —preguntó Jan, consternada.

—No. Su cerebro fue obtenido de un feto nonato criado en laboratorio. Fue condicionado para obedecer las órdenes de su propietario, pero, como el condicionamiento de un ciberoide nunca era perfecto al ciento por ciento, introdujeron un factor de seguridad... Un artilugio conectado directamente con los centros del dolor. El ingenio podía ser activado mediante una señal de radio específica si el ciberoide se descontrolaba. Yo lo he activado manualmente. —Milo indicó los cables ocultos en el hueco—. También he revivido su antiguo condicionamiento. Debería colaborar por completo de ahora en adelante, pero para estar seguro tendré a mano el activador de dolor. —Descargó una palmada sobre la cabeza de Ezequiel—. Escúchame, 0008005. Ordenarás a tus seguidores que nos procuren prendas de vestir. Mejor limpias que esos andrajos. Y nuestras armas. También nos darán agua, comida y algo donde llevarlas. ¿Has entendido?

—He entendido, Milo.

—Pues hazlo.

Ezequiel repitió las instrucciones de Milo al grupo transido que les rodeaba. Tras unos nerviosos murmullos, tres mujeres fueron enviadas a buscar lo que se había solicitado. Una volvió al poco y depositó un montón de ropa frente al ciberoide.

—Baja y vístete —indicó Milo a Jan—. Yo me quedaré aquí para asegurarme de que nuestro amigo se porta bien.

Jan bajó por la espalda de Ezequiel y lo rodeó con cautela, sin perder de vista sus imponentes patas. Aún no confiaba en la máquina, a pesar de su nueva docilidad. Examinó la ropa. No estaba limpia y olía mal, pero no podía ser peor que sus prendas anteriores. Eligió un par de pantalones abolsados con menos agujeros que los demás, una camisa hecha de una tela áspera y gruesa, y un par de raídas botas de piel. Mientras se vestía, las otras dos mujeres regresaron con las armas de Milo y de ella, dos cantimploras y una bolsa que debía contener comida. Las dos mujeres, una de las cuales no era más que un esqueleto encorvado cubierto de piel reseca, dejaron su carga al alcance de Jan y se alejaron a toda prisa. Como los demás, lanzaron miradas de incredulidad a Ezequiel.

Cuando Jan acabó de vestirse y ceñirse el arnés de las armas, trepó a la cabeza de Ezequiel con el agua y la comida. Milo le enseñó a unir los cables que causaban a Ezequiel un pavoroso dolor, bajó a vestirse y recogió sus armas. Jan miró a los tres extraños seres tendidos sobre las ruedas. Se estremeció al ver el estado de sus



miembros destrozados, pero la consoló que estuvieran inconscientes o muertos. Confió en que fuera esta última posibilidad.

Milo se reunió con ella.

—Podrías haberles salvado —dijo Jan—. ¿Por qué no lo hiciste?

—¿A esos juguetes? —Dirigió un breve vistazo hacia los cuerpos—. No. No era el momento adecuado. Tenía que coger por sorpresa al ciberoide.

—Podías haberlo hecho, Milo —replicó ella con frialdad—, pero deseabas ver sufrir y morir a la chica, ¿no es cierto?

—Puedes creer lo que te dé la gana. Me importa un pimiento. Pero recuerda que tú sigues viva y esos juguetes están muertos. O lo estarán pronto.

«Sí, sigo viva, pero ¿hasta cuándo?», pensó ella.

—¿Por qué les llamas juguetes?

—Porque lo eran o, mejor dicho, lo fueron sus abuelos o bisabuelos. Juguetes sexuales, creados para proporcionar placer sexual a sus propietarios. Muchos juguetes no salieron bien, pero los antepasados de éstos sí. —Golpeó de repente la cabeza del ciberoide—. Bien, 0008005, es hora de ponernos en marcha, pero antes te haré una pregunta: ¿funciona alguna de tus armas?

—Sí. Mis cañones no, porque me falta munición, pero mi láser todavía funciona.

—Bien —dijo Milo, complacido—. Esa casa, treinta grados a tu izquierda. La más cercana a nosotros. Dispara tu láser contra ella.

El amasijo de tubos metálicos montados sobre la cabeza giró en redondo. Jan vio que se formaba una línea roja brillante entre el extremo de un tubo y el edificio destartado que Milo había indicado. Casi al instante fue pasto de las llamas. La gente chilló de terror. Milo, que por lo visto se estaba divirtiendo mucho, ordenó a Ezequiel que disparara sobre otro edificio. Cuando se incendió, sonaron chillidos en el interior. Se abrió una puerta y niños de diversas edades, junto con varias mujeres jóvenes cargadas con bebés, salieron corriendo. Jan observó que todos parecían famélicos y enfermos.

—¡Basta! —gritó Jan, mientras el ciberoide continuaba disparando sobre el edificio.

Milo no le hizo caso. Sólo cuando el edificio ardió por completo ordenó a Ezequiel que dirigiera el láser hacia otra cabaña. No tardó en arder casi todo el poblado y las llamas se extendieron hasta el camuflaje que lo cubría.

—¿Era necesario todo esto? —gritó Jan sobre los crujidos de la madera y los gritos de los habitantes, que huían por todas partes.

—¿Por qué desperdicias tu compasión con esta escoria? Estuvieron a punto de sacrificarte para aplacar a su dios. —Descargó el puño sobre la cabeza del ciberoide—. Perfecto, 0008005, movámonos. Dirígete a la ciudad. ¿Sabes en qué dirección está?

—Sí —replicó la máquina, y empezó a andar.

Salieron al cegador sol de nuevo, dejando atrás el triste poblado de Ezequiel devorado por las llamas, del cual se elevaba una columna de humo negro.

El ciberoide oscilaba violentamente de un lado a otro al caminar, y a Jan le costaba agarrarse a los pequeños asideros. Milo le explicó que se habían colocado para ayudar en sus tareas a los ingenieros de mantenimiento. También le dijo que Ezequiel debía tener acceso a una fuente de energía activa, que le posibilitaba recargar su célula de combustible. Debía estar en la ciudad.

Después de viajar durante una hora, Jan experimentó un gran alivio cuando él ordenó al ciberoide que se detuviera.

—¿Qué pasa? —preguntó, mientras Milo escudriñaba los árboles situados a su izquierda.

—He visto algo que brillaba. Como un cristal. Pero ya no está.

—Yo no veo nada.

—No, por supuesto —dijo con altanería. Indicó a Ezequiel que se desviara hacia la izquierda.

Apenas se habían adentrado entre los árboles muertos cuando llegaron a un amplio claro. En el centro había una gran cantidad de piedras blancas, que ocupaban una extensión considerable.

—Parecen los restos de una villa. Grande, por cierto —dijo Milo cuando el ciberoide se acercó al perímetro de las ruinas—. Me intriga el centelleo que vi. —Ordenó al ciberoide que se detuviera—. Baja y explora el lugar —ordenó a Jan—. Yo me quedaré aquí y vigilaré que nuestro integrista de hojalata no haga de las suyas.

Jan bajó, aliviada.

—Voy a hacer un pis —dijo, y se encaminó al bloque de piedra más próximo. Casi había llegado cuando un grito la impulsó a volverse...

Tuvo el tiempo justo de ver al ciberoide sacarse a Milo de la cabeza con el brazo mecánico, tirarlo al suelo y aplastarlo bajo una de sus grandes patas metálicas.

—¡Y derramaré mi gloria sobre los paganos, y todos los paganos conocerán mi veredicto, así como la mano que he posado sobre ellos!

Ezequiel rugió estas palabras sin dejar de patear a Milo. Jan se dirigió hacia ellos, pero luego se detuvo; no podía hacer nada por Milo. Su cuerpo era ya una masa informe de carne ensangrentada. Tenía que estar muerto.

Milo el inmortal. Muerto.

Ezequiel dejó de patear los restos de Milo. Los prismáticos de su extremidad metálica giraron en dirección a Jan, seguidos de la colección de tubos montados sobre la cabeza. Jan se tiró al suelo. El rayo rojo quebró el aire sobre ella. Rodó, gateó y se escondió tras un bloque de piedra.

—¡Soy Ezequiel, Martillo del Señor! —tronó, y Jan oyó el ruido de sus enormes pies al acercarse.

Se adentró en las ruinas a toda prisa, interponiendo entre ella y el ciberoide el bloque de piedra. Corrió agachada entre los restos dispersos, con la esperanza de despistar al ciberoide, pero la voz rugiente de Ezequiel se oyó más cerca.

—¡Y por tanto, mientras viva, dijo el Señor Dios, te prepararé para la sangre, y la sangre te perseguirá! ¡Y aunque no hayas odiado la sangre, la sangre te perseguirá!

Jan aceleró su carrera. Se agachó tras otra esquina...

... y se encontró en un callejón sin salida.

Muros derruidos y bloques de piedra formaban una especie de callejón que terminaba en una pared de piedra blanca, demasiado alta para escalarla. Era demasiado tarde para retroceder. Ezequiel estaba demasiado cerca. Estaba atrapada.

La conciencia que observaba a Jan no era humana y la observaba con una objetividad tan absoluta como escalofriante. Aunque su sistema poseía componentes orgánicos, tales componentes eran sintéticos por completo, producto de un laboratorio desaparecido mucho tiempo antes, y carecían de los atributos comunes a toda vida natural. El ente carecía literalmente de emociones; ni temores, ni deseos, ni curiosidad, ni empatía alguna con el mundo que observaba mediante sus múltiples sensores. Había sido programado para la autopreservación, pero no poseía el impulso innato de la supervivencia compartido por todos los organismos naturales, forjado en el horno genético de la evolución. Era sólo mente, pura y simple, y no estaba realmente viva.

Pero, latente en su sistema de componentes electrónicos y orgánicos, había otra mente, y ésta era humana. Mejor dicho, lo había sido. La primera mente deliberó sobre el problema durante varios nanosegundos y decidió que la situación merecía activar la otra mente...

—Despierta, Ashley.

—¿Qué? (*irritada*).

—Mira.

La otra mente miró y (*dijo*):

—Caramba, ¿a qué estás esperando, cerebro de mosquito? (*excitada*). ¡Déjala entrar!

Cuando Jan vio que una entrada se abría milagrosamente en la pared no se lo pensó dos veces y se lanzó por ella..., para tropezar casi al instante con otra pared. Desesperada, descubrió que estaba en una habitación pequeña y estrecha cuya única puerta era la que ella había utilizado. Se volvió y vio que Ezequiel avanzaba por el pasillo.

—¡Y el Señor le dijo: ve a la ciudad, ve a Jerusalén, y pon una marca en las frentes de los hombres que gimen y lloran por todas las abominaciones que se consuman allí!

Jan buscó frenéticamente alguna manera de cerrar la entrada, pero no había ninguna.

Ezequiel se detuvo en el exterior y se inclinó.

—Y a los demás dijo: seguidle a través de la ciudad y golpead; que vuestro ojo no flaquee, ni tengáis piedad.

Introdujo el brazo mecánico por la abertura. Jan se apretó contra la pared.

—¡No! —gritó—. ¡Déjame en paz!

La abertura se cerró de repente y se produjo un ruido metálico cuando el brazo de Ezequiel se partió y cayó al suelo. Entonces, el piso se hundió bajo los pies de Jan y la joven se dio cuenta de que toda la habitación bajaba, como los ascensores del *Lord Pangloth*. Tuvo la impresión de que la habitación recorría un largo trecho antes de detenerse. Contuvo el aliento cuando la abertura reapareció y permitió el paso de una brillante luz. Tardó unos segundos en acostumbrarse a la claridad, y luego observó que se encontraba en una amplia sala, tan lujosamente amueblada como los aposentos reales del *Pangloth*.

—Lo siento. Es evidente que la luz es demasiado brillante para ti. La atenuaré un poco. Hace mucho tiempo que no se utilizaba.

Era una voz de muchacha, cordial y tranquilizadora. Jan entró en la sala, pero no vio a nadie. Las luces disminuyeron de intensidad y entonces, de súbito, la vio de pie en el centro de la sala. Jan no entendió por qué no la había visto antes. Cuando la chica se acercó, Jan experimentó una conmoción. Por un momento pensó que era Ceri, pero aunque el parecido era asombroso, la chica no era la doble de Ceri. Sus ojos eran pardos en lugar de azules y el cabello mucho más claro.

Se detuvo a un metro y medio de Jan y la obsequió con una cálida sonrisa. Vestía de una forma extraña: pantalones azules muy ajustados y ceñidos sobre las caderas,

una camisa amarilla igualmente ajustada, con los faldones atados por delante, y que revelaban el diafragma. Iba descalza.

—¡Hola! Soy Ashley. ¿Cómo te llamas? —preguntó la muchacha.

Jan le dijo su nombre, y después preguntó si podía sentarse. Se había puesto a temblar. Era una reacción tardía.

—¡Pues claro! Siéntate donde quieras, Jan.

Jan se derrumbó en un sofá muy bien tapizado y se abrazó el cuerpo. Ashley continuó de pie.

—¿Por qué intentaba matarte ese ciberoide? —preguntó la desconocida.

Jan sacudió la cabeza, agotada.

—No lo sé. Creo que había enloquecido. Eso dijo Milo mientras veníamos hacia aquí..., que en el curso de los años había enloquecido... Milo dijo que era muy, muy viejo... Milo...

—¿Milo era el hombre que mató el ciberoide antes de perseguirte? —preguntó Ashley con suavidad.

—Sí. ¿Viste lo que ocurrió? —preguntó Jan, muy sorprendida.

—No. Vi una repetición. ¿Era tu marido?

—No... Mi marido no —contestó Jan, con una sonrisa irónica. Se preguntó qué significaba la palabra «repetición».

—¿Tu amante, pues? ¿Tu novio?

Jan suspiró.

—No. Ni siquiera era mi amigo. Era simplemente Milo... y ahora está muerto. No puedo superar la impresión. Y tampoco sé qué voy a hacer.

Ante su propia sorpresa, empezó a llorar. Sabía que no lloraba por Milo, sino por ella.

—No podré sobrevivir en los yermos sin él.

—Puedes quedarte aquí, Jan —dijo Ashley—. Tanto tiempo como quieras. Hace mucho tiempo que no tenía compañía.

—¿Vives sola?

—Sí, a excepción de Carl, pero él no cuenta. En realidad, no es un hombre, sino un programa de ordenador, pero le llamo Carl para que parezca más humano. No es que sirva de mucho... —Suspiró con expresión melancólica, y luego su rostro se iluminó de nuevo—. ¡Di que te quedarás, por favor! ¡Me harías tan feliz!

Jan se secó los ojos y paseó la vista por la amplia sala de techo bajo. Luego miró a Ashley. Notaba algo extraño en ella, pero no sabía qué era.

—¿Qué es este lugar? —preguntó.

—Un refugio. En un principio fue construido para refugio antiatómico, pero años después mis padres lo readaptaron como refugio contra las Guerras Genéticas. —La expresión de Ashley se ensombreció—. No les salvó. Uno de los últimos virus

artificiales se introdujo por los filtros y otras barreras protectoras. Mis padres murieron. Allí...

Ashley señaló una de las puertas cerradas que había en la sala.

—Pero tú sobreviviste —dijo Jan, cada vez más confusa. Cada vez estaba más convencida de que había algo extraño en Ashley.

—Oh, sí, sobreviví. Y supongo que para toda la eternidad.

Pero la perspectiva no parecía complacerla.

Jan tuvo una revelación.

—¡Eres inmortal! —exclamó—. ¡Como Milo!

—¿Tu amigo era inmortal? —preguntó Ashley, sorprendida—. Creía que los habían matado a todos hace siglos. Sea como sea, ahora ya no es inmortal, ¿verdad?

—Pero tú debes de ser inmortal —dijo Jan, fascinada—. Has dicho que tus padres murieron durante las Guerras Genéticas, y no aparentas más años que yo.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Ashley con genuino interés.

—Dieciocho... —contestó Jan, con el deseo de que la muchacha se ciñera al tema—. No, ya tengo diecinueve.

Se dio cuenta de que su cumpleaños había sido dos o tres meses antes, pero había perdido la noción del tiempo.

—En ese caso, soy más joven que tú. Sólo tengo diecisiete. Y siempre tendré diecisiete.

Lanzó otro suspiro melancólico.

Jan empezó a preguntarse si Ashley estaba loca. Quizá era una refugiada de los yermos como ella, que había penetrado en este lugar subterráneo por accidente y se dedicaba a inventar fantasías sobre su pasado.

—¿De dónde obtienes el agua y la comida? —preguntó, mientras pensaba en la mejor manera de manejar a Ashley si estaba loca de verdad—. ¿Habrá suficiente para las dos si me quedo?

—Oh. —Ashley se llevó un dedo a los labios—. No había pensado en eso. Espera un momento. Se lo preguntaré a Carl. —Puso los ojos en blanco un brevísimo momento, y después sonrió a Jan—. Carl dice que puede activar otra vez el sintetizador de comida. Los combustibles orgánicos básicos tendrán que descongelarse, y eso llevará un tiempo, pero puede conseguirte un poco de agua ahora mismo. Hay un arroyo subterráneo ahí abajo.

Señaló al suelo.

Jan la miró fijamente. Estaba loca.

—¿E... ese Carl te ha dicho todo eso? —preguntó, vacilante.

—Tenemos un vínculo directo —contestó Ashley.

—Entiendo —dijo Jan, como si eso lo explicara todo—. De modo que aquí hay agua y comida.

La mención del agua le había recordado la sed que la torturaba, y confió en que el agua no fuera otra fantasía de Ashley. Sin embargo, la muchacha parecía estar en buen estado físico, de modo que debía obtener agua y alimentos de alguna parte, aunque no había dicho nada de que ella comiera o bebiera.

—Ah, ¿Carl y tú no necesitáis agua y comida? —preguntó, intentando seguirle la corriente.

—Ya te lo he dicho, Carl es un programa de ordenador. Los programas no comen ni beben.

Lanzó una risita nerviosa.

—¿Y tú?

Ashley se mordió el labio y pareció incomodarse. No contestó.

—¿Y bien? —insistió Jan.

—Creo que será mejor decírtelo —suspiró Ashley—. Lo descubrirías tarde o temprano.

—¿Descubrir qué?

—Esto.

Ashley se acercó al sofá donde estaba sentada Jan y extendió la mano derecha hacia ella. Jan se dispuso a estrecharla...

... y su mano pasó por en medio de Ashley, como si no estuviera allí.

—¿Lo ves? —dijo Ashley con semblante triste.

Jan se hundió aún más en el sofá y la miró con ojos aterrorizados.

—¡Eres un fantasma! —gritó.

—Algo así.

Jan miró a su alrededor frenéticamente. La lujosa sala se había transformado de repente en un lugar aterrador. Estaba atrapada a decenas de metros bajo tierra con esa cosa muerta.

—¡Quiero irme! ¡Déjame salir, por favor! —suplicó.

—Mierda, me lo temía —dijo Ashley, alejándose del sofá—. Escucha, no soy esa clase de fantasma que sospechas.

—¿No estás muerta? —preguntó Jan, nerviosa.

—Oh, claro que estoy muerta —admitió con desenvoltura Ashley—. Mejor dicho, mi yo original lo está. Sólo soy una grabación.

—¿Una qué?

—Ya sabes, una grabación. Una copia. Hace siglos vivió una chica llamada Ashley Vee. Hicieron una copia de su mente y la introdujeron en un ordenador. Yo soy esa copia.

—Pero puedo verte —protestó Jan.

—Lo que ves es una proyección holográfica controlada por el ordenador. Sabes lo que es un holograma, ¿verdad?

Jan recordó los «entretenimientos» de los Aristos. Milo las había llamado proyecciones holográficas, y también eran notablemente realistas. Se tranquilizó algo.

—¿Así que no eres un fantasma...?

—Electrónico, pero no real. No te vayas, por favor. No debes temer nada. Dime que te quedarás, por favor.

Jan no sabía que hacer. Saber que Ashley no era una aparición sobrenatural era consolador, pero su presencia la inquietaba al mismo tiempo. Los personajes holográficos de los «espectáculos» también parecían reales, pero no habían conversado con ella.

—¿Quién te... hizo... esto? ¿Y por qué? —preguntó Jan, vacilante.

—Mis padres. Tenía una afición peligrosa, ¿sabes? Volar en planeador. ¿Sabes lo que es un planeador?

—Demasiado bien.

Refirió su fuga del *Lord Pangloth* mediante el planeador japonés.

—Oh, no me refiero a planeadores manuales. Mi planeador parecía un avión, con cabina y todo. Se llamaba Pegasus y medía treinta metros de un extremo del ala al otro. Podía elevarme cientos de metros en él. Era hermoso. Pero mis padres tenían razón. Me estrellé. Y morí.

—¿Quieres decir que puedes recordar tu muerte? —se asombró Jan.

—Oh, no. Lo último grabado se remonta a dos semanas antes de mi muerte, de modo que no recuerdo las dos últimas semanas de «mi» vida, incluyendo el accidente. En cualquier caso, como temían que iba a matarme, mis padres decidieron preservarme de alguna manera. Su intención primitiva era implantar la grabación de mi personalidad y recuerdos en un clon de mí misma, pero, aunque eran ricos, no poseían suficiente influencia para llevar a cabo mi clonación. En aquel tiempo era muy ilegal. Se decantaron por la segunda mejor solución. Un holograma. Yo.

Jan permaneció en silencio un rato, sin dejar de contemplar a Ashley. La ilusión era perfecta. Costaba creer que no estuviera hecha de carne y huesos.

—Bueno, ¿qué..., qué se siente? —dijo por fin—. Al ser lo que tú, quiero decir. Ashley frunció el ceño.

—Bien, es difícil expresarlo en palabras, pero te aseguro que no es lo mismo que estar viva..., que ser real.

—Pero piensas y sientes, ¿no?

—Oh, sí, pienso. Al menos, creo que pienso. Es difícil afirmarlo. Pasa lo mismo con los sentimientos. Creo que tengo sentimientos, pero no es igual que cuando estaba viva. ¿Sabes a qué me refiero?

—No —admitió Jan.

Ashley suspiró.

—Es difícil de explicar... Es como si mis sentimientos fueran sentimientos de



imitación. Irreales. Sí —cabeceó—, definitivamente irreales... Lo cual no resulta sorprendente. Al fin y al cabo, soy una sombra electrónica de mi antiguo yo. —Sonrió a Jan—. No obstante, me voy desvaneciendo, lo sé. Pierdo mis vestigios humanos. Temo que terminaré como Carl. Y es tan aburrido, santo Dios...

Jan intentó imaginar cómo debía de ser la «vida» para Ashley, pero estaba más allá de su alcance.

—¿Cuánto tiempo llevas... así?

—Un segundo, se lo preguntaré a Carl. —Y sin la menor pausa respondió—: Cuatrocientos treinta y nueve años.

—¿Tanto? ¡Qué horror! ¿Cómo pasas el tiempo? Debes de aburrirte mucho.

—Sí, cuando estoy despierta. Duermo casi siempre. Bueno, no es un sueño real, no sueño ni nada de eso. Estoy desconectada. Cuando estoy despierta puedo acelerar el tiempo, y eso me ayuda. Para hablar contigo he de enlentecer mis procesos mentales. No he tenido tiempo subjetivo de proceder con tal lentitud desde mi último visitante.

—¿Cuándo fue?

—Oh, hace unos ochenta años. Se llamaba Vic. Un chico muy guapo. Se refugió en las ruinas para escapar de unos merodeadores que le perseguían. Se quedó aquí diez años. Después, enfermó y murió. No le gustaba estar aquí. Fue una pena. Está allí.

Ashley se volvió y señaló. Al mismo tiempo, las luces aumentaron de intensidad, y Jan vio una pila de huesos en el extremo más alejado de la sala.

Jan se quedó estupefacta.

—¿Le dejaste tirado ahí?

—¿Y qué iba a hacer? Padezco cierta carencia de sustancia, como ya habrás notado —rió Ashley—. Había un par de servomecanismos que mantenían limpio el refugio, pero se averiaron hace siglos.

Un pensamiento preocupante pasó por la mente de Jan.

—Has dicho que Vic quiso marcharse. ¿Por qué no lo hizo?

—Oh, Carl no le dejó, por supuesto. Carl actúa como mi protector. No quiere que nadie conozca la existencia de este refugio, así que ninguno de mis visitantes se marcha.

—¿Quieres decir que a mí tampoco me dejará marchar?

Ashley asintió con gravedad.

—Eso temo. No vas a enfadarte, ¿verdad?

—¿Sabes lo que más echo en falta, por no estar viva? —preguntó Ashley.

—¿Qué?

—Volar. Volar en mi planeador era fantástico. Me embelesaba tanto estar en el cielo.

—Cualquier cosa es mejor que estar enterrada aquí —se quejó Jan.

Sólo habían transcurrido doce días desde que llegara al refugio y el lugar ya la había deprimido profundamente. Al principio, había apreciado el abrigo que le ofrecía contra los peligros de los yermos, en especial de Ezequiel, así como la comida y la bebida, aunque esta última fuera tan insípida, pero muy pronto se habían apoderado de ella la inquietud y el desasosiego. El hecho de no poder marcharse agravaba su desagrado por vivir en el refugio. Si hubiera tenido elección, habría estado dispuesta a pasar un mes o más en el subterráneo con sumo placer. Tal como estaba la situación, desesperaba por volver a la superficie, aunque no tenía ni idea de lo que haría si lograba escapar. Suspiró.

Ashley la miró con preocupación.

—Lamento que no te guste vivir aquí.

Hoy iba vestida con pantalones muy cortos, a los que denominaba con mucha precisión *shorts*, chaqueta, zapatos y calcetines blancos. Llamaba a esta indumentaria su «equipo de tenis». Un par de días antes, Jan le había preguntado por qué se vestía cada día de una manera diferente.

—Un toque suplementario de realismo por parte de mis padres —respondió Ashley, con un encogimiento de hombros—. Me fotografiaron holográficamente vestida de muchas formas diferentes, y lo introdujeron en el ordenador, junto conmigo. Además, aún me gusta tener un aspecto atractivo. Mamá solía decir que yo era una exhibicionista presumida, pero era bonita, ¿verdad?

Y dio una vuelta para demostrarlo.

—Sí, lo eras. Y mucho —corroboró Jan, entristecida.

El hecho de que el hermoso cuerpo de Ashley fuera tan insustancial como una sombra empezaba a turbarla en más de un sentido, según se había dado cuenta. Y que se pareciera bastante a Ceri no contribuía a solucionar su problema. Otra razón para abandonar el refugio y regresar a la superficie...

—No me gusta estar prisionera. Si al menos se me permitiera salir cada día unos minutos para respirar un poco de aire fresco, no me importaría tanto estar aquí.

—Jan, ya sabes que, si de mí dependiera, podrías entrar y salir cuando quisieras, pero Carl es el que manda y no confía en ti.

—Lo sé.

Jan había intentado hablar directamente con Carl en varias ocasiones. Hablar con

una voz carente de cuerpo, que sonaba humana pero resultaba frustrantemente inhumana en sus respuestas, constituía una experiencia desalentadora.

—De todos modos, ¿por qué te empeñas en volver arriba? Ese loco ciberoide aún estará buscándote.

—Me dijiste que Carl no le había visto desde hacía más de una semana.

—En las vecindades de la villa no, pero los sensores de Carl tienen un límite. El ciberoide podría estar al acecho en el bosque.

—Supongo que sí —dijo Jan, preocupada.

Aún tenía pesadillas en las que aparecía Ezequiel. Corría por un infinito laberinto de piedras blancas, seguida por el ciberoide, que gritaba sus locas frases sobre muerte y venganza y dejaba huellas sangrientas tras de sí. La sangre era de Milo...

—¿Y los Señores del Cielo? ¿Los habéis visto?

—Se lo preguntaré a Carl. Sí, uno de ellos pasó hace un par de horas casi por encima de nosotros.

«Maldita sea». Carl había visto casi cada día desde su llegada el *Lord Pangloth* o *La Brisa Perfumada*. El señor de la guerra no se había rendido. Se estremeció al pensar en lo que haría con ella si volvía a caer en sus manos.

—¿Lo ves? —dijo Ashley, como si leyera sus pensamientos—. Estás mucho mejor aquí abajo. Conmigo. Bueno, abandona esa expresión sombría y cuéntame más detalles sobre tus aventuras.

Ashley había demostrado una curiosidad insaciable sobre la vida de Jan, y ésta había dedicado horas a describirle Minerva y a relatarle los acontecimientos que siguieron al bombardeo y a su captura.

—¿Aventuras? No he tenido aventuras. He sufrido una penosa experiencia.

«Que aún continúa», añadió para sí.

—Bueno, a mí me parecen aventuras —dijo Ashley—. Háblame otra vez del príncipe Caspar. Me parece encantador.

Jan suspiró.

—¿Qué más quieres que te diga de él?

—Dime qué pasaba cuando os acostabais juntos.

Jan se sintió algo sorprendida.

—¿Por qué lo quieres saber?

Ashley sonrió con malicia.

—¿A ti qué te parece?

—No quiero ser maleducada —dijo Jan poco a poco— pero no entiendo por qué te interesa el sexo cuando careces umm, de cuerpo.

—Ya te lo dije: aún tengo sentimientos. Bueno, más bien diría el recuerdo de sentimientos...

—Sentimientos, sí —dijo Jan, frunciendo el ceño—, eso lo comprendo, pero el

sexo es, bueno, un apetito.

—Oh, sí, tengo apetitos. Bien, es lo mismo que tener sentimientos, ¿no?

—Supongo que sí —contestó Jan, dudosa.

—Mis apetitos fueron grabados junto con todo lo demás. No pensaron en eso cuando me convirtieron en lo que soy. No habría tenido importancia si me hubieran transferido a un cuerpo clonado, pero al ser lo que soy, me resulta imposible satisfacer mis apetitos. Al principio, fue horroroso; siempre tenía hambre. Después, un técnico realizó algunos ajustes y digamos que aplacó mi apetito de comida. Los científicos dijeron que no podían extraer todos mis apetitos sin el peligro de eliminar partes enteras de mi personalidad.

Jan intentaba imaginar la situación de una mente sin cuerpo. Intentó imaginar cómo sería tener hambre durante cuatrocientos años, sabiendo que nunca podría satisfacer su hambre.

—Pobre criatura —dijo.

—Oh, ya estoy acostumbrada. Además, al igual que mis demás «sentimientos», mis apetitos se van desvaneciendo poco a poco, y un día no tendré ninguno.

—¿Y no tienes, umm, necesidades sexuales?

—Sí. Más o menos. Era un problema cuando Vic vivía aquí. Ya te dije que era muy guapo, ¿verdad? —Dirigió una mirada nostálgica a los huesos amontonados junto a la pared—. Para él también constituía un problema. A veces, no poder tocarme le ponía loco.

Jan sintió una punzada de compasión por el fallecido Vic.

—¿Tuviste algún amante? Cuando estabas viva, quiero decir.

—Oh, claro. Tuve dos. Uno era mi instructor de vuelo. Tenía más de treinta años, pero estaba muy bueno. Una vez lo hicimos en su planeador de instrucción, a cinco mil metros de altitud. ¡Maravilloso! —Meneó la cabeza, como fascinada por el recuerdo—. Vamos, dime qué le hacías al príncipe Caspar. ¡Quiero saberlo todo!

Transcurrieron lentamente otros tres días. El refugio agobiaba cada vez más a Jan. Consistía en cinco habitaciones. Aparte de la sala de estar, había dos dormitorios (uno de los cuales albergaba los huesos de los padres de Ashley), una cocina y un cuarto de baño. Éstas, al menos, eran las zonas accesibles del lugar, pero Jan sabía que existían zonas ocultas que contenían diversas máquinas, incluyendo los proyectores que creaban la imagen holográfica de Ashley, capaz de aparecer en cualquier sitio del refugio. Carl informó a Jan de que la energía necesaria para toda aquella maquinaria provenía del calor interior de la Tierra.

Con la esperanza de convencer a Carl de que la dejara salir, Jan pasaba cada vez más tiempo hablando con «él», ante el disgusto de Ashley. El ordenador se negaba con insistencia a explicar las razones de su confinamiento, pero le proporcionaba de buen grado cualquier otra información que ella le pidiera. Le preguntó sobre el

mundo anterior a las Guerras Genéticas, más para aliviar su aburrimiento que por otra cosa, y también por saber si Milo le había dicho la verdad o meras fantasías. En respuesta, Carl apagó las luces y una pantalla resplandeciente apareció suspendida en el aire. A continuación, Carl anunció que reproduciría una serie de programas de noticias de los períodos en cuestión, lo cual provocó las quejas de Ashley.

—Oh, Dios mío, es como volver al colegio...

Durante dos días, Jan contempló fascinada las imágenes y escuchó las diferentes voces del pasado. Al principio, le costaba seguir lo que ocurría (muchas palabras no significaban nada para ella), pero por fin se hizo una idea general. Parecía encajar con lo que Milo le había contado y con lo poco que había averiguado por Ceri.

Mucho antes de las Guerras Genéticas, el mundo se había enfrentado con dos graves amenazas: la primera procedía de las armas nucleares, que se hallaban bajo el control de los dos grandes imperios de la segunda mitad del siglo veinte, la Unión Soviética y los Estados Unidos de América. Cuando, hacia finales de ese siglo, muchos otros países también tuvieron esas armas, los dos imperios se pusieron muy nerviosos. Luego, se produjo la guerra del «Pequeño Armagedón» en Oriente Medio, en la cual fueron usadas por primera vez armas nucleares desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Eso decidió a los gobernantes de ambos imperios a formar la Alianza Soviético-Americana, a principios del siglo veintiuno. El primer acto de la Alianza fue prohibir todas las armas nucleares. Hubo mucha oposición a este ultimátum, no sólo de los países que poseían arsenales nucleares desde hacía mucho tiempo, como un país llamado Francia, sino también de la Federación de Estados Islámicos, que habían salido vencedores de la guerra del «Pequeño Armagedón».

La Alianza reaccionó sin escrúpulos ante esta oposición. Utilizó unas pocas armas nucleares con lo que un comentarista llamó «precisión quirúrgica», en combinación con sus «armas orbitales de rayos», y «cauterizó las zonas problemáticas». Cuando el polvo se dispersó, la Federación Islámica volvió a ser una serie de países diferentes, y Francia quedó reducida a una pura economía agrícola. Las demás naciones comprendieron los argumentos de la Alianza y entregaron sus armas nucleares. Cuando la Alianza consiguió que no existieran otras armas semejantes, ni los medios para fabricarlas en un futuro, destruyó su propio arsenal nuclear y los restantes reactores nucleares. La era nuclear había terminado.

La otra gran amenaza había surgido hacia mil novecientos ochenta, aunque era probable que existiera desde mucho tiempo antes sin que nadie hubiera reparado en ella. Era una plaga causada por un tipo de virus que, normalmente, sólo afectaba a los animales: un «lentivirus». La teoría consistía en que el virus había saltado la «barrera de las especies», desde una especie de monos africanos a los humanos.

Fuera cual fuera el origen del virus, se extendió con gran rapidez y a finales del siglo veinte había infectado a una de cada diez personas del planeta. Estaba

diezmado, de forma literal, la población del mundo. Y, como era un lentivirus, poseía características genéticas que dificultaban el combate contra la plaga. Los ingenieros genéticos (que, como Jan observó, se llamaban «microbiólogos» en aquellos antiguos informes) intentaron durante años encontrar una vacuna efectiva, pero sin éxito.

Otros ingenieros genéticos probaron una línea de ataque paralela contra el virus durante un tiempo. Intentaban fabricar su propio virus, un virus «cazador-asesino» sintético, utilizando material genético alterado del propio virus. Un virus es un parásito genético; invade una célula y roba el DNA de la célula a fin de duplicarse. El virus asesino no se contentaría, en teoría, con buscar y destruir el virus en el interior de un sistema infectado, sino que también penetraría en las células infectadas e introduciría DNA modificado en el núcleo de las células, el cual neutralizaría el DNA creado por el virus invasor, impidiendo cualquier duplicación posterior. Ésa era la teoría, pero convertirla en realidad conllevó enormes adelantos en la investigación y manipulación del DNA humano. La enormidad de su tarea se resumió en una imagen asombrosa: si se extendía de un extremo a otro todo el DNA existente en un único ser humano, la cadena llegaría a la Luna y volvería ocho mil veces.

Por fin, no obstante, triunfaron. Sin virus sintético actuó al mismo tiempo como cura y supervacuna, y la plaga no tardó en erradicarse.

Los grandes adelantos en la ingeniería genética humana, resultantes de crear el virus sintético, tuvieron importantes repercusiones en toda la raza humana: del mismo modo que el virus había sido usado para curar células infectadas, ahora era posible realizar toda clase de modificaciones en el DNA humano. Podía ser alterado para mejorar el sistema inmunológico, para erradicar enfermedades como el cáncer, para aumentar la esperanza de vida humana... Todas las modificaciones que, en su momento, fueron incorporadas al Modelo de Primera Clase.

Al mismo tiempo, la ingeniería genética también había experimentado tremendos progresos en otros campos. Se habían creado nuevas clases de cereales, resistentes a las enfermedades y que podían crecer en terrenos áridos; el «biochip» había reemplazado al chip de silicio, dando como resultado ordenadores mucho más eficaces; se habían creado nuevas formas de bacterias para realizar numerosas funciones industriales, desde producir combustibles baratos a fabricar cosas como pasta de madera de imitación que se convertía en papel; también había las células de combustible biológicas y la clorofila sintética, que transformaba los rayos del sol en electricidad...

La lista de prodigios parecía inacabable. Daba la impresión de que iban a erradicarse para siempre las plagas tradicionales de la humanidad. Gracias a los ingenieros genéticos, el mundo estaba a punto de entrar en una auténtica Edad de Oro.

Pero, desgraciadamente, no pudo realizarse.

Según las voces muertas desde hacía tanto tiempo que acompañaban a las imágenes proyectadas en la pantalla flotante, la creación del ser humano genéticamente alterado llamado Modelo de Primera Clase condujo de manera indirecta a las Guerras Genéticas. Hasta entonces, y durante cierto tiempo después, las Naciones Unidas poseían auténtico poder, pues tenían el apoyo de la Alianza Soviético-Americana. Tenían el poder suficiente para imponer sus normas en aquellas parcelas de la investigación microbiológica y manipulación genética que estaban prohibidas, pero, como Milo le había dicho, la aparición del Modelo de Primera Clase causó la división de las naciones más grandes en estados independientes. La desintegración de Estados Unidos y Rusia en pequeños estados significó, por supuesto, el fin de la Alianza y, a su vez, el fin del poder que habían desplegado las Naciones Unidas.

En el caos que siguió, fueron las corporaciones multinacionales, cuya riqueza dependía en gran medida de las patentes de ingeniería genética, las que emergieron como auténticos receptáculos de poder. Y como las Naciones Unidas ya no podían imponer sus leyes, todas las restricciones en materia de ingeniería genética desaparecieron. Las multinacionales pudieron hacer entonces lo que les dio la gana.

Ya circulaban antes rumores de que los ricos y poderosos experimentaban en las parcelas prohibidas. Se hablaba de increíbles creaciones ocultas tras puertas cerradas con doble llave; de billonarios que poblaban sus islas y posesiones privadas con toda clase de seres exóticos, fantasías sexuales hechas carne por los ingenieros genéticos; y se decía que ciertos jefes de estado y empresas multinacionales estaban fabricando armas secretas, consistentes en seres terribles que no eran otra cosa que armas vivientes.

Todos estos rumores resultaron ser ciertos.

Ahora que la Alianza y las Naciones Unidas se habían desintegrado, las corporaciones empezaron a luchar entre ellas. Los estados independientes fueron arrastrados al conflicto y tuvieron que plegarse al capricho de una u otra corporación. Las Guerras Genéticas habían empezado.

Tras una década de luchas con ejércitos obra de la ingeniería genética, las guerras entraron en una fase nueva y más mortífera, cuando una de las corporaciones desencadenó una ofensiva bacteriológica, algo que todas las corporaciones habían jurado no utilizar. Fue el principio del fin.

Los primeros objetivos fueron agrícolas: cultivos de cereales y similares. Después, aparecieron hongos manipulados para devorar partes vitales de sistemas electrónicos, así como prácticamente todo lo demás. Por fin, ocurrió lo inevitable: se desataron las plagas diseñadas en concreto para matar gente.

Murieron millones y millones de personas. Ciudades enteras quedaron vacías de

la noche a la mañana. La civilización se derrumbó.

En este punto, Carl informó a Jan de que no disponía de más cintas.

Las imágenes que había visto durante aquellos dos días conmovieron profundamente a Jan, pero lo que más la afectó fue un reportaje sobre Minerva, poco después de que se constituyera en estado independiente. Jan lloró cuando vio lo que Minerva había sido en otro tiempo, y los tristes vestigios de una gran sociedad que había sido su Minerva. También comprobó, a regañadientes, que las primitivas minervanas habían empleado la Ciencia Antigua. De hecho, como Milo le había asegurado, la propia creación de una sociedad en que las mujeres podían vencer las desigualdades de la naturaleza impuestas por su sexo se basaba en el trabajo de los ingenieros genéticos.

Y aunque aquello era contrario a todo cuanto le habían enseñado sus maestras de religión, descubrió que ahora era capaz de asumir aquel conocimiento. Lo importante era el ideal que representaba Minerva, y se sintió abrumada por el inmenso peso de la responsabilidad recaída sobre ella cuando comprendió que había sido condenada por el destino, o por Dios Madre, a ser la última encarnación viviente de ese ideal. Debía conservarlo vivo. No sólo vivo, sino procurar que volviera a florecer.

«Pocas esperanzas hay», pensó con amargura.

Al cabo de otros dos días Jan empezó a sospechar, por la forma evasiva en que Carl reaccionaba a sus demandas de libertad, que no era él quien la mantenía prisionera, sino Ashley.

La idea era lógica. Ashley parecía controlar a Carl en todo lo demás. Estaba decidida a que Jan se quedara con ella, pero culpaba de la situación a Carl para no atraer la ira de Jan. En la presunción de que éste era el caso, Jan comprendió que ahora tendría que concentrarse en persuadir a Ashley de que debía dejarla en libertad.

Pero ¿cómo?

Era la mañana del decimosexto día y Jan estaba en el cuarto de baño, cortándose el pelo. Había decidido que el estilo largo de los Aristos era un engorro y que sería mejor cortárselo bastante. Miraba su imagen en el espejo cuando se le ocurrió una posible solución a sus problemas. Se quedó petrificada cuando el plan se desplegó en su mente como una semilla al brotar. La semilla creció... Lanzó raíces, salieron ramas y, por fin, una flor abrió sus pétalos. Tenía la solución.



Jan volvió a la sala de estar, intentando disimular su exaltación.

—Ashley, ¿estás ahí? —dijo con calma.

—Por supuesto —sonó la voz de Ashley, que se materializó frente a Jan. Hoy llevaba un largo vestido negro que dejaba un pecho al descubierto. Estaba guapísima—. ¿De qué quieres hablar?

—De volar.

El rostro de Ashley se iluminó.

—¡Mi tema favorito!

—Lo sé. ¿Qué dirías si te anunciara que quizá puedas volver a volar?

Ashley la miró fijamente.

—¿Qué quieres decir? No hay forma de que pueda volar otra vez. Estoy atrapada aquí. Como tú. No, estoy más atrapada que tú. Estoy en un ordenador. Ya lo sabes.

—Sí. He aprendido mucho sobre ordenadores. Primero de Milo y ahora de Carl. Te conté el plan de Milo, ¿verdad? Cómo intentaba entrar en la Torre Celeste de la ciudad y utilizar el ordenador que guarda para ordenar al Ángel Celestial que baje del espacio.

—Sí, sí —se impacientó Ashley—, pero ¿qué tiene que ver todo eso conmigo?

—Tú y Carl podéis separaros del ordenador, ¿no? Me refiero a lo esencial de vosotros: los programas.

—Por supuesto. Estamos en la misma pieza de *software*. ¿Por qué?

—Este ordenador... ¿Se pueden intercambiar sus partes con otros ordenadores, como los que hay en la ciudad?

—Es muy probable —contestó Ashley, y al cabo de una pausa añadió—: Se lo acabo de preguntar a Carl y ha dicho que sí. Todos los ordenadores de biochips eran compatibles.

—Entonces, si yo cojo vuestro *software*, lo llevo a la ciudad y lo introduzco en el ordenador de la Torre Celeste, ¿Carl y tú volveréis a vivir... dentro de ese ordenador?

—Sí —dijo Ashley, vacilante—. Suponiendo que el ordenador continúe en funcionamiento...

—Funciona. Milo lo comprobó desde la sala de control del *Lord Pangloth*.

—¿Y qué? —Ashley se encogió de hombros—. ¿De qué me serviría ser transferida a otro ordenador? Ni siquiera tendría mis aparatos de proyección holográfica.

—Aún no he terminado. Una vez dentro del ordenador, Carl y tú podréis controlarlo, ¿verdad? Os haréis cargo de todas sus funciones.

—Sí —dijo Ashley, con un suspiro de impaciencia—. Siempre que quites antes el *software* original.

—Bien. Entonces, Carl y tú podríais hacer lo que Milo había planeado. Enviar una señal desde el ordenador de la Torre Celeste al Ángel Celestial, para que éste volviera del espacio.

—Bueno, supongo que Carl podría —corroboró Ashley, frunciendo el entrecejo—, pero aún no entiendo qué te propones.

—Si tuviera acceso al Ángel, podría sacar vuestro *software* del ordenador de la torre e introducirlo en el del Ángel. ¿Qué pasaría entonces?

Ashley guardó silencio durante unos segundos. Jan supuso que se había puesto en comunicación con Carl.

—Podría acoplarme con todos los sensores del Ángel Celestial —respondió después, con ojos brillantes de excitación—. Podría controlar todos sus movimientos. ¡Podría ser el Ángel!

—Eso es lo que pensaba —dijo Jan, satisfecha.

—¿A qué estamos esperando? —gritó Ashley—. Vamonos ahora mismo. Te enseñaré a quitar el *software*.

—Calma, calma. Debes saber que todo lo que acabo de decir es imposible.

Ashley expresó una profunda decepción.

—¿Por qué? ¿Por qué es imposible?

—Bueno, para empezar, no puedo marcharme de aquí. Carl no me dejará.

—Ah, ¿es por eso? —dijo Ashley, aliviada—. No te preocupes, yo le convenceré.

«Ya me lo imaginaba», pensó Jan.

Jan estaba casi preparada para irse, pero ahora que el momento estaba cercano se sentía reacia a subir a la superficie. En el refugio se estaba a salvo, mientras que en la superficie sólo aguardaban peligros. Y a pesar de que Ashley le había entregado armas que guardaba en un compartimiento oculto en el dormitorio principal, sabía que existían pocas probabilidades de llegar a la Torre Celeste y que se arriesgaba a sucumbir a los virus o esporas que todavía emponzoñaban la ciudad. Cuando expresó este temor, Ashley conferenció brevemente con Carl. «¡Te pondrás un traje anticontaminación!», exclamó con alegría. Otro panel oculto se abrió en el dormitorio principal y reveló una fila de monos hechos de un material suave y blanco. Jan cogió uno y lo examinó. Tenía una capucha que cubría por completo la cabeza. Al igual que la antigua ropa de Ashley que Jan llevaba ahora, prefiriéndola a los andrajos malolientes del pueblo de Ezequiel, el traje parecía en buen estado, pese a su avanzada edad. Interrogó a Ashley al respecto.

—Ah, se deberá a la falta de aire. Carl expulsa todo el aire del refugio cuando no tengo... visitantes. También baja la temperatura. Anda, pónelo.

Jan se puso obedientemente el traje anticontaminación y aseguró todos los cierres. Miró por el visor de la escafandra. Debajo del visor sobresalía una boquilla que admitía aire cuando se respiraba. Supuso que la boquilla incluía filtros que protegían

de organismos nocivos. Ashley confirmó sus sospechas.

—¿Funcionan? —preguntó Jan.

—No lo sé. Los trajes estaban destinados a emergencias. Mamá y papá se los pondrían cuando tuvieran que desplazarse a la superficie por algún motivo. Nunca tuvieron la oportunidad de usarlos. La plaga avanzó.

—¿A través del mismo tipo de filtros?

—Creo que sí —admitió de mala gana Ashley.

—Bien, pues no perdamos el tiempo.

Jan tiró la capucha hacia atrás, pero decidió seguir con el traje puesto. El material era bastante grueso y le ofrecería cierta protección en el yermo.

Las armas que Carl le aconsejó eran dos artilugios semejantes a rifles. Uno era un láser, y el otro disparaba proyectiles explosivos que, según la informó Carl, eran «balas inteligentes».

—Cuando hayas centrado el blanco en la lente situada sobre el arma, límitate a apretar el botón de disparo. La imagen de la lente se imprime en el «cerebro» de la bala y efectúa todas las maniobras necesarias para alcanzar su objetivo. Entonces, estalla.

Jan se quedó impresionada. El arma sería más que suficiente para enfrentarse con Ezequiel, si se topaba con el ser.

—He recargado las unidades de energía de ambas armas —dijo Carl—. El láser debería funcionar bien, pero es posible que la munición de la otra arma se haya deteriorado hasta el punto de resultar inútil.

—Fabuloso —murmuró Jan.

Estaba de pie en la sala de estar, cargada con las dos armas, el arnés de la espada y una mochila que contenía comida y agua.

—¿Todo dispuesto? —preguntó Ashley. Parecía muy excitada.

—Supongo que sí —respondió Jan sin entusiasmo.

—Carl y yo nos desconectaremos ahora. Se abrirá un panel y verás la consola del ordenador. ¿Te ha enseñado Carl a quitar el *software*?

—Sí.

—El ascensor funcionará automáticamente. Carl dice que no se ve ni rastro del ciberoide ni de los Señores del Cielo.

—Estupendo —dijo Jan. Tenía la garganta seca.

—Bien, vamos allá... Ah, Jan, cuida bien el *software*, ¿eh? Ya sé que no estoy viva de verdad, pero aún no tengo ganas de morir. Otra vez.

—No te preocupes; os cuidaré.

Ashley desapareció. Se hizo el silencio.

—¿Ashley? ¿Carl? —dijo Jan.

No hubo respuesta. De repente se sintió muy sola. Después, se sobresaltó cuando

un panel se abrió con un zumbido en la pared que había frente a ella. Vio una hilera de luces. Se acercó a la consola y apretó los dos botones que Carl le había indicado. Un pequeño panel de cristal se abrió en la consola. Jan retiró el *software*. Se sorprendió al comprobar que consistía en un pequeño tubo de unos diez centímetros de largo y cuatro de anchura. Le costó creer que albergaba todos los recuerdos de Ashley, su mente y sus sentimientos, aparte de Carl. Lo guardó en la mochila y se volvió hacia el ascensor. Cuando se acercó, la puerta se abrió.

Vaciló cuando vio la mano mecánica de Ezequiel tirada en el suelo del ascensor. Pasó por encima y la arrojó de un puntapié a la sala de estar. La puerta se cerró.

Cuando volvió a abrirse, el brillante sol cegó a Jan. Experimentó náuseas cuando percibió el hedor de los hongos. Estuvo a punto de ceñirse la capucha, pero temió que limitara su visión y audición. Quería estar alerta por completo a la menor señal de Ezequiel.

El pasadizo entre las piedras estaba desierto. Salió con cautela del ascensor, sujetando el láser en la mano. Llevaba el arma de proyectiles colgada al hombro. Siguió lentamente sus huellas de diecinueve días antes hasta divisar el punto donde había muerto Milo. Titubeó junto al gran bloque de piedra blanca, temiendo que el ciberoide se lanzara sobre ella.

Por fin, se aproximó al lugar donde había muerto Milo. Sólo quedaban de él los huesos. Los animales habían devorado su carne, los insectos habían arrancado los restos orgánicos de sus huesos.

Sus huesos centelleaban.

Se arrodilló a su lado. No eran huesos normales. Parecían hechos de una mezcla de metal y otro material. Ninguno había sido dañado por el ataque de Ezequiel. Incluso el cráneo estaba intacto. Tenía un tono azulino, como los demás huesos.

Extendió sus dedos y lo tocó. Tomó una decisión, pasó un dedo por una cavidad ocular y lo levantó. Era muy ligero. Se levantó y, después de inspeccionar con cautela los árboles cercanos, se quitó la mochila y guardó dentro la calavera de Milo. Volvió a cargarse la mochila y se encaminó hacia la ciudad.

Llegó a las afueras a media tarde. El trayecto había carecido de accidentes, a excepción de un encuentro con un reptil gigante. Había reptado hacia ella a través de los árboles, pero Jan le había disparado el láser y la bestia se había desplomado, convertida en un montón de carne retorcida, cuando aún se encontraba a unos cincuenta metros de distancia. No vio ni rastro de Ezequiel, pero continuaba dominada por la sensación de que estaba cerca. Y la seguía.

Las afueras de la ciudad consistían en ruinas de viviendas privadas, caídas en medio de sus extensos terrenos. Jan observó que los hongos no proliferaban tanto como en el bosque. Se detuvo a descansar y se sentó en los restos de un muro de piedra. Apoyó el láser a su lado, sacó una cantimplora de la mochila y bebió agua.

Minutos después decidió seguir adelante, pero antes se ajustó la capucha. Quizá no sirviera de nada, quizá ya se había infiltrado en su cuerpo algún virus artificial, pero era mejor que nada.

Mientras caminaba echaba vistazos hacia atrás, con el láser a punto. No concedería a Ezequiel, ni a cualquiera, la oportunidad de sorprenderla. De vez en cuando, también oteaba el cielo, pero no divisó ningún Señor del Cielo.

Cuanto más se internaba en la ciudad, menos hongos había. Era como si aquellas siniestras excrecencias evitaran este lugar muerto. La capucha le daba calor y el sudor resbalaba sobre su rostro, pero estaba determinada a proseguir. Ya pensaría en su momento qué haría si se moría de sed o tenía ganas de orinar.

Pasó junto a varios vehículos. Algunos tenían ruedas, pero muchos no, y se preguntó cómo se desplazaban estos últimos. Miró en el interior de unos cuantos, pero no vio rastro de sus propietarios, muertos tanto tiempo atrás, a excepción de pedazos de tela. Sin embargo, el tapizado de los asientos parecía casi nuevo.

Los edificios se veían más altos y juntos a medida que progresaba. Divisaba la parte superior de la Torre Celeste más adelante, pero tenía la sensación de que no acortaba distancias. Observó con temor que el sol no tardaría en ponerse.

Sus pasos sobre la extraña superficie de la calzada despertaban ecos en las paredes y fachadas de los edificios. Avanzaba por el centro, sin dejar de vigilar con nerviosismo los portales en sombras y las ciegas ventanas. La sensación de que la estaban observando se intensificó. Se detuvo y prestó oídos. Si Ezequiel estuviera cerca oiría sus pisadas estruendosas, pero no captó nada. Continuó su camino y así con fuerza el láser, lo cual le proporcionó cierta tranquilidad.

El sol se hundió detrás de los altos edificios. Largas sombras invadieron el valle artificial que atravesaba. Jan deseó que Milo estuviera con ella, a pesar de lo que había sentido hacia él. Pensó en su calavera, guardada en la mochila, y se preguntó una vez más por qué la había cogido. Tal vez porque creía que debía honrar de alguna manera su recuerdo...

Le dolía la cabeza. ¿Era el primer síntoma de la plaga? También estaba sedienta. La oscuridad se abatió sobre la ciudad con rapidez, y Jan hizo un alto para sacar la linterna recargada que Carl le había dado. Era difícil sostenerla con el láser al mismo tiempo, pero el poderoso haz de luz la tranquilizó cuando iluminó el espacio que se abría ante ella. Sin embargo, no disminuyó la sensación de que la espiaban.

Jan estaba agotada cuando entró en la plaza donde se erguía la Torre Celeste. Se meció sobre los talones, casi aturdida, cuando levantó la cabeza para abarcarla. ¿Cómo demonios iba a llegar a la cumbre? Había cilindros de cristal en un lado que debían de ser ascensores exteriores, pero, sin energía, eran inútiles.

Mientras cruzaba la plaza, cubierta de diferentes baldosas de colores ilustradas con dibujos de globos similares a los que utilizaban los bandalanos, reparó en que una

fuente funcionaba. Se detuvo para observarla. Mientras se preguntaba cómo podía funcionar después de tanto tiempo, aún fue más consciente de su espantosa sed.

Se alejó de ella y continuó hacia la Torre Celeste. La base de la torre estaba abierta por todas partes, sostenida por una serie de columnas que parecían ridículamente delgadas para ser los cimientos de una estructura tan inmensa. Subió algunos peldaños y entró. Barrió con la linterna el interior. El vestíbulo estaba vacío, a excepción de un ascensor circular y una escalera que desaparecía por el techo. Se acercó a la escalera y se sentó en el primer peldaño. Su intención era descansar un rato antes de iniciar la larga ascensión. Confiaba en que la escalera continuara hasta la cumbre; de lo contrario, no sabría qué hacer.

Jan despertó sobresaltada. Se había dormido sin querer. Se incorporó y tanteó en busca del láser y la linterna. Encontró la linterna. Del láser, ni rastro.

Abrió la linterna, presa de un pánico incipiente. El rayo iluminó una gran forma sentada en el suelo del pasillo, a unos tres metros de distancia. Tenía el láser a su lado.

Era la pantera negra.

Los ojos amarillentos de la pantera brillaron a la luz de la linterna. Estaba sentada sobre sus cuartos traseros como un gato doméstico, con las patas delanteras extendidas. Parecía sonreírle, como en aquel día tan lejano.

La impresión sobrecogió a Jan. No entendía cómo podía estar en la ciudad la pantera, a cientos de kilómetros de Minerva. Dios Madre la estaba castigando por algún pecado que había cometido. ¿Castigándola? No, se estaba burlando de ella...

Acarició la idea de coger el arma de proyectiles, que aún colgaba de su hombro, pero sabía que la pantera caería sobre ella antes de que pudiera apuntar. Y existía la posibilidad de que el fusil ni siquiera funcionara. Tenía sus espadas, pero tampoco había tiempo de desenvainar una. Miró el láser que yacía junto a las patas delanteras de la pantera. Ésta también lo miró, y colocó una pata sobre el arma, como sin darle importancia.

—Una cossssa mala —dijo, con su familiar siseo sibilante—. No gustar. No la tocarás.

La pantera continuó observándola con sus grandes ojos amarillos. Jan pensó en tirarle la linterna para distraerla, pero sabía que sería un gesto inútil.

—¿Por qué me sigues? —preguntó por fin—. ¿Cómo me has encontrado?

—¿Seguirte? Yo no te sigo —siseó la pantera.

—Ya lo creo —la acusó Jan—. Desde Minerva. Donde mataste a Carla, después de que yo te impidiera entrar en la ciudad.

—Chica decir tonteríassss —afirmó la pantera con un ronquido de desdén.

—Estás jugando conmigo —dijo Jan, recordando que había visto a los gatos de Minerva torturar a las ratas antes de matarlas—. ¿Por qué no me matas y así terminamos de una vez?

—¿Por qué matar a chica? Sólo matar a chica si tú intentar hacerme daño. Esta gata sólo mata a machos. Siempre confía en hembras. Ellas nunca tratar de hacer daño a gata; nunca.

Jan frunció el ceño, desconcertada. ¿A qué jugaba la pantera con ella? Tuvo una idea y enfocó la linterna en la parte inferior del cuerpo del animal. Casi lanzó una carcajada de alivio cuando lo vio. O, mejor dicho, cuando no lo vio.

No se trataba del mismo animal. Era una hembra.

Aunque aliviada al comprobar que no era la misma pantera de Minerva, y que era una hembra, Jan no confiaba en ella, pero esperaría a ver qué pasaba antes de hacer el menor movimiento imprudente. La pantera le había dicho que la vio cuando entró en la plaza y sintió curiosidad por saber qué hacía una humana en este «lugar muerto». Jan, a su vez, preguntó a la pantera qué hacía en la ciudad. ¿Acaso no la asustaban las

plagas?

—Hace mucho tiempo que esstoy aquí. No enferma —dijo la pantera—. Madre advertir que me mantuviera alejada. Madre de madre advertirla a ella. Pero yo vieja. Cansada. Cazar no bueno Ahí Fuera... —La pantera movió la cabeza para indicar los yermos—. Decidir venir aquí. Correr riesgo. Esperar, pero no suceder nada. Agua buena. Caza mejor. Animales venir aquí. Gente no. Tú la primera.

Jan no se decidía a creer a la pantera. «Mucho tiempo» podía significar cualquier cosa en la percepción del tiempo animal, desde un par de días a un par de meses. Aun así, un par de días serían más que suficientes para que la plaga atacara a la pantera. Jan tenía calor, hambre, sed y muchas ganas de orinar. No soportaría dentro del traje mucho tiempo.

—¿Has visto alguna máquina en la ciudad? —preguntó.

—¿Máquina?

—Una que camina sobre dos patas. Como un hombre.

La pantera meneó su gruesa cola.

—No he visto una máquina que anda.

«Bueno, algo es algo», pensó Jan. Cambió de posición, procurando moverse con lentitud para no alarmar al animal. Después, tomó una decisión.

—Voy a quitarme las armas. No quiero hacerte daño. ¿Comprendido?

—Comprendido.

Dejó la linterna sobre el suelo. El rayo siguió iluminando al felino. Luego, se deslizó poco a poco del hombro el arma de proyectiles, la cogió por el cañón y la colocó sobre el suelo, junto a la linterna. Después, se quitó la mochila y el arnés de las armas, y los tiró al suelo. La pantera contempló todos sus movimientos con sus indescifrables ojos amarillos.

—Voy a sacar algo de esta bolsa —dijo Jan—. No es un arma, sino una cantimplora llena de agua.

La pantera cabeceó. Jan sacó una cantimplora. Tras una larga pausa, abrió los cierres y echó hacia atrás la capucha. Respiró hondo. Ahora, ya era demasiado tarde. Alzó la cantimplora y bebió.

Cuando despertó, la aurora se desplegaba sobre la ciudad de las torres. La pantera estaba tendida a unos cinco metros, con la mirada clavada en ella. No la había devorado mientras dormía, pero tal vez la había reservado para el desayuno. Jan se incorporó en su lecho improvisado, que consistía en su traje anticontaminación y la mochila.

—Buenos días —dijo.

La pantera emitió un rugido gutural. Jan lo interpretó como un saludo amistoso. Quizás era un ronroneo. Se sintió extrañamente alegre, sobre todo porque estaba viva. La pantera no la había devorado y, de momento, no la había afectado ningún virus.



Considerando la situación, el día empezaba bastante bien.

Se levantó y salió a la plaza. La pantera se quedó donde estaba, pero giró la cabeza para seguir a Jan con la mirada. La joven se acercó a la fuente, cogió agua con las manos y bebió. El agua estaba fresca y sabía bien. Paseó la mirada alrededor de la plaza, pero no se movió nada. Confió en que la pantera detectaría al ruidoso Ezequiel si éste se acercara. Se quitó las ropas de Ashley (camisa, pantalones, bragas y botas utilizados por la muchacha muerta siglos atrás) y saltó dentro de la fuente. El agua estaba muy fría, pero maravillosamente vigorizante al mismo tiempo. Hizo el muerto en el agua y contempló la Torre Celeste. Lo único que debía hacer era subir a la cumbre, encontrar el ordenador, introducir el *software* de Ashley y Carl, y ordenar al Ángel Celestial que descendiera desde su lejano hogar. ¡Sencillo!

No llegó a lo alto de la torre hasta media tarde. Tuvo que parar a descansar varias veces, pues las piernas le dolían y los pulmones no daban de sí. La pantera, que la había acompañado, se detenía cuando ella lo hacía, aunque no daba muestras de agotamiento. Jan supuso que podría subir y bajar de nuevo sin el menor problema.

Durante unas de las primeras paradas preguntó a la pantera por qué la acompañaba. A esas alturas ya se había establecido una confianza mutua (Jan se había colgado al hombro otra vez el láser). La pantera, que se llamaba Frusa, había encogido los hombros.

—Gata aburrida —dijo—. Gata curiosa.

Jan aceptó su explicación. Al contrario que los animales normales, los animales «mejorados» eran proclives a males humanos como el aburrimiento. Intentó explicar por qué debía subir a la torre, sin estar muy segura de que la pantera lo comprendiera.

—¡Gracias, Dios Madre! —exclamó Jan cuando llegaron al final de la escalera.

Sin embargo, descubrió que aún no había llegado a su destino. La planta en la que se encontraba era una simple plataforma de observación, y estaba rodeada de ventanas. El centro de control del Ángel tenía que estar en el piso de arriba, pero ignoraba cómo acceder a él.

En el centro del piso circular había una gruesa columna metálica que, al parecer, era lo único que sostenía la parte superior de la torre. Mientras la pantera se sentaba en actitud contemplativa, Jan se acercó a la columna y la examinó. Tuvo que dar dos vueltas a su alrededor antes de reparar en el contorno de una puerta practicada en su brillante superficie. También observó una estrecha abertura de unos cinco centímetros de largo que debía aceptar alguna especie de llave. Intentó abrir la puerta con las uñas, pero fue inútil. Le propinó un puntapié, frustrada, y retrocedió de un salto cuando una voz dijo:

—Si lo hace otra vez, llamaré a la policía.

Jan miró a su alrededor, pero no había nadie, aparte de Frusa. Concentró su atención en la puerta. La voz había salido de la columna. ¿Habría alguien detrás de la

puerta?

—¿Quién eres? —preguntó con cautela.

—Soy un servicio de información pública, y debo informarla de que, por ser miembro del público, usted no puede entrar aquí. Está prohibida la entrada a la cumbre de la Torre Celeste al personal no autorizado.

La voz era de hombre y parecía testaruda.

La pantera se había acercado y olfateaba la puerta.

—Parece un hombre, pero no es un hombre. Nadie aquí —informó a Jan.

Jan asintió. Ya había adivinado que la voz era artificial, como la de Ashley o Carl. La producía alguna máquina oculta en la columna.

—Déjame entrar, por favor —exclamó—. Estoy autorizada. Tengo una importante misión.

—¿De veras? ¿Cuál es su código de autorización? —preguntó la voz, en tono levemente sarcástico.

—Umm, no tengo código, pero debes creerme. Es vital que llegue a lo alto de la torre.

—Cada día oigo lo mismo, señora, créame. Siga su camino, por favor. El horario de visitas está a punto de terminar. Y llévese a su animal.

Jan empezó a enfurecerse.

—Escucha, máquina, o lo que seas, hace mucho tiempo que se terminó el horario de visitas. Setecientos años, de hecho. La ciudad está muerta. Mi «animal» y yo somos los únicos seres vivos en kilómetros a la redonda. Fuera cuales fueran las instrucciones que te dieron en su momento, ya no sirven de nada. ¡Te ordeno que me dejes entrar!

La voz tardó unos momentos en responder.

—El personal no autorizado tiene prohibido el acceso a lo alto de la Torre Celeste.

Jan gruñó y pateó la puerta por segunda vez.

—Es su última oportunidad —anunció la voz—. Le advierto que llamaré a la policía.

—No malgastes tu aliento —murmuró Jan.

Meditó unos instantes, se descolgó el láser y, tras advertir a Frusa que se apartara, apuntó a la cerradura y disparó. Saltaron chispas y el metal chisporroteó.

—¡Bien, señora, acaba de meterse en serios problemas! —anunció la voz.

—¡Cierra el pico! —gritó Jan, sin dejar de disparar.

Tuvo que practicar un hueco en la puerta antes de que se abriera y dejara al descubierto una angosta escalera de caracol hecha de un material transparente. La voz, después de varias advertencias y amenazas sobre la policía, guardó silencio. Jan experimentó una sensación de triunfo cuando empezó a subir la escalera. «¡Ya falta

poco!»». Y lo había conseguido sin ayuda de Milo.

Al final de la escalera se encontró en una pequeña zona circular, frente a otra puerta. Jan suspiró, anticipando otra discusión con una voz mecánica, pero, cuando tocó un botón reluciente de la puerta, ésta se abrió sin problemas. Una ráfaga de aire fresco la abofeteó cuando salió. Esto tendría que haberla alertado de que algo no iba bien, pero estaba demasiado excitada para darse cuenta.

Entonces, vio a los tres samuráis. Estaban sentados con las piernas cruzadas alrededor de un brasero, sobre el cual humeaban cuencos llenos de comida. Sus sacos de dormir y armas estaban esparcidos a su alrededor, y era obvio que llevaban mucho tiempo en la Torre Celeste. No advirtieron su presencia hasta que la puerta se abrió, pero reaccionaron con alarmante velocidad. Cogieron sus espadas y se pusieron en pie.

Jan alzó el láser y apretó el botón de disparo. No ocurrió nada. Supuso que la energía se había agotado después de practicar el agujero en la puerta de abajo. El samurai más cercano lanzó un chillido estridente y cargó sobre ella.

Algo grande y muy pesado la empujó a un lado cuando saltó. Era Frusa. El samurai gritó cuando cayó derribado bajo su peso. La pantera le dio algo no más fuerte que una palmada en un lado de la cabeza, pero le arrancó la mitad de la cara. Frusa ni siquiera detuvo su carrera. El segundo samurai ya la tuvo encima antes de que pudiera defenderse. El tercero se quedó petrificado, los ojos abiertos de par en par, mientras Frusa desgarraba la garganta del otro. Luego, recobró las energías y levantó su espada para descargarla sobre el animal.

Jan le tiró el láser, que golpeó su hombro y le envió hacia atrás, tambaleante. Jan desenvainó la espada corta y se precipitó hacia adelante, pero, antes de que pudiera alcanzarle, Frusa golpeó de nuevo y derribó al samurai con un mortal golpe de su zarpa. Jan volvió la cabeza cuando las grandes mandíbulas se cerraron sobre la frágil carne, enmudeciendo los chillidos del hombre.

Cuando volvió a mirar, la pantera estaba sentada tranquilamente junto al cadáver; goteaba sangre de su barbilla.

—Gracias —dijo con voz débil Jan.

—Hombres. A gata no gussstar hombres. Matar hombresss.

—Sí, ya lo he visto... ¿Cómo averiguaste su presencia?

—Olerlos. Después de que tú subir. Olor de hombres fuerte.

Jan asintió. Debió ser cuando abrió la puerta. Recordó la brisa que se había colado y miró a su alrededor. La sala situada en lo alto de la Torre Celeste era como el interior de un cristal gigantesco. Las paredes y el techo, curvos, estaban hechos de un cristal facetado y transparente, que dotaba a la atmósfera de una diáfana luminosidad. Había aparatos por todas partes, con la parte exterior de un cristal que permitía ver los dibujos misteriosos creados por sus sistemas nerviosos electrónicos.

Jan examinó el lugar por donde habían entrado los samuráis; había un agujero de metro y medio cerca de la base del techo. Sobre un pasillo elevado debajo del agujero había tres planeadores doblados. Habían entrado rompiendo el cristal o utilizando una carga explosiva.

Su presencia en la sala implicaba toda clase de funestas posibilidades. Significaba que el señor de la guerra había recordado el verdadero emplazamiento del centro de control del Ángel Celestial, como Milo había temido. También significaba que, tal vez, el señor de la guerra ya había enviado la señal que ordenaba al Señor del Cielo bajar a la Tierra.

El ruido de carne desgarrada la distrajo. Se volvió y vio que la pantera estaba devorando a un samurai. Jan hizo una mueca.

—¿Qué haces? —preguntó.

Frusa engulló un enorme pedazo de carne.

—Gata hambrienta. Gata comer.

—Bueno... ¿No puedes hacerlo en otro sitio? —preguntó Jan, procurando no mirar en dirección al animal.

La pantera vaciló, gruñó y arrastró el cuerpo hacia la puerta. Jan se quitó la mochila y tomó asiento sobre ella. Necesitaba pensar. Ya dudaba sobre su primera interpretación de la presencia de los japoneses en la torre. Si el señor de la guerra los había dejado para tender una emboscada a Milo y a ella, no se habría contentado con sólo tres hombres. Conocía las habilidades de Milo. Con tres hombres no había suficiente. Tampoco llevaban fusiles; sólo iban armados con espadas. Quizá se trataba de un grupo de samuráis de los varios distribuidos por la ciudad para vigilar. Quizá se encontraban en la Torre Celeste por accidente. ¿Acaso no había presentido que la vigilaban desde que había llegado a la ciudad? Pero ¿por qué no la habían atacado? Tal vez porque buscaban a dos personas. Una mujer solitaria habría despertado su curiosidad, pero no podían saber que era ella. Además, para el señor de la guerra, Milo era el único que contaba.

Fuera cual fuera el motivo de su presencia en la Torre Celeste, una cosa era cierta: significaba que el *Lord Pangloth* o *La Brisa Perfumada* regresarían.

Abrió la mochila y buscó el tubo que contenía a Ashley y Carl. Sin querer, tocó algo metálico y comprendió que era la calavera de Milo. La extrajo y la dejó en el suelo frente a ella. Las cavidades oculares vacías la miraron con aire acusador. Intentó analizar sus sentimientos hacia Milo y su muerte, pero era demasiado complicado. Las piezas del rompecabezas tendrían que acomodarse antes de que pudiera ponerse a examinar sus sentimientos.

Jan sonrió con tristeza a la calavera.

—Bien, Milo, lo hemos conseguido. Y con la ayuda de una gata.

Hundió la mano en la mochila y encontró el tubo. Después, examinó las

diferentes máquinas transparentes de la sala circular.

Como todo le resultaba tan extraño, le costó cierto tiempo descubrir la parte del ordenador que albergaba el *software*. Frunció el ceño cuando vio, a través de la tapa transparente, que el ordenador contenía toda una fila de tubos similares. Apretó los botones que expulsaban los tubos, preocupada, y alojó el suyo. Esperó.

No ocurrió nada.

Un estruendoso «bip» sonó al otro lado de la sala. Jan se sobresaltó. Una pantalla había surgido de una consola, sobre la cual centelleaba una luz roja. Corrió hacia ella, aliviada. Había pasado como mínimo un minuto desde que introdujo el tubo, y empezaba a temer que el ordenador ya no funcionara.

Aparecieron unas palabras en la pantalla.

—¡Hola! ¡Soy yo, Ashley! Al tonto de Carl le ha costado mucho aclararse. Aún no puede activar los sintetizadores. Quiere que vuelvas a introducir todos los tubos de *software* originales en el programa principal. Contienen información que necesita. Quiere copiarlas en nuestro *software*. Date prisa, ¿quieres? Quiero volver a ver y oír otra vez. Muchos recuerdos, Ashley.

Como a Jan le costaba leer, tardó un poco en comprender el sentido del mensaje que aparecía en la pantalla. Frunció el ceño.

—¿Programa principal? ¿Qué es eso? —preguntó.

Las palabras reproducidas en la pantalla no cambiaron. Leyó el mensaje otra vez y comprendió que Ashley no la oía. Luego, concluyó que «programa principal» debía referirse al ordenador donde había introducido el tubo. Se acercó y examinó los otros seis tubos que había dejado sobre la tapa de cristal. En el ordenador sólo había sitio para cinco. ¿Importaba cuál? Bien, pronto lo averiguaría, pensó, mientras empezaba a introducir los tubos. El ordenador zumbó a medida que aceptaba los tubos uno a uno y los succionaba hacia su interior. Jan observó que se encendían luces en otros aparatos. Notó que la sala circular empezaba a cobrar vida.

El aire chisporroteó.

—¡Eso está mejor! —dijo una voz—. ¡Luz y sonido! ¡Hola Jan! ¿Me has echado de menos?

Era Ashley. La voz no era la misma del refugio (ni masculina ni femenina), pero era Ashley, sin duda alguna.

—Hola, Ashley —saludó Jan, buscando el origen de la voz—. ¿Puedes verme y oírme?

—Sí. Este lugar está lleno de sensores, dentro y fuera. Carl no pudo activarlos hasta descubrir el código por los demás programas. ¿Puedes introducir el último?

Jan vio que un tubo surgía del ordenador. Lo sacó y cambió por el sexto tubo.

—¡Uau! —gritó Ashley, mientras el ordenador lo engullía—. ¿Qué ha pasado ahí? ¿Quiénes son esos chicos?

Jan supuso que se refería a los japoneses muertos. Hacía lo posible por evitar mirarlos, tendidos en grandes charcos de sangre coagulada.

—Hombres del señor de la guerra. Estaban esperando.

—Jesús, ¿has sido tú quien ha hecho eso?

—Claro que no. Lo hizo Frusa.

—¿Frusa? ¿Quién es Frusa?

—Una gata.

En aquel momento, la pantera entró, atraída por las voces.

—Jesús —exclamó Ashley—, vaya gata.

La pantera olfateó el aire.

—Oír voz, pero nadie —dijo a Jan.

—Hay alguien aquí, Frusa. Se llama Ashley. Es una amiga. Ashley, di algo amable a Frusa.

—Hola, gatita. Eres muy bonita. Una vez tuve un abrigo como el tuyo, ¿sabes? Bueno, no era de piel auténtica, sino sintética.

La pantera miró a Jan.

—Nadie aquí.

Volvió a salir por la puerta.

—Lo siento —se disculpó Jan—. Por lo visto, si Frusa no olfatea a alguien, éste no existe.

Hubo una pausa antes de que Ashley contestara.

—Tiene razón, Jan. Yo no existo. Carl quiere hablar contigo. Adiós.

—¿Ashley?

—Soy Carl. —Era la misma voz, pero infinitamente diferente—. He establecido contacto con el ordenador que controla la fábrica de Ángeles Celestiales. En este momento estoy transmitiendo la secuencia de códigos que iniciará el lanzamiento del Ángel desde la fábrica.

—Oh —exclamó Jan, sorprendida—. Qué rápido. Pero ¿dónde encontraste esos códigos?

—En la memoria de este ordenador.

—Sí, claro. —Era obvio—. Así que todo va bien. ¿El Ángel descenderá sin problemas?

Jan no podía creer que resultara tan fácil...

—Todos los sistemas están funcionando. No preveo ningún problema.

—Estupendo. ¿Cuándo llegará?

—Dentro de ocho días y medio.

—¿Ocho días y medio? Eso es mucho tiempo.

—La distancia es muy larga. Tardará cuatro días en llegar a la atmósfera de la Tierra. Descenderá sobre Australia. Tardará otros cuatro días en llegar aquí, viajando a velocidad máxima.

—¿Qué es Australia?

—Una isla-continente del hemisferio sur.

—¿No puedes conseguir que aterrice aquí, y no en ese sitio tan lejano llamado

Australia?

—El procedimiento para lograr que el Ángel descienda intacto a través de la atmósfera es muy complicado. Las operaciones matemáticas del procedimiento también son muy complicadas y forman una parte integral de todo el sistema. Sería imprudente que alterara el sistema en esta fase. Puede que existan factores aleatorios que el programa original esté diseñado para compensar, pero que yo ignore. Aconsejo seguir el procedimiento establecido.

Jan suspiró.

—Si tú lo dices...

Ocho días y medio. ¿Y si el señor de la guerra regresaba antes? ¿Y si otros japoneses venían para relevar a los primeros? Bueno, contaba con la protección de la pantera, a menos que Frusa se aburriera y partiera. Y tenía el láser, a menos que...

—Carl, ¿hay alguna manera de recargar el láser?

—No. Yo tengo energía, pero carezco de medios para transferirla a la célula de combustible del fusil.

—Oh —exclamó, decepcionada. Sólo le quedaba, pues, el arma de proyectiles, y Carl se había mostrado dubitativo respecto a ella. Entonces, se le ocurrió una pregunta—. Carl, ¿de dónde proviene la energía?

—Del sol. Hay receptores de energía solar en el exterior de la torre.

Recogesoles. Jan asintió, pero se preguntó por qué los hongos los habían respetado, si hacía años que nadie los limpiaba. De hecho, la ciudad parecía notablemente limpia de hongos.

—¿Me informarás cuando el Ángel haya sido lanzado?

—Por supuesto.

—Bien. Déjame hablar con Ashley.

—No está disponible.

—No está disponible. ¿Qué quieres decir?

—Está incomunicada. No quiere comunicarse contigo. O conmigo.

—Ah, quieres decir que está de mal humor. —El comentario de Frusa la habría disgustado—. Bueno, ya se le pasará.

Jan suspiró y se obligó a mirar los dos cuerpos caídos en el suelo. Lo primero que debía hacer era desembarazarse de ellos. No iba a pasar ocho días y medio en su compañía. Bajó a buscar a la pantera. Frusa estaba en el piso de abajo, terminando su comida. A Jan se le revolvió el estómago, pero consiguió controlarse. La pantera la miró con sus ojos indescifrables.

—Supongo, umm, que, cuando acabes esto, no subirás a por los otros dos...

—Gata no hambre ya. Estómago lleno.

—Oh. —Jan reflexionó unos momentos—. Bueno, ¿por qué no los... los escondes en algún sitio para después? Para cuando vuelvas a tener hambre.



La pantera la contempló fijamente.

—Gustar carne fresca. Matar, después comer.

—Oh. Bueno, es que me gustaría tirar los restos. Los considero... incómodos. Y como voy a pasar una semana en esa sala, bueno, pasado un tiempo los cuerpos se...

La mirada inquietante de Frusa la impidió continuar. Jan tuvo la clara impresión de que la pantera pensaba que no estaba bien de la cabeza.

—Muy bien —dijo Frusa—. Me encargaré del problema.

Estaba a punto de marcharse cuando se volvió y dijo:

—Frusa, esa voz que has oído es la de Ashley. Sé que quizá te cueste entenderlo, pero pertenece a una especie de persona real, así que la próxima vez te agradecería que fueras... bien educada con ella.

—Voz venía de ningún sitio. Nadie humano allí. ¿Por qué hablar con nada?

—Me rindo —murmuró Jan, y salió. Mientras subía, se preguntó si el comentario de Ashley sobre que Frusa le recordaba a uno de sus abrigos era el motivo real de la aparente testarudez de la pantera.

—El Ángel Celestial —anunció Carl cuando Jan entró en la sala circular—, código de registro A810 JLX, fue lanzado con éxito desde las instalaciones de la fábrica hace tres minutos y se halla en camino hacia la Tierra.

—¡Maravilloso! —exclamó Jan—. ¿Lo controlas desde aquí?

—No. Lo controla el programa introducido en su ordenador de a bordo, pero estoy conectado por radio con ese ordenador. Y recibo un torrente constante de información.

—Entiendo.

Jan estaba maravillada de la desenvoltura con que se refería a la Ciencia Antigua. Hablaba tranquilamente con un ordenador que, a su vez, hablaba con otro ordenador situado a una distancia inimaginable, en el espacio exterior. Y aquel otro ordenador estaba pilotando una nave de kilómetro y medio de largo.

—Carl, Milo me dijo una vez que en el espacio no había aire. ¿Qué impulsa al Ángel Celestial? Los impulsores de los Señores del Cielo dependían del aire para funcionar.

—El Ángel Celestial va equipado con motores a propulsión. No necesitan aire para funcionar. Cuando el Ángel del Cielo entre en la atmósfera, los motores a propulsión quedarán obsoletos.

Jan agradeció la información a Carl y se concentró de mala gana en la desagradable tarea de sacar los cadáveres de los samuráis. Resolvió el problema envolviéndolos en sus sacos de dormir y arrastrándolos escaleras abajo hasta la sala de observación. Desde allí los bajó otro tramo de escalera y los dejó sobre los escalones. Cuando volvió a la sala de arriba vio que la pantera lamía la sangre del suelo. No estaba segura de que la pantera le estuviera haciendo un favor

deliberado..., y tampoco se lo preguntó.

Ashley permaneció en silencio varias horas. Había oscurecido cuando volvió a hablar. Jan estaba tomando una cena compuesta de pasteles de patata y fruta sintética, que Carl había producido en el refugio.

—Hola, soy yo otra vez.

Parecía apaciguada.

—Hola, Ashley. ¿Cómo te sientes?

—Muy bien. ¿Dónde está la pantera?

—De caza. Busca comida y de paso comprueba si hay más japoneses en los alrededores.

—No me gusta ese animal.

—A mí tampoco me hace mucha gracia —admitió Jan—. Me recuerda otra pantera con la que me tropecé una vez, pero creo que se puede confiar en Frusa.

—Espero que tengas razón. Por tu bien. Si no encuentra comida por ahí, quizá decida devorarte.

—Lo dudo —dijo Jan, intranquila, con el deseo de que Ashley no hubiera expresado en voz alta su temor secreto.

—Carl dice que el lanzamiento del Ángel ha ido a la perfección. Ya viene hacia aquí.

—Si, me ha tranquilizado mucho. Ojalá no tardara tanto.

—Yo tampoco puedo esperar. No puedo creer que vuelva a volar. Carl dice que el sistema de sensores del Ángel es muy complejo. Podré sentir el aire cuando pase sobre el casco.

—Suena fantástico —dijo Jan, echando un vistazo al agujero abierto en el techo curvo, por el cual se colaba una brisa persistente y cada vez más fría. Antes se había encaramado al pasillo elevado y examinado más de cerca el hueco. Comprobó que era demasiado grande para que pudiera obstruirlo de alguna manera. La maravillaba que los tres samuráis hubieran logrado posar sus planeadores sobre una superficie tan precaria.

Una exploración más detenida había revelado una puerta que conducía a una angosta plataforma de observación encristalada, que rodeaba la cumbre de la cúpula. Había oteado las terrazas de los edificios circundantes, intentando detectar señales de puestos de observación japoneses, pero no vio nada sospechoso.

También descubrió otra puerta que conducía a una habitación en forma de tubo. En el extremo había una puerta circular, que no pudo abrir. Carl le explicó más tarde qué era.

—Es el punto en que los Ángeles Celestiales se acoplan con la torre. El tubo se extiende hacia afuera y se aloja en una cavidad situada en el morro del Ángel.

—¿Podré entrar por ahí en el Ángel?

—Sí.

—¿Por qué construyeron esa conexión? ¿Por qué venían a la torre los Ángeles?

—Era el lugar donde se les encomendaban oficialmente las misiones. Cada vez que un Ángel llegaba del espacio, se le bautizaba en la Torre Celeste.

—¿Se les bautizaba?

—Le daban un nombre.

—Ah, ya entiendo.

Desde entonces se preguntó cómo llamaría a su Ángel cuando llegara. Lo más normal sería llamarlo Minerva, pero también quería darle el nombre de su amiga y amante muerta, Alsa.

Comentó el problema con Ashley.

—Ah, es fácil —dijo ésta—. ¡Ponle mi nombre! Llámalo el *Ashley Vee*. Al fin y al cabo, yo seré el Ángel.

La sugerencia no impresionó ni poco ni mucho a Jan.

—En ese caso, también podría llamarlo el *Carl*, porque él también controlará el Ángel Celestial.

—Pero él no cuenta. Yo soy la que mandará en la práctica.

—Sí, lo sé.

Jan recordó la situación en el refugio. Había evitado con gran cautela mencionar el brusco cambio operado en Carl respecto a la política de visitas en el refugio. Se le ocurrió que establecer y mantener el control del Ángel Celestial una vez introducido en el ordenador el programa de Ashley podría ser más difícil de lo que pensaba.

Su primera noche en la sala de control fue bastante incómoda. El frío y el duro suelo impidieron que durmiera bien, y cuando por fin vino el sueño, tuvo una pesadilla. Estaba de vuelta en casa de su madre, en Minerva. Alguien llamaba a la puerta. La abría y era Ceri, ilesa y sonriente. Jan se disponía a abrazarla, pero cuando se acercaba el rostro de Ceri empezaba a cambiar... Se veía horriblemente surcado de arrugas, como los seguidores de Ezequiel. Ceri suplicaba a Jan que la ayudara, pero Jan retrocedía, asqueada. Después, la carne hundida de Ceri se desprendía de su rostro, hasta transformarse en una sonriente calavera...

Jan había despertado en ese momento. Mientras yacía temblorosa, se preguntó si el sueño significaba que Ceri estaba muerta.

—Despierta, Jan.

—Umm... ¿Qué?

Abrió los ojos. Durante unos momentos todo le resultó extraño, hasta que su memoria le proporcionó la información necesaria para que su conciencia reconociera el interior de la sala de control.

—Carl... ¿Qué sucede?

—El Ángel Celestial acaba de aparecer sobre el horizonte. Podrás verlo desde

aquí. Se acerca por el suroeste.

Jan saltó del saco de dormir y corrió hacia la puerta que conducía a la plataforma de observación. El sol había salido momentos antes y el cielo estaba limpio de nubes. Escudriñó el horizonte, impaciente. ¡Allí! Algo relucía al sol. ¡Tenía que ser la nave! El Ángel Celestial. Por fin.

Cuatro días antes pensaba que todo acabaría en un desastre. Carl había descrito el descenso del Ángel en la atmósfera.

—Ahora está entrando en la exosfera. Los retrocohetes aún están encendidos... La velocidad se reducirá a siete mil doscientos sesenta kilómetros por hora.

—¿Por qué se mueve con tanta rapidez? —preguntó Jan—. ¿Por qué no se limita a flotar en el aire?

—Posee una masa de varios miles de toneladas. Aminorar la velocidad de una masa semejante implica gastar mucha energía, que los cohetes no son capaces de proporcionar. Carecen del combustible suficiente. Disminuirán la velocidad de la nave y la atmósfera será el freno.

—Lo que aún no entiendo es por qué no flota —insistió Jan—. Está lleno de gas, ¿verdad?

—No. Contiene helio en forma líquida. Sería absurdo llenar las células de combustible antes de que la nave entrara en las capas inferiores de la atmósfera. Sin densidad de aire no hay ascenso... Velocidad actual de seis mil trescientos kilómetros por hora. Retrocohetes todavía encendidos. El Ángel rozará los niveles superiores de la ionosfera de un momento a otro... La temperatura del casco exterior empieza a elevarse... Pantalla protectora en funcionamiento...

—¿Pantalla protectora? —preguntó Jan.

—Cubre temporalmente el casco exterior. Escamas de porcelana entrelazadas. Como cristal. Para proteger al Ángel de los efectos de la fricción. Serán retirados automáticamente cuando... ¡FUNCIONAMIENTO DEFECTUOSO! ¡FUNCIONAMIENTO DEFECTUOSO!

El repentino aumento de volumen de la voz de Carl aterró a Jan.

—¿Algo va mal? —preguntó.

—Dos de los motores a propulsión se han cerrado antes de tiempo —dijo Carl. Su voz había recuperado la normalidad—. El Ángel penetrará en una atmósfera más densa a excesiva velocidad.

—Pero dijiste que la propia atmósfera iba a actuar como freno.

—Los cohetes aún son necesarios en esta fase. La provisión de combustible ha funcionado mal. Conductos bloqueados. O quizás el combustible se ha escapado de los depósitos. Aún carezco de información... La velocidad se mantiene en seis mil kilómetros por hora... Demasiado rápido... Los motores a propulsión que todavía funcionan no tienen suficiente energía...

—¿Qué ocurrirá? —preguntó Jan, inquieta.

—La pantalla protectora puede arder..., o la fricción intensa puede destruir la integridad del casco y el Ángel se desintegrará...

—¡Oh, no! —exclamó Jan, afligida—. ¿Puedes hacer algo?

—No. El programa del ordenador de a bordo está intentando una maniobra de compensación, pero no controlo sus acciones... La nave se encuentra ahora a una altitud de quinientos veinticinco kilómetros, ya dentro de la ionosfera. La temperatura del casco continúa en ascenso... He perdido contacto con el Ángel Celestial A810JLX...

—¿Qué quieres decir? ¿Qué ha pasado? ¿Ha estallado?

—Estado desconocido. He perdido todo contacto de radio. Puede deberse a la intensa ionización que lo rodea, producto de la fricción, que interfiere las señales.

—¿Qué es ioni...? Bueno, da igual... ¡Dime qué está pasando!

—No puedo decirte nada.

Transcurrió un minuto. Otro y otro. Una agonía de ansiedad abrumaba a Jan. Haber llegado tan lejos y estar a punto de perderlo todo en el último momento...

—Ya he restablecido contacto con el Ángel Celestial —anunció Carl, con la misma indiferencia de siempre—. Pantalla protectora intacta. Velocidad reducida a mil doscientos kilómetros por hora. Acaba de penetrar en la estratosfera. No ha sufrido ningún daño grave. Motores a propulsión expulsados ahora. El helio líquido está siendo convertido en gas. Células de gas hinchándose... Impulsores activados.

Jan lanzó un suspiro de alivio y deseó abrazar a alguien.

Eso había sucedido cuatro días antes. Y ahora, el Ángel ya estaba a la vista.

Sí, era claramente visible y se dirigía en línea recta hacia la torre. Al contrario que los Señores del Cielo, no estaba cubierto de marcas, dibujos u ojos gigantes; el casco era blanco, sin tener en cuenta el brillo que el sol de la mañana arrancaba de los recogesoles. Un blanco inmaculado.

Entonces, divisó otra nave. Se hallaba a gran distancia del Ángel, pero era obvio que lo seguía.

Un Señor del Cielo.

Y no era el único. Había otro, más lejano aún.

Sintió un repentino espasmo en la boca del estómago. Los dos Señores del Cielo sólo podían ser el *Lord Pangloth* y *La Brisa Perfumada*. El señor de la guerra se aproximaba.

—¡Carl! —gritó, presa del pánico, mientras volvía corriendo a la sala circular. Pero fue Ashley quien respondió.

—¡Hola! ¿A que es fantástico? Dentro de unos minutos estaremos en el Ángel Celestial.

—¿Dónde está Carl? Debo hablar con él.

—Bueno, no puedes —replicó Ashley con petulancia—. Ahora me toca a mí tener la voz. Ya habéis hablado bastante.

—¡Escucha, fantasma idiota, esto es importante! ¡Hay dos Señores del Cielo justo detrás del Ángel! ¡Ha de hacer algo!

—¡Jesús, no hace falta que seas tan grosera, Jan!

—Dios Madre, ayúdame —gimió Jan—. Escucha, habla tú con Carl. Cuéntale lo de los Señores del Cielo.

Un breve silencio.

—Carl ya lo sabe —dijo después Ashley—. Afirma que el Ángel llegará doce minutos antes que el primero de sus perseguidores. Eso te dará tiempo suficiente para subir a bordo. Con nosotros, claro.

Jan no compartía la confianza de Ashley. ¿Cuánto tiempo tardaría el Ángel Celestial en acoplarse a la torre? Y después tendría que recorrer la distancia comprendida entre el morro y la sala de control. ¿Cuánto tiempo invertiría? Ni siquiera estaba segura de saber llegar a la sala de control. Salió a la plataforma de observación. La inmensidad del Ángel intimidaba. Su sombra empezaba a caer sobre las afueras de la ciudad.

Vio que el Señor del Cielo más próximo era el *Lord Pangloth*. Desvió la vista hacia la tercera nave, *La Brisa Perfumada*. ¿Estaría Ceri a bordo? ¿Seguiría con vida?

Respiró hondo y volvió al interior.

—¡Ashley, debo hablar con Carl! —gritó.

—Bueno, vale.

—¿Carl?

—Aquí estoy.

—¿Qué hago cuando llegue el Ángel?

—Cuando se acople a la torre daré al ordenador de a bordo la orden de abrir la entrada y autorizar tu acceso. Luego, sacarás nuestro *software* de este ordenador y lo llevarás al Ángel, a fin de introducirlo en el ordenador de a bordo.

—Sí, pero ¿tendré tiempo de hacer todo eso antes de que llegue el señor de la guerra?

—Lo dudo —admitió Carl—, pero ¿qué puede hacer el señor de la guerra cuando

llegue? El Ángel Celestial está protegido por un sistema de defensa automático.

—Oh, algo haré, te lo aseguro —dijo Jan en un tono sombrío.

Fue a recoger sus cosas (la mochila, el arnés de las armas, la cantimplora, la comida restante). Se inmovilizó cuando escuchó unos pasos en la escalera de caracol, pero se tranquilizó al ver que era Frusa.

—Hueles a miedo —dijo la pantera.

—No me sorprende —contestó Jan—. Escucha, voy a marcharme muy pronto. Si quieres, puedes venir conmigo.

—¿A donde?

—A una, umm, cosa muy grande que vuela por el aire.

—¿Un Señor del Cielo?

—Bueno, sí. —Maldita pantera—. Un Ángel Celestial, de hecho. ¿Quieres venir?

—¿Qué comer gata?

—¿Comer? —Jan frunció el ceño. Buena pregunta—. Bien, supongo que habrá provisiones a bordo.

Esperaba que hubiera provisiones a bordo.

—¿Carne fresca? —preguntó la pantera.

—Uf, lo dudo —admitió Jan.

—Gata quedarse aquí.

Jan experimentó un secreto alivio. Aunque tenía una deuda de gratitud con la pantera, no confiaba en ella plenamente.

—Muy bien. Gracias por todo. Cuídate, Frusa.

La pantera emitió un sonido gutural y se fue con brusquedad. Extraño animal, pensó Jan.

—Jan, el Ángel está a punto de acoplarse con la torre —anunció Carl—. Se producirán algunas vibraciones.

Jan aguardó. El suelo tembló y oyó un lejano ruido metálico. El Ángel había llegado.

—He autorizado tu entrada en el Ángel —dijo Carl—. Me desconectaré. Coge el *software*.

Jan se acercó al ordenador. Apretó el botón que expulsaba los tubos de *software*. Emergieron con dolorosa lentitud. Tuvo que esperar a que salieran los otros cinco antes de coger el que contenía los programas de Ashley y Carl. En su ansiedad por cogerlo en cuanto saliera de la máquina, resbaló de sus dedos sudorosos y cayó con un sobrecogedor estrépito al suelo. Jan lo contempló horrorizada, temerosa de que fuera a desintegrarse, pero no sucedió nada. Se agachó, lo recogió con cuidado y lo examinó. ¿Eran imaginaciones suyas, o había aparecido una brecha del grosor de un cabello?

No había tiempo para preocuparse. Guardó el tubo en el bolsillo y corrió hacia la

puerta que conducía al túnel.

Cuando abrió la puerta, vio que la extensión del túnel había aumentado mucho. La puerta circular había desaparecido y comprendió que estaba viendo el interior del Ángel Celestial.

Recorrió el túnel a toda prisa y se encontró en una estancia circular, con un estrado en el extremo y tres filas de cómodos asientos que lo rodeaban. Sonaba música suave.

—Bienvenida —dijo una voz agradable, de sexo indefinido—. Te hallas a bordo del Ángel Celestial A810 JLX. He sido autorizado a admitirte, pero no me han informado de si perteneces a la delegación que asistirá a la ceremonia de bautizo o al equipo técnico de mantenimiento.

—He venido para bautizarte —mintió Jan—. Ahora te llamas *Alsa de Minerva*.

—¿Ya está? —preguntó la voz, desconcertada—. Pero no se ha seguido el procedimiento normal. ¿Quién te ha autorizado a...?

—No importa —interrumpió Jan—. He de acceder a la sala de control. ¿Cuál es el camino más corto?

—Ordenaré que una escolta te acompañe.

—¿Cómo? ¿Una escolta? —dijo Jan, sorprendida. No contaba con la presencia de seres vivos a bordo.

Una puerta se deslizó en el lado opuesto de la sala circular y una gran araña metálica que caminaba sobre seis patas, también de metal, apareció. Jan retrocedió y desenvainó la espada larga.

—No tienes por qué alarmarte —dijo la araña, con la misma voz agradable y tranquilizadora de la sala—. Soy tu escolta. Sígueme, por favor.

Volvió sobre sus pasos hacia la puerta abierta. Tras unos segundos de vacilación, Jan la siguió. Supuso que era una máquina como Ezequiel, aunque confiaba en que no contuviera un cerebro humano.

Siguió a la araña, cuyo cuerpo consistía en una brillante esfera de metal de unos cuarenta y cinco centímetros de diámetro, por un largo pasillo, hasta entrar en un ascensor. Jan advirtió que en el ascensor también sonaba música.

—Bonito día para la ceremonia de bautizo, ¿verdad? —dijo la araña mientras bajaban.

Jan, que contemplaba al ser con cierto nerviosismo, lanzó una carcajada.

—¿He dicho algo divertido? —preguntó la araña, con voz complacida.

Las carcajadas impidieron que Jan contestara.

Las puertas del ascensor se abrieron a otro pasillo. Sonaba la misma música. Todo parecía muy distinto en el Ángel; era un mundo muy diferente, sin las alteraciones, degradaciones y mugre acumuladas durante siglos en los Señores del Cielo. El pasillo que se extendía ante ella tenía un techo azul claro, paredes blancas y el suelo cubierto



por una gruesa alfombra. Había murales en las paredes y las luces no dañaban los ojos.

—Por aquí —dijo la araña, y se desvió.

Las puertas se abrieron a un escenario más familiar. Reconoció la sala de control, aunque era muy diferente de la del *Lord Pangloth*.

—Ya hemos llegado —anunció la araña—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—No. Espera ahí —contestó Jan, distraída.

Se acercó a la parte posterior de la sala de control y miró por el cristal curvo, intentando distinguir en la lejanía al *Lord Pangloth*, pero el inmenso casco del Ángel obstaculizaba la visión. Miró hacia abajo y reparó con alarma en otra enorme sombra que cubría la ciudad, junto a la sombra del Ángel. El *Lord Pangloth* estaba muy cerca. Lanzó un gemido.

—¿Algo va mal? —preguntó la primera voz.

—No puedo ver —se quejó.

—Dime qué quieres ver y te lo mostraré.

—¡Quiero ver en todas direcciones a la vez!

Hileras de pantallas cobraron vida. Jan se volvió. Tardó unos segundos en comprender lo que estaba viendo, pero luego se dio cuenta de que eran vistas transmitidas desde diferentes partes del casco. El *Lord Pangloth* estaba peligrosamente cerca, a mayor altura que el Ángel Celestial, y descendiendo para situarse junto a él. *La Brisa Perfumada* aún se encontraba bastante lejos.

—¿Dónde está la entrada de tu *software*? —preguntó, paseando la mirada por la sala de control. Una consola cercana emitió un campanileo y una luz verde empezó a destellar. Jan sacó el tubo del bolsillo, lo introdujo en la consola y aguardó.

—¿Carl? ¿Ashley? —preguntó, vacilante. No hubo respuesta.

—¿Con quién quieres hablar? —preguntó la voz de la nave.

—Con los programas de ese *software* que acabo de introducir en tu sistema.

—Ese *software* está inactivo —le informó con calma la voz.

—¿Qué quieres decir? —gritó Jan.

—No contiene programas activos. Está desactivado.

Jan gimió de desesperación. Lo había estropeado todo. El impacto había destruido a Carl y a Ashley. Contempló las pantallas. Lo que vio aumentó más su desesperación. Planeadores, que saltaban desde las cubiertas del *Lord Pangloth* al aire como esporas en un día ventoso sobre los yermos.

—¡Ángel! —gritó—. Debes marcharte cuanto antes. Desacóplate de la torre y sal de aquí a toda velocidad.

—Lo siento —repuso la voz—, pero no puedo obedecer tus órdenes sin los códigos de mando apropiados.

Jan quiso chillar de frustración.

—¡Debes obedecerme! Nos invadirán de un momento a otro. ¡Mira! ¡Mira tus pantallas si no me crees!

Señaló a la pantalla más cercana. En ella se veían algunos planeadores que se dirigían a la cúspide de la Torre Celeste. Intentaban penetrar en la sala de control del mismo modo que los otros tres.

Y desde ella podían introducirse en el Ángel Celestial a través del túnel de conexión.

—¿Puedes cerrar las puertas de proa, al menos? —preguntó Jan.

—Oh, sí, puedo hacerlo.

—¡MILO HAZE!

La voz atronó sobre la ciudad, despertando ecos en las paredes de las torres.

—¡MILO HAZE! ¡CONTÉSTAME!

Procedía del *Lord Pangloth*. Era el señor de la guerra.

—¡MILO HAZE! ¡ESTÁS PERDIDO!

Jan examinó los bancos de pantallas. Vio que algunos planeadores se posaban sobre el casco superior. Se volvió hacia la araña metálica.

—¿Vas armada? —preguntó.

En respuesta, la máquina extendió un brazo mecánico.

—Tengo más, si los necesitas —aseguró a Jan.

—Me refiero a armas. ¿Llevas alguna?

—Oh, no. Armas, no.

Jan intentó mantener la calma, pero era difícil. La descripción efectuada por el señor de la guerra de cómo la despellejarían viva acudió a su mente.

—¡RÍNDETE, MILO HAZE! ¡SERÉ MISERICORDIOSO!

—¿Hay muchas como tú a bordo? —preguntó Jan a la araña.

—Sí. Hay quinientos mecánicos de mantenimiento en activo, más otros quinientos almacenados.

—Escúchame —dijo Jan, desesperada—. Nos están invadiendo. Tú y las demás cosas como tú debéis detener a esa gente... ¡Atacarla, matarla!

—Imposible. No podemos atacar deliberadamente a ningún ser humano.

—Dios Madre, dame fuerzas... —gimió Jan. Lo probó otra vez—. No hace falta que les hagáis daño, basta con que les dominéis, les quitéis las armas...

—Tales actos podrían dar lugar a daños y no pueden ser tenidos en consideración. Lo siento.

—Te creo —dijo Jan, y propinó una patada a la araña. Ésta se alejó, pero no hizo nada más.

—¡MILO HAZE! ¡NO INTENTES ESCAPAR! ¡ES DEMASIADO TARDE!

«Es verdad», pensó Jan con amargura mientras contemplaba las pantallas. El casco superior hormigueaba de samuráiss. «Pobre Milo, mira que perderse esto...».

—¡Hola! ¿Qué pasa?

Jan se preguntó si sufría alucinaciones.

—¿Ashley?

—¡Ésa soy yo! ¡Grande como la vida misma!

Jan no daba crédito a sus oídos.

—¿Estás bien? ¿Carl también?

—Hecho un pimpollo.

—¡Pensé que os había destruido! ¿Dónde estabais? El ordenador de a bordo dijo que vuestro *software* estaba desactivado.

—Fue obra de Carl. Descubrió que había toda clase de dispositivos de seguridad incluidos en el sistema para impedir que se introdujeran programas no autorizados en el Ángel. Tuvo que pensar una forma de burlarlos. Le costó un rato. ¿Me has echado de menos?

—Mucho —dijo Jan con toda sinceridad. Contó rápidamente a Ashley lo que ocurría.

—No hay problema —contestó Ashley—. Carl y yo controlamos por completo el sistema. Carl dice que, para empezar, deberíamos desacoplarnos de la Torre Celeste.

—¡Sí, sí! —gritó Jan—. Dile que haga lo que considere mejor.

—Lo que consideremos mejor —corrigió Ashley.

—De acuerdo, lo que Carl y tú consideréis mejor.

El Ángel Celestial ya se estaba moviendo. Jan levantó la vista y vio que la cúspide de la torre empezaba a alejarse.

—¡HAZE! ¡ES DEMASIADO TARDE! ¡NO PUEDES ESCAPAR! ¡RÍNDETE AHORA Y SERÉ MISERICORDIOSO! DE LO CONTRARIO, ¡TU MUERTE SERÁ HORRIPILANTE!

La voz del señor de la guerra tronó sobre la ciudad.

—Carl dice que los japoneses están entrando en el Ángel Celestial —informó Ashley.

—Lo sé. ¿Tenéis alguna idea de cómo desembarazarnos de ellos?

—Sí, los robots. Esas cosas como arañas.

—Ya lo he intentado. La araña de aquí se negó, por si hacían daño a la gente.

—Carl y yo hemos tomado el mando —dijo Ashley con orgullo—. Harán todo lo que nosotros digamos; nos hemos apoderado del programa central.

—Pues dad la orden —la urgió Jan—. ¡Deprisa!

—Ya la hemos dado.

Jan tuvo que apartarse cuando la araña cobró vida de repente y cargó hacia el ascensor. Desapareció en su interior y la puerta se cerró.

—Vamos a sacar los quinientos almacenados por si necesitamos más apoyo.

—¡MILO HAZE! ¡BASTA YA! ¡MIS GUERREROS YA HAN ABORDADO TU NAVE! ¡TODA RESISTENCIA ES INÚTIL!

El Ángel Celestial se había elevado sobre el *Lord Pangloth*. Jan observó que los impulsores de la nave enemiga giraban sus troneras hacia abajo con el fin de elevarse.

—¡Vamos a barrer a ese bastardo del cielo! —gritó Ashley.

—Nada me gustaría más —dijo Jan—. Pero ¿cómo?

—Ah, ¿no te lo he dicho? No, creo que no. Carl se ha infiltrado en el sistema que controla los láseres. Mantenemos un control absoluto sobre ellos. ¿Qué me dices? ¿Empezamos a disparar?

Jan tardó algunos momentos en asimilar las implicaciones de la información. Comprendió que los láseres podían disparar contra cualquier cosa.

—No, no disparéis aún —se apresuró a decir—. ¿Hay alguna forma de que pueda hablar con el señor de la guerra?

—Sí, tenemos una unidad de amplificación vocal —respondió Ashley, al cabo de una pausa—. Carl dice que se utiliza para comunicar con refugiados del suelo, cosa en que pronto va a convertirse el señor de la guerra. Carl la está activando. Empieza a hablar.

—Señor de la guerra Horado —ensayó, y al instante oyó que sus palabras retumbaban como las del enemigo—. Señor de la guerra Horado, escúchame. Soy Jan Dorvin. Estoy sola. Milo ha muerto. Le mató un ciberoide hace unas semanas.

El señor de la guerra lanzó una carcajada. A Jan se le antojó un trueno obsceno.

—¿MILO HAZE MUERTO? ¿MUERTO POR UN CIBEROIDE? QUÉ CHISTOSO... BIEN, MUCHACHA, BASTA DE JUEGO Y DEJA QUE MI NAVE SE ACERQUE.

Jan echó un vistazo a las pantallas. Cientos de arañas metálicas invadían el casco superior. Las espadas centelleaban cuando los japoneses trataron de defenderse.

—Tengo medios para destruirte —dijo al señor de la guerra—. Controlo todo el sistema láser. A menos que accedas a mis demandas, abriré fuego.

El señor de la guerra guardó un breve silencio.

—¡TE ESTÁS TIRANDO UN FAROL, MUCHACHA! EN CUALQUIER MOMENTO, MIS SAMURAI S IRRUMPIRÁN EN TU SALA DE CONTROL.

—Tus samuráis están probando el sabor de la derrota. Hay robots a bordo de esta nave. Como los láseres, se hallan bajo mi control. ¿Escucharás mis demandas ahora?

—¿Por qué molestarse en demandas? —dijo Ashley—. Volémosle en pedazos.

—Quiero a Ceri, si sigue viva.

—Sí, pero tú misma dijiste que, si aún estaba viva, iría en la otra nave. Empecemos a disparar. Un solo rayo láser y todo el hidrógeno nos proporcionará un buen espectáculo.

—MUCHACHA, ERES UN FASTIDIO. MI VENGANZA TE PARECERÁ INTERMINABLE.

Jan estuvo a punto de hacer lo que Ashley sugería, pero le costaba dar la orden. Por segunda vez, fue incapaz de destruir el *Lord Pangloth*.

—Hay mujeres y niños a bordo de esa nave —justificó a Ashley—. No puedo

asesinarles. En cambio, quiero que Carl y tú empecéis a disparar sobre los impulsores del *Lord Pangloth*. Destruidlos todos.

—Coño, eso no es divertido.

—Haz lo que digo —ordenó Jan. Ésta era su primera prueba. ¿Quién controlaba realmente el Ángel Celestial?

Una fina línea de luz turquesa apareció de súbito entre un impulsor del *Lord Pangloth* y un punto invisible situado sobre la sala de control del Ángel Celestial. La envoltura metálica del impulsor se retorció y ennegreció. Aparecieron más rayos lumínicos. Otros impulsores del *Lord Pangloth* empezaron a arrugarse, como pedazos de fruta arrojados al fuego.

El señor de la guerra lanzó un grito de rabia.

El *Lord Pangloth* perdió el control. Ni sus timoneles ni su ordenador podían compensar la súbita pérdida de tantos impulsores en la parte de estribor. Describió un giro cerrado, al mismo tiempo que perdía altitud.

El Ángel Celestial, que maniobraba con una gracia y velocidad perdidas por los Señores del Cielo siglos atrás, siguió al *Lord Pangloth*. Continuaban formándose en el aire líneas turquesas. Más impulsores se retorcieron y murieron.

—¡MUCHACHA! ¡MUCHACHA! —tronó el señor de la guerra—. ¡HABLARÉ CONTIGO! ¡DEJA DE DISPARAR! ¡NEGOCIAREMOS! ¿QUÉ QUIERES?

—Ya es demasiado tarde —replicó Jan con frialdad.

—Se acabó —informó Ashley—. Todos los impulsores *kaput*. Vamos a encargarnos de los timones y ascensores.

Jan vio que los rayos cortaban la gran ala de cola y las alas laterales del *Lord Pangloth* como cuchillas. Cuando terminaron su tarea, la nave se había quedado indefensa. Ahora estaba a merced de los vientos. Cayó en picado hacia la ciudad. Los enormes ojos pintados en la proa, que en otro tiempo habían aterrado tanto a Jan, se le antojaban casi cómicos.

—¡HABLA CONMIGO, MUJER! ¡ESCUCHARÉ TUS DEMANDAS!

—¿Cómo va con los samuráis? —preguntó Jan a Ashley.

—Los que entraron han muerto. Algunos de los que estaban sobre el casco huyeron en sus planeadores; los demás también han muerto.

Qué carnicería, pensó Jan, pero no les habían dejado otra alternativa.

—Perfecto —dijo—. Bien, vamos a darle lo suyo a *La Brisa Perfumada*.

El comandante de *La Brisa Perfumada*, al contemplar el destino del *Lord Pangloth*, había dado la vuelta y huido a toda velocidad, pero el Ángel Celestial, con la ventaja de que todos los impulsores funcionaban a pleno rendimiento, le atrapó con facilidad. Su comandante, un japonés, no hablaba inglés, pero Carl transmitió las ordenes de rendición dictadas por Jan en perfecto japonés. El comandante se negó al principio y disparó algunos proyectiles en dirección al Ángel, una última muestra de

resistencia. Entonces, los láseres del Ángel incendiaron el primero de los irremplazables impulsores, y el comandante se rindió a toda prisa.

Acompañada por una escolta de diez arañas metálicas, Jan abordó *La Brisa Perfumada*. Esperaba problemas, pero no hubo ninguno. El comandante y sus hombres se comportaron con extraña sumisión, y todos los samuráis la recibieron con una inclinación de cabeza y le ofrecieron sus espadas. No tardó en comprobar que los americanos cautivos de los japoneses habían vivido en terribles condiciones, comparado con las cuales su período de cautiverio parecía humano.

Cuando entró en otra sala hedionda que servía de habitáculo para treinta americanos de aspecto famélico, quedó sorprendida cuando un hombre alto, parecido a un espantapájaros y de carnes flácidas se abrió camino y cayó de rodillas ante ella.

—¡Sálvame de este infierno viviente, querida muchacha, te lo suplico! —gritó, retorciéndose las manos—. ¿Recuerdas que te ayudé, que te alimenté y te di cobijo...?

Conmocionada, se dio cuenta de que tenía ante ella al maestro cofrade Bannion. Se tocó la marca de la mejilla.

—Sí, me acuerdo muy bien. Y en gratitud por todo lo que me hiciste, no ordenaré a mis amigos de metal aquí presentes que te descuarticen en el acto.

Salió de la sala. Una vez, una maestra le había enseñado que vengarse de alguien siempre era una experiencia poco satisfactoria, pero descubrió que le resultaba muy agradable...

Registró todo el *Lord Pangloth*, escudriñando los rostros flacos y descarnados, preguntando siempre lo mismo. Por fin, en la decimoquinta o centésima sala hedionda y apiñada, la encontró.

El cuerpo físico del señor de la guerra estaba sentado en su trono, pero su mente se encontraba muy lejos, perdida en algún recoveco de su cerebro. El suelo del salón del trono estaba inclinado hacia adelante y escoraba a estribor. El *Lord Pangloth* continuaba perdiendo altitud. Primero había sido empujado en dirección este, pero luego había cambiado el viento, y ahora derivaba hacia el océano. Si el señor de la guerra hubiera sido consciente de lo que le rodeaba, habría vuelto la cabeza desde el trono y visto, a través de las grandes ventanas de proa, la gris y agitada superficie del mar, cada segundo más próxima.

Del mismo modo, hacía caso omiso de su piloto, cuyo cuerpo había resbalado unos metros desde el punto situado ante el trono donde el señor de la guerra le había sometido a una cruel trepanación con su larga espada.

El piloto había asumido la infortunada tarea de informar al señor de la guerra de que era imposible salvar el *Lord Pangloth*. Sin los impulsores y elevadores, no había forma de mantener la altitud. La elevación proporcionada por las celdas de gas no era suficiente, sobre todo porque la número siete nunca había funcionado a pleno rendimiento. Se había tirado por la borda todo el material prescindible, incluyendo a trescientas personas, por orden del señor de la guerra.

Desde aquel momento, el señor de la guerra se había replegado en sí mismo y no hacía caso de las nerviosas visitas de sus angustiados oficiales y criados. Ahora, ya habían abandonado toda esperanza, y aguardaban lo inevitable con su acostumbrado estoicismo. Ninguno había acariciado la deshonrosa idea de escapar de la nave condenada mediante sus planeadores.

La proa del *Lord Pangloth* entró en contacto con la superficie del mar. Fue un contacto breve, apenas un beso, aunque destrozó las ventanas y abrió varias brechas en el casco. El siguiente contacto duró más; el tercero fue el definitivo.

Poco a poco, el *Lord Pangloth* acomodó su cuerpo de un kilómetro y medio de largo sobre el océano. Sus vigas fabricadas en el espacio chillaron cuando tuvieron que soportar tensiones inusitadas. El agua penetró por las ventanas rotas y las escotillas, que no habían sido diseñadas para resistir el peso del mar.

Los japoneses huyeron del agua embravecida, que no sólo implicaba la amenaza de morir ahogados, sino también otros peligros, como lo demostró un largísimo y sinuoso tentáculo que se abría paso por un pasillo...

El nivel del agua empezaba a subir por las ventanas del salón del trono. El agua empezó a cubrir el suelo, pero el señor de la guerra continuaba indiferente a todo. Ni siquiera reaccionó cuando estalló una de las ventanas situadas a su espalda, permitiendo la entrada de una gran masa de agua. Su trono y su cuerpo fueron empujados hacia adelante. Entonces, el contacto con el agua helada le arrancó,

chillando, de su refugio mental. Las respuestas de supervivencia automáticas eran demasiado fuertes para oponer resistencia; luchó y se debatió en las negras aguas. Después, algo oculto bajo la superficie se apoderó de él.

Jan volvió a despertarse temprano y permaneció tranquila, oprimida por el peso del futuro. Tanto que hacer; tantas responsabilidades... Sus planes seguían siendo vagos, pero la idea básica, que había comentado con Ceri, Ashley y Carl, era derrotar a todos los demás Señores del Cielo y controlarlos de la misma manera que a *La Brisa Perfumada*. Carl había sacado una copia de su programa y del de Ashley, y los había introducido en el sistema informático de *La Brisa Perfumada*. También había devuelto la plena capacidad de rendimiento al sistema de la otra nave, gracias a los robots y piezas electrónicas sueltas almacenadas en el *Ángel Celestial*. Los americanos y japoneses que estaban a bordo no tenían la menor oportunidad de recuperar el control de la nave.

Dijo a los dos grupos que podían optar entre vivir en paz en *La Brisa Perfumada* o ser depositados en tierra. Los americanos, que superaban en número a los japoneses, deseaban vengarse de sus antiguos torturadores, y Jan dejó muchas arañas a bordo como medida provisional para mantener a los dos bandos separados. Una delegación de americanos había preguntado por qué no podían trasladarse al Ángel, ya que había mucho espacio disponible. Jan respondió que aceptaría a algunas mujeres con sus hijos, para aliviar el hacinamiento de *La Brisa Perfumada*, pero ningún hombre pisaría el Ángel, a excepción de los dos minervanos que había descubierto con vida en la nave japonesa.

Tardaría años en conquistar todos los Señores del Cielo, y los planes de Jan para después aún eran más vagos. Confiaba en emplear el potencial láser de toda la flota para limpiar los yermos que rodeaban a los distintos poblados. El Ángel almacenaba semillas y embriones animales congelados. Si la gente del cielo y los habitantes del suelo trabajaban en colaboración bajo el control de Jan, ayudada por el inapreciable Carl, sería fácil recuperar grandes áreas de tierra.

Su otra preocupación fundamental era restablecer una sociedad minervana. Era vital para preservar y transmitir los preciosos genes minervanos. Tendría un hijo con cada uno de los hombres de Minerva, pero después, ¿qué? ¿Que los hombres se reprodujeran con mujeres corrientes? Esto diluiría la mezcla genética minervana, pero tal vez era mejor que nada. Los genes minervanos tenían que extenderse.

Sufrió un repentino ataque de náuseas. Procuró no despertar a Ceri, saltó de la cama y entró en el cuarto de baño. Vomitó en el lavabo. Cuando hubo terminado, se lavó la boca y mojó la cara. Vio que Ceri aparecía en el espejo detrás de ella, con una expresión preocupada en su hermoso rostro. Ceri se había recuperado casi por completo, al menos físicamente. A pesar de sus frecuentes pesadillas y su odio hacia todos los hombres, Jan sabía que las cicatrices de sus padecimientos a manos de los



japoneses tardarían mucho tiempo en desaparecer.

Ceri rodeó con su brazo la espalda de Jan.

—Es la tercera vez seguida que vomitas por la mañana —dijo en tono de preocupación.

Jan le dirigió una mirada tranquilizadora.

—Estoy bien. Me siento bien casi siempre. Creo que es una reacción a todos mis problemas y preocupaciones.

—Aun así, creo que una de esas máquinas médicas debería examinarte.

—Cuando tenga tiempo.

—Ahora mismo. Hazlo por mí.

Jan se volvió y la besó en los labios.

—Por ti, lo que sea.

Contempló la pantalla con incredulidad.

—¡No puedo estar embarazada! ¡Es imposible! ¡Falta casi un año para mi época de reproducción!

—No hay error —dijo Carl—. La máquina funciona a la perfección.

Jan se volvió hacia Ceri, incrédula, desesperada.

—¿Cómo es posible que esté embarazada? ¡Es absurdo! Aunque fuera posible, no he hecho el amor con ningún hombre desde el príncipe Caspar..., y según esta máquina la fertilización ocurrió hace siete semanas...

Se interrumpió. Recordó lo sucedido con Milo. Aquella horrible noche en los yermos.

Era su hijo. Lo sabía.

—Milo. Él lo hizo. No era humano. Quién sabe hasta qué punto habían alterado su semen los ingenieros genéticos o lo que podía hacer a mi sistema reproductor. — Se aferró a Ceri y la miró con pánico en los ojos—. ¿Qué voy a hacer?

—Abortar —replicó con frialdad Ceri.

Jan meneó la cabeza.

—No. No puedo hacer eso. Lo tendré. ¡Que sea una niña, Dios Madre, te lo suplico!

Una hora después, Jan se había calmado considerablemente. Estaba en la sala de control, sola. Ahora que Carl y Ashley dirigían el Ángel, no necesitaban tripulación. Miró las extrañas colinas de cumbre plana que se alzaban al final del desierto. El Ángel iba en busca del *Lord Matamoros*, el Señor del Cielo que gobernaba la zona situada al sur de los territorios del *Lord Pangloth*. Carl había previsto que lo interceptarían en cualquier momento, y Jan quería estar serena cuando tuviera lugar el encuentro.

Iba aceptando lo que llevaba en su interior. Aunque el bebé fuera varón, no se

habría perdido todo. Portaría los genes de Milo, pero también los suyos. Lo cual significaba que existían excelentes probabilidades de que no fuera como su padre.

Pensó en la calavera de Milo, que guardaba en un armario de sus aposentos. Vio en su mente las mandíbulas sonrientes, percibió la arrogancia que Milo desplegaba incluso en la muerte, y eso la decidió aún más.

Iba a vencerle.

Tenía que hacerlo, por Minerva.

# Notas

[1] Aunque tanto en el título como en la denominación genérica de las aeronaves se ha traducido *lord* por el término castellano más aproximado, «señor», se ha conservado el término inglés, suficientemente conocido, para el nombre de cada aeronave. (N. del T.) <<

[2] En realidad, Chernobyl está en Ucrania. (N. del T.) <<